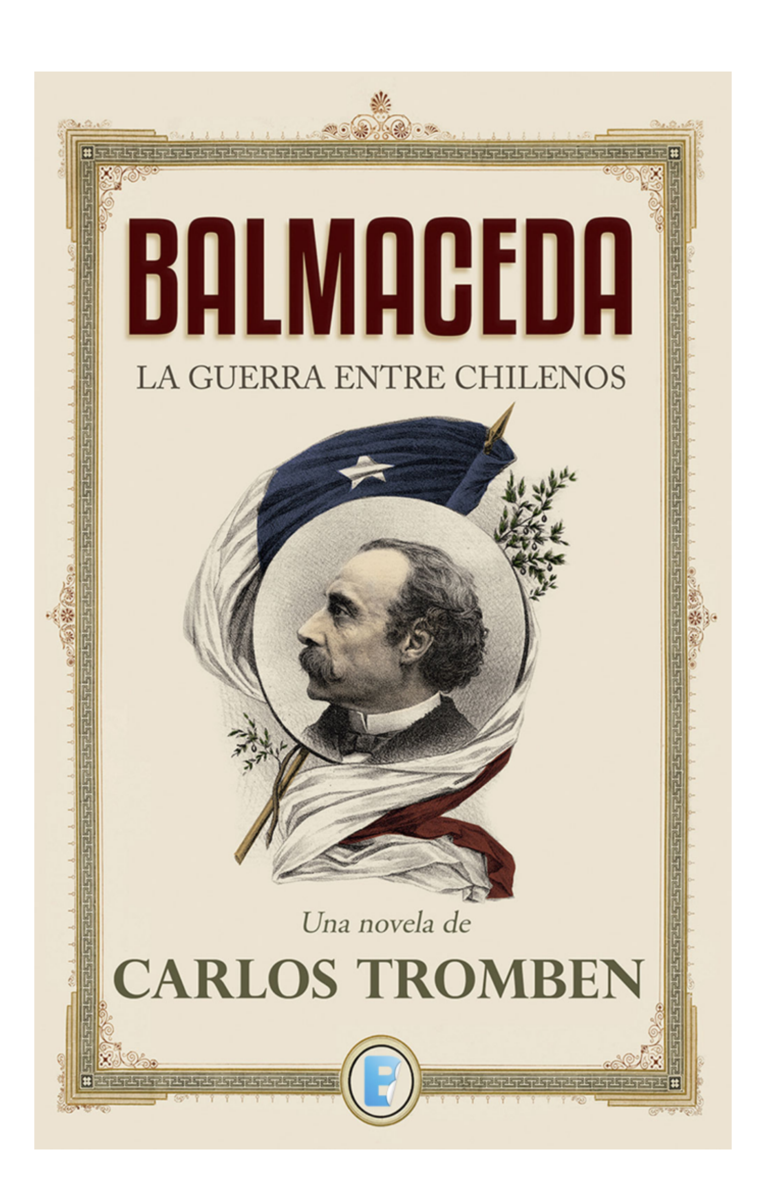

BALMACEDA
LA GUERRA ENTRE CHILENOS
Una novela de
CARLOS TROMBEN

BALMACEDA

La guerra entre chilenos

Carlos Tromben



1.ª edición: noviembre, 2016

Andrés de Fuenzalida 47, piso 7, Providencia.
www.edicionesb.cl

Registro Propiedad Intelectual Inscripción N° 270953

ISBN DIGITAL: 978-956-304-239-9

Diseño: Francisca Toral

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Un hombre malvado
Quiso hacerse rey,
Pretendió el osado
Gobernar sin ley,
No contó el tirano,
Falto de razón,
Con la brava gente
De la oposición

Adolfo Reyes
Himno constitucional

Balmaceda se hizo reo
de ser un hombre formal,
verdadero liberal
y el más hábil según creo,
siempre fueron sus deseos
dar al pueblo protección,
protegiendo la instrucción
y dando trabajo al pobre;
perdimos a este gran hombre
por culpa de Jorge Montt.

El Ñato Quillotano
El patriotismo de los constitucionales
y consecuencias de la revolución

Y los hombres de Israel se volvieron contra los hijos de Benjamín y se pusieron a herir a filo de espada a los de la ciudad, desde hombre hasta animal doméstico hasta que todos fueron hallados. También las ciudades que fueron halladas las entregaron al fuego.

Jueces. 20, 48



Contenido

Primera parte
17 al 20 de agosto de 1891

Santiago
Lunes, 10.00 PM

En toda la ciudad las lámparas y las velas se iban apagando. Los tranvías dejaban de circular. Los cocheros soltaban sus caballos y el último ferrocarril llegó a la estación Alameda dejando el correo del día y a unos pocos pasajeros de la administración. El telégrafo estaba mudo. Las imprentas de los periódicos comenzaban a sacar sus ediciones del día siguiente. En los chincheles y casas de juego se iniciaban partidas clandestinas con baraja española y vino en garrafa.

Rodeado de centinelas armados y sumido en el silencio, en el Palacio de La Moneda un hombre se sacudía en su lecho; bajo sus párpados cerrados, sus pupilas se movían con nerviosismo.

El presidente José Manuel Balmaceda soñaba con un tren.

Era un sueño dentro de otro sueño. Balmaceda creyó que despertaba y se encontraba completamente solo. Recorría los vagones vacíos y comprobaba que todos lo habían abandonado. La locomotora avanzaba a través de un páramo de contornos difusos; estaba amaneciendo y una luz anaranjada delineaba lomas y quebradas, cactus y hierbas que se sacudían con el viento. Creyó ver techos, torres, el contorno de un pueblo. Un letrero pasó sin que él pudiera leer lo que decía.

Balmaceda llegó hasta la locomotora y se quedó observando las palancas, las tuberías que silbaban, los pequeños relojes cuyas agujas se agitaban nerviosamente. El maquinista no estaba y Balmaceda comprendió que todo esfuerzo por detener la locomotora era inútil.

Él, que había volcado lo mejor de sus fuerzas para modernizar la red ferroviaria de la república, no tenía la menor idea del rumbo que seguía el tren, ni menos cómo detenerlo.

***

Cien kilómetros hacia el Poniente, en el puerto de Valparaíso, las luces también se apagaban y la luna creciente iluminaba los barcos en la bahía. En los bares y prostíbulos sólo quedaban los últimos marineros, lancheros, periodistas que acababan de dejar sus redacciones mientras la tinta se fijaba en los pliegos con títulos y frases incendiarias.

La traición acecha. Atención ciudadanos

> Los vampiros de sotana negra son los que llevan la batuta política en todas partes, y son los que, por medio de la calumnia y de la intriga, tratan de desviar la opinión pública y el recto criterio de nuestro pueblo.
>
> Autoridades chilenas, no os descuidéis: el enemigo está a la puerta. Destruidlo antes que ese tigre haga presa comprometiendo el valor de lo hasta ahora ganado. ¡Alerta!

Encima de los edificios, Valparaíso subía caóticamente hacia los cerros. Había grandes casonas de tres pisos, rodeadas de árboles. Más arriba, calles de tierra y chozas sin ventanas, con techos precarios.

En el interior de una rancha ardía un brasero. Tres niños dormían en la habitación de al lado. Rosenda de las Mercedes Gómez (alias Rosa de Talagante en sus tiempos de cantora popular) aceptó la bombilla de mate que le ofrecía su madre.

—¿Y? —preguntó la anciana—. ¿Qué se cuenta en el palacio de don Agustín?

—Penan las ánimas, mamita —dijo Rosa sin mucho ánimo.

—¿Lo echas de menos?

—¿Al patrón? No es mala persona.

—No, tonta, a tu marido.

Rosa dio un sorbo del mate. El líquido caliente le quemó los labios.

—Imagínese, mamita. Llevo como ocho meses sin ver a Dios.

Las dos mujeres se echaron a reír a carcajadas, pero a Rosa se le borró rápido la sonrisa al escuchar el cañonazo.

—¿Qué fue eso? —preguntó su madre alarmada.

Afuera, en la noche estrellada, un enorme barco de guerra disparó una andanada de artillería. Rosa distinguió sus dos chimeneas y concluyó que no era el Cochrane, el barco donde servía su marido. Los proyectiles no explotaron en ninguna parte, por lo que debían ser salvas. Rosa comprendió que era una advertencia: la guerra se acercaba.

***

Los disparos del crucero Esmeralda sorprendieron al general José Miguel Alcérreca en el edificio de la Intendencia. Jugaba una partida de dominó con su jefe de estado mayor, el coronel Marcial Pinto Agüero. Los dos militares se miraron sin decir nada, cogieron sus revólveres y se dirigieron a la oficina del telégrafo.

—¡Toque de zafarrancho en las baterías! ¡Que los artilleros se pongan en

posición!

No fue necesario. El poderoso acorazado suspendió sus fuegos. Desde el techo de la Intendencia, el general Alcérreca lo vio virar y poner rumbo al norte.

Hombre alto, de expresión dura y atractiva, Alcérreca comprendió que la nave había venido a hacer una advertencia. Bajó al telégrafo y comenzó a alertar a todas las estaciones del litoral: Papudo, Quinteros, Laguna Verde, Curaumilla.

Vigilancia y serenidad. En caso de presentarse el enemigo, Ud. procederá a levantar la oficina telegráfica, retirándose con la máquina y el material que le sea posible llevar.

Luego informó a La Moneda de lo sucedido.

Coquimbo, mar afuera
Lunes, 11.00 PM

El crucero Esmeralda era la avanzada de la flota. Otras tres naves de guerra y doce transportes navegaban en ese momento hacia el sur. Diez mil hombres, marineros y soldados, dormían en los entrepuentes. En las bodegas había cañones, municiones, alimentos, animales de carga.

En el blindado Cochrane un tripulante yacía en su coy con los ojos abiertos y las manos detrás de la nuca. El sargento de cañones Melchor Martínez, héroe de la Guerra del Pacífico, pensaba en su esposa y sus hijos.

Había pasado más de un año desde que Rosa se lo advirtió:

—Salte de la marina, Melchor. La cosa se está poniendo muy fea. Don Agustín Edwards se peleó con el presidente; todos los políticos están contra él y se acusan las cosas más espantosas. Va a quedar la embarrada.

Tal cual. Melchor, que no sabía leer y no entendía nada de política, comenzó a informarse por Rosa acerca de los cambios de gabinete, los abucheos al presidente, las peleas electorales. Pateaduras, combos, las huelgas de los obreros, el incendio de un club. El país se estaba volviendo loco, el presidente era un *tirano*, sus enemigos eran unos *judíos*. Lo único que Melchor podía comprender de la trifulca era a través de las caricaturas. El presidente o sus adversarios, dependiendo del diario, aparecían dibujados como cabezones, con patas de zancudo, con sonrisas malévolas de diablos o santitos.

—¡Sargento Martínez!

Melchor sintió un golpe. No fuerte pero intimidante. El golpe de un teniente.

—El comandante en jefe lo llama a la cámara de oficiales —dijo el teniente Rodgers.

Había tenientes que el cabo de cañones Melchor Martínez estimaba. Otros, como Rodgers, a los que solo respetaba porque en eso consistía su trabajo.

—A la orden, señor —respondió Melchor.

Se levantó del coy y siguió al teniente Rodgers hacia la cubierta. ¿Qué podía necesitar el comandante en jefe a esas horas? Melchor imaginó al perro Cuatro Vientos, veterano de las campañas contra el Huáscar y quinto hombre de la batería de estribor.

Cuatro Vientos se materializó a su lado, sus uñas tintineando delicadamente en la madera de la cubierta. Acompañó a Melchor hasta el castillo de popa, dispuesto a darle ánimo con sus ojos amarillos y a esperarlo el tiempo que durara su entrevista con el comandante en jefe.

El capitán Jorge Montt jugueteaba con un cacho de dados. Lo sacudía haciéndolos sonar. El teniente Rodgers se sentó a su lado.

—¡Sargento de cañón Melchor Martínez presentándose, señor!

Montt arrojó los dados sobre la superficie de caoba.

—Buenas noches, sargento. Tome asiento.

Había una carpeta encima de la mesa.

—Sargento, esta es su hoja de servicios —dijo el capitán.

Melchor no abría la boca. El teniente Rodgers hojeaba los papeles.

—Ahí dice que usted estaba en este barco el 8 de octubre de 1879, cuando *capturamos* el Huáscar.

—Así es, señor. Allí estuve, en la batería de estribor.

—Es usted modesto, sargento Martínez —dijo el capitán Jorge Montt poniéndose de pie—. Cuenta la leyenda que usted le apuntó a la torre, que su cañón terminó con los días de Miguel Grau.

Melchor vio, como si fuera hoy, la silueta del Huáscar subiendo y bajando en su mira, la orden de fuego dada hace cuatro segundos y Melchor que espera antes de encender la mecha. Espera Melchor que el tiempo del Huáscar y el de su cañón se acoplen en un arco que sólo él ve en el espacio. Solo cuando se juntan Melchor inicia la combustión; reacciones químicas en cadena producen un ruido ensordecedor, el cañón entero retrocede varios centímetros y la bala sale expelida para atravesar un espacio de mil cuatrocientos metros hasta impactar en la torre de mando del Huáscar, pulverizándola con todo lo que hay adentro: un marino con estatura de héroe, cuyos restos quedan desperdigados por la cubierta.

—Por su hazaña usted recibió una condecoración del presidente de la república —dijo el capitán Jorge Montt poniéndose detrás de Melchor—. Se casó en 1885 con Rosenda de las Mercedes Gómez Menchaca, de oficio empleada.

El sargento Martínez sintió que la conversación estaba adquiriendo un rumbo que no le agradaba.

—Sargento, en los próximos días usted y todos tendremos que asumir tareas difíciles. Dolorosas. Por el bien del país.

—A sus órdenes, señor.

—¿Ha oído usted conversaciones sediciosas o de insubordinación en este barco?

—No, señor.

—¿Han llegado a sus manos panfletos del dictador?

—Señor, yo no sé leer ni escribir. Yo solo sé disparar cañones.

—Muy bien.

El capitán Jorge Montt se sentó, cogió los dados y los metió en el cacho. Los volvió a agitar y a lanzar en la mesa.

—No me decepcione, sargento. Hágale honor a su reputación.

Al salir de la cámara de oficiales, el sargento Martínez respiró y apretó los puños.

El perro Cuatro Vientos había desaparecido.

Cinco años desde que estiró la pata. Ahora que lo pensaba, justo cuando llegó Balmaceda…

Pobre Cuatro Vientos, cuánto lo echaba de menos.

Santiago, La Florida
Martes, 10.30 PM

El camino era de tierra. La luna estaba en su ciclo creciente; a un lado había una hilera de álamos y, del otro, un extenso muro de adobe, el deslinde de algún gran fundo viñatero.

Un perro ladró en alguna parte y otros se sumaron. Dos jinetes avanzaban en dirección del río Maipo, cada uno con el rostro cubierto por un pañuelo. Venían cabalgando desde Santiago, evitando las calles y los caminos transitados.

La noticia del cañoneo salió de Valparaíso antes de que partiera el primer tren. A través de una precaria combinación de estafetas, campanadas de iglesias y ladridos de perro, llegó a oídos de ciertos individuos que la policía buscaba desde hacía meses. Un dispositivo se puso en marcha y los dos jinetes que avanzaban hacia el Maipo eran parte de él.

Atravesaron el río y luego avanzaron a paso lento, iluminados por la luna. Su destino era un fundo al que llegaron al cabo de una hora. Intercambiaron el santo y seña con un centinela que les indicó dónde quedaba la casa patronal. Recién ahí, tras bajarse de los caballos, se sacaron el pañuelo. No tenían más de veinte años. Sus nombres eran Daniel e Ismael Zamudio.

Adentro de la casa había otros treinta como ellos. Escuchaban al líder.

—Camaradas, la escuadra está por llegar. Se acerca la hora de la libertad. Esta noche cortaremos el telégrafo y los puentes. La dictadura quedará incomunicada y no podrá movilizar a sus mercenarios del norte ni del sur. Nuestra labor es de vital importancia para que las tropas de la Constitución puedan llegar a Santiago y liberarnos del yugo del Anticristo. Si algunos de nosotros perecemos en el intento, la Patria nos lo agradecerá algún día. ¡Viva la Patria!

—¡Viva la Patria! —repitieron todos.

Daniel e Ismael se habían quedado junto a la puerta. El líder los divisó y avanzó hacia ellos. Era el más alto de todos e inspiraba confianza.

—¿Trajeron la dinamita?

—Está afuera —dijo Daniel.

—Bien —dijo dándole a cada uno una palmada afectuosa en el hombro—. Esperaremos a que lleguen los demás y comenzamos los trabajos.

***

En Santiago las calles estaban vacías y la tensión se apreciaba en los muros rayados de algunas casas.

¡Muera Balmaceda!
Aquí vive un traidor.
Falta poco para quemarte, Judas.

La mayoría de las fondas y clubes estaban cerrados, pero algunos funcionaban a puertas cerradas. En uno de estos Eusebio Lillo, el poeta nacional, dio un nuevo sorbo de su copa de coñac.

Estaba en un salón junto a siete *Hermanos*, todo lo que quedaba de su Logia tras el estallido de la revolución.

Discutían temas de relevancia, temas científicos y jurídicos, problemas de la instrucción y de la salud pública. El Hermano Malaquías Anguita presentaba un interesante trabajo sobre la *Casa de Orates* cuando comenzaron a sonar las campanas.

—Esa no es la de los bomberos —bromeó el Hermano Anselmo Hevia, voluntario de la sexta compañía.

Lillo dejó su copa de coñac, se puso de pie y avanzó hacia la ventana.

—Son las iglesias.

Estaba ocurriendo. El final de siete meses de crisis política. El desenlace de un levantamiento armado contra el presidente de la república. Al oír las campanas, Lillo recordó sus años de revolucionario y de poeta; cuando de su pluma salió el verso *“O el asilo contra la opresión”*. Eran los tiempos del espíritu libertario, de las barricadas de 1848 en París. Pasaron cuarenta años desde entonces y el país había prosperado, ganado una guerra y expandido sus fronteras.

—Es mejor que esto se resuelva pronto —dijo el Hermano Malaquías Anguita.

Lillo suspiró y se alejó de la ventana. Pensó en los errores de Balmaceda, las artimañas de la oposición, los insultos verbales, las desavenencias políticas que con las semanas y meses escalaron hasta niveles intolerables. El 7 de enero de 1891 la ciudad despertó con dos noticias contradictorias: el congreso y el presidente se declaraban uno al otro fuera de la ley. La marina tomaba partido por el congreso y el ejército por el presidente. Desde entonces el país estaba, administrativamente, dividido en dos. Decenas de diarios habían sido cerrados, decenas de personas estaban detenidas en la cárcel y decenas escondidas en casas de amigos y conocidos. La mitad de la logia masónica de Eusebio Lillo se encontraba en alguna de estas situaciones.

—Por fin se callaron —dijo el Hermano Anselmo Hevia.

—Podemos seguir trabajando.

Como un ágape familiar interrumpido por un acto bochornoso que todos los presentes acuerdan superar, lo Hermanos volvieron al tema que los convocaba.

—Nuestra institución no solo debe atender a los locos propiamente tales, sino a los individuos que se sumergen en la locura por las circunstancias sociales —dijo el Hermano Malaquías Anguita—. El abuso del alcohol es la principal causa de demencia en el país.

—Baco es nuestra hecatombe —dijo Eusebio Lillo.

—Hermano Malaquías, ¿cuántos de sus pacientes se fugan al año de su *centro de atención*?

—Debimos lamentar la fuga de tres individuos en el mes pasado, de los cuales una es mujer.

Lillo dejó caer su copa vacía sobre la mesa.

—Probablemente los ciudadanos más lúcidos del país —dijo con tristeza.

***

Las campanas de la iglesia de la Recoleta Franciscana comenzaron a replicar. Del otro lado del río, y en uno de los tantos garitos de La Chimba tres hombres interrumpieron una partida de billar.

—Te vienen a buscar, Chico —dijo el Toro.

Era un local con piso de tablas y aserrín, de los que frecuentaban los bravos. Lo regentaba Carlos Pinto, alias El Mota. Había varios más en San Pablo y Matucana, pero en aquel recalaban las mariposas del campo y las cantoras inspiradas.

—El Chico se confesó esta mañana —dijo el Toro.

—No entienden nada, par de zopencos —dijo el Mota—. Es la señal de la Revolución. El coronel está cerca.

El Toro y el Chico se miraron.

El coronel había sido su patrón el 88, cuando subió el Mapocho y se cayó el puente. Los había tomado a todos presos apenas asumió como jefe de policía. Una semana de calabozo y muchos interrogatorios. ¿Quiénes venían, cómo se llamaban las niñas, quién apostaba más? Los tres cantaron como ruiseñores y el coronel los apadrinó.

El coronel les pasaba doscientos pesos para contratar brazos y deshacer mitines de obreros; mil para comprar votos. El Mota era el rey de La Chimba y nadie llegaba a quitarle la clientela.

Desde entonces, el coronel se seguía comunicando con ellos, mandándoles dinero para otros trabajos. El último fue en junio: dos días tuvieron que trabajar los bomberos, cuando la calle Ahumada quedó hecha cenizas.

—Buenos tiempos, compadre —dijo el Toro sobándose las manos.

El Chico apuntó el taco. Las bolas se entrechocaron y la número cinco cayó. Las campanas habían dejado de sonar.

Santiago, Lo Cañas
Miércoles, 12.30 AM

Daniel sacó su tabaco, enrolló un cigarrillo y lo encendió con un chispero. La llama iluminó brevemente su cara lampiña. En el interior de la casa doce sombras tomaban mate y jugaban al truco, en espera de la señal para atacar.

—Cuántas cosas han pasado desde que comenzó la revolución —dijo Ismael dando una calada.

—Dejamos de ser niños —dijo Daniel, apretando los puños y pensando en su padre.

Por su cabeza circulaban imágenes: la castración de un novillo, la sangre de una gallina degollada, el estallido de los cañones durante los ejercicios de artillería en el Campo de Marte.

—Todavía tenemos tiempo —dijo Ismael lentamente.

Los dos hermanos se miraron sin decir nada. Daniel observó a su alrededor. Los jugadores de truco voceaban las frases, botaban las cartas, las recogían. Sintió una mala corazonada.

—¿Crees que soy un cobarde?

—Haré lo que tú digas —respondió Ismael.

Daniel alcanzó a pensar en una salida decorosa. Después de todo habían arriesgado sus vidas al traer la dinamita desde Santiago. Afuera se oyeron gritos y el relincho de un caballo.

—¡Viene tropa de caballería por Lo Cañas! —gritó alguien.

Las cartas y el mate quedaron en el suelo. Alguien trató de apagar el brasero. Daniel sacó su revólver y salió. No tenía más que dos balas y un arma que no se había disparado en años.

—¡Dispersión! ¡Dispersión! —gritaba el líder.

Se oyeron pisadas de caballos, cuerpos que caían, gritos de dolor. Daniel e Ismael corrieron hacia los cerros.

No alcanzaron a ir muy lejos. Ismael tropezó con una piedra y cayó de bruces. Al ver las bayonetas de los soldados, Daniel soltó el revólver y levantó los brazos.

—¿Qué tiraste ahí, futre?

—¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos!

—Quiroz, ¡recoja lo que botó el futre!

—Es un revólver, mi teniente…

El corazón de Daniel latía como una locomotora. Vio al oficial que se acercaba

lentamente. Su rostro era un óvalo siniestro en la oscuridad.

—Así que los *futrecitos* quieren mocha… ¡De rodillas!

Ismael fue el primero en obedecer. Daniel recibió un culatazo en la espalda y se derrumbó a su lado.

—A ver, ¿cuál de los dos es el más gallo?

Los llevaron a empujones por la quebrada. Daniel sentía que la espalda le quemaba por el golpe de la culata.

De regreso a la casa los esperaba un espectáculo monstruoso.

Soldados con antorchas rodeaban una pila de cadáveres; grumos de sangre corrían entre la hierba y un oficial rechoncho se paseaba entre los prisioneros de rodillas en el suelo. De pronto se detenía ante uno, lo tomaba del pelo y lo encaraba:

—¿Ves esta cicatriz? —preguntaba apuntándose el rostro con un dedo—. ¡Contesta, futre de mierda!

—Sí, señor…

Daniel reconoció al prisionero: era Ernesto Poblete, un muchacho de quinto de Humanidades del Instituto Nacional. Le habían quitado el poncho y el sombrero y tenía un ojo hinchado.

—¿Sabes dónde me la hice? —preguntó el oficial.

—No, señor…

—Me la hice peleando contra los cholos. En la Sierra… Meses sin dormir, comiendo lauchas, defendiendo a la Patria. Mientras su señoría descansaba en su cunita de oro.

El oficial acercó su cara a la de Ernesto Poblete, quien cerró los ojos, aterrorizado.

—Mientras su señoría jugaba vestido de marinero, con sus zapatitos blancos, yo veía a mis camaradas mendigar en la calle, con un brazo o una pierna menos. *¡El pago de Chile!*

El oficial gritó tan cerca de su oído que el muchacho soltó un gemido y se echó a llorar.

—Así le pagan los usureros al soldado. Y ahora esos mismos que venden la riqueza nacional al extranjero se han comprado un ejército mercenario para quitarle al pueblo lo suyo. ¡Ni lo sueñen, futres del carajo! ¡El ejército de Chile es uno solo y está con el presidente Balmaceda! ¡El ejército no se vende!

El oficial chasqueó los dedos y los soldados se llevaron a Ernesto Poblete. Después de unos minutos, detrás de la casa se oyó un disparo.

Daniel cerró los ojos y aguantó las lágrimas. Sintió que los pasos del oficial se aproximaban.

—¿Pero a quién tenemos aquí? ¿Nombre?

—Daniel Zamudio, señor.

—¡Más fuerte!

—¡Daniel Zamudio, señor!

El oficial le hizo la misma pregunta a Ismael. A la luz de las antorchas, la horrible cicatriz que le surcaba el rostro parecía moverse como una culebra.

—¿Cuál de los dos es el mayor?

—¡Yo, señor! —respondió Daniel.

—No es bueno llevar a un hermano por el camino de la sedición —dijo el oficial —. Debería sentirse avergonzado

El oficial les dio la espalda, como si meditara. Todos los prisioneros observaban la escena paralizados de terror.

—En estos momentos impera en todo el territorio de la república el estado de excepción —dijo el oficial quitándole a un soldado la antorcha—. Esto significa que quedan suspendidos los derechos de reunión, circulación y expresión. Los civiles sorprendidos en actitud sediciosa, portando armas de fuego, serán castigados conforme a las leyes militares.

Daniel miraba el suelo. Sintió que los pasos del oficial se acercaban de nuevo. El calor de la antorcha le rozó la cara.

—Te voy a fusilar mañana, Daniel Zamudio —dijo lentamente—. ¿O mejor fusilo a tu hermano?

—¡No! —gritó Daniel sin poder contenerse.

—Teniente Palacios, ¡traiga las cartas! —dijo el oficial—. Que el azar decida a cuál de estos dos futres le toca ir al encuentro del Señor.

Santiago, Palacio de La Moneda
Miércoles, 8.00 AM

Balmaceda recorría los vagones vacíos, tropezaba, miraba por las ventanas el paisaje desértico. Su corazón desfallecía. De pronto, cuando menos lo esperaba, se encontró con un pasajero solitario.

Era joven, muy delgado, y sostenía un libro. Su rostro permanecía oculto en la penumbra. Balmaceda quiso preguntarle si tenía noticias de la guerra, pero las palabras no salían de su boca. El joven levantó la vista y sus facciones comenzaron de a poco a delinearse.

***

—José Manuel... ¡despierta!

Doña Emilia de Toro descorrió las cortinas y abrió las celosías; una cruda luz invernal barrió la habitación y dejó a la vista muebles estilo imperio, cómodas de caoba con espejo, sillas con apliqués dorados, estatuillas de elfos y ninfas.

Emilia de Toro tenía 48 años y aún conservaba los atributos que la hicieran famosa entre las beldades de Concepción: ojos negros y profundos, piel clara y tersa, pecho robusto, nariz y mentón aristocráticos.

Mientras Balmaceda se desperezaba, Emilia de Toro se miró en el espejo, tomó un cepillo y comenzó a alisarse el pelo antes de cogérselo en un moño. Como todas las mujeres de su clase social, seguía la vida pública de su marido desde un segundo plano, guardándose sus opiniones para un círculo íntimo compuesto de amigas, primas y tías. En este círculo había volcado Emilia sus primeras aprensiones acerca del rumbo que tomaban los acontecimientos, las primeras señales de quiebre entre Balmaceda y los grupos políticos que luego se trasladaron a sus propias amistades a través de invitaciones no respondidas, desaires públicos e insultos callejeros que terminaron encerrando al matrimonio Balmaceda Toro en las dependencias de La Moneda.

—Eguiluz acaba de traer un parte que llegó de madrugada de Valparaíso —dijo Emilia de Toro—. Se lo dejé en el velador.

Balmaceda no respondió. Aún no se bajaba del todo del tren y miraba el techo con los ojos vacíos.

Emilia de Toro se echó unas gotas de agua de colonia en el cuello y detrás de

las orejas, eligió un corsé de la casa Pouget, lo ciñó a su cintura amarrando los cordones, y luego se puso una falda lisa con cola y un camisolín de tul sobre muselina de seda.

—Parece que es importante —insistió.

Balmaceda cogió la hoja de papel y la leyó con ojos todavía adormilados. Un barco de la escuadra se había presentado en Valparaíso, disparó algunos cañonazos y luego se retiró. Eso era todo.

Fue como si un rayo lo hubiese atravesado, despertando sus instintos. Se levantó de un salto, se calzó las pantuflas y se encerró en el baño. Emilia de Toro esperó a que su marido terminara su toilette para darle una cucharada de jarabe lacto-fosfático del doctor Dusart.

Balmaceda salió del baño. Se puso la camisa, el cuello y el corbatín. Eligió un levitón negro y se miró en el espejo, alisándose su grueso bigote y la melena que le caía por la nunca: el gesto por el que sus detractores lo tachaban de vanidoso e incluso de afeminado.

—Tápese el pecho antes de salir —dijo Emilia—. Lo espero en el comedor para desayunar.

Balmaceda le dio un beso en la frente y salió del dormitorio transformado, una vez más, en el presidente de la república.

***

El sol matutino rozaba los techos de La Moneda. En el pasillo lo saludaron su secretario, Carlos Eguiluz, y su edecán militar, el coronel Egidio Gómez Solar.

—Buenos días, excelencia.

—Buenos días —respondió Balmaceda—. Estaré media hora en mi despacho y luego desayunaré con mi esposa y mis hijas.

—Cómo no, excelencia.

Balmaceda acababa de cumplir 51 años. Le quedaba un mes para terminar su mandato y, expirado el plazo, volvería a ser un ciudadano como cualquiera. Nunca, ni en sus peores pesadillas, pensó que este trámite terminaría en catástrofe nacional. Como sus predecesores, había llegado al cargo por una mezcla de mérito y azar. La urna siempre había sido lo de menos; cada elección era un despliegue de garrotes, combos, empujones, por no hablar del cohecho y la compra de votos que daban siempre el mismo resultado: el gobierno ganaba. Y el gobierno era un club de caballeros que compartía salones y aficiones, una extensa red de funcionarios públicos, jueces, intendentes, secretarios, rectores de escuelas y liceos y jefes de policía local, dispuestos a perpetrar el sistema hasta el fin de los tiempos.

Balmaceda, como sus predecesores, había llegado a la presidencia gracias a protectores para quienes trabajó con abnegación. A Pinto, como embajador, le aseguró la neutralidad argentina durante la Guerra del Pacífico. A Santa María le sacó las leyes laicas que lo llevaron a pelearse con la iglesia católica. Él, un alumno del Seminario Conciliar que casi llegó a cura, terminó por quitarle al clero el manejo de los cementerios, el registro oficial de matrimonios y filiaciones. Apenas tuvo la banda presidencial, prodigó gestos de reconciliación con el Vaticano, para acabar de una vez con las luchas religiosas.

Cinco años después no se había logrado ni la libertad electoral, ni la reconciliación entre creyentes y agnósticos, y un ejército rebelde avanzaba sobre Santiago para sacar a Balmaceda por la fuerza.

Pero estaba acostumbrado a esos afanes. Balmaceda jamás demostraba flaqueza, ni siquiera irritación mientras desempeñaba sus funciones. En cada reunión se comportaba con frialdad, y sus colaboradores jamás lo oyeron lanzar un improperio, ni siquiera contra el más venenoso de sus opositores.

Caminó entre las oficinas silenciosas y entró a su despacho. La luz matinal iluminaba las paredes, los cuadros, el escritorio y los anaqueles llenos de libros. Contempló las fotografías enmarcadas de sus hijos que lo observaban desde la inocencia de una primera comunión o de un trajecito de marinero: José Manuel, el primogénito; Pedro, el pobre Pedro; Enrique y las niñitas Elisa, Julia y María Emilia.

Tomó el telegrama de Alcérreca y lo leyó una vez más.

> CRUCERO ESMERALDA SE PRESENTÓ EN VALPARAÍSO. HIZO DESCARGAS Y SE RETIRÓ. HE PROCEDIDO A ALERTAR ESTACIONES DEL LITORAL. ALCÉRRECA.

Balmaceda tenía cifradas sus esperanzas en una gran batalla entre los navíos sediciosos de Jorge Montt y tres nuevos cruceros encargados a Francia. Pero las naves aún no llegaban; los dineros habían sido girados por la tesorería, las primeras pruebas técnicas ya cumplidas, y por alguna oscura razón las naves permanecían aún en los astilleros aguardando autorización oficial.

Las tropas del gobierno estaban desperdigadas entre Coquimbo y Concepción. La información era crucial para responder con prontitud a la amenaza. El telegrama de Alcérreca era la confirmación de que los revolucionarios habían comenzado su campaña final antes de que Balmaceda contara con una sólida escuadra para destruirlos.

Comenzaba a redactar su respuesta a Alcérreca cuando sonaron dos discretos golpes en la puerta.

—Excelencia, el general Barbosa pide audiencia —anunció el secretario Carlos Eguiluz.

—¿A esta hora?

—Sí, excelencia. Dice que es urgente.

Balmaceda frunció el ceño. Ese día iba a ser de los largos.

Génova
Miércoles, 12.00 PM

La bahía estaba repleta de naves de todas las nacionalidades. En medio de ese bosque de mástiles movedizos, el crucero Presidente Pinto se destacaba con claridad: era un gigante de acero y madera de más de ochenta metros de largo y dos mil toneladas de desplazamiento.

Cumpliendo las disposiciones legales, el capitán de fragata Recaredo Amengual cambió su uniforme por una chaqueta y un sombrero de paisano, cogió su documentación oficial y salió de la cabina del comandante. El crucero Presidente Pinto era uno de los tres barcos de guerra que Balmaceda había encargado a Francia, y se encontraba en Génova por las maquinaciones del bando revolucionario.

El capitán Recaredo Amengual descendió por la pasarela para abordar la lancha. Tenía que bajar a tierra para aclarar un asunto urgente, y zarpar de una buena vez para ir en auxilio del gobierno.

Después de dos meses de gestiones y esfuerzos, Amengual había logrado sacar al Presidente Pinto del puerto de Toulon. Dos sujetos de apellidos Matte y Ross habían conspirado de todas las formas posibles para retenerlo en los astilleros. Nunca se sabría a cuántos funcionarios y empleados sobornaron o engañaron, haciéndose pasar por representantes del gobierno legítimo. Con sus mañas lograron retardar la entrega del armamento y del combustible, sabotear el enganche de marineros y, probablemente, el primer zarpe del barco, pues el capitán Recaredo Amengual no se explicaba cómo un práctico francés con veinte años de experiencia lo había maniobrado de manera tan torpe, al punto de casi chocar al Presidente Pinto con un crucero griego que se hallaba en la entrada del canal, para luego encallarlo en unos arenales. Solo aquella maniobra retrasó la partida en una semana.

Cuando finalmente el Presidente Pinto levó sus anclas, en sus bodegas tenía carbón apenas para llegar a España, lo que obligó al capitán Recaredo Amengual a buscar un puerto cercano para reaprovisionarse.

Apenas el buque recaló en Génova fue abordado por una lancha de la Marina Real Italiana que traía una carta del Prefecto. Al capitán del barco chileno, decía el mensaje escrito en correcto francés, le estaba estrictamente prohibido cargar material de guerra y enganchar marineros.

Con qué rapidez se habían movido Matte y Ross, aquellas dos tarántulas de la oligarquía. Alguien les había advertido sobre la recalada del crucero en Génova. ¿Pero quién? ¿Algún traidor de la embajada, alguien de su propia y exigua

tripulación?

Frente al nuevo contratiempo, Amengual había decidido bajar a tierra para aclarar algunos puntos con las autoridades italianas.

***

Mientras la lancha avanzaba por la bahía, el capitán Recaredo Amengual contempló con admiración las casas y edificios que colgaban de los cerros, densas y complejas estructuras que le recordaron Valparaíso.

Todos los puertos se parecían, pero aquel tenía las huellas de lo muy antiguo, lo que agradó al capitán Recaredo Amengual. Desembarcó en el muelle, presentó sus documentos y abordó un coche que lo llevó hacia el centro de la ciudad, a través de estrechas y animadas calles comerciales. Deslumbrado por los palacios neoclásicos y por la belleza de las mujeres, descendió en la Plaza Roma, frente a la Prefectura.

Reconoció el edificio por la gran bandera que colgaba del arco de la entrada: roja y verde, con el escudo de la Casa Real de Saboya en el centro. Pese al suelo de mármol y las suntuosas lámparas que colgaban del centro, aquella prefectura parecía más bien una administración de pueblo, con funcionarios somnolientos que deambulaban por los pasillos cargados de carpetas. Ninguno hablaba francés ni le supo dar al capitán Recaredo Amengual indicaciones precisas acerca del despacho del *Signore Prefetto*.

Cuando finalmente lo localizó, fue recibido por un untuoso secretario de bigotes almidonados que le solicitó, en un francés de opereta, que esperara. Y el capitán Recaredo Amengual esperó. Cuando la antesala ya iba a cumplir tres cuartos de hora, según pudo comprobar en su reloj de cadena, la puerta se abrió y el secretario lo hizo pasar a un despacho digno de un cardenal ocupado por un hombrecillo de ojos redondos y saltones. Un enorme ventanal daba a la Piazza dell'Annunziata. De la pared del fondo colgaba un retrato del rey Vittorio Emmanuelle.

—Señor mío, ¿en qué puedo servirle?

—Vengo a aclarar, estimado señor, que el motivo de nuestra presencia en su ciudad es la necesidad de reabastecernos de combustible. Estas, señor, son las cartas de mi nombramiento como comandante, firmadas por el presidente de mi país.

El *Prefetto* recibió los documentos y los examinó, mirando de soslayo al capitán Recaredo Amengual.

—Hace dos días se presentaron ante mí dos señores con cartas diplomáticas, afirmando ser miembros de su legación en París. Me dijeron que el barco había sido sustraído ilegalmente por oficiales revolucionarios.

El capitán Recaredo Amengual sintió que la sangre le subía a la cabeza. Tuvo

que controlar su ira antes de elegir sus palabras.

—Señor, lamento decirle que esos hombres eran impostores. Son ellos los revolucionarios; yo he sido nombrado por el gobierno legítimo de mi país.

El hombrecillo recibió los documentos y los examinó con atención.

—Ayer mandamos las cartas de estos señores a Roma para su autentificación. No hemos tenido respuesta.

Llamó al secretario y le dijo algo en italiano que el capitán Recaredo Amengual no entendió.

—También nos llegó un telegrama de París, del mismísimo Ministerio del Interior, solicitándonos detener a cualquier ciudadano francés que se enganche como tripulante en una nave de guerra extranjera.

—No hay ningún francés en nuestra tripulación, señor.

El *Prefetto* parecía genuinamente compungido por el malentendido y, aunque reiteró la prohibición de transportar material de guerra al crucero Presidente Pinto, ofreció toda la hospitalidad de Génova a la *honorabile tripulazione*.

Al salir de la prefectura, el capitán Recaredo Amengual tuvo que detenerse para ordenar sus ideas. Sin duda alguien de la tripulación había delatado el itinerario del Presidente Pinto a los agentes de la sedición.

Matte y Ross. El capitán repitió sus nombres como si pudiera con ello neutralizar su perfidia. Matte y Ross.

Niza, *Promenade des Anglais*
Miércoles, 12.00 PM

John Thomas North tomó una ostra de la bandeja y se la llevó a la boca. Saboreó con deleite la textura suculenta y tragó. Al frente tenía una copa con Moët Chandon 1888 y un plato circular con otras diez ostras que descansaba encima de una bandeja con hielo picado.

El verano estaba concluyendo en la Costa Azul de Francia y John Thomas North venía a reunirse con un compañero de juerga. A través de los ventanales del comedor del hotel, North contemplaba a las mujeres que paseaban con sus hijos y maridos. Los niños iban con trajecitos de marinero, haciendo rodar aros de metal por las baldosas relucientes. Las damas contoneaban sus cinturas ceñidas con corsé, protegiéndose del sol con sombrillas. Los caballeros, hombres elegantes vestidos de *sport*, miraban el mar con ojos de Neptuno.

North bebió un sorbo de *champagne* burbujeante y *demi sec*. Abrió el ejemplar de *The Times* que había comprado la tarde anterior en París, después de una oportuna visita al *Le Chabanais*, el burdel más reputado de la capital francesa. John Thomas North era un cliente frecuente, y el recuerdo de la grata velada en la habitación Pompeya lo distrajo durante algunos minutos de las carreras de caballos, la primera sección del periódico que leía antes incluso de los resultados de la bolsa.

John Thomas North había llegado lejos, muy lejos, para un muchacho de Leeds, hijo de un comerciante de carbón y una empleada de aseo de la parroquia local. No pudo resistir la tentación de llevarse otra ostra a la boca.

En ese momento un hombre vestido según el último grito de la moda entró al comedor del hotel.

Edward Albert, alias *Prince Bertie*, hijo de Victoria Emperatrix, vestía una chaqueta de tweed, sombrero y corbata negra, y una rosa en el ojal. Edward Albert era uno de los mejores compinches de North en el arte de gastar dinero. North ganó el suyo con el sudor de su frente, en una rústica república sudamericana. Su amigo, en cambio, había nacido en el Palacio de Buckingham.

El príncipe heredero del mayor imperio del mundo alzó la vista y divisó a North frente al amplio ventanal, saboreando un plato de ostras.

Wicked Man.

—John Thomas —saludó el príncipe.

—*Your Highness.*

El tratamiento de North hacia el Príncipe Edward expresaba un matiz de ironía, propio de los tiempos. Desde que la madre de Edward Albert asumiera el trono, en

1837, la nación se había transformado en una exportadora neta de capitales, de artesanos y mecánicos como John Thomas North. Esparcidos por el vasto mundo, estos muchachos de provincia nacidos en Leeds, Manchester, Birmingham y Liverpool habían hecho grandes fortunas en los territorios menos civilizados del orbe manejando máquinas, calderas, instalando aparatos telegráficos y fundiciones. En la India, África, Sudamérica, en el Oriente lejano o en el próximo, la raza de los North había amasado tanto dinero que ahora eran más ricos que la vieja aristocracia de la tierra, que los antiguos duques, barones y *earls* de las guerras de religión. Iban a casinos, tenían caballos de carrera, donaban fortunas a la caridad y se daban la gran vida en el liviano París de la *belle époque.*

—Bueno, ¿cómo estuvo Le Chabanais? —preguntó el príncipe de Gales, llamando con un gesto al garzón—. He oído que ahora tienen un nuevo *siege d'amour*.

—Un rumor nada más —dijo North, esperando a que le trajeran una copa a Su Alteza—. La atención, como usted sabe, sigue siendo sin parangón.

North había tomado clases de dicción al volver a su patria, en 1886. Su gramática oral había mejorado ostensiblemente, pero su acento seguía siendo el rústico voceo de Leeds.

—Estimado John Thomas —dijo el Príncipe de Gales mirando su reloj de cadena—. Lamento tener que ir tan bruscamente al grano, pero en estas cuestiones de dinero usted me conoce. Mi madre me tiene amenazado con desheredarme si no atiendo a mis acreedores.

North sonrió: el príncipe era *su* acreedor. Había participado con cincuenta mil libras en la emisión pública de acciones de la Nitrate Railway Company, y de una serie de empresas que North había llegado a controlar en la remota provincia de Tarapacá y cuyo objeto era la explotación y venta de salitre.

—Tengo buenas noticias de Chile.

—Me agrada mucho oírlo —dijo el príncipe, recibiendo gustoso una copa de *champagne*.

—*Nuestros amigos* van camino a desembarcar. El factor sorpresa, usted sabe. Tienen mejores fusiles y el pueblo está de parte de ellos. ¿Qué más se puede pedir?

—Entiendo tan poco de cuestiones financieras —lo interrumpió el príncipe—. Pero un nuevo dividendo no me vendría mal. Usted sabe, no me interesa hacerme rico, pero por cuestiones de caballerosidad elemental debo mantener tranquilos a mis acreedores

—Eso está fuera de discusión, Su Alteza.

El príncipe Albert Edwards hizo un gesto distraído de aprobación. Pero North sabía que estaba muy atento.

—No obstante, hemos debido incurrir en algunos gastos de representación —advirtió—. Nuestros amigos Matte y Ross necesitaban bloquear la salida de unos

barcos de guerra, hermosos y modernísimos cruceros franceses, lo último de la ciencia naval. Su alteza sabe cómo son los franceses. Por unos pocos francos venden a la esposa.

El príncipe de Gales había volcado su atención sobre las ostras, y sonrió al probar la primera.

Niza
Miércoles, 12.00 PM

El tren a París partió puntualmente. En cada sección los pasajeros de las distintas clases sociales seguían sus costumbres, los obreros comiendo salchichón y bebiendo vino en los vagones de tercera; las familias burguesas manteniendo un silencio digno en los de segunda. En el comedor de primera clase, dos elegantes caballeros sudamericanos entrechocaron sus copas.

—Misión cumplida —dijo Augusto Matte.

—Por la victoria —replicó Agustín Ross.

Estaban contentos después del exitoso viaje que habían realizado a Italia. Lástima que sus obligaciones les impidieron permanecer más días degustando calamares fritos y admirando la belleza femenina en aquellos deliciosos parajes costeros de la bota.

—El Presidente Pinto está retenido en Génova, y el Presidente Errázuriz en Glasgow —señaló Agustín Ross.

—Con suerte lograrán encontrar a alguien que les venda un par de granadas —dijo Augusto Matte—. Pero no hablemos más de trabajo. ¡Salud!

Decenas de veces se habían reunido en circunstancias similares antes de la revolución. Eran banqueros que discutían cosas tan pedestres como el valor de los papeles turcos o la cotización de la libra de azúcar. Pero en un momento comenzó a establecerse una cercanía e incluso una *amistad*. Matte solía compartir asuntos personales con Ross, las vicisitudes de criar él solo a una hija luego de haber perdido a su esposa víctima de la demencia.

Durante seis meses Augusto Matte y Agustín Ross se habían coordinado para que Balmaceda no recibiera las naves que encargara a Francia. Habían gastado fortunas invitando a cenar a diputados, armadores, fabricantes de armas, a funcionarios de los ministerios de defensa y relaciones exteriores. Por suerte habían contado con el apoyo del coronel North.

—Es un hombre de palabra —dijo Agustín Ross, que conocía personalmente al susodicho.

—De eso no cabe duda —asintió Augusto Matte.

Gracias a North y a otros aliados poderosos, ubicados en altos escalafones de los gobiernos de Europa, la lejana república sudamericana estaba a punto de dar un paso histórico.

—Dentro de poco habremos puesto fin a la tiranía —dijo Augusto Matte, un hombre dado a las frases grandilocuentes—. Tendremos por fin un gobierno

parlamentario como las principales naciones de Europa.

Había, sin embargo, algo que preocupaba a Augusto Matte: las grandes decisiones del día de la victoria y, la más importante de todas, la cuestión presidencial.

Una señal de tristeza se dibujó en sus ojos. Recordó las visiones místicas y los ataques de ira de su esposa, recluida en un convento desde que diera a luz a su única hija, la precoz, terca y apasionada joven Rebeca Matte.

—El país necesitará un presidente —dijo en voz alta.

Fue el turno de Ross de contemplar su copa y guardar silencio.

—Agustín no está preparado para ser presidente —dijo lentamente, adivinando lo que Matte quería decir.

Augusto Matte imaginó que a su amigo le invadían también recuerdos de familia, la voz severa de su hermana Juana Ross, los desplantes de orgullo de su sobrino Agustín Edwards. Fue como si aquel otro Agustín, el joven y ambicioso empresario y político nacional, el dueño de *La Época* y *El Mercurio de Valparaíso*, cobrara presencia en aquel comedor de tren de primera clase.

—El país necesita a un hombre sencillo y alejado de los grupos políticos.

—Bueno, eres su tío y lo conoces mucho mejor que yo.

—Vaya que sí.

—Habrá que pensar en otro candidato, entonces.

Augusto Matte y Agustín Ross se miraron con complicidad.

—¿Un marino, por ejemplo?

El tren seguía su rumbo hacia París. Por la ventana se veían viñedos y campos rebosantes de trigo, viejas casonas y castillos medievales.

—Por la marina entonces —dijeron los dos al mismo tiempo, brindando una vez más.

Los Molles
Miércoles, 10.00 AM

Ismael Valdés Vergara se acomodó la gorra blanca con la insignia de comandante de bomberos, la misma que usaba en las ceremonias oficiales y actos cívicos antes de la guerra, y se dirigió a la cámara de oficiales del blindado Cochrane.

Durante aquellos días de navegación se había compenetrado con la vida en un barco de guerra, la estrechez de los camarotes, la disciplina y el mareo. Su hermano había fallecido trágicamente en un barco como aquel, el glorioso blindado Blanco Encalada, hundido por una torpedera balmacedista en el puerto de Caldera. Como tantos hombres de su generación y estatus social, desarrolló un odio personal hacia Balmaceda y todo lo que representaba su gobierno. Estaba allí para asistir al derrumbe de la tiranía, en calidad de secretario de la junta de gobierno.

Faltaban pocas horas para iniciar el asalto final, y su corazón latía de ansiedad.

En la cámara de oficiales se encontraban reunidos los señores Walker Martínez, Barros Luco y Waldo Silva, los coroneles del Canto, Holley y Körner, y el capitán Jorge Montt.

El encuentro comenzó con las trivialidades y el humor propio de siete hombres sin sus esposas. Un humor pícaro tratándose de Ramón Barros Luco, un liberal vividor. Waldo Silva, el presidente del Senado, se limitaba a sonreír benévolamente aferrado a su bastón, mientras que Joaquín Walker Martínez, el encopetado ministro de Hacienda de la junta y líder de la facción conservadora del congreso, celebraba los chistes de Barros Luco con una sonrisa forzada. El capitán Jorge Montt y el coronel del Canto se sentaban en extremos opuestos de la mesa.

¿Qué tenían en común aquellos hombres, rivales políticos de antaño? Aparte de amar a la patria y odiar a Balmaceda, probablemente poco.

—Señores, ha estado muy amena la conversación, pero el tiempo apremia —dijo el coronel del Canto, comandante en jefe del ejército congresista. Su voz era socarrona como la de un *huaso*, parecida a la de un gallo que habla rápido, mirando a su auditorio con picardía.

—Sí, por favor —dijo el capitán Jorge Montt—. El tiempo corre.

La voz de Jorge Montt era todo lo contrario, sofisticada, cadenciosa y diplomática.

Ismael Valdés Vergara sacó su cuaderno para levantar el acta de la sesión.

—Coronel Körner, por favor —dijo el coronel del Canto.

El coronel Körner era el encargado de diseñar los planes de campaña de

acuerdo a las últimas y más modernas nociones científico-militares. Con una serie de gestos rápidos, sacó sus cuadernos, sus lápices y su regla de cálculo, desplegó una carta topográfica encima de la mesa de caoba, que se movía suavemente con el vaivén del barco. Por último, colocó un estuche con fichas de colores.

—A laz cinco de la tagde se reunigá a la tgopa y se leegán las pgoclamas revolugiozagias. A las dos de la mañana se repagtigá caldo y café a la tgopa. A las tges comienza el desembagco. Pgimego tgeziento hombge del Pisagua se dezplegagán paga asegugag acceso al embagcadego.

El coronel Körner colocó una ficha en un punto de la bahía de Quinteros. Luego agregó otras cuatro: *Chañaral, Constitución, Ingenieros y Rifleros.* Todo estaba calculado. Cada soldado llevaría ciento cincuenta tiros y ración seca para dos días. En la madrugada del jueves el Constitución, los rifleros y los ingenieros avanzarían por la playa de Ritoque hacia el sur, hasta el río Aconcagua. El Chañaral lo haría por el camino del interior, hacia la hacienda de Colmo. Las dos brigadas atravesarían el río y se dirigirían hacia Valparaíso. Su objetivo era destruir al ejército gobiernista en algún punto del camino.

—¿Qué pasa con la tercera brigada, coronel *Kerner*? —preguntó el coronel del Canto.

El coronel Körner sacó otras seis fichas y las colocó con golpes secos en un punto situado al interior del mapa.

—La tercera bgigada segá la última en dezembagcag
—respondó. Se digigigá hacia Limache, paga cogtag la vía fégea a Santiago.

Del Canto frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Coronel, con el debido respeto, discrepo de eso último. ¿Qué ganamos con dispersar nuestras pocas fuerzas? Tendremos que cruzar un río y asaltar posiciones en altura. Hay que atacar con todo, de frente, *¡a la chilena!*

El coronel Körner parpadeó y no dijo nada.

—Distinto sería —prosiguió el coronel del Canto—, y en esto le concedo el punto, que el así llamado *Comité Revolucionario* cumpla con sus objetivos.

El coronel del Canto giró la cabeza para encarar, con una ligera inclinación del bigote, al señor Joaquín Walker Martínez.

El líder conservador tenía ambas manos afirmadas de las solapas, en un gesto típico de caballero. Al ser interpelado por el coronel del Canto, estiró los brazos y los apoyó en la mesa, tomándose un instante para escoger sus palabras.

—Señores, como señalé en el momento de salir de Caldera, el comité respondería al llamado patriótico emprendiendo una serie de tareas estratégicas contra las líneas de comunicación de la tiranía. Esas acciones contra el telégrafo y las vías del ferrocarril se están realizando en distintos puntos del territorio. El más importante está teniendo lugar probablemente ahora mismo, en la hacienda Lo Cañas, y su objetivo son los puentes sobre el río Maipo.

—Esos trabajos revolucionarios son de vital importancia —reconoció el coronel del Canto—. Obligarán a la dictadura a asignar fuerzas para proteger estos puntos. Si efectivamente se han realizado, nuestras tropas tendrán noticia de ello al desembarcar.

—¿Qué noticias tenemos de los cruceros Pinto y Errázuriz? —preguntó el coronel del Canto.

El capitán Jorge Montt sonrió.

—¿Ha oído usted hablar de la leyenda del Holandés Errante? El barco fantasma que viaja sin poder llegar nunca a puerto…

Ramón Barros Luco soltó una carcajada.

—Para nuestra tranquilidad, señores —dijo el capitán Jorge Montt—, nuestros agentes en Europa se han hecho cargo del problema.

Walker Martínez y Körner miraron al coronel del Canto, quien apenas parpadeó.

—Señores, la escuadra sigue su rumbo al Sur, con vientos del Sur-Sureste —dijo el capitán Jorge Montt—. Nuestros vigías están en alerta para prevenir la presencia de torpederas. Dentro de unas cuatro horas habremos arribado al punto de desembarco. Mañana será un gran día para el país. Se levanta la sesión.

Ismael Valdés Vergara terminó de anotar el acta. Cada día que pasaba se iba dando cuenta de las contradicciones que se establecían en el mando revolucionario. Temía que, una vez iniciada la campaña, estas rivalidades emergieran con fuerza, perturbando el gran proyecto de derribar al dictador. Walker Martínez y los conservadores apoyaban al capitán Montt; los nacionales y radicales se inclinaban por el coronel Del Canto, mientras que Barros Luco y los liberales permanecían en la ambigüedad. De aquel juego saldría el próximo presidente de la república.

Con el corte de los puentes, vías férreas y líneas telegráficas por el comité Revolucionario en Lo Cañas y el bloqueo de los cruceros balmacedistas en Europa, la victoria estaba asegurada.

Ismael Valdés Vergara regresó optimista a su camarote. Debía pasar en limpio el acta y agregarla al Archivo de Campaña de la Revolución.

Santiago, La Moneda
Miércoles, 11.00 AM

Balmaceda advirtió de inmediato que los militares traían malas noticias. El general Orozimbo Barbosa Puga, comandante supremo de las fuerzas militares gubernamentales, llegó acompañado por el general Roberto Gana.

—Excelencia, hemos detectado la presencia de una montonera en la zona del Maipo, en el fundo Lo Cañas —dijo el general Barbosa—. Intentaban volar los puentes y el telégrafo.

Barbosa no representaba sus 53 años. Gordo, completamente calvo y con una barba blanca que le cubría el cuello, su andar era el de un anciano. En rigor, no debía estar allí sino en su casa, tomando jarabes y remedios. Veía borroso, tenía una infección en la vejiga y vivía con sed y con ganas de orinar. Su cuerpo sufría de hormigueos y entumecimientos. Pero allí estaba, firme junto al cañón para defender al presidente.

—¿Quién es el propietario de ese fundo? —preguntó Balmaceda.

—Carlos Walker Martínez.

—Señores, disculpen mi brusquedad. Creo haberles dicho que yo no querría, bajo ninguna circunstancia, volver a tener conocimiento de estos asuntos que son de incumbencia de la autoridad militar.

—Excelencia, esto es diferente —interrumpió el general Gana.

—¿En qué sentido diferente, general? —preguntó Balmaceda con sorpresa.

—En que ya fueron ejecutadas, sin consejo de guerra, 17 personas —la voz de Gana tembló levemente—. Y en que el jefe a cargo del pelotón aconseja no proceder con nuevos fusilamientos que perjudiquen la reputación del gobierno.

Balmaceda recordó el sueño del que había despertado esa mañana. Respiró hondo y miró a Barbosa. El general jadeaba como un oso en su asiento, aguardando instrucciones.

—El presidente de la república solo firma sentencias capitales de la justicia civil —dijo Balmaceda, con calma—. Es competencia del comandante de armas dirimir procesos de la justicia militar. Si el comandante de armas considera pertinente evitar penas capitales, estas no se aplican. Si considera que se deben cumplir, se cumplen.

El general Barbosa asintió.

Balmaceda llamó al secretario Eguiluz y le pidió que trajera té, tortillas al rescoldo y un tazón de dulce de membrillo.

—Esto no puede sino indicar una cosa —dijo Balmaceda—: que la escuadra revolucionaria debe estar cerca y se prepara para atacar.

—Todas las providencias han sido adoptadas, excelencia —dijo el general Barbosa—. Las unidades de la costa están en alerta y las del interior vigilan las líneas del telégrafo y del ferrocarril. Gracias a ello pudimos sorprender a esta montonera.

—¿Cuál es su pálpito, general? ¿Coquimbo, Valparaíso o Talcahuano?

—Me inclino por Valparaíso, excelencia —contestó Barbosa—. El coronel Alcérreca ya ordenó a los dueños de los fundos que retiren a todos los animales de la costa. No hay una sola vaca, mula o caballo que puedan utilizar en su provecho.

—Muy bien, general —dijo Balmaceda—. Seguiremos fieles a nuestro esquema inicial, de proceder rápidamente a la reagrupación de todas las fuerzas apenas tengamos noticias del sitio del desembarco. Por ningún motivo hay que dar batalla sin tener una clara superioridad numérica.

—Así se hará, excelencia.

—Bien, me quedo entonces más tranquilo. Las tropas podrán sostenerse en sus líneas defensivas, a la espera de que lleguen los cruceros de Europa.

El secretario Eguiluz regresó con el desayuno. Lo traía en una bandeja de plata con el escudo de la república.

—Los médicos me ha prohibido estas cosas —dijo Barbosa—. Pero qué saben ellos.

El viejo general firmó las sentencias de muerte poco después, y lejos de la vista de Balmaceda.

***

En un pequeño salón del domicilio presidencial, Emilia de Toro y sus tres hijas Elisa, María y Julia Balmaceda, rezaban el rosario arrodilladas.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in ora mortis nostræ. Amen.

Cada una apretaba las cuentas con devoción, con los ojos cerrados, pensando en el marido y en el padre que debía aguantar la pesada carga de dirigir a la nación en momentos difíciles. Rezaban por los hermanos José Manuel, Enrique y Pedro, que en paz descansaba en los brazos del Señor, y por la abuela Encarnación, que vivía sola soportando insultos callejeros y pintadas soeces en los muros de su casa.

Ave Maria, gratia plena, Dominus Tecum.

Las cuatro mujeres rezaban por sus innumerables tíos y primos, los Balmaceda

Pérez, los Balmaceda Zañartu, los Balmaceda Saavedra, los Balmaceda Valdés y los Balmaceda Fontecilla, y por todos los parientes del lado Toro Herrera, nietos y sobrinos de presidentes, jurisconsultos, educadores y hacendados cuyos antepasados habían llegado al país en los tiempos de la colonia.

El coro iba subiendo de intensidad, con cada Ave María del primero de los cinco misterios del rosario. Cada una de las cuatro mujeres comenzaba a sentir que las rodillas se les adormecían, que sus sentidos se diluían; el temor de la madre se transformaba en fe inquebrantable y los pensamientos frívolos de las tres hijas jóvenes se desvanecían en el amor de la Virgen y de su hijo Jesucristo.

Terminado el rosario, las cuatro mujeres se levantaron, se desentumecieron los pies y se dirigieron al comedor presidencial.

—¿El papá almuerza con nosotros? —preguntó María Emilia, la menor.

—No lo sé, Emilita —respondió Emilia de Toro—. Parece que está ocupado con los militares.

Valparaíso, calle de la Victoria
Miércoles, 11.00 AM

Como todos los días Rosa se despidió de sus hijos y de su madre, y bajó caminando hacia la ciudad.

La quebrada descendía entre riachuelos y basurales. A veces se juntaban jaurías de perros que había que espantar a piedrazos. Esa mañana, por suerte, solo bajaban sirvientas, obreros, gañanes del puerto. Caminó por el borde de la quebrada sorteando charcos, troncos y animales muertos. Miraba una vez más la bahía repleta de barcos.

El cañoneo de la noche anterior había dejado intranquila a toda la ciudad y Rosa iba directo al centro del conflicto. Ella trabajaba para el hombre más rico del país. Un hombre que, además, era uno de los principales líderes de la revolución. Rosa más bien le cuidaba su gigantesca mansión sin más apoyo que un puñado de sirvientes cuyos sueldos los pagaba ahora la misión diplomática de los Estados Unidos de América.

Doce años habían pasado desde que llegara al puerto con sus dos críos. Allí conoció a Melchor y tuvieron al tercero. Como marino disciplinado y leal que era, él se embarcó en el Cochrane el día en que la escuadra se declaró en rebeldía contra Balmaceda. Rosa llevaba ocho meses sin verlo.

Llegó hasta las primeras calles empedradas. Los aguateros y vendedores de pan amasado pregonaban sus productos. Desde las ventanas de las grandes casonas las empleadas sacudían sábanas y alfombras, vaciaban bateas de agua sucia. Parecía un día cualquiera, de no ser por los soldados que custodiaban los edificios públicos y las iglesias.

Se detuvo delante de los Sagrados Corazones. Muchas iglesias habían sido saqueadas y había más de un sacerdote preso o desterrado por conspirar contra el gobierno. Rosa cerró los ojos y le pidió a la Virgen proteger a Melchor, que andaba en el norte con la escuadra; y a David, su hijo mayor que cuidaba animales en el alto del cerro y era blanco fácil de los reclutadores del ejército. Le rezó a su señora para que cuidara de su hijo Ramón, que se vivía resfriando, y a su madre que en esos momentos era su único apoyo para seguir trabajando desde que Melchor partiera al norte.

Rosa llevaba más de doce años trabajando para Agustín Edwards y seguía siendo dignamente pobre gracias al dinero que le pagaba mes a mes y de manera puntual. La familia vivía además del sueldo de Melchor como sargento de cañones, pero Rosa llevaba ocho meses sin saber nada de él ni de sus pesos.

En vano había tratado de convencerlo de que desertara de la escuadra. La dictadura era buena para los pobres: el presidente Balmaceda quería usar la plata del salitre para construir escuelas y hospitales y darles medicinas a los niños para que no se murieran. Pero Melchor, que no sabía leer ni escribir como ella, le respondió con algo concreto.

—Usted todavía trabaja para don Agustín Edwards, doña Rosa, y yo para la marina. Cuando venga otro comandante u otro patrón, ahí conversamos. Yo no nací para desertor, ni quiero dejarla a usted viuda y a nuestros chiquillos sin padre por culpa de una corte marcial. Adiós, negra querida. Que Dios nos proteja a todos.

Las calles de Valparaíso lucían un aspecto inquietante, de algo que todos sabían pero que nadie decía. Atravesó la Plaza Victoria y escuchó a algunas personas discutiendo. Alguien gritó *¡Viva el presidente de la república! ¡Muerte a los futres!*

Un año antes Rosa hubiera coreado las consignas de los balmacedistas, pero ya no. Desde el 6 de enero, el día en que Melchor se fue con la escuadra, los intendentes y jefes de policía habían lanzado una feroz batida contra cualquiera que trabajara o hubiese trabajado para algún diputado o senador de la oposición. Obreros, artesanos, empleadas, capataces de fundos, simples gañanes fueron detenidos, encarcelados y torturados. Solo Rosa sabía por qué se había salvado del calabozo y los tormentos de la policía, pese a trabajar para uno de los líderes de la revolución. Ella y su familia, junto con la mansión de Agustín Edwards, estaban bajo la protección de los Estados Unidos de América.

La plaza lucía como en cualquier día, con el organillero, los vendedores de algodón dulce y de jarabe de horchata, los suplementeros que voceaban *El Imparcial* o *El Intransigente*. Rosa cruzó hacia la Gran Avenida, se detuvo delante de la imponente fachada de tres pisos y dio la vuelta hasta dar con la puerta trasera. Golpeó dos veces y esperó.

—¿Qué dice, señora Rosa? —preguntó Adalberto, el portero.

—Igual que usted no más. Aguantando.

Desde la partida de los patrones, la residencia de la familia Edwards era una mansión abandonada a sus fantasmas. Ya no corrían niños por los pasillos ni se escuchaban a las institutrices inglesas persiguiéndolos para que regresaran a la lección de gramática. Misiá Juana Ross no entraba a la cocina para asegurarse de que no le pusieran cilantro al cocido, ni doña María Luisa Mac Clure se encerraba con sus amigas para jugar bridge. La mitad de la servidumbre había partido a Lima con la familia, incluyendo a Marcel, el chef francés. Los que quedaban, Rosa, María, la ayudante de cocina, Blanca, la lavandera, y Adalberto, mantenían las luces y el fogón encendidos y una apariencia de normalidad.

—Usted no se preocupe, doña Rosa —dijo Adalberto—. A don Melchor no le va a pasar nada en esta refriega.

—No ando preocupado por Melchor —señaló Rosa con una entonación neutra

—. Él sabrá en el sayo que se metió.

—Del niño David tampoco se tiene que preocupar —dijo Adalberto, tomándole la mano—. Ese palomilla anda en Laguna Verde cazando ranas. Los militares no lo van a encontrar ni con velas para engancharlo en esta guerra.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Rosa cambiando de tema.

—Llegó telegrama de Mr. Egan. Viene hoy a la tarde a quedarse.

—Muy bien. A trabajar entonces —dijo juntando las manos.

Rosa comenzó a dar instrucciones. Había que matar una gallina y estofarla, poner sábanas limpias para la cama, tener sales para el baño y una botella que Mr. Egan le había confiado y de cuya existencia nadie en Valparaíso podía saber.

—Yo encuentro estupendos a estos yanquis —dijo Adalberto—. ¿Usted no, señora Rosa?

—Míster Egan es un encanto —respondió ella reprimiendo una sonrisa.

Santiago, avenida de las Delicias
Miércoles, 11.00 AM

Los cerros nevados de la cordillera dominaban el horizonte. El coche de Alicia MacAllister pasó frente al convento de San Francisco, siguiendo el camino que hacía todos los días. Pero esa mañana Alicia MacAllister iba a tomar una decisión.

Santiago era una sucesión de casonas, galpones, iglesias con torres puntiagudas e hileras de casitas de una planta y con techos de tejas. La avenida de las Delicias dividía la ciudad en dos, con sus hileras de álamos separados por bandejones, acequias y piletas. Frente al convento, los primeros funcionarios se bajaban de tranvías tirados a caballo. Los vendedores los esperaban con dulces, tortillas y flores; el estiércol y la orina de los animales se acumulaba en las aceras. Todo parecía normal, salvo un detalle: los templos y edificios públicos estaban custodiados por soldados.

El coche siguió su camino, cruzó la calle de la Maestranza y anduvo algunos metros más, dejando a su paso una pequeña nube de polvo en la calzada de ripio.

Alicia MacAllister bajó, se despidió del cochero y encaró el edificio de estilo francés. De su boca salía un vapor entrecortado.

El hospital San Borja era un establecimiento para mujeres. Atendido originalmente por monjas francesas de la orden de San Vicente de Paul, de las nueve originales solo quedaban con vida sor Marta y la hermana Teresa. Todas las demás habían muerto víctimas del tifus que cada cierto tiempo, en años bisiestos según la leyenda, asolaba a la capital.

Alicia MacAllister traspasó el umbral de la entrada y caminó apuradamente por el pasillo, saludando a pacientes y enfermeras. Las internas del hospital convalecían de partos y abortos, enfermedades infecciosas, agresiones de sus maridos o padres; padecían pústulas sifilíticas, viruelas en estado terminal, males hepáticos y susceptibilidades nerviosas de todo tipo. De cada dos hijos que parían, uno estaba condenado a morir de diarreas, cólera o pulmonía. La vida, según decían, era para sufrir.

Alicia MacAllister pasó frente a la capilla y no se persignó. Había dejado de ir a misa hacía un mes.

Llegó hasta una oficina ubicada en el ala administrativa del hospital. En la pared había un crucifijo; en los estantes, libros de anatomía femenina. La doctora Eloísa Díaz revisaba unas fichas. Era la responsable de evacuar las estadísticas.

—¡Doctora MacAllister!

Eloísa Díaz tenía 25 años y era la primera mujer que ejercía la medicina en el

país. Alicia MacAllister, a los 23, era la tercera.

—Doctora, buenos días. Yo… necesito hablar con usted.

—¿Es urgente?

—Sí, doctora, es urgente.

—Bueno pues, si insiste... —dijo cambiando la voz—. Por favor, tome asiento.

Alicia MacAllister miró a su colega con seriedad.

—Doctora, quiero pedirle que me dispense de mis responsabilidades en el hospital —dijo finalmente.

Eloísa Díaz la quedó mirando con sorpresa.

—No me diga que se va a casar.

—Por favor, doctora. Es por otra cosa. Otra muy distinta.

Alicia guardó silencio durante algunos segundos, escogiendo con cuidado sus palabras.

—Toda la ciudad oyó las campanas y supongo que usted también. Es la señal.

—Son tiempos difíciles —reconoció Eloísa Díaz—. Pero todavía no me ha dicho qué piensa hacer.

—He tomado la decisión de ofrecer mis oficios en las ambulancias del ejército.

Eloísa Díaz, la autora del libro *Breves Observaciones sobre la Aparición de la Pubertad en la Mujer Chilena y las Predisposiciones Patológicas del Sexo*, abrió los ojos como si acabara de escuchar una explosión de artillería a corta distancia.

—¿Qué la hace pensar que la van a aceptar?

—Ya está todo arreglado, doctora, una persona cercana ha hecho las gestiones ante la comandancia general.

—No sé qué decirle, doctora. Por cierto, no puedo retenerla aquí en contra de su voluntad, pero sepa que la voy a echar de menos.

Eloísa Díaz tomó una hoja de papel y comenzó a escribir.

—De todas maneras quisiera saber qué la motivó para tomar esta decisión.

—Varias cosas, doctora. No sé por dónde comenzar. El trabajo en el hospital es apasionante. He aprendido mucho con usted, pero la vida con mi madre se me hace cada día más insoportable.

Alicia MacAllister vivía con su madre viuda. Su padre, al fallecer, le había dejado una herencia de cien mil pesos. Era una mujer económicamente libre, pero encadenada a las normas sociales.

—Hoy tuvimos un desagradable altercado —dijo—. La única obsesión de mi madre, aparte de la religión, es que yo contraiga matrimonio. Me trató de solterona, y me dijo otras cosas desagradables que no voy a reproducir.

—Solterona es poco —sonrió la doctora Eloísa Díaz—. Imagínese otras peores que dicen a nuestras espaldas: bruja, atea, hija de Lesbos…

Alicia MacAllister soltó una carcajada que rápidamente se esfumó.

—Mi madre lleva meses intentando unirme a un señor mayor, viudo, de buena renta y posición social, pero que me fastidia enormemente.

—Supongo, entonces, que esas gestiones ante la comandancia general las hizo alguien que no la fastidia.

Alicia MacAllister sintió que sus mejillas enrojecían, pero Eloísa Díaz no insistió en el punto.

—Me va a prometer solo una cosa, eso sí —dijo muy seria, firmando el documento—: No haga *leseras*.

—No se preocupe, doctora. No voy sola.

—Me deja usted mucho más tranquila. Vaya con Dios, doctora, con la Virgen y todas las brujas del campo. Yo no creo en esas cosas, pero la guerra es la guerra.

***

Un diálogo muy parecido sostenían en ese momento dos hombres en la Oficina Central de Vacuna, frente a la plaza de Armas. A diferencia del diálogo anterior, entre los doctores Luis Lorenzetti y Efraín Klein había una brecha de más de treinta años de práctica. La otra diferencia: en los armarios del doctor Klein no había tratados de anatomía femenina sino frascos con materia orgánica, cepas de enfermedades de transmisión masiva. Envases transparentes y sellados con muestras de pus para inocular a niños contra esas enfermedades.

—Usted es víctima de sus pasiones —dijo Klein poniéndose los lentes para firmar la dispensa que exoneraba a Luis Lorenzetti de sus obligaciones.

—No es tan así, doctor. Esta es una decisión meditada. El lugar del médico es con los que sufren.

—¿Qué sabe usted de heridas de artillería?

—Menos que de heridas cortopunzantes. Hice mi internado en el hospital San Juan de Dios y, por Dios que hay riñas en esta ciudad…

—Yo tenía su misma edad para la revolución de 1851, y abrazaba ideas radicales —murmuró el doctor Krebs.

—No me diga —dijo Luis Lorenzetti, sorprendido.

—Tal como lo oye. Yo fui de los que oyó hablar a Francisco Bilbao. No tomé parte en el levantamiento propiamente tal, pero le di mi apoyo. Incluso ayudé a muchos camaradas a esconderse y escapar hacia el Perú.

Su abuelo le había contado la historia de aquel levantamiento protagonizado por un militar de Concepción y unos jóvenes de Santiago que leían demasiada

poesía francesa. Su abuelo, masón y garibaldino, miembro de la *Giovanne Italia*, le hablaba de esas cosas. De Lincoln y el árbol de la libertad. El doctor Efraín Klein lo escuchaba sin decir nada.

—Usted lo sabe mejor que yo, doctor —dijo Luis Lorenzetti—. Este gobierno multiplicó los recursos para la vacunación por un factor de cuatro.

—No sé si se ha fijado usted en una cosa —dijo el doctor Efraín Klein—. Los revolucionarios de ayer fueron después el *partido del orden*. La generación de Santa María, de Vicuña Mackenna y Lillo: reclamaban por la libertad del voto, y lo terminaron manipulando a su antojo.

—¿Qué partido va a tomar a tomar usted en estos momentos? —preguntó Luis Lorenzetti.

—¿Partido? Soy un funcionario del Estado.

—Muchas gracias —dijo Luis Lorenzetti extendiendo su mano—. Sepa que vamos a concluir la tarea que ustedes iniciaron en 1851. La tarea de Bilbao.

—Doctor Lorenzetti… —suspiró Efraín Krebs sacándose los lentes—. Le voy a pedir, como colega y como amigo, mucha cautela.

—Usted no se preocupe. Solo pretendo ayudar a los colegas de Valparaíso.

Con su dispensa firmada, Luis Lorenzetti salió de la Oficina Central de Vacuna y atravesó la plaza de Armas hasta la calle de Ahumada. Varias cuadras habían quedado reducidas a escombros tras el incendio del 6 de junio. Luis Lorenzetti pasó frente a los muros calcinados del club de la Unión y de la Universidad Católica. Pero los signos de la catástrofe no le preocupaban; toda su atención estaba puesta en lo que iba a venir: una lucha frontal por el control del Estado, entre la oligarquía de los apellidos y la nación soberana.

Los suplementeros recorrían las esquinas descalzos, voceando los titulares de *La Libertad* y *La Nación*. Tinta negra, letras grandes, caricaturas, la editorial del presidente. Los comerciantes levantaban las cortinas de sus vitrinas y exponían sus maniquíes vestidos a la moda, con vestidos de cuello subido y sombreros con penacho de *marabout*. Eladio, el veterano cojo del 79, estaba como todos los días en la esquina de Huérfanos con Estado, haciendo sonar su tarrito con monedas.

—Una chaucha para este soldado que lo dejó todo en Chorrillos… Una chaucha señora, señor…

Luis Lorenzetti le dio una moneda de a peso.

—¡Gracias, doctor! ¡Que Dios lo acompañe!

Los bancos abrían sus oficinas y de los salones brotaban los primeros olores a cafés. Circulaban abogados, sacerdotes jóvenes, tinterillos y estafetas de las oficinas. Luis Lorenzetti notó la agitación que recorría las calles, los cuchicheos en las esquinas, las silbatinas que precedían el paso de algún militar o funcionario de gobierno. Él era un balmacedista, pero ese día pensaba en una sola cosa: ir a la guerra con la mujer que amaba.

Habían quedado de reunirse en un café del hotel del Comercio.

Todo estaba listo para la partida: los permisos ante la comandancia general, los boletos de tren y las dos habitaciones reservadas en el mejor hotel de Viña del Mar.

—Un café con leche, por favor —dijo sacándose el sombrero y el abrigo—. Y una porción de dulces chilenos.

—Cómo no, señor —dijo el criado.

Había llegado antes de lo convenido. Comprobó la hora en su reloj y cogió un ejemplar del Diario Oficial. A su alrededor se hablaba en sordina. Todos habían escuchado las campanadas la noche anterior.

Lorenzetti sacó una bolsa de tabaco y enrolló un cigarrillo. El criado le trajo el café y un plato con alfajores de manjar criollo. Nadie en su familia conocía sus planes. Su padre era un comerciante viudo; su madre estaba en el cementerio junto al abuelo que le habló de las hazañas de Garibaldi.

Revolvió su café, miró hacia la entrada y entonces la vio entrando al salón, su silueta envuelta en un halo sobrenatural. La luz de las ventanas se amplificaba en sus rizos rojizos. Su busto proyectado hacia adelante avanzaba por las mesas entre discretas miradas de admiración.

—Yo estoy lista —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Yo también —dijo Luis Lorenzetti, cogiendo las manos enguantadas de Alicia MacAllister, a vista y paciencia de todo el mundo.

***

Después de recibir la limosna el Cojo Eladio se dirigió a la iglesia de San Agustín; llegó justo cuando terminaba la misa y las beatas venían de comulgar. El Cojo Eladio era veterano de guerra y nadie le disputaba el puesto junto a la puerta.

—Una chaucha para este soldado… ¡una o dos, por favor!

Diez años exactos habían pasado desde que dejó todo por la patria. Tiempos de gloria cuando subió el morro Solar y ayudó a colocar la bandera. Bajando hacia Chorrillos recibió una bala peruana y se sacó la cresta. Solo en la caída perdió dos muelas. Despertó en la ambulancia, con una pierna menos y la cabeza atontada por el opio.

El Cojo Eladio conocía el centro de memoria. Iba de la catedral a la Iglesia de la Merced, y luego a la de San Agustín, llenando el tarrito. Su velocidad de desplazamiento era causa de asombro. Con los años había desarrollado brazos y pectorales para darse velocidad. *Ahí va el Cojo Eladio*, decían los patipelados con admiración y con respeto. Sabían que el Cojo Eladio era malas pulgas.

—¡Una chaucha para este veterano!

El Cojo Eladio no solo llenaba el tarrito de iglesia en iglesia, apostándose en las esquinas estratégicas del centro. En cada parada recababa información. Sabía identificar a las esposas de los balmacedistas y de los antibalmacedistas, a sus hijas y a sus empleadas.

En el camino entre una iglesia y otra pasaba frente a La Moneda y al cuartel de Infantería, y terminaba de hacerse el día. Luego iba a alguna fonda a tomar vino y comerse un plato de porotos.

Pero ese día había revuelo.

La guardia había sido reforzada y en el techo vio una ametralladora. Llegaban coches con ministros y políticos con expresiones serias.

—Una chaucha para este veterano… Hijo, yo me batí con tu padre en Chorrillos.

—Sale, cojo tal por cual —le dijo un soldado de la Guardia.

El cojo Eladio se alejó del palacio presidencial, rumiando su resentimiento y acariciando la hora de la venganza, que no debía estar lejos.

—¡Ingrato! —gritó—. ¡Ya nos cobraremos venganza! ¡Viva Chile, mierda!

Valparaíso, calle de la Victoria
Miércoles, 5.00 PM

Patrick Egan, representante de los Estados Unidos de América, llegó en el tren de las doce y se bajó en la estación Bellavista. Tomó un carro y se dirigió hacia la mansión de Agustín Edwards. Una vez a la semana se dirigía a Valparaíso para reunirse con sus representados, los comerciantes, importadores y líderes religiosos de la nutrida comunidad estadounidense del puerto.

Patrick Egan no había nacido en Norteamérica sino en Irlanda. Era un jugador a varias bandas, capaz de usar su cercanía con Balmaceda para proteger a sus adversarios, cosa que hizo con Agustín Edwards. Egan negoció con el gobierno de Balmaceda un salvoconducto para que el magnate y su familia salieran del país con rumbo a Lima. A cambio de estos servicios había arrendado, con cargo a sus gastos de representación, la lujosa casa de tres pisos que la acaudalada familia poseía en Valparaíso.

El coche lo dejó frente a la entrada principal. El portero lo saludó como si fuera un jefe de Estado, recibiendo su sombrero, su bastón y su abrigo. Nunca terminaba de sorprenderse con la magnificencia del palacio, digno de un barón de la banca y de la industria. La jefa de la servidumbre salió también a recibirlo.

—Buenas tardes, Rousa —saludó Egan.

Rosa hizo una inclinación de cabeza. A Egan le gustaba aquella mujer. Viudo y con hijos repartidos entre Dublín y Sidney, apreciaba charlar con ella. De hecho Rosa se había transformado en una fuente de información de valor inestimable para sus tareas diplomáticas.

—Por favor, lléveme el jarabe para la tos a la biblioteca.

Rosa le devolvió una sonrisa de complicidad.

Patrick Egan solía quedarse largos minutos en la biblioteca de Agustín Edwards, apreciando su buen gusto y haciéndose preguntas. Sabía que Edwards era nieto de un contrabandista inglés radicado en Coquimbo, hijo de un empresario minero de Copiapó que se casó con su propia sobrina. Sabía también que le gustaban las bebidas espirituosas, a juzgar por las abundantes existencias de diversos destilados que había en las bodegas.

En los anaqueles tenía decenas de libros de tapa gruesa; enciclopedias en inglés y en francés; tratados de geografía, minería y economía política. Egan llevaba semanas buscando en estos libros alguna pista acerca de quién era el dueño de aquella mansión, leyendo las tapas de los libros, hojeándolos en busca de papeles olvidados por si la casualidad le permitía dilucidar las intenciones de aquel magnate

de la prensa, la banca y la industria, que se había embarcado en la aventura de derrocar al gobierno.

—Lo que me pidió, señor —dijo Rosa, volviendo con una bandeja, un vaso y una botella con un licor de color madera.

***

En ese momento otro caballero de los Estados Unidos, un hombre alto, grueso, de mejillas y ojos caídos y piel rojiza, se presentaba ante la mansión Edwards. Adalberto lo hizo pasar al salón de los invitados y le ofreció un té. El recién llegado declinó con un gesto de impaciencia.

Su nombre era George Brown. Su cargo, comandante del escuadrón del Pacífico de la *U.S. Navy*.

—Mr. Egan lo espera en la biblioteca.

En el trayecto, el contraalmirante Brown admiró la regia mampostería, las exquisitas lámparas, las alfombras persas que se hundían levemente bajo sus botas.

El ministro Egan se levantó del asiento con un libro entre las manos. El asunto que los reunía aquella tarde eran los cañonazos del crucero Esmeralda y las campanadas de las iglesias durante la noche anterior.

—Según mis estimaciones, la escuadra ya pasó por Coquimbo, lo que significa que podrían llegar esta noche —señaló Brown, observando con interés la botella de destilado que permanecía sin abrir en la mesa.

Egan se puso de pie y señaló la botella con un gesto.

—*Care for a drink?*

El marino hizo un gesto afirmativo.

—Toda la bahía de Valparaíso está defendida por artillería pesada —dijo—. Ninguna escuadra invasora puede acercarse al puerto sin recibir una lluvia de plomo. Además el gobierno cuenta con unas torpederas bastante veloces, las mismas que hundieron al blindado Blanco Encalada en Caldera.

—¿Y qué harán, entonces? —preguntó Egan—. ¿Seguirán hacia San Antonio? ¿Concepción?

—No lo creo. Le darían al gobierno una ventaja crucial para agrupar sus fuerzas. Lo más probable es que desembarquen en una bahía cercana, como Quinteros.

Egan ponderó el análisis que acababa de hacer Brown.

—Esta mañana he recibido un cable cifrado de Washington —dijo—. Sus órdenes son zarpar e ir al encuentro de la escuadra rebelde, realizar observaciones e

informarme de ellas.

El contraalmirante Brown dio un breve respingo en su asiento.

—Si me permite, yo veo un problema en apostar demasiado por el gobierno. —¿Y cuál es ése?

—El gobierno está en una posición defensiva y de espera, y ha cedido la iniciativa a los rebeldes. Es una apuesta peligrosa. Los rebeldes tienen el apoyo de las grandes fortunas del país y de los gobiernos europeos. Si no cómo explicar que Balmaceda no haya recibido aún los famosos cruceros franceses.

—Muy muy buen punto, contraalmirante, pero temo que estemos de manos atadas. Nuestra política exterior consiste en diferenciarnos de Europa y, sobre todo, de los británicos…

Brown estudió detenidamente a Egan. El viejo irlandés le provocaba desconfianza, pero tenía razón.

—Pueden ocurrir muchas cosas —prosiguió Egan—. Por ejemplo, que las fuerzas de Balmaceda puedan sostener su línea defensiva durante dos o tres semanas, el tiempo que tarden en llegar esos famosos cruceros que, según nuestros informes, ya zarparon de Francia.

Brown tenía serias dudas de que eso fuera posible: tenían que darse demasiadas cosas al mismo tiempo. Sin embargo, se guardó su opinión.

—Zarparé mañana, temprano —dijo.

—¿Por qué no hoy?

—No conoce usted a mis marineros, señor. La mitad está en estos momentos dispersa en los bares de Valparaíso, embriagándose y persiguiendo señoritas. Me tomará todo el día traerlos a bordo.

Patrick Egan soltó una carcajada.

—Usted ubique a esa famosa escuadra lo antes posible.

***

Rosa se apartó de la puerta. Sabía que la conversación se aproximaba a su fin. Mary Williams, la institutriz de los Edwards, le había enseñado algo de inglés, lo suficiente para entender lo medular de la conversación: los norteamericanos apoyaban a Balmaceda.

Regresó a la cocina. La Blanca preparaba una cazuela de gallina para el almuerzo.

—¿Y qué dijeron los gringos, Rosita? —preguntó la cocinera con malicia, revolviendo la olla con un cucharón.

—Ni que te fuera a decir.

—Verdad que usted habla el inglés mejor que don Agustín.

—Tú revuelve no más, oye.

Las dos mujeres se miraron sin decir nada.

Los Molles
Miércoles, 5.00 PM

El sargento de cañón Melchor Martínez descansaba en su coy cuando sonó el zafarrancho.

—Parece que llegamos —comentó el cabo Zenón González.

Melchor se levantó sin apuro. En otros tiempos aquel toque de clarín significaba la presencia del Huáscar, un combate en que se jugaban sus vidas y el destino del país. Ahora solo sentía una mezcla de rabia e impotencia: el adversario eran otros chilenos.

—Vergüenza nacional —dijo el cabo González.

—Hable más despacio —murmuró Melchor mirando alrededor.

Desde que acertara el tiro de cañón que cambió el rumbo de la Guerra del Pacífico, todo era distinto en la marina y en el país. Rosa se lo había advertido: te suben el jornal, pero también suben los precios. *Ahorremos, Melchor, y nos compramos un puesto en el mercado, para vender verduras y pescados. Fuiste guerrero, hazte pescador, como San Pedro.*

¡Cuánto de menos la echaba, a su negra! Lo único que calmaba su ansiedad era la certeza de que la Rosa y los cabros estaban protegidos en la mansión del ricachón Edwards.

—¿Por qué tan callado, sargento? —preguntó el cabo Zenón González.

—Me estoy poniendo viejo —dijo Melchor con hosquedad.

Los marineros salían del entrepuente y subían trotando a cubierta. Los soldados de la segunda brigada de infantería ya se habían colocado en posición y la bandera flameaba en el palo mayor.

—¡Formación! —gritaba el teniente Tupper.

El sol estaba por ponerse y la costa se divisaba a lo lejos, marcada por la espuma de las rompientes. Alineados en la cubierta, los marineros del Cochrane aguardaban con expectación.

—Hay varios que estarían dispuestos a tomarse el barco —susurró el cabo González en el oído de Melchor—. Tenemos que evitar una masacre.

—Cabo, no me vuelva a hablar de insubordinación, que le parto la cara de un puñete...

Las gruesas manos de Melchor habían dejado tieso a más de un bravucón de los puertos. El cabo González no insistió.

A Melchor nunca le había terminado de hacer sentido aquella guerra. La

indisciplina era algo que no se le pasaba por la cabeza, y el motín al que González quería arrastrarlo le parecía un insulto. Pero las cuestiones jurídicas y políticas tampoco le hacían sentido. El problema se resumía a si el cabo Melchor Martínez sería capaz, llegado el momento del combate, de disparar contra sus compatriotas.

En ese momento vieron salir del castillo de popa una delegación de altos oficiales de la marina y del ejército, un cura y varios civiles que debían ser senadores o diputados por su porte pechugón y soberbio. Encabezaba el grupo el capitán Jorge Montt, y Melchor sintió escalofríos al recordar la extraña conversación que habían sostenido la noche anterior.

—¿A este no lo iban a llamar a retiro? —murmuró con ironía González—. Lo único que quiere es que lo nombren presidente, el muy fresco.

—Una más, cabo… —masculló Melchor.

Las autoridades pasaron de largo y subieron por la escalinata al castillo de proa. Ahí se quedaron un rato, mirándose sin saber qué hacer. El capitán Jorge Montt sacó una hoja de papel de su chaqueta, tomó unos lentes y comenzó a leer en voz alta y monótona:

Tripulantes, soldados del ejército constitucional. El 7 de enero del presente año, la escuadra respondió al llamamiento del Congreso Nacional a los defensores del país para que amparasen y mantuvieran el imperio de la Constitución y de la ley, conculcados por la más odiosa e inexcusable dictadura…

¿Qué significaba *conculcado*? Melchor giró la cabeza y miró a su alrededor. Nadie parecía entender mucho aquellas palabras altisonantes.

Ha llegado la hora, ansiada por todos, de liberar a Chile de la Dictadura, y afirmar para siempre el dominio de la ley y del derecho… que Dios conceda la victoria a los que luchan por la justicia.

El capitán Montt terminó su discurso y los marineros lo vitorearon. Melchor Martínez levantó su gorra con el mismo entusiasmo borracho escuchando una misa en latín. Recordó con nostalgia las arengas del comandante Juan José Latorre en los tiempos de la Guerra del Pacífico. El cabo González tenía razón: al lado de Latorre, Montt no calentaba ni la sopa.

Luego vino otro discurso pronunciado por un caballero de lentes y gorra de oficial de bomberos. El hombre sacó otro papel de su chaqueta y comenzó a leerlo con inesperada pasión.

Señores jefes, oficiales y soldados: llega el momento de herir al dictador en su guarida. ¡Soldados! Vamos a probarle a ese gran criminal que vive en La Moneda, que en Chile no hay aire respirable para los déspotas, y que bastará con vuestra presencia para que sus mercenarios huyan despavoridos.

Era pillo el caballero. Hacía pausas para mirar a los marineros y soldados, y así medir el efecto de sus palabras. A diferencia del capitán Montt, hablaba en simple, subía y bajaba la voz en las palabras más importantes.

Pero para asegurar la victoria es preciso mantener la más severa disciplina. Hasta después de vencer, no tenemos ni madres, ni esposas, ni hijos. ¡Soldados! El que os ofrezca licor con el pretexto de celebrar vuestras victorias, es un espía, un enemigo o un traidor. Vuestros jefes esperan que el ejército constitucional sea, por su moralidad y heroísmo, motivo de orgullo para la Patria. En alta mar, a 19 de agosto de 1891. ¡Viva Chile!

Trescientas bocas repitieron lo mismo. Y muchas tantas en los 16 barcos de la escuadra. El cura bendijo a las tripulaciones y a los barcos. Todos dijeron *amén.*

París, rue Monge
Jueves, 2.00 AM

En el cuarto piso de un edificio ubicado cerca del Jardín de Plantas, un hombre sufría una pesadilla.

Juan José Latorre se enfrentaba de nuevo a la ballena. En una chalupa embadurnada de grasa, él y Miguel Grau debían levantar un gigantesco arpón y ensartarlo en el lomo del animal; de lo contrario, ambos serían castigados.

Lo tienes que arrojar tú, decía Grau, que no tenía rostro en el sueño. La voz del peruano salía de un tubo, una especie de manguera que brotaba de su cuello, dilatándose y contrayéndose con las palabras. Latorre intentaba levantar el arpón, pero no podía. La ballena avanzaba, su enorme frente desplazando espuma hacia los costados.

¡Nos van a joder, carajo!, decía la garganta cercenada de Grau, moviendo los muñones que habían sido sus brazos.

—¡Juan José, Juan José!

Latorre sintió unas manos que lo remecían. En la penumbra de la habitación reconoció la silueta de su esposa, Julia Moreno Zuleta. Lanzó un suspiro y se tapó la cara con las manos. Permaneció algunos minutos sentado en la cama, mientras su esposa regresaba al sueño. Pronto volvió a ser una silueta estirada voluptuosamente bajo las sábanas. Pero las imágenes de la pesadilla regresaban y Juan José Latorre decidió levantarse de la cama, ponerse una bata, calzarse las pantuflas y salir en puntillas de la habitación.

Necesitaba un coñac con urgencia. Abrió una gaveta de un mueble del salón de visitas y, a media luz, se sirvió una copa. Abrió las puertas del balcón y salió a respirar el aire húmedo.

Los techos de París se extendían hasta donde terminaba la vista. Alguna vez Juan José Latorre había calculado cuánto combustible quemaba París en un solo día, lo suficiente para hacer navegar una flota de cien acorazados hasta el otro rincón del mundo.

Uno de los mayores dolores de la vida de Juan José Latorre vida fue descubrir que Miguel Grau Monasterio, el enemigo que había pulverizado con la artillería del Cochrane, pertenecía a la misma hermandad secreta que pugnaba por un gobierno de hombres sabios y honorables, por la república de la razón y el progreso, la separación de la Iglesia y el Estado.

Bebiendo lentamente su copa de coñac, Latorre recordó el combate de Angamos, el horizonte del océano, el cielo nublado, la línea de la costa. Recordó el

brutal estampido de los cañones y el momento en que vio, a través de sus prismáticos, como la torre del Huáscar estallaba en fragmentos con una bala de doscientas cincuenta libras, disparada por el cabo de cañón Melchor Martínez.

Las imágenes pasaban como proyectadas desde una linterna mágica. Cuando despertó del ensueño, aferraba con las manos un timón imaginario. Giraba a estribor para cortar la huida del Huáscar. Un diálogo reciente tomó el lugar de sus recuerdos de guerra.

—Hermano Latorre, usted no debe tomar partido en una contienda civil.

—Ya he tomado partido.

—Aún es tiempo de restarse de una lucha fratricida. El Gran Oriente de Francia no aprueba la revocación de las libertades públicas en Chile por el señor Balmaceda.

Terminó su copa de coñac. La rigidez de sus nervios comenzó a ceder. Pensó en Balmaceda y en Recaredo Amengual, porfiando por sacar al crucero Presidente Pinto de un astillero cuyos obreros y administradores habían sido sobornados por Matte y Ross, los agentes de la sedición. Pensó en Melchor Martínez, quien en esos momentos servía como artillero para esos mismos enemigos. Todo parecía revuelto y fuera de lugar. El Gran Arquitecto del Universo estaba borracho.

Juan José Latorre no regresó inmediatamente a la cama. Pasó por la cocina y luego por su despacho personal, donde acumulaba sus libros de cartografía, astronomía y estrategia naval. Se sentó delante del escritorio, sacó un trozo de papel, cogió la pluma y el tintero y comenzó a escribir una carta.

Querido Hermano Lillo:

Le escribo en un estado de insomnio y turbación por el rumbo que han seguido los acontecimientos en nuestra patria. Sepa usted que no me pierdo detalle y que, en base a ello, me he formado una opinión pesimista acerca de lo que nos espera. Nuestra legación en París es un avispero, campean el cinismo y la duplicidad. Imposible saber para quién trabaja realmente nuestro ministro embajador. Todo ello ha hecho que mi labor aquí esté marcada por la impotencia y la frustración. La partida de los cruceros ha resultado un enigma del que ni yo ni ningún oficial leal al gobierno hemos podido descifrar. Postergaciones absurdas, accidentes sin explicación, han dilatado lo que debía ser la entrega normal de dos barcos de guerra contratados y pagados por nuestro gobierno. Solo me lo explico por la acción de los agentes de la oposición que, dicho sea de paso, están plenamente identificados.

Hubiera preferido encontrarme en el país y ser de verdadera ayuda, pero también debo reconocer que la idea de participar activamente en un combate fratricida me es insoportable.

Espero que usted se encuentre bien y pueda aún ejercer la labor de patriótica sensatez que siempre lo ha caracterizado.

Se despide fraternalmente, su Hermano de siempre.

Latorre.

Releyó la carta, tachó algunas palabras, escribió algunas más. Al día siguiente la despacharía, como si con ello pudiese tranquilizar su conciencia.

Zapallar
Miércoles, 11.00 PM

Ismael Valdés Vergara no pudo dormir esa noche. Se daba vueltas en el camarote, subía a cubierta y regresaba. Desde el comienzo de la campaña llevaba un diario con todas sus impresiones. Los preparativos para el desembarco proseguían en la cubierta mientras él intentaba construir un relato de aquellas jornadas destinado a las futuras generaciones. Pero las palabras no salían como quería; anotaba los nombres de los protagonistas de la expedición y los llenaba de elogios, los comparaba con los guerreros de la Ilíada y luego se arrepentía; empezaba una frase y se detenía a la mitad, dudaba ante un adjetivo pomposo y arrancaba la página de cuajo.

Ismael Valdés Vergara tenía 38 años y nueve hijos. No era marino ni militar, sino abogado y juez. Nunca había estado en un escenario de guerra, pero había visto de cerca la muerte. Era bombero, miembro fundador de la Quinta Compañía, y había estado en más de una calamidad.

Había perdió la fe de niño, en un incendio.

La fecha estaba grabada en su memoria: 8 de diciembre de 1863, cuando fue con su madre y sus hermanas a la iglesia de la Compañía de Jesús, a celebrar el cierre del Mes de María.

Iban atrasados y tuvieron que quedarse al final de la nave principal. Eso fue lo que los salvó.

La iglesia de la Compañía quedaba al poniente de la plaza de Armas y era un templo pequeño. Allí se reunía la alta sociedad de Santiago. Los jesuitas habían regresado hacía pocos años al país y aquel fatídico 8 de diciembre el clérigo Juan Ugarte había dispuesto dos mil velas, cirios y candelabros. Las velas eran de cera, parafina y estearina, un sebo extraído de los cerdos.

Estaba por comenzar el verano, y el sudor de tres mil personas se sumó a las llamas de las velas en un espacio cerrado, con un altar lleno de ornamentos, cintas, flores y ofrendas a la Virgen. El padre Juan Ugarte aún no comenzaba su homilía cuando el velo del tabernáculo se incendió. De ahí pasó a un cuadro al óleo y subió por la cúpula. Al ver las llamas, la gente que estaba al fondo empujó las puertas, dejando entrar un violento chorro de oxígeno que expandió el fuego hacia las vigas.

Las iglesias no tenían asientos. Las damas llevaban alfombras para sentarse durante la misa y usaban largos vestidos de crinolina, aquellas armazones que se usaban debajo de la ropa para darles volumen. Al comenzar el incendio esto provocó el caos. Mujeres y niños tropezaban o caían en cadena. Fue tan rápido que

Ismael Valdés Vergara no alcanzó a ver la primera lámpara de araña cayendo en llamas sobre los cuerpos.

La ciudad contaba apenas con una vieja bomba de palancas, capaz de arrojar un débil chorro de agua. Cuando los funcionarios municipales la echaron a andar, la enorme campana de la iglesia se había transformado en un bloque ígneo cuyo calor derritió los soportes de madera. La cúpula completa se derrumbó sobre quienes aún permanecían en el interior.

Ismael Valdés Vergara vio todo aferrado a las manos de su madre. Durante años sufrió pesadillas con crucifijos, vírgenes y santos que ardían.

Las tragedia fue interpretada de tantas formas que durante años vivió confundido. Que había sido un castigo de Dios, que había sido un atentado contra los jesuitas, un complot de los ateos; que había sido, simplemente, producto de la imprudencia del sacerdote que llenó el templo con velas de parafina y sebo de cerdo un día de verano, con miles de personas aglomeradas.

Aún recordaba la silueta de Benjamín Vicuña Mackenna, erguida encima de una carreta, arengando a la multitud que observaba estupefacta las ruinas humeantes del templo.

—¡Conciudadanos! —dijo con los brazos extendidos—. ¡Llamo a los hombres de buena voluntad, dispuestos a ofrecerse para combatir calamidades como ésta!

Toda la gente aplaudió. Ismael Valdés Vergara, entonces un niño de diez años, oyó a dos mujeres cuchichear a sus espaldas.

—¿Oíste lo de los túneles? Dicen que se derrumbaron, que salió azufre debajo del altar.

—¿Túneles? ¿Quién te contó?

—Los túneles, Ignacia, por Dios. Las catacumbas. Toda la ciudad está conectada y por ahí circulan las ánimas. Allí enterraron a Portales, a la Quintrala y al corregidor Zañartu.

Una voz parecía más vieja que la otra. Ismael Valdés Vergara sintió miedo y no se atrevió a mirar.

—Dicen que cuando se apagó el fuego de los escombros brotaron llamitas azules.

—Tú estás loca, oye.

Buscó a las mujeres que acababan de sostener aquel inquietante diálogo. Vio dos siluetas con mantas negras, de la cabeza a los pies, alejándose entre la multitud que se dispersaba después de aclamar a Vicuña Mackenna.

Pirque
Jueves, 12.00 AM

Las ramas de las parras se mecían con el viento nocturno. El fundo tenía varias hectáreas de viñedos de las mejores cepas de Burdeos, que aquel año había costado cosechar por culpa de la guerra.

El capataz Marcelino Yáñez daba la última ronda por las bodegas. Llevaba consigo una carabina y una antorcha con la que se iba abriendo un breve túnel de luz en medio de la oscuridad absoluta. Las barricas estaban alineadas en filas, acostadas; un ejército de barricas de roble francés, llenas de vino. El techo y las paredes del túnel eran de ladrillo y parecía una catacumba. No era raro sentir ruidos imaginarios en un lugar así.

Los campesinos de la zona decían que en aquellas bodegas se aparecía el Diablo disfrazado de monje. Un monje de rostro afeminado y voz masculina. Marcelino Yáñez sabía que era una leyenda para mantener alejados a los borrachines de la comarca.

Aun así aquella ronda nocturna solía avivar fantasmas en su imaginación. El aire encerrado y húmedo, o el eco de sus propios pasos eran una verdadera prueba de nervios, y Marcelino Yáñez era de los pocos que se atrevía a bajar solo a las bodegas.

De pronto creyó sentir un ruido que no era el de sus pasos, ni el de una gota de humedad cayendo del techo. Empuñó la carabina y esperó. Eran golpes. Golpes a una puerta.

Marcelino Yáñez nunca había escuchado algo así, como si proviniera del otro mundo. Por supuesto, era sugestión. Los golpes seguían un patrón: cuatro, silencio. Tres, silencio. Dos, silencio… Y el capataz Marcelino Yáñez sabía su significado.

Se acercó al lugar de la pared de donde provenían. Dejó la antorcha en una base y se persignó. La puerta estaba oculta detrás de una barrica vacía. Era pequeña, tan baja que parecía construida para permitir el paso de un niño. El capataz Marcelino Carvajal sacó el manojo de llaves y escogió una. Golpeó la puerta siguiendo un patrón inverso: cuatro, silencio. Tres, silencio. Dos, silencio.

La cerradura emitió un sonido quejumbroso. No había sido utilizada en años, desde que don Melchor Concha y Toro ordenó construir el túnel.

—Buenas noches —dijo el caballero poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo.

—Buenas noches, don Carlos —saludó el capataz.

—Disculpe la hora, necesitaba hablar con don Melchor.

—No se preocupe, patrón —dijo Marcelino Yáñez, volviendo a cerrar la puerta

—. Venga conmigo, por favor.

***

Carlos Walker Martínez siguió al capataz por el sendero que conducía de la bodega hacia a un magnífico palacio de una planta, en estilo neoclásico, con pilares dóricos y teja romana. El jardín estaba hecho de topiarios perfectos, arbustos recortados en forma de pájaros, según la moda francesa. Había una pileta sin agua, con un querubín que sostenía una copa vacía y miraba la entrada principal, trancada con candado.

Marcelino Yáñez lo condujo sigilosamente por una puerta trasera, la misma que utilizaba la servidumbre. En los tiempos que corrían había que tener esa clase de precauciones.

—Pase, por favor, don Carlos.

La casona tenía salones para distintas horas del día y distintas épocas del año. Para cenar, jugar bridge, escuchar música. Para recibir la mañana o el ocaso. Sillones tapizados, mesillas con jarrones chinos, estanterías con libros, espejos enmarcados en forma de filodendro. Carlos Walker siguió al capataz hasta un salón donde ardía una chimenea.

—Voy a avisarle a don Melchor —dijo el capataz.

Carlos Walker Martínez permaneció de pie, dando vueltas por el salón. Se detuvo frente al retrato de un hombre imponente, vestido por completo de negro, de rasgos mestizos, nariz ganchuda, cabello largo y oscuro peinado hacia atrás. A los pies de la figura había una inscripción

Joseph de Santiago Concha y Salvatierra, leyó Carlos Walker Martínez, *Caballero de la Orden de Calatrava, Gobernador y Capitán General del Reyno de Chile.*

—Amigo mío, qué gusto de verlo sano y salvo —dijo de pronto una voz.

Melchor Concha y Toro no se parecía a su famoso antepasado más que en el brillo de los ojos. Quizá de él había heredado la costumbre de construir túneles secretos.

—En nombre del Comité Revolucionario —dijo Carlos Walker Martínez—. Tengo que agradecer su hospitalidad.

—No faltaba más —dijo Melchor—. Por favor, tome asiento. Supongo que un buen coñac le ayudará a desentumecer los huesos. Pediré que le traigan algo de comer.

Carlos Walker Martínez estaba de un humor sombrío. Su hermano Joaquín era el ministro de hacienda de la Junta de Iquique, y él presidía el Comité

Revolucionario de Santiago. Llevaba meses refugiándose en distintas casas de amigos y conocidos, cambiando de escondite y escapando por poco de la policía.

—Fuimos traicionados.

—Por favor, cuénteme todo. Corren muchos rumores.

—Los muchachos se reunieron en mi fundo de Lo Cañas para proceder a volar los puentes. Alguien los delató y los soldados se dejaron caer antes de que pudieran hacer nada
—Carlos Walker Martínez bebió un sorbo de coñac para seguir su relato—. Fue una masacre.

—Entiendo cómo se siente —dijo Concha y Toro—. Pero estoy seguro de que, pese a este trágico incidente, nuestra causa prevalecerá.

—Los conduje hacia la muerte…

—Amigo mío, basta de recriminaciones. La escuadra está cerca y todos los esfuerzos que hemos hecho para derribar al dictador se verán coronados con la victoria.

Walker Martínez no dijo nada.

—Ya volverán los tiempos en que nuestra iglesia y nuestros pastores recuperen el sitial que les corresponde en nuestro país, y los años de oscurantismo ateo pasarán a ser nada más que un mal recuerdo.

—Dios lo oiga —dijo Walker Martínez no muy convencido.

—No desfallezca, amigo mío. La muerte de estos jóvenes no será en vano. Tengo entre mis amistades a cierta persona que trabaja en la fábrica de cartuchos del ejército. Ha estado realizando una labor que servirá para vengar a nuestros mártires.

—¿A qué se refiere? —preguntó Walker Martínez.

—A que una vez trabado el combate, la artillería del dictador pesará menos que una banda de fuegos artificiales.

Durante algunos minutos ninguno de los dos dijo nada.

—Ha llegado el momento —dijo Concha y Toro, alzando una copa de cristal con dos dedos de coñac—. La escuadra está cerca y con ella el día de la liberación. Brindemos por eso.

Carlos Walker Martínez alzó su copa.

—*Societas Iesu* —dijo Melchor de Concha y Toro, mirando el retrato de su antepasado—. Ahorra recemos por el alma de estos muchachos.

Bahía de Zapallar
Jueves, 4.00 AM

¿Qué hacer cuando se hunde un barco? ¿Qué se siente cuando el agua salada invade las bodegas? ¿Cuánto tiempo pasa para que le llegue a uno hasta la boca y comience a cubrirlo? ¿Cuántos logran alcanzar la cubierta y arrojarse al mar? ¿Cuán rápido hay que nadar antes de que el remolino se lo trague todo alrededor? ¿Cuántos están aún con vida y se van con el barco hacia las oscuras profundidades?

El Blanco Encalada era la nave hermana del Cochrane. Réplicas exactas, armadas y lanzadas al mar en Inglaterra. Juntos habían logrado la gloria cazando al Huáscar. Ahora uno de los dos estaba en el fondo del mar. Una torpedera balmacedista la hundió el 23 de abril, en la bahía de Caldera.

Enrique Valdés Vergara, el periodista alocado y genial, editor del diario *El Heraldo,* secretario de la junta de gobierno, fue uno de los ciento ochenta hombres que murieron esa noche.

Ismael Valdés Vergara despertó inquieto. El barco se movía con el oleaje pero no avanzaba. Algo estaba sucediendo.

Se levantó del pequeño camastro donde dormía, se puso la chaqueta, los lentes, la gorra de bombero y subió a cubierta.

Una neblina densa envolvía la costa. Desconcertado, Ismael Valdés Vergara sacó su reloj de cadena y comprobó la hora. Según los planes del coronel Körner, el desembarco debía haber comenzado, pero los soldados estaban sentados en la cubierta, aferrando sus fusiles y sus morrales, liando cigarrillos y murmurando.

Ismael Valdés Vergara caminó por la cubierta hacia el puente de mando, cerrándose la chaqueta en torno al cuello para protegerse del aire frío de la mañana. Subió por la escalinata y, antes de entrar, alcanzó a oír la voz del coronel Emilio Körner:

—¡Pego cómo es pozible! ¡Esto retgasagá las opegaziones!

—Es lamentable —se excusó el capitán Montt.

Ismael Valdés Vergara tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar el voluminoso oficial alemán.

—¿Qué sucedió?

—Un error de cálculo —dijo el capitán Jorge Montt—. No estamos frente a Quinteros, sino diez kilómetros al norte.

—¿Compromete los planes?

—Es solo un contratiempo. El señor *Kerner* exagera —dijo el capitán Jorge

Montt.

Montt era un optimista. Estaba convencido de que el Comité Revolucionario de Carlos Walker Martínez había cortado las líneas y el ejército podría asaltar Valparaíso con poca resistencia. Ismael Valdés Vergara, en cambio, se sentía en un limbo entre la vigilia y el sueño.

—Soñé con mi hermano —dijo contemplando la costa envuelta en brumas.

Montt arqueó las cejas e hizo un gesto torpe, como si intentara transmitirle a Valdés Vergara sus respetos.

—No se preocupe usted por los torpedos. Nuestros vigías están atentos a cualquier embarcación que se nos acerque.

—Capitán, quisiera pedir su autorización para bajar a tierra con las tropas —dijo Ismael Valdés Vergara.

—La tiene —dijo Montt—. Pero, por favor, nada de hacer quijotadas por ahí.

—Pierda cuidado. Solo deseo ver in situ cómo se desmorona una dictadura.

Quinteros
Jueves, 7.00 AM

Una delgada línea de luz comenzaba a separar el mar del horizonte cuando el soldado Manuel Quilodrán divisó cuatro siluetas ingresando en la bahía. Estaba apostado dentro de una garita, en los altos de Loncura, justo frente al embarcadero. Le habían prohibido hacer fuego, y lo único que tenía para pasar el frío era un grueso capote y un par de calcetines de lana tejidos por su madre. A su izquierda dos grandes promontorios encerraban una herradura casi perfecta. Los barcos venían entrando por el lado de la caleta Ventanas y eran cuatro: dos grandes y dos chicos.

—Anda a avisarle al sargento —dijo despercudiendo al soldado Justino Méndez que dormitaba sobre una silla con los brazos cruzados.

El sargento Belisario Athos también dormía en el caserío ubicado frente a la caleta El Manzano, justo al lado de la caseta del telégrafo. Llevaba dos semanas sin otra tarea que vigilar la bahía y asegurarse de que no hubiera una sola vaca, mula o caballo a menos de cuatro leguas de la costa, para evitar que las tropas invasoras las utilizaran en caso de desembarco.

Apenas recibió la noticia de Méndez, hizo a un lado la manta y se puso las botas.

—Son cuatro, señor —dijo el soldado, un muchacho con dientes chuecos y el rostro picado de viruela.

El sargento Athos se mojó la cara en una batea. El frío de la madrugada terminó de despertarlo. Una luz anaranjada recortaba los cerros de la cordillera. Los barcos eran visibles a ojo desnudo, pero tuvo que subir hasta la punta del promontorio para identificarlos con ayuda de los prismáticos: uno era, sin asomo de duda, la corbeta O'Higgins.

Su presencia solo podía significar una cosa: el desembarco iba a comenzar.

***

El telegrafista Fernández dormía con la ropa puesta en una pocilga sin ventanas. Los golpes de Athos hicieron crujir las bisagras de la puerta.

—¡Señor Fernández! ¡Arriba! Suenan los clarines del deber.

—¡No escucho nada! —masculló el operador levantándose con fastidio—.

Supongo que no tengo tiempo ni para hacerme un mate.

—Señor Fernández...

—El telégrafo tiene un rito, sargento, y espero que tenga un motivo para arrancarme de mi descanso.

Entraron en la caseta y el sargento Athos de inmediato a reunió los telegramas del general Alcérreca y del comandante Viel para triturarlos.

—¿Pero qué hace usted? —preguntó el telegrafista, encendiendo el aparato.

—Órdenes son órdenes, señor. Tenga la amabilidad de transmitir este parte al contralmirante Viel. Luego coja sus enseres y ensille su caballo que nos largamos.

—Tenemos visitas, por lo visto —dijo el telegrafista.

Con un gesto teatral se acercó al aparato, inclinó el torso y puso su dedo índice en el pulsador. A la voz del sargento Athos, comenzó a digitar las señales eléctricas que pronto remecerían al país.

QUINTEROS, 20 DE AGOSTO.
NAVES ENEMIGAS EN LA BAHÍA.
ATHOS

—Excelente resumen —dijo el telegrafista—. ¿Ahora me puedo hacer el mate?

Santiago, Barrio Yungay
Jueves, 7.30 AM

Los primeros rayos del sol despuntaban de la cordillera. Los gallos cantaban en los patios de las casas; en las cocinas se encendían braseros, se revolvía el rescoldo de los hornos de barro. Mujeres de brazos fornidos comenzaban a amasar el pan y la tortilla.

Toda la ciudad estaba en alerta después de las campanadas. Los rumores circulaban de cuadra en cuadra, y la casona ubicada en la esquina de la Plaza Yungay no era la excepción. La Mañunga estaba casada con un sargento del 4° de Línea; la Fresia tenía un hijo que se había ido para el norte y del que no sabía nada, y la Dominga, la más vieja de todas, comenzó a recordar la revolución anterior.

—Yo era una cabra chica de este porte y con mis hermanos y mi taita vivíamos cerca del cuartel de infantería. Nos tuvimos que esconder de los balazos.

—Don Eusebio estuvo en esa revolución —dijo la Mañunga—. Cuando era cabrito.

—¿Murió gente, Dominga? —preguntó la Fresia.

—¡Fusilaron a no sé cuántos! Así no más va a ser ahora, acuérdense de mí…

—A don Eusebio por poco lo fusilan —dijo la Mañunga—. Se salvó de puro famoso que era.

—¿Y quién ganó esa revolución, Dominga?

—El gobierno, pues niña. En este país siempre gana el gobierno —dijo la anciana removiendo el rescoldo.

***

Una hora más tarde el desayuno estaba servido. Eusebio Lillo y su compañera Mercedes Luco eran gente madrugadora, y esa mañana tenían mucho que conversar.

—Tengo miedo, Eusebio —dijo ella—. Todo el mundo habla de las campanadas. Dicen que tienen listas de casas que van a saquear en caso de que ganen los revolucionarios.

—Tonterías, mujer —dijo él—. Para algo tenemos policía.

—¿Y si se pasan de bando? ¿Quién nos va a proteger?

Eusebio Lillo había despertado con jaqueca. La noche anterior regresó tarde de

una reunión en su logia. Una *tenida* bastante triste por el número de ausentes.

—Mijita, sea lo que sea que pase, nosotros no tenemos nada que temer —dijo Lillo, tomando un largo sorbo de té.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tengo un plan.

Lillo untó un trozo de pan con miel y masticó con calma.

—Mire, yo no tengo bola de cristal. Podemos ganar como salir para atrás, y en ese caso nosotros vamos a guardar nuestras cosas, vamos a abrir ese viejo sótano y esperar que pase la tormenta.

—Podríamos irnos a Lima —dijo Mercedes—. O a París

—Creo que el presidente Balmaceda no apreciaría una señal como ésa. Usted déjeme estas cosas a mí.

***

Eusebio Lillo acaba de cumplir 65 años. Su vida había sido una aventura tras otra, con caídas y aciertos. Poeta discreto, había instalado sus versos en el himno solemne que todos los chilenos cantaban en el día de la patria. Enterrados los ardores libertarios de su juventud, se convirtió en un aventurero y, finalmente, en un próspero empresario rentista. Supo estar en el momento adecuado y en el lugar preciso para hacer negocios mineros con el general Mariano Melgarejo, el estrafalario presidente de Bolivia que terminó sus días alcoholizado y demente en las calles de Valparaíso. Años después Lillo ofició de espía y operador político del ministro Santa María en la escuadra. Aportó su astucia y sus contactos para sacar a Bolivia del conflicto, aislar al Perú y derrotarlo en el mar.

Pero en su vida política Lillo no había sido tan afortunado: le tocó encabezar el primer gabinete de Balmaceda y no duró dos meses en el cargo. Su misión fue saldar la paz con la iglesia Católica y terminar con la intervención electoral. Contaba con el apoyo de los liberales de gobierno y de los nacionales. Agustín Edwards lo acompañó como ministro de hacienda en el gabinete que presidía. Pero la oposición contaba con una herramienta devastadora para botar ministerios: *la clausura del debate*. Un orador de fuste, como Carlos Walker Martínez, tomaba la palabra y exponía sus puntos de vista sobre la ley de municipalidades durante largos e interminables minutos. Hacia el final de su discurso, simplemente invertía el orden de sus argumentos. Luego tomaba la palabra un liberal disidente, algún exmagistrado, historiador o banquero con ínfulas intelectuales, y repetía el mismo libreto, extendiéndolo aún más. Y así a lo largo de días enteros, hasta que vencía el plazo de aprobar la ley y el ministro era acusado de inoperancia. Le sucedió a Lillo,

y a todos los ministros que vinieron después. Con cada cambio de gabinete, la virulencia entre las facciones aumentaba, el tenor de los insultos recrudecía y la violencia verbal se trasladó a los periódicos y a la calle.

Pero si el congreso era una hoguera de vanidades, donde los grandes proyectos de ley se estancaban en luchas estériles, el presidente contribuyó con lo suyo para incubar la tormenta que había terminado tragándose al país.

Lillo no había visto a hombre que pasara más rápido de la vehemencia al abatimiento. Balmaceda cambiaba rápidamente de opinión, buscaba a las personas para atraerlas, y luego las dejaba de considerar. Muchas veces tenía razón, pero procedía de manera errática: conciliador en un principio, la frustración lo volvía autoritario, y luego retrocedía desconcertando a unos e irritando a todos.

Solo un hombre así pudo haber incurrido en la ingenuidad de darles la espalda a sus aliados, tenderles una mano a sus enemigos y, al final, unirlos a todos en su contra. Así se había producido algo que hasta hace muy poco parecía impensable: una alianza entre los beatos y los masones para derrocar al presidente de la república.

Aquella mañana, después de desayunar con su compañera, Lillo se retiró a su biblioteca. Permaneció allí un par de horas leyendo y respondiendo cartas. Le escribió una larga misiva al almirante Juan José Latorre, poniéndolo al día de la situación.

Estimado Latorre:

Anoche las campanas de las iglesias comenzaron a sonar tomando por sorpresa a toda la ciudad. A nadie escapó que se trató de un anuncio de la llegada de la escuadra y el desembarco de los revolucionarios en algún punto del litoral. Los mandos militares intentarán seguramente detener la invasión, pero temo que sin el concurso de los cruceros la contienda se torne difícil.

En todo este lapso Balmaceda prácticamente no ha salido de La Moneda. Temo que en este ambiente de claustro no esté en condiciones de tomar las decisiones adecuadas. Su hombre para dirigir al ejército, el competente general Velásquez, está en su casa con una pierna fracturada. Todo ha quedado en manos de Barbosa y Alcérreca. Uno está viejo y enfermo; al otro le cuesta tomar decisiones.

Lillo se despidió de su amigo preguntando por su salud, por el verano parisino y sus bellos espectáculos públicos. Deseó tener pronto la oportunidad de verlo personalmente. Dobló la carta y la metió en un sobre.

Antes de salir hacia la ciudad, se detuvo delante del cuadro favorito de su colección, *La Perla del Mercader*. Lillo solía mostrárselo a las visitas ilustres, que permanecían extasiadas ante la blancura de la odalisca desnuda y su gesto de indefensión. Una blancura que sobresalía del cuadro y se equilibraba con el gesto abyecto del mercader que la ponía en venta. Lillo solía decir que los compradores de la perla éramos todos nosotros, los viles contempladores del cuadro.

Por un momento sintió que la mirada se le nublaba y todo lo que estaba a su alrededor cobraba una presencia sólida. Sintió que el país se le venía literalmente encima. Tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla para no caer.

Después de reponerse, tomó su sombrero y su bastón, y le pidió a una de las empleadas que bajara el cuadro de la pared.

—Cúbranlo y llévenselo a la bodega. Aquí le puede pasar algo.

Santiago, La Moneda,
Jueves, 8.30 AM

El telégrafo comenzó a vibrar. Don Marcos Pérez se acercó para leer la cinta de papel que brotaba del engranaje. El reloj, un Pierlot con placas de Sèvres, marcaba las ocho y media y el telegrafista anotó la hora en el cuaderno de ingresos.

> DESEMBARCO REVOLUCIONARIOS QUINTEROS.
> SIETE A OCHO MIL HOMBRES
> AGUARDO INSTRUCCIONES.
> VIEL.

Como en el resto del palacio, las paredes y los cortinajes de la oficina telegráfica eran de un rojo intenso, matizado por muebles de caoba y un gran mapa del país adosado a la muralla, junto al anaquel donde se archivaban los cables.

—Avise al presidente de la república —le dijo Marcos Pérez a su ayudante—. Telegrama urgente del intendente de Valparaíso.

Balmaceda entró al poco rato, las manos tras la espalda. Sereno y amable con los funcionarios, su expresión no cambió mientras leía el mensaje de Viel. Lo dejó sobre la bandeja de entrada y procedió a dictar su respuesta:

> QUE ALCÉRRECA PROCEDA A CONCENTRAR LAS FUERZAS Y A DETERMINAR CON EXACTITUD LAS DEL ENEMIGO

Enseguida envió un telegrama a Concepción para Julio Bañados Espinosa, su ministro de guerra en campaña:

> PARTIR DE INMEDIATO HACIA VIÑA DEL MAR CON LAS TROPAS. REPORTARSE APENAS LLEGUE A CHILLÁN.

La maquinaria del Estado se había puesto en marcha y Balmaceda se conectaba con ella usando lo último en tecnología: un telégrafo Edison Quadruplex de cuatro entradas y un teléfono Edison con micrófono de carbono. Dos maravillas de la ciencia aplicada, compradas en los Estados Unidos por intermedio del embajador Patrick Egan.

Llegaban telegramas de los intendentes de Coquimbo, Concepción, Talca y Valdivia reportando tranquilidad en sus provincias. El secretario Carlos Eguiluz accionaba la manivela del teléfono, y conectaba a Balmaceda con los directores de la Compañía Nacional de Ferrocarriles, del Telégrafo del Estado y del Teléfono Nacional. Todo marchaba bien.

Con el contraalmirante Viel la comunicación resultó más accidentada.

—Excelencia, no le escucho bien —la voz del intendente de Valparaíso llegaba cortada por invisibles pelusillas sonoras.

—Que si tiene ya estimación definitiva de fuerzas del enemigo —repitió Balmaceda tapándose el oído.

—Son ocho mil quinientos, excelencia, avanzando hacia Concón —dijo la voz de Viel, como si hablara desde el fondo del mar—. Se ha dispuesto línea de defensa en la ribera sur del Aconcagua con los regimientos de la división Valparaíso.

—Muy bien. Pronto estaré con usted y con las tropas.

Balmaceda colgó el aparato. Observó el mapa y trató de ubicar las tropas y los barcos que en ese momento se desplazaban.

—Don Carlos, por favor, convoque a los ministros, al intendente, al alcalde y al general Barbosa… de urgencia.

—Sí, excelencia.

Balmaceda atravesó el pasillo del segundo piso. Sabía que dentro de poco los patios y las oficinas se repletarían de rumores. Los funcionarios de los ministerios aún no llegaban. Ni la guerra había alterado el horario de ingreso de la administración pública a las once de la mañana. Tenía, por lo tanto, una hora para pensar a solas en su despacho.

***

Necesitaba comunicar confianza, recalcar que las provincias estaban en calma y que el ejército había iniciado la reagrupación de fuerzas para contener el avance de los revolucionarios. Pero una vez a solas, frente al escritorio y los retratos de sus hijos, sintió que flaqueaba.

De aquellas seis fotografías, una no lo dejaba hacer nada.

Pedro. Pedrito. El que no estaba.

Pedro, el que no había nacido ni para la política, ni para el campo, ni menos para las armas.

Balmaceda siempre se preguntó de quién había heredado su hijo aquella sensibilidad extrema. Todavía no caminaba cuando un accidente le deformó la columna. De niño solía tener fiebres y ataques de llanto. Más de una vez él y su esposa debieron pasar largas horas rezando delante de su lecho de enfermo, mientras el médico guardaba su maletín de instrumentos sin ya nada que hacer. Pero Pedro vivió y creció, enclenque y enfermizo, liberado de las responsabilidades y aprendizajes de todo varón de su clase.

Cuando sus hermanos y primos ya sabían montar a caballo, Pedro jugaba con

sus hermanas y pasaba horas leyendo libros. Solía mostrarle a Balmaceda poemas que él, un hombre práctico, un agricultor dedicado a la política, apenas entendía. Su francés tampoco era bueno para apreciar a los literatos que Pedro le recomendaba, un tal Verlaine que escribía de faunos y flores; el famoso Víctor Hugo y otros que no recordaba.

José Manuel Balmaceda Fernández estaba hecho para preocuparse de cuestiones como el regadío, la siembra y la cosecha, la crianza de animales, la construcción de puentes y líneas de ferrocarril, no para leer novelas ni apreciar sonetos. Había algo femenino en todo aquello, y aun así nunca presionó a Pedro para que estudiara leyes ni vistiera de uniforme. Dios, que lo había salvado de la muerte que se llevaba cada año a miles de niños de todas las clases sociales, se lo llevó después, en la flor de la edad, cuando se había ganado un lugar de honor en las letras y el periodismo.

Balmaceda cogió los diarios del día anterior, tomó apuntes y comenzó a redactar una editorial. Nada le debía quedar más claro a la nación que el presidente de la república cumpliría el calendario fijado por la constitución. El dieciocho de septiembre entregaba el mando, y si alguno de sus conciudadanos tenía algo que reprocharle, él, como un ciudadano más, respondería ante los tribunales.

Escribió algunos párrafos que no le contentaron. Algo les faltaba. Eran telegráficos y sin pasión, sin imaginación. En aquellas horas supremas debía encontrar un tono adecuado para movilizar los espíritus. Si Pedro hubiera estado allí para acompañarlo, para darle inspiración. Pedro, con su pluma y su don de la palabra, habría podido escribir aquella editorial y dejarle a él las tareas del mando.

Balmaceda no podía sacarse a su hijo de la cabeza. La única forma que encontró para lograrlo fue pensar en otro muerto a quien echaba de menos: Domingo Santa María, su predecesor, el hombre que ocupó aquel despacho antes que él.

Balmaceda no era de los que practicaba el espiritismo, tan en boga en esos tiempos. Consideraba que eran pamplinas y charlatanerías, pero aun así le hubiera gustado hablar con Santa María, el viejo zorro cuyas maquinaciones habían colocado a Balmaceda en aquel trance de vida o muerte. O con Pedro, cuya voz delicada había empezado a olvidar.

Quinteros
Jueves, 9.30 AM

El coronel Estanislao del Canto sabía que los planes duraban hasta que se ponían en práctica. El desembarco comenzó con varias horas de retraso y él, con los oficiales de su estado mayor, observó desde el puente del Cochrane como las primeras lanchas llegaban a la playa y desembarcaban sin resistencia.

Muchos lo celebraron, pero él sabía que el problema no estaba en llegar a Quinteros, sino salir de allí. Organizar a las tropas tomaría horas; ponerlas en marcha, un calvario. Como no había suficientes embarcaciones, se procedió a desembarcar los batallones por turnos. Los animales eran arrojados al mar sin más, y la playa se transformó en un caos de mulas empapadas y desorientadas que los soldados intentaban arrastrar hacia las carretas.

Pese a estos contratiempos, el coronel Estanislao del Canto estaba optimista. Llevaba nueve años sin oler la guerra; desde la terrible campaña de 1882, en la sierra peruana, que no percibía el aroma de soldados marchando a un encuentro de verdad. Había desempeñado mandos de regimiento y la jefatura de la policía de Santiago, cargo que casi le costó la carrera. Su enemistad con Balmaceda venía de esa época, y era de carácter personal.

Ahora mandaba una división completa y, si tomaba buenas decisiones, podía aspirar a ser el próximo presidente de la república.

Una lancha exclusiva para él y los oficiales lo llevó hasta la playa. Allí pudo apreciar la complejidad de la operación que comenzaba.

Era un ejército variopinto, con uniformes blancos los soldados, y de todos colores los oficiales. Muchos eran veteranos del 79, hombres con experiencia; otros eran mineros y obreros de salitreras, acostumbrados a la vida dura. Del Canto, enemigo de la pomposidad, vestía una casaca con galones de coronel y una gorra blanca, con visera de charol en estilo austriaco.

El estado mayor se instaló junto a la pequeña oficina telegráfica, donde el coronel del Canto se enteró de que las tropas gobiernistas se habían llevado el aparato, cortado el cable y destruido la correspondencia.

—Una lástima —dijo con altanería—. Hubiera sido bueno saber si el famoso Comité Revolucionario del señor Walker Martínez ha realizado sus tan prometidas acciones de sabotaje.

No era la única mala noticia. No había un solo animal para requisar, ni en el caserío ni en las inmediaciones. El avance de la artillería y de los pertrechos sería más lento. Pero del Canto no se dejó apesadumbrar y convocó a los oficiales a una

primera reunión en el terreno de operaciones.

—Zolo ha dezembagcado una de las tges bgigadas —dijo el coronel Körner.

—Me voy a quejar del servicio naval con el capitán Montt —dijo del Canto con una sonrisa maliciosa que varios oficiales celebraron.

Contaba con haber podido capturar el telégrafo intacto y hacer alguna jugarreta. Redactar, por ejemplo, un telegrama rutinario a Valparaíso informando que no había novedad. Pero el coronel del Canto no tenía tiempo para lamentaciones; había que sacar a un ejército de esa playa y ponerlo en marcha.

***

El sargento Belisario Athos bajó los prismáticos y se concentró en la tarea de estimar el volumen de las tropas enemigas. Pese a no tener escolaridad completa, era un hombre con capacidad matemática y orientación espacial. El ejército había sido su escuela. Calculó que allí no había menos de ocho mil hombres, unos quinientos jinetes y cincuenta piezas de artillería, más un par de cientos de mulas arrastrando carromatos con pertrechos. Anotó sus conclusiones en una libreta y ordenó a los tres soldados y al telegrafista buscar un emplazamiento adecuado para colgarse del cable y transmitir el telegrama a Valparaíso.

—¿Y? —dijo el telegrafista Fernández—. ¿Cómo se ve la cosa?

—Usted transmita no más —dijo el sargento Athos—. Usted es el de los puntos y rayas; yo soy el de las conclusiones militares.

—Como si no fuera yo el que le traduce sus conclusiones a los puntos y rayas —farfulló el telegrafista—. No, señor. No hay coordinación ni colaboración. Con razón este país no progresa.

Santiago, La Moneda
Jueves, 10.30 AM

El alférez Emilio Rodríguez Mendoza avanzó por la calle de la Catedral y dobló por la de los Teatinos. Cada día, de lunes a viernes, y como todos los funcionarios del Ministerio de Guerra y Marina, acudía a las oficinas ubicadas en el ala derecha del palacio de gobierno.

La mañana estaba fría y luminosa, y el alférez Rodríguez Mendoza creyó sentir algo distinto en las calles del centro, como si algún acontecimiento de gran importancia estuviese a punto de ocurrir. La gente reprimía conversaciones al ver su uniforme militar; mujeres y jornaleros lo miraban con abierto desdén, y uno que otro deslizaba una frase en su oído.

—*Ya las van a ver.*

—*Queda poco.*

—*Anda dándote vuelta la chaqueta.*

El alférez no respondía a estas provocaciones, en aumento desde las campanadas de la noche anterior.

Llegó hasta La Moneda y se llevó la mano derecha a la visera para responder el saludo del centinela. Decenas de funcionarios civiles y militares se presentaban a esa hora, como dictaba la ordenanza. Por las caras notó que ocurría algo especial.

Dobló por el pasillo hacia la derecha y subió por las escaleras hacia las oficinas del ministerio de guerra.

—¿Qué está pasando? —le preguntó al Mamón Villegas.

—¿Qué no sabes? —dijo el Cabezón Ortúzar—. ¡Los revolucionarios desembarcaron en Quinteros!

El alférez Emilio Rodríguez no pudo reprimir la sorpresa. Ahora entendía los chismes y las miradas desafiantes.

—Rodríguez, Villegas… ¡vengan conmigo! —ordenó el teniente Julio Prado—. Van a hacer guardia delante de la oficina telegráfica. Nadie entra allí salvo el presidente de la república, ¿entendido?

—¡Sí, señor!

Los tres militares se dirigieron al segundo patio del palacio e ingresaron al almacén general de armas. Allí cada uno recogió una carabina Winchester y doce tiros. Entonces se dirigieron a la oficina del telégrafo.

—Señor —dijo el Mamón Villegas—. ¿Hoy dormiremos en La Moneda?

—Hoy y mañana, y hasta nuevo aviso, alférez —respondió el teniente Julio

Prado—. Esto pinta para largo.

Edecanes, secretarios y subsecretarios, empleados y porteros iban y venían por los pasillos nerviosamente, su rutina alterada por la brusca aceleración de los acontecimientos. En aquel instante entraba por la puerta principal el ministro Zañartu y el presidente Balmaceda salía a recibirlo.

Para el alférez Rodríguez Mendoza, Balmaceda era la encarnación del caballero chileno. De porte señorial pero no prepotente, con un aire sereno incluso en los momentos más delicados, el presidente infundía un respeto institucional que también emanaba de su persona. Vestía su típico levitón negro y su sombrero tongo, debajo del cual sobresalía su cabello perpetuamente peinado hacia atrás. Tenía la barba ligeramente crecida y un aspecto algo marchito, esperable en alguien cuyas responsabilidades no le permitían ocuparse adecuadamente de su *toilette*.

—¡Qué hombre extraordinario! —exclamó el alférez Rodríguez.

***

A pocas cuadras del palacio de gobierno, en una casona de dos pisos, una mujer de 67 años, de mejillas sonrosadas y el pelo tomado en un moño, miraba por la ventana. Su nombre era Encarnación Fernández Salas y era la madre de Balmaceda.

—¿Qué está pasando, Mercedes? —preguntó a la criada que le traía en ese momento una infusión de manzanilla.

—Es por las campanas, misiá. Dicen que son los revolucionarios.

—¡Qué espanto! A lo que ha llegado la gente. Y pensar que son los frailes los que provocaron todo esto.

La Mercedes se persignó, como siempre que escuchaba a la señora despotricar contra los curas.

—Todo lo que hizo José Manuel por la reconciliación nacional, y así le pagan —masculló—. Si él no fuera tan bueno…

Con doce hijos nacidos y nueve vivos, viuda desde hacía un cuarto de siglo, a Encarnación Fernández no le venían con cosas. No le iban a decir a ella, nieta de patricios, que callara como todas las beatas en momentos en que a su hijo lo insultaban de la manera más repugnante en los diaruchos de la oposición. Las mujeres tenían todo el derecho a hablar de política y decir lo que consideraban justo.

Dispensó a la Mercedes y se quedó sola en el salón. Pensaba en cómo ayudar a su hijo. José Manuel estaba solo en La Moneda y la buena de Emilia no era la esposa apropiada para un gobernante. José Manuel necesitaba a alguien como Laura Cazotte, como Lucía Bulnes, mujeres capaces de tener un salón y hacer que moros

conversaran con cristianos, católicos con mahometanos. Pero Emilia, tan piadosa, tan preocupada de las niñitas, mientras su marido se enfrentaba a una jauría de perros, a un ejército de mercenarios y a un clero descarado, capaz de hacer sonar las campanas de las iglesias por una causa política. ¿Dónde había quedado la decencia?

A Encarnación Fernández le constaba que José Manuel, su hijo mayor, había llegado a la política por accidente y no por ambición. Pudo haber sido cura, cosa que por momentos la mortificó; o agricultor, que la aburría. Si José Manuel no hubiera quedado en la ruina, tal vez nunca habría llegado a ser ministro ni presidente, y no estaría arrinconado en La Moneda, *enfrentando a los perros que se cernían sobre él.*

Santiago, comandancia general de armas
Jueves, 11.40 AM

En el piso ubicado exactamente debajo del despacho presidencial, un hombre de aspecto apesadumbrado llegó a pedir audiencia con el general Orozimbo Barbosa. Apenas lo dejaron entrar, Eduardo Borne se dio cuenta de que algo importante había sucedido. Los oficiales iban y venían, cuchicheaban nerviosamente en los pasillos. Escuchó, de pasada, como quien sorprende una mosca revoloteando en un vaso, la palabra Quinteros.

Al igual que el día anterior, el soldado de guardia le preguntó a qué venía. Por segunda vez en menos de veinticuatro horas, Eduardo Borne quería del general Barbosa su autorización para dirigirse al fundo de Lo Cañas

—¿Con qué motivo?

—Recabar información sobre el paradero de mi hermano Felipe Borne.

Después de un momento de silencio, en el que ambos se miraron a los ojos, el soldado lo dejó pasar. Borne tuvo que repetir la misma frase dos o tres veces, hasta que un oficial le ordenó de modo cortante que esperara.

Las miradas torvas y despectivas que le dirigían los militares, mientras duró aquella media hora de espera, fueron poca cosa para Eduardo Borne, comparadas con la terrible certeza de que su hermano estaba entre los muertos de Lo Cañas.

—El general accede a su solicitud —dijo el oficial, extendiéndole una hoja de papel—. Pero no responde por lo que allí pueda sucederle.

—Dígale al general, por favor, que la familia Borne agradece este acto de humanidad.

Roberto, su hermano menor, lo esperaba junto con el peón Abraham, con los caballos ensillados en la esquina del cuartel.

—Todavía te puedes arrepentir, hermano —dijo Eduardo Borne—. Yo y Abraham nos haremos cargo.

—Yo voy contigo —dijo Roberto, que aún no cumplía los quince años.

—Si me permite, patrón, el niño Roberto debiera volver con su señora madre.

—¡Tú te callas, Abraham! —bramó el chiquillo.

Los tres montaron, partieron por la calle de Teatinos y doblaron por la avenida de Las Delicias con rumbo al oriente. Pasaron frente a la universidad y al Instituto Nacional, a la iglesia de San Francisco y al hospital San Juan de Dios. A la altura del templo de las Monjas Claras, Eduardo Borne sintió que las manos le temblaban. Liberal y librepensador, lo conmovió el aspecto triste de las iglesias y de la ciudad

en general. La primavera recién se asomaba a través de aquellas mañanas claras, y Eduardo Borne comprendió que sería la más penosa de todas. Ni sus trabajos intelectuales y morales, ni su lectura de los clásicos de la filosofía, o su instrucción en materias de derecho, lo habían preparado para enfrenar aquella jornada negra.

A la altura el hospital San Borja, y todavía sin pronunciar una palabra, el grupo dobló hacia el sur por el Camino de Cintura. La ciudad fue quedando atrás entre casas de adobe con las celosías trancadas, caminos de tierra bordeados por árboles y acequias. Los caballos avanzaban al trote; de vez en cuando algún perro salía a ladrarles, o pasaba corriendo un tropel de niños que repetía:

—Cinco panes hay en el horno.

—¿Quién los quemó?

—¡El perro judío!

De pronto vieron un piquete de infantería que avanzaba en dirección contraria. Los soldados vociferaban y marchaban de manera caótica, algunos tambaleándose. Al frente venía un oficial a caballo que, al encontrarse con el grupo de Eduardo Borne, los miró con expresión de ferocidad burlona mezclada con cierta apatía de borracho.

—¿Adónde cree que va el señor?

—Tengo un salvoconducto del general Orozimbo Barbosa.

—¡Un salvoconducto! Veamos ese venerable documento.

Eduardo Borne miró al oficial. A su alrededor los soldados soltaban carcajadas. Eduardo Borne sintió que estaba rodeado por una jauría de demonios dispuestos a devorarlo a él, a su hermano y al fiel Abraham a la menor provocación.

—Muy bien, don Eduardo Borne —dijo el oficial devolviéndole el salvoconducto—. Puede usted seguir su camino. Pero antes, como buen chileno que usted es, me hará el honor de brindar por el presidente Balmaceda y las glorias el ejército.

En sus manos callosas y manchadas de hollín, el siniestro uniformado sostenía una caramayola. Eduardo Borne la recibió sin decir nada. Contenía vino de la mejor calidad.

—Repita conmigo: viva el presidente Balmaceda.

Sin mirar a sus acompañantes, Eduardo Borne hizo lo que le pedían. Mojó el paladar en el vino amargo y dijo, con firmeza pero sin ninguna convicción:

—Viva Balmaceda.

Si pensaba que con ello se acababa el trámite, el oficial se encargó rápidamente de desengañarlo.

—Comparta con su gente, don Eduardo Borne —dijo mirando a Roberto—. Este joven, que supongo ha de ser su hermano, ya está en edad de hacerse hombrecito. Vamos, chiquillo, ¡brinda por el ejército invicto!

Eduardo Borne apretó los dientes y envidió a las beatas que podían rezar en momentos como ése. Si existía Dios, él estaba dispuesto a cualquier cosa porque su hermano menor, de tan solo quince años, no sucumbiera a las naturales pasiones y sellara la suerte de todos escupiendo en la caramayola dictatorial.

—¡Que brinde el futrecito! ¡Que se haga hombre! —gritaban los soldados levantando sus fusiles.

Cuando su hermano hizo lo que le habían sugerido, sin derramar una gota y en perfecto control de sí mismo, Eduardo Borne no pudo menos que sonreír. Habían superado la primera puerta del infierno. Quedaban al menos tres.

***

Eduardo Borne era nieto de un héroe de la independencia. O, dependiendo del punto de vista, de un mercenario irlandés que formó parte de las primeras tripulaciones de la marina y se radicó en Talcahuano al finalizar la guerra. Eduardo Borne era abogado, bombero y pelirrojo, como el hermano que iba a buscar al infierno.

El sol había pasado ya del cénit cuando comenzaron a atravesar el río Maipo. Tardaron media hora en llegar al fundo Lo Cañas. Dos columnas de humo marcaban su ubicación; subían hacia el cielo en espirales arbitrarias, una desde una casa ubicada a pocos metros, la otra una buena legua cerro arriba. Eduardo Borne comenzó a percibir un olor nauseabundo.

Debió haber sido un lindo fundo viñatero en sus buenos tiempos. El paso de la infantería lo había dejado reducido a escombros.

Algunas personas que vagaban entre las parras se echaron a correr; al ver que no eran soldados regresaban tímidamente. Mujeres cubiertas con pañuelos, niños con ojotas y mocos colgando, el miedo marcado a fuego en los ojos. Eduardo Borne bajó del caballo y tomó a aquella mujer del brazo.

—Señora, por favor, ¿qué pasó aquí?

—La cosa más espantosa que se tenga noticia, señor.

Un campesino los llevó hacia las bodegas de la viña, que ardían aún. Allí se encontraron con un individuo de tez rojiza y pelo color paja, con el rostro hundido entre las manos.

—Quemagon las casa, las bodega y las viña —dijo con acento francés—. Y quemagon también los cuegpo.

—Muéstremelos —dijo Eduardo Borne, apretando los puños.

Se llamaba Jacques Bachelot, era el encargado de la viña y llevaba tres años en

el país. Mientras daban la vuelta a la bodega, tapándose la boca con un pañuelo para evitar la pestilencia, Bachelot iba enumerando los elementos de la catástrofe.

—Aquí se pgoducía un vino magavilloso, el Vino de Dios. La cepa más exquisita, los toneles más finos de Bordeaux. ¡Todo se lo llevó el Diablo!

Eduardo Borne se detuvo en seco y tuvo que cerrar los ojos.

—Aquí están —dijo Jacques Bachelot—. Los dejagon así, tal cual.

A primera vista lo que allí había no eran restos humanos sino restos de restos. Una parte de la pared había cedido. Varios metros cúbicos de adobe y tabiquería quedaron como base de la hoguera.

Frente a él había un hombre contemplando la hoguera con la mirada perdida. Eduardo Borne se le acercó.

—Me llamo Esteban Zamudio —dijo sin desviar la vista de los restos—. Estoy buscando a mis hijos.

Palos y ramas ardían. Las cenizas se extendían a varios metros a la redonda, prueba de que el fuego había sido iniciado hacía muchas horas. En el centro de la hoguera había un amasijo de piernas y brazos, ropa y dedos crispados.

—Esto va a quedar entre tú y yo —dijo Eduardo Borne a Roberto, el hermano que le quedaba vivo.

—No —respondió el muchacho—. Esto hay que contarlo.

Quinteros
Jueves, 12.00 PM

Un ejército en marcha es el sonido de una corneta que anuncia el movimiento, el redoble de un tambor que marca el ritmo, la suma de miles de bototos pisando y levantando polvo del suelo. Eloy Caviedes, periodista y corresponsal del diario *El Mercurio*, anotaba sus impresiones en una libreta. Había viajado en la corbeta O'Higgins, lejos de la noticia y del chisme político, compartiendo con el soldado y el oficial de rango medio. El ejército eran los cascos de cientos de animales que dejaban huellas de estiércol, el sudor de miles de hombres y el aleteo de decenas de miles de aves que huían asustadas ante el avance de este animal fabuloso y temible. Eloy Caviedes iba a escribir una larga y épica frase en su libreta. Solo anotó: *Ejército en marcha.*

—¡Señor Caviedes! ¿Qué hace usted aquí?

El coronel Estanislao del Canto cabalgaba en un caballo gris, común y corriente.

—Informando al ciudadano, coronel —dijo Eloy Caviedes, mostrándole su libreta.

—Usted lo que necesita es un caballo, señor. Lástima que no le pueda proporcionar uno: estamos muy cortos de animales, como seguramente habrá podido averiguar.

Eloy Caviedes no iba a tener otra oportunidad de hablar con el comandante en jefe del ejército libertador. Era ahora o nunca.

—¿Cómo ve usted la situación, coronel? —preguntó en tono zalamero.

—Las operaciones partieron con retraso y no tenemos información de Santiago, pero nada de eso me preocupa, señor Caviedes —dijo del Canto—. Esos hombres que usted ve son la mejor infantería de América. Mineros, faeneros, hombres acostumbrados al trabajo duro y a no quejarse. Están con nosotros por su propia decisión, no como esos pobres campesinos que los esbirros del dictador lacean y enganchan como animales. Ya verá usted la hermosa victoria que cosecharemos mañana.

—¿Qué cree usted que hará el gobierno cuando sepa que el ejército libertador ha desembarcado?

—El señor Balmaceda, a quien consideré mi amigo, está constantemente arreglándose el pelo. Con sus manos se echa la melena hacia atrás, con un gesto afectado.

Eloy Caviedes no pudo reprimir su sonrisa. Anotó la frase y la imaginó en letras de imprenta.

—Yo hablé a calzón quitado con él, la última vez que nos vimos —prosiguió del Canto—. Él me envolvió con sus manteras untuosas, prometiéndome que dejaría de oír las maledicencias que se decían en contra mía en sus círculos de amistad.

La voz de Eloy Caviedes se redujo a su mínima expresión.

—¿Y de qué hablaron?

—Fue una conversación franca. Me dijo que en su entorno me veían como un enemigo. ¿Las acusaciones? Que me reunía con Agustín Edwards, que iba a la tertulia del diario *La Época*. Era cierto, tengo la amistad como un principio de vida. Después dijeron que don Agustín Edwards me prestó veinte mil pesos. ¡Una calumnia!

Eloy Caviedes anotaba y miraba nerviosamente a su alrededor, temiendo que algún oficial o estafeta viniera a interrumpir aquella joya periodística.

—En realidad fueron dos mil pesos —corrigió el coronel del Canto con una sonrisa pícara—. Era el dinero que debía a amigos y a comerciantes, debido a la magra paga de soldado con la que debo sufragar mis gastos. Don Agustín Edwards se enteró de mi situación y me mandó un cheque. Yo no lo cobré. Fui a una notaría y firmé un contrato de mutuo, en cuotas, sin interés. Le expliqué todo eso al señor Balmaceda y él, después de alisarse el cabello, me abrazó.

Del Canto hizo un gesto con los brazos, imitó el porte de Balmaceda y su afectación.

—Agradeció mis palabras, firmó el decreto, y yo asumí el cargo que me imponía el presidente de la república. ¿Y qué hice yo como prefecto de policía? La saqué de la política, combatí el bandolerismo y el vicio, enfrenté a los exaltados que quemaban el transporte público. Fui leal con el presidente.

—Pero él no lo fue con usted —dijo Eloy Caviedes.

—Siguieron las maledicencias. Que yo azotaba a mis subalternos, que tenía tratos con delincuentes y patibularios, que seguía reuniéndome con don Agustín Edwards… pero la gota que colmó el vaso de mi paciencia, señor Caviedes, fue el aniversario de la batalla de Tacna…

Ahora había rabia en la voz del militar.

—Este soldado estuvo allí, comandó al regimiento Segundo de Línea, llevó sus hombres a la victoria y…. el presidente de la república no me invitó siquiera al ágape oficial. Dígame usted, ¿cuántas humillaciones puede soportar un soldado?

Eloy Caviedes anotaba todo lo rápido que podía el relato de del Canto. Era oro puro. Imaginaba la exclusiva que haría saltar las rotativas.

—Muchas gracias, coronel, no le quito más tiempo —dijo.

—Gracias a usted por dar testimonio de esta campaña. Ah, antes de que se me olvide: tome usted este documento.

Eloy Caviedes extendió el brazo. Era un telegrama.

—Esto lo mandó anoche Balmaceda. Para que vea usted cómo es este señor.

Eloy Caviedes se deshizo en agradecimientos. Prometió copiar el documento y devolvérselo de inmediato. Del Canto lo vio alejarse y pensó en lo fácil que era hacer feliz a un periodista.

Santiago, Plaza Yungay
Jueves, 12.00 PM

Eusebio Lillo caminó algunos metros apoyado en su bastón y, en la esquina de la plaza Yungay, abordó el primero de los coches estacionados en fila.

—A La Chimba —le dijo al conductor arrojándole una moneda de cinco chauchas.

—¡A la orden, patrón!

El conductor atrapó la moneda al vuelo, apagó el cigarrillo en el suelo y soltó una sonrisa en la que faltaban tres dientes. Tomó las riendas y dio un par de chasquidos agudos con la lengua. El caballo partió al trote por la calle de las Rosas.

En sus sesenta y cinco años de vida, Lillo había visto Santiago transformarse en el esbozo de una metrópoli. Recordaba con nitidez la época anterior al alumbrado a gas, cuando el cerro Santa Lucía era una roca pelada al final de la calle de las Agustinas. Tiempos en los que no existía ninguno de los grandes edificios públicos, palacetes y hoteles que el salitre ayudó a construir. Hasta hacía muy poco se celebraban peleas de gallo a pocas cuadras del palacio presidencial, las iglesias no tenían bancas y era raro ver en la plaza de Armas a damas y caballeros vestidos al último grito de la moda de París. Los ritos religiosos se habían retirado al interior de los templos, y ya no había tantas procesiones. La época en que las campanadas de la misa marcaban las horas había pasado; ahora cada caballero tenía un reloj de cadena, y el tiempo religioso había cedido al tiempo del Estado, de la política y de los negocios.

Pero había cosas que seguían igual, como el olor a orina y excremento de caballo, los niños descalzos, los cojos y los tullidos que pedían monedas en las plazas.

El coche pasó frente al templo de los Capuchinos, cruzó la calle de Negrete y dobló hacia el norte por la calle del Puente, frente al Mercado Central. Cientos de carretas descargaban frutas y verduras recién traídas del campo.

Desde la crecida del río en 1888, que derribó el antiguo puente de Cal y Canto, todo el tráfico hacia La Chimba se hacía por el puente de San Pablo, lo que implicaba una desagradable demora. Lillo contempló las aguas del Mapocho, que corrían desde una cordillera que se veía con nitidez. Si no fuera por la revolución, Lillo se habría sentido feliz.

Mientras el coche avanzaba por la Cañadilla, sintió que algo se aparecía por primera vez en esos barrios pobres. Aquí y allá, donde antes había una rancha o un conventillo, se levantaba ahora una casa de dos pisos; donde antes daba sus

funciones el Circo Dávila, ahora había un liceo y al lado un taller de artesanos.

A pesar de estos cambios, La Chimba seguía siendo el lugar donde no regían las costumbres pacatas del otro lado de la ciudad, donde se bailaba la cueca y se tomaba el chacolí. El barrio donde los poetas populares recitaban décimas y volver muy tarde podía ser sinónimo de un cuchillazo. O de terminar en los brazos de una morena brava. La casa de locos estaba a pocas cuadras cuando el chofer preguntó:

—¿A qué parte va, patrón?

—Al cementerio —respondió Lillo sin pensar.

Algo le había provocado un deseo súbito de hablar con los muertos.

***

Lillo agradeció la carrera, posó el bastón en el adoquinado y observó la entrada del lugar desde donde no se regresaba. Muchas cosas habían pasado desde que Lillo naciera. Entonces solo los muertos de una religión eran admitidos en el cementerio. En 1871 se autorizó recién el ingreso de los lectores de la otra Biblia o de los que no leían libro sagrado alguno, pero separados por una reja. Esta fue derribada en 1883 y, desde entonces, el cementerio era propiedad del Estado. Enrique MacIver y la masonería habían apoyado con entusiasmo derribar la reja, mientras que el partido clerical de los hermanos Walker Martínez la había defendido hasta el paroxismo. El gallito de poder llegó a extremos nunca vistos cuando el arzobispo prohibió a los católicos enterrarse en los cementerios laicos, junto a los creyentes de otras religiones. Hubo exhumaciones ilegales, requisiciones de ataúdes y Carlos Walker Martínez llegó a acusar al gobierno de *declararle la guerra a los muertos.*

Lillo vio pasar algunos cortejos fúnebres y se sacó el sombrero. Sin prisa y apoyado en el bastón, caminó observado los mausoleos de las grandes familias, los nichos de la gente común, las estatuas de ángeles y vírgenes. Pese a los años, conservaba una vista aguda y podía leer los apellidos y nombres, las fechas, y saber que debajo de tal o cual cruz de madera yacían los huesos de un anciano, de un joven o de un recién nacido. ¿Cuántos estaban allí por las epidemias de tifus, por algún accidente u homicidio?

No le costó encontrar el mausoleo que buscaba. Había flores frescas, camelias y crisantemos delante de los dos nichos más recientes. Domingo Santa María González; Emilia Márquez de la Plata. Ella fallecida el 13 de junio de 1889; Santa María, al mes siguiente. Lillo se sacó el sombrero y cerró los ojos.

—Lillo, ¡amigo mío! —dijo una voz ronca y socarrona, la voz de Santa María.

—¿Cómo está usted, excelencia?

—¿Qué es esa lesera de *excelencia*? ¿Cree usted que aquí abajo me tratan

distinto que cualquier gañán? Nosotros democratizamos el cementerio, Lillo. Y vaya pelea la que tuvimos que dar a los curas. ¿O ya se le olvidó? No se me haga el cucho, que ligerito le tocará venir a hacerme compañía. ¿Usted sabe cuál es el único problema aquí? Que ponen demasiado fuerte el brasero.

Santa María estalló en una de sus carcajadas.

—Pero qué bueno que me vino a ver. Lo echaba de menos, Lillo. Cuénteme, cuéntamelo todo. ¿Cómo están las cosas allá arriba? Mire que aquí no circulan diarios.

—Pésimo están, pues —dijo Lillo—. Balmaceda la embarró, se peleó con moros y cristianos, la mayoría del congreso se mandó a cambiar y la marina se sublevó.

—¡Pero cómo! ¿Una guerra civil?

—Tal como lo oye. Las tropas del Congreso ahora avanzan sobre Valparaíso. Balmaceda está entre la espada y la pared.

—Tan habiloso que se veía Balmaceda, oiga.

—Nunca entendió que había que tener a los amigos cerca, pero a los enemigos al lado.

—Ah, esa cáfila de ladrones. ¡Esa cueva de Alí Babá! Es tan triste lo que me cuenta, amigo mío. Tal vez hice mal en mandar al pobre Balmaceda a sacar las leyes laicas y pelearse con el clero. Supongo que son los frailes los que han organizado toda la zamacueca. Y los hermanitos Walker Martínez.

—No solo los frailes…

—¡No! ¿La Logia también?

—La Logia se dividió. La mayor parte de los Hermanos terminó dándole la espalda a Balmaceda.

—No lo puedo creer. Los mismos que se sacaron los ojos por las leyes laicas, que se gritaron sapos y culebras en el Congreso, ¡aliados contra Balmaceda!

—Tal como lo oye. Los Walker Martínez y Enrique MacIver ahora son uña y mugre.

—La embarré —reconoció la voz Santa María—. Balmaceda era todo lo que yo nunca fui. Un hombre educado, sereno, con tierras, un hombre progresista y con apellido.

—Y ha sido progresista. En cada ciudad hay ahora un liceo público, la red ferroviaria llega hasta Angol y los programas de vacunación e higiene pública que usted comenzó hoy llegan a todo el país. Pero todo eso pende de un hilo.

—¡Qué lamentable!

Lillo tenía una frase hacía rato en la garganta. Aprovechando que Santa María estaba receptivo, la soltó.

—Nunca resolvimos el tema de la intervención electoral. Hicimos de la urna un chiste, de votar un trámite. Tuvimos hasta una partida fiscal para comprar electores

y le dejamos la bandera de la libertad de conciencia en bandeja a la iglesia.

Santa María se quedó callado por un buen tiempo. Era la prerrogativa de los muertos, finalmente: hacerse los tontos y rehuir sus responsabilidades. Pero el hombre que ganó la Guerra del Pacífico y ensanchó las fronteras de la república sacó la voz desde la tumba, una voz avejentada y triste que solo Lillo podía oír.

—Lillo, Lillo… Lillo, no nacimos ayer. Algún día usted vendrá a hacerme compañía y conversaremos con más calma. Por ahora recuerde las grandes cosas que hicimos, la guerra que ganamos, y ponga su talento para evitar la hecatombe que viene.

—Temo que ya es demasiado tarde.

Esta vez Santa María no respondió. Un cortejo fúnebre avanzaba lentamente por una de las calles donde estaba el mausoleo del expresidente. De negro riguroso, cuatro hombres cargaban un pequeño ataúd.

Santiago, La Moneda
Jueves, 1.00 PM

—Señores, la patria vive momentos cruciales —dijo Balmaceda—. No me cabe la menor duda de que la razón se impondrá. El triunfo será del pueblo y del gobierno representativo, y el imperio de la ley será en breve restaurado en toda el república… Pero seremos magnánimos, señores…

Los diputados Baldomero Frías y Agustín Lazcano, el senador Adolfo Ibáñez, el intendente Ossa y los ministros Zañartu y Figueroa asintieron con solemnidad. El pequeño núcleo gobiernista se había reunido en el despacho presidencial. Allí Balmaceda les informó de la situación a partir de lo que se sabía a esas alturas.

—Nada más ajeno a mi espíritu que la venganza y el vejamen de mis enemigos —dijo con su gesto habitual de echarse el cabello hacia atrás—. Se dictará una amplia amnistía y el gobierno será entregado conforme al calendario constitucional.

—Excelencia —preguntó Adolfo Ibáñez—. ¿Cuál es la situación actual del ejército?

—De plena movilización —respondió Balmaceda sin titubear—. Las divisiones de Santiago y Concepción ya se encuentran rumbo a Viña del Mar. La reunión total de las fuerzas se producirá mañana.

—¿Qué sucederá si el ejército revolucionario pasa de inmediato a la ofensiva?

Adolfo Ibáñez era uno de los pocos senadores que había permanecido con Balmaceda. Su pregunta era pertinente, y Balmaceda no tenía cómo responderla.

—Estimado Adolfo, el ejército de Chile está para grandes cosas. Los generales Barbosa y Alcérreca se encuentran en el terreno y serán los más idóneos para estimar cuándo la correlación de fuerzas es la más adecuada para nuestra victoria.

Ibáñez no insistió y la delegación parlamentaria se retiró entre saludos y juramentos solemnes de lealtad al gobierno.

***

Pese a la gravedad de la situación, Balmaceda prosiguió con los asuntos normales del gobierno como si fuese un día común y corriente. Durante una hora despachó con sus ministros las leyes y decretos pendientes, como el que ordenaba a la tesorería pagar los veintiséis pesos correspondientes al consumo de gas del instituto de sordomudos, o la modificación del artículo 117 de la Ordenanza de

Aduanas.

Los telegramas seguían llegando. Bañados se reportaba desde Chillán, las tropas de Coquimbo seguían acuarteladas y no se habían producido nuevos incidentes como el de Lo Cañas. El plan de reagrupación se estaba cumpliendo al pie de la letra.

De regreso a su despacho, las dudas volvieron a asaltarlo. El abatimiento llegó a ser tal que tuvo que dejar la pluma y tomarse la frente entre las manos.

Recordó su juventud, cuando era un estudiante de derecho y devoraba con avidez las noticias de la guerra civil americana, aquellas enormes batallas con nombres exóticos: *Apomattox, Manassas, Shenandoah*. Recordó el día en que leyó el discurso de Lincoln, el Gran Discurso de Lincoln en Gettysburg, traducido en el periódico *El Ferrocarril*.

Balmaceda dio un golpe en el escritorio. ¡Eso era lo que necesitaba! *El discurso de Quillota.*

Impulsado por una inesperada corriente interior, se puso de pie e hizo a un lado los papeles. Su cabeza bullía de ideas e imágenes. Un discurso, una visión del país y de su provenir, donde el artesano, el profesor y el obrero tendrían las mismas oportunidades de progreso que el terrateniente y el banquero. Tomaría el tren a Quillota y, durante el trayecto, iría puliendo sus palabras de cariño hacia el pueblo chileno, hasta alcanzar el dulce metal de la voz de Lincoln.

Valparaíso, calle de la Victoria
Jueves, 3.00 PM

No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Los estibadores, los comerciantes, las empleadas, los jornaleros. Todos tenían su propia versión. La más común era que la batalla tendría lugar en Viña del Mar.

Rosa se sacó el delantal, se despidió de Adalberto y de la María y dijo que iba a dar una vuelta. Nadie le preguntó adónde iba ni a qué hora volvería.

Atravesó la calle de Chacabuco, pasó frente a la Recova y llegó hasta la costanera. Se detuvo a contemplar los barcos. Hacia el norte, detrás de aquellas grandes lenguas de tierra que se internaban en el mar, se encontraba Melchor.

Siguió caminando y atravesó los rieles del ferrocarril. Las bodegas estaban cerca, con sus olores a grasa y metal. Miró hacia los lados para asegurarse de que no hubiera policías ni soldados. Avanzó hacia uno de los galpones y acercó el oído. De adentro brotaba un murmullo de voces. Rosa golpeó el portalón tres veces, esperó un segundo y luego golpeó dos veces más; desde adentro le abrieron.

Tuvo que abrirse paso entre gente. Había obreros del ferrocarril y del puerto, artesanos de la imprenta y del calzado. Más hombres que mujeres. Hablaba en esos momentos un representante de la mancomunal de los portuarios y miembro del Partido Demócrata.

—Compañeros, queda claro que el gobierno y la oposición oligárquica librarán dentro de pocos días un combate a vida o muerte. Muchos obreros y campesinos, obligados a tomar partido por un bando perecerán en este ajuste de cuentas. Nosotros, como movimiento obrero, nos tenemos que limitar a asistir a estas víctimas del fratricidio al que nos han empujado el dictador Balmaceda y los señorones del Congreso.

La asamblea aplaudió con moderación. Nadie quería llamar la atención de las autoridades.

—No nos engañemos, compañeros. Balmaceda habla de democracia y progreso, pero no dudó en mandarle el ejército a los compañeros del norte, cuando plantearon sus justas reivindicaciones. Sus enemigos hablan de libertad, pero no son mejores que él en el desprecio al trabajador. ¡Si llegan al poder serán incluso peores!

Más aplausos.

—Compañeros, ofrezco la palabra.

Varios oradores se sucedieron en el mismo tono para defender la neutralidad política y la unidad de la clase trabajadora para enfrentar a la *Hidra de dos cabezas*, como la denominó uno de los dirigentes sindicales: la dictadura presidencial y la

cueca de los oligarcas.

—De un lado tenemos a Barbosa y Alcérreca, que lanzaron a sus perros para ir de caza de cuanto compañero encontraban en las ciudades y en los campos para engancharlos en el ejército dictatorial. ¿Pero del otro lado a quién tenemos? ¿Hemos olvidado qué hizo del Canto cuando encabezó la policía de Santiago? ¿Cómo reclutó la hez de la ciudad, a los gariteros y maleantes, para reprimir al movimiento obrero?

Rosa sintió que nadie hablaba de lo realmente importante en esos momentos. Levantó la mano varias veces para pedir la palabra. Como era bajita tuvo que saltar hasta que se la dieron.

—Para los que no me conocen, me llamo Rosa de Talagante. Soy empleada y cantora. Tengo tres chiquillos y a un hombre en la escuadra.

Se sintieron algunas pifias, pero ella no se dejó amedrentar.

—Compañeros, todo lo que está ocurriendo es una tragedia. ¿Quién no tiene un ser querido en un ejército o en el otro? Gane el que gane, los trabajadores sufrirán. ¿Cómo nos vamos a proteger? ¿Cómo vamos ayudar a los heridos, a las viudas y a los huérfanos?

Hubo murmullos en toda la sala. Rosa tenía mucho más qué decir: quería hablar de la necesidad urgente de educar a los obreros, de combatir el alcoholismo y ayudar a las madres, pero de su boca no salió palabra alguna.

—Muchas gracias, compañera —dijo el dirigente de la mancomunal.

Rosa regresó por donde vino. No le convenía permanecer por más tiempo allí. La policía podía llegar en cualquier momento y meterlos a todos al calabozo por sedición.

Pero antes de salir del galpón alguien la tomó del brazo.

—¡Bravo, compañera!

Era una mujer de caderas anchas, pelo negro y uniforme de soldado.

—Gracias —dijo Rosa.

—Yo me acuerdo de ti —dijo sonriendo—. Tú eras la que cantaba cuando nos embarcamos al Perú. ¡Qué tiempos aquellos!

Probablemente tenía la misma edad que Rosa, pero la vida militar le había dejado sus marcas. Tenía aliento a alcohol.

—¿Estuviste en la guerra?

—Mija, estuve en Tacna, en Arica, en Chorrillos y Miraflores. A mí nadie me viene con cosas. Ningún hombre me pone una mano encima sin que yo quiera.

Mostró los puños y luego se echó a reír.

—Acompáñame a animar a los bravos del 3º de Línea. Dicen que hoy nos mandan para el frente a batir a los futres. ¡La que se va armar, oye!

—Tengo que ir a cuidar a mis niños —dijo Rosa.

—Ven, anímate, el ejército es como una familia. Estos son los cabros que mañana van a morir por ti.

Rosa miraba a la cantinera con fascinación y con pena. No sabía qué decisión tomar. En ese momento oyó un sonido metálico, distante: las campanas de la iglesia de los Sagrados Corazones.

—Me tengo que ir —insistió, sintiéndose cobarde.

***

Para entonces todo Valparaíso era un hervidero de rumores. Los funcionarios de la administración, los periodistas, los comerciantes reunidos en la bolsa, los vendedores de fruta y pescado no hablaban de otra cosa. ¿Cuánto había de Quinteros a Concón? ¿Cuánto tardarían los ejércitos en encontrarse? ¿Cuántos hombres, cañones, caballos y mulas traían? Las cifras y los detalles cambiaban, pero el sentido era el mismo: venía una batalla decisiva y sus repercusiones llegarían tarde o temprano a la ciudad.

En Santiago, mientras, comenzaba a repetirse una palabra: Lo Cañas.

En las cocinas de las casas no se hablaba de otra cosa. Era el tema obligado en los comedores donde los abogados almorzaban, donde los tinterillos de los tribunales comían una marraqueta embadurnada en pebre, con un trozo de carne y una copa de vino. Los diarios eran leídos en voz alta, pifiados o aplaudidos. Hasta los perros estaban excitados. Habían salido a acompañar a los regimientos que marchaban por la ciudad, desde los distintos cuarteles hacia la estación del ferrocarril.

Los perros y las personas se mostraban los dientes. Nadie se atrevía a dar la primera mordida, la estocada o el puñetazo, mientras los trenes con tropas del gobierno marchaban sobre Valparaíso y las de la oposición comenzaban su avance hacia Concón. En algún punto intermedio se encontrarían, y todos hacían sus apuestas sobre lo que estaba por ocurrir.

Santiago, La Chimba
Jueves, 4.00 PM

A la salida del cementerio Lillo tomó otro coche que dio la vuelta por la calle del Panteón y dobló hacia el Sur por la Cañadilla. Pasó frente al lazareto de San Vicente, a la casa de locos y le pidió al cochero que lo llevara hasta la calle Dávila, donde siguió su camino a pie, sintiendo la brisa fresca del invierno. Su siguiente destino se encontraba en una callejuela de casas bajas y techos de teja.

Golpeó una puerta con su bastón. Le abrió un obrero con las manos llenas de tinta. Otros como él estaban concentrados en disponer las tipografías en las cajas; otros traían resmas de papel y accionaban palancas y engrasaban los rodillos de una destartalada imprenta.

En un minúsculo despacho, el periodista satírico, poeta, dramaturgo y caricaturista Pedro Rafael Verdugo revisaba las pruebas colgadas con hilos de pared a pared. Lo acompañaban un copista y un cajista que aguardaban en silencio su veredicto.

—Esta columna quedó corrida —dijo examinando el pliego con una lupa.

Lillo tosió para llamar su atención.

—¡Don Eusebio! ¿A qué se debe el honor?

Pedro Rafael Verdugo se acercó para saludarlo. La relación entre ambos no era solo de amistad: Lillo era uno de los propietarios del periódico popular *El Pequén* y Verdugo su director.

—¿Qué me dice de la noticia? ¡Ahora se viene lo bueno! Tengo a dos reporteros en la calle recabando información: uno tomó el tren con las tropas y mandará cables desde Valparaíso.

—¿Podemos conversar en privado?

—Claro, claro.

El Pequén era uno de los pasquines más corrosivos e irrespetuosos de la ciudad. Lillo observó las pruebas del próximo ejemplar. Un Balmaceda de cabeza enorme y piernas de zancudo bailaba la zamacueca con una china en cuyo vestido arrepollado se leía la palabra “Victoria”. A un costado, aterrorizados, un fraile de nariz ganchuda y una serie de personajes con trajecitos de marinero, como los que usaban los niños: Agustín Edwards, Ramón Barros Luco, Enrique MacIver, los hermanos Walker Martínez y el coronel John Thomas North. Con guitarras y zapateando, los generales Barbosa y Alcérreca.

—Muy buen trabajo, Verdugo —dijo Lillo hinchando las mejillas al reír.

—Muchas gracias, don Eusebio.

Lillo buscaba las palabras apropiadas.

—Pero tenemos un problema.

—¿Un problema, don Eusebio? ¿Y cuál sería?

—Tenemos que bajar el tono, ser más conciliadores.

Verdugo lo miró sin comprender. Parecía tomado por sorpresa.

—¿Concilio-qué?

—Con-ci-lia-do-res.

—¿Esta es otra de sus bromas, don Eusebio?

—Querido Pedro Rafael, mucha sangre será derramada en las próximas horas. Sangre de chilenos —Verdugo iba a decir algo, pero Lillo lo acalló—. Escúcheme, si el ejército leal al presidente de la república logra batir a los revolucionarios, nuestro deber es ayudar a la reconciliación de nuestros compatriotas.

Una chispa de desconfianza se asomó en los ojos de Verdugo, un artista que no tenía un pelo de tonto ni una hebra de soñador.

—Don Eusebio, ¿me va a decir que usted tiene dudas respecto del triunfo de la legalidad?

—El cerebro no siempre está de acuerdo con el corazón, estimado. Mi corazón piensa en estos momentos en la ira del pueblo contra los bienes y las personas que están en contra nuestra. Mi cerebro piensa en la ira de ese mismo pueblo contra nosotros y nuestros seres queridos, si el resultado es adverso…

Pedro Rafael Verdugo guardó silencio. Bajó las cortinas del despacho, se agachó para sacar una botella de pisco y dos vasos de una gaveta y observó a Lillo, que hizo un gesto afirmativo con el mentón.

—Supongo que ya sabe lo que sucedió en Lo Cañas.

Lillo recordó los cuchicheos de las empleadas en la cocina y en los pasillos. Mercedes, siempre enterada de lo que se decía en la casona de la calle Yungay, no le había advertido nada.

—No, cuénteme, por favor.

—Una montonera en el fundo de Carlos Walker Martínez. Los fusilaron a todos, parece.

Lillo imaginó los tiempos de la independencia, las historias de desertores y bandoleros rurales que sembraban el terror, entre el Maule y el Bío Bío. Pero cayó en la cuenta de que los enemigos más decididos de Balmaceda eran miembros de las clases pudientes, de las familias que mandaban.

—¿Cuántos?

—Decenas —dijo Pedro Rafael Verdugo.

Petrificado por la noticia, Lillo descargó su vaso vacío sobre la mesa con un golpe seco. Pedro Rafael Verdugo lo interpretó correctamente y volvió a llenarlo con pisco.

—Por alguna razón a este aguardiente de uva se le llama por el nombre de un puerto en el Perú —dijo Lillo, con un dejo de melancolía—. Tal vez de ahí viene la fórmula. En cualquier caso el pisco de ellos sabe distinto. Como que cala más fuerte.

—Este es de primera calidad, también —dijo Verdugo con gesto sombrío—. Salud, por lo que sea…

—Salud —repitió Lillo.

La prueba del pasquín permanecía aún sin el visto bueno del director. Una octavilla incendiaria, con grandes letras y un dibujo genial, hecho a lápiz y repasado con tinta, por el propio Verdugo.

—No le estoy pidiendo que se transforme en la paloma del espíritu santo —dijo Lillo—. Pero que use su talento y su chispa en otra dirección.

—¿Cómo cuál?

—Si supiera, se lo diría. Algo que no estimule a nuestro Juan Pérez a saquear, robar o asesinar a esas personas irresponsables que jugaron con los sentimientos de nuestros marinos, los mismos que combatieron junto a Prat y a Latorre contra el Huáscar.

—Lo que me pide es imposible.

—Lo sé.

Pedro Rafael Verdugo bajó su copa de un trago.

—Nos van a sacar la cresta, ¿verdad?

—Querido Pedro Rafael, si el destino fuera un libro ante nuestros ojos todo sería más fácil. Piense qué haría usted en caso de estar del lado de los que pierden. Muchas gracias por el pisco. Un manjar.

Valparaíso, aduana
Jueves, 5.00 PM

Los tres soldados alzaron sus caramañolas y las hicieron chocar. El teniente Carlos Hermosilla juntó aire en los pulmones y gritó:

—¡Viva el ejército de Chile!

El teniente Pedro Carrasco y el sargento mayor Zorobabel Zúñiga repitieron en coro:

—¡Viva!

Faltaba poco para la puesta del sol. Los jóvenes oficiales improvisaban discursos y despedidas a la espera de la orden de marchar. El teniente Carlos Hermosilla evocó al liberalismo y la democracia, dos llamas imperecederas de la patria.

Ninguno de los tres conocía la guerra; la habían oído de los oficiales más viejos. Habían crecido con los relatos de Tacna y Arica, de Chorrillos y Miraflores, de aquellas arremetidas brutales contra las trincheras peruanas, donde uno de cada cuatro soldados perdió una pierna, un brazo o la vida. Solo el sargento Zorobabel Zúñiga recordó, al hacer su discurso, que esta vez el ejército no atacaba como en la guerra contra el Perú, sino que se defendía. Una situación completamente distinta y desconocida.

—¡Ningún ejército de mercenarios, al servicio de Agustín Edwards y su cáfila, podrá doblegar a los valientes del 3º de Línea! —dijo con pasión el teniente Pedro Carrasco.

La Mercedes, la vieja cantinera del regimiento, había llegado poco antes con una cantora popular que durante media hora animó los espíritus. Cantaba lindo y rimado, con una voz de plata que a todos les subió a la cabeza. Una mamita brava que hubieran querido tener por amante.

Cuando me acuerdo de ti
Estando en un escondrijo
Suspiro, lloro y me aflijo
Desde que mi bien perdí.
Mi bien perdí ay sí,
Triste y llorosa pasaré
Mientras viva
Toda quejosa ay sí
Preciosa estrella

El capitán Carlos Hermosilla observó la expresión de los demás soldados que

escuchaban embelesados. Ella no solo cantaba sino que representaba las canciones. Subía o bajaba la voz, hacía expresiones con las cejas y los ojos, ponía cara triste o contenta.

Todas las niñas tienen
Su entretención
Con que engañan al hombre
Por compasión
Y el hombre se lo pasa
Como el picaflor

Ochocientos hombres reían, aplaudían cada sorpresa del verso. La cantora hubiera seguido allí, cantando y recibiendo piropos, de no ser por el toque del corneta que finalmente llamó a formación. Había llegado la hora de marchar.

Los revolucionarios habían desembarcado o estaban desembarcando en Quinteros, y el glorioso 3º de Línea partía al campo del honor.

El teniente Carlos Hermosilla marchó con el resto del regimiento desde la aduana de Valparaíso hasta la estación del ferrocarril. Iba a cargo de una sección de cincuenta hombres vestidos con uniforme azul, pantalón rojo y quepís francés. Cada soldado marchaba con un fusil Comblain, ciento cincuenta cartuchos, una ración de charqui, dos cebollas y cuatro trozos de galleta en el morral.

Miles de porteños habían salido a despedirlos. La gente se agolpaba en las calles y los soldados levantaban los brazos, saludando a los mocosos, abrazando a los abuelitos y recibiendo piropos de las buenasmozas. Todo sin perder la formación tan concienzudamente inculcada en los ejercicios.

El teniente Carlos Hermosilla había mencionado en su apasionado discurso al liberalismo y a la democracia sólo porque esas palabras le vinieron a la mente, grandes ideas sin las cuales ningún hombre podía partir a un campo de batalla. Lo único que le cabía a un oficial de ejército era defender al presidente de la república, una figura distante, austera, que hablaba en un extraño idioma legal, pero que infundía respeto y obediencia.

En cambio el congreso le parecía una pura bolsa de gatos. Gente vil y atornillada, sin cariño ni respeto por las personas de esfuerzo. Les importaba más su bolsillo y su posición social que el bienestar del país, que pasaba por tener buenos caminos y buenas escuelas para que los niños se instruyeran.

Mientras marchaba con su brigada del 3º de Línea por las calles de Valparaíso, vitoreado por el pueblo, por los pobres, los artesanos, las vendedoras de pescado, el teniente Carlos Hermosilla sintió que su arrebato liberal y democrático cobraba sentido.

—¡Viva el ejército de Chile! —gritó.

En la estación del ferrocarril esperaron más de una hora para abordar los vagones. La locomotora no tenía carbón y tardaron todo ese tiempo en cargarla.

Cuando por fin partieron, los soldados se asomaban por las ventanas y sus mujeres estiraban los brazos para despedirlos, les mostraban sus críos para infundirles valor. La banda del regimiento tocaba el himno Nacional y todos coreaban:

—¡O el asilo contra la opresión!
—¡O el asilo contra la opresión!

***

Sonó el silbato de la locomotora. Rosa y la cantinera se despidieron con un abrazo.

—Me voy con mis niños a dar la pelea —le dijo la cantinera—. Gracias por alegrar los corazones de la tropa, mamita.

Rosa llevaba muchos años sin cantar. Ya casi había olvidado las letras y cómo afinar el guitarrón que la cantinera consiguió en un prostíbulo cerca de la Aduana.

—Prométeme que te vas a cuidar —le pidió la cantinera—. Y escribe una canción para nosotras, las brutas del ejército.

Rosa asintió y se quedó algunos instantes en el andén viendo como el tren desaparecía en la distancia. La banda dejó de tocar y los músicos guardaron sus instrumentos. La gente se comenzó a dispersar. Ya se había encendido el alumbrado público y los carros de sangre se llenaban de pasajeros. Rosa se persignó y se fue caminando hacia la mansión de Agustín Edwards.

Ritoque
Jueves, 6.00 PM

La primera brigada del ejército rebelde avanzaba a lo largo de la extensa playa, las ruedas de las carretas con pertrechos girando con lentitud, los soldados hundiendo sus botas en la arena plomiza. A su izquierda tenían una serranía de arenales y bosques; a su derecha, un mar encrespado en decenas de olas que reventaban en sucesión.

Eloy Caviedes contempló la puesta de sol. Iba al final de la columna y se sentía orgulloso de caminar con las tropas.

Bandadas de pájaros revoloteaban frente a la playa formando curiosas figuras movedizas con el viento. Varado como una vieja embarcación, el cadáver de un lobo marino servía de alimento para las aves carroñeras.

—Señog Caviedes, ¿cómo está uzté?

—Apreciando la majestuosidad de la guerra —respondió Caviedes buscando la complicidad del coronel alemán.

Körner esbozó una sonrisa debajo de su tupido bigote. Iba al mando de la primera brigada. Del Canto había tomado la dirección de las brigadas segunda y tercera, que avanzaban en aquel momento por el camino del interior.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos al río?

—Pgimego hay que geconoceg el terreno, veg como están los vado antes de pasag.

Eloy Caviedes se sentía un poco torpe haciéndole aquellas preguntas banales a Körner, pero eran apuntes necesarios para su libreta. Contemplaba escribir un gran libro sobre la contienda.

—Usted estuvo en la guerra francoprusiana, ¿verdad?

—Segvía en una betegía. Cgucé el Mosela con el genegal Von Moltke, un genio militag. Le sacamo la muge a eso fganchute.

—Estoy seguro que ahora repetiría esa hazaña, usted en el lugar de Von Moltke.

Körner frunció el ceño.

—Aquí manda del Canto, señog Caviedes. Yo soy solo el alemán cabezón que recuegda los asunto estgatégico.

Un ruido proveniente del sur interrumpió sus palabras. A lo lejos un jinete avanzaba a todo galope en la dirección contraria de las tropas. Los cascos del animal levantaron una pequeña columna de arena al frenar.

—¡Teniente Gatica, del batallón de avanzada, señor!

—Teniente, lo escucho —dijo el coronel Körner.

—La ribera norte del río está despejada, señor. Las tropas de la dictadura están llegando al cerro Torquemada, del otro lado de la quebrada de la Petra.

—¿Cuántos son?

—Una brigada a lo sumo, señor. Sin artillería. Pero están llegando más.

—¿Lo bagco de la escuadga ya llegagon?

—Sí, señor. Están apostados a una milla, frente a la bahía.

—Teniente Gatica, espege la noche paga reconoceg la pgofundidá del gío.

—Sí, señor.

El coronel Körner agradeció la información y permaneció algunos minutos cavilando en silencio, observando su reloj y haciendo cálculos.

—Tal vez tengamo una ventaja táctica ahí. Nos vamo a quedag escondido, espegando haceg contacto con las columna del cogonel del Canto.

Eloy Caviedes sacó su libreta y comenzó a tomar apuntes, mientras el coronel Körner apuraba el paso de su caballo.Dentro de poco comenzaría el combate y a Eloy Caviedes le picaban las manos por escribir.

Viña del Mar
Jueves, 7.00 PM

Normalmente los fines de semana la estación de Viña del Mar se llenaba de visitantes. Caballeros pudientes con sus esposas y sus hijos vestidos de marinero venían de paseo; se alojaban en las hermosas casas que bordeaban los rieles y salían a hacer picnics en las playas cercanas. Pero la revolución había alterado el tiempo libre de la alta burguesía.

Alicia MacAllister y Luis Lorenzetti se vieron el uno al otro en la menos romántica de las circunstancias: en un andén vacío, de noche, buscando a algún cargador dispuesto a llevar su equipaje al hotel.

—Hace menos frío que en Santiago —dijo Luis Lorenzetti.

—Pero hace frío —dijo Alicia MacAllister cruzando los brazos.

Luis Lorenzetti entendió el mensaje. Caminó hacia las oficinas y se encontró con la boletería cerrada. Allí un soldado le pidió sin mucha deferencia que se fuera.

La avenida estaba igualmente desolada, iluminada cada cierto trecho por faroles de gas. Desde uno de éstos, un chiquillo con las botas embarradas lo miraba con picardía.

—¿Vienen a ver los fuegos artificiales?

—Vamos al hotel Viña del Mar —respondió Luis Lorenzetti mostrándole una moneda de cincuenta centavos.

—Por menos de un peso no me muevo, patrón —dijo el cargador—. ¿No ve que las cosas están cada vez más caras?

Lorenzetti era un caballero y no regateó.

—Espéreme en el andén que voy a buscar a mi taita —dijo el chiquillo.

Lorenzetti regresó a la estación con el pecho erguido y una sonrisa de seguridad en sí mismo. Encontró a Alicia abstraída, contemplando los rieles. El chiquillo apareció en el andén acompañado de un hombre con uniforme de la Compañía de Ferrocarriles del Estado, visiblemente borracho y que cojeaba de la pierna izquierda.

—¿Está usted bien? —le preguntó Lorenzetti.

—¿Que si estoy bien? Todo lo bien que puede estar un veterano del 79, señor.

—Disculpe —dijo Luis Lorenzetti.

El chiquillo había cogido la gruesa maleta de Alicia MacAllister y se la echó a los hombros. El funcionario tomó los maletines livianos y, ya sin más opciones, Lorenzetti cargó con dignidad su propio equipaje.

—Si me pregunta, el combate va a ser en esos cerros —dijo el hombre apuntando con el dedo—. Pondrán los cañones de un lado y del otro, y la infantería se va a pelear por la planta de azúcar.

—El taita estuvo en el ejército, patrón —dijo el muchacho, mientras montaba los bultos en una carreta sin animal—. Estuvo en Chorrillos y Miraflores. Dio guaraca y aquí lo tiene, pobre como todo Chile.

—Cállate, chiquillo, ¿no ves que el señor está apurado?

El muchacho terminó de cargar la carreta y se puso en el lugar que habitualmente ocupaba el burro o el caballo, pero que estaba vacío.

—Las tropas pasaron esta tarde y no dejaron un solo animal para el transporte público —refunfuñó el funcionario.

El chiquillo hizo entonces una maniobra sorprendente: se colgó de las barras de madera, las hizo bajar y luego comenzó a jalar el carro hacia adelante, echando a andar las ruedas.

—¡Usted siga no más al taita, patrón! —dijo soltando una carcajada.

Viña del Mar era un villorrio con calles de tierra, atravesado por la línea del ferrocarril; a su derecha, un cerro boscoso, a su izquierda una planicie con casonas de dos y tres pisos. Aquí y allá un palacete morisco y una iglesia, los esbozos de una plaza con una pileta vacía y una pérgola para la banda de músicos. Tras una caminata de unos pocos minutos, Alicia MacAllister reconoció la palabra Gran Hotel en un letrero adosado a la entrada de una casona. Las celosías estaban cerradas y solo había luz en la recepción.

—Usted no tiene cara de periodista —dijo el funcionario—. Ni de político.

—Con la señorita somos médicos-cirujanos —dijo Luis Lorenzetti—. Venimos a ayudar en la Ambulancia militar.

—Que tenga usted buenas noches, señor —dijo el hombre recibiendo de Luis Lorenzetti una moneda de un peso de plata—. Y acuérdese mañana del soldado chileno, que no conoce la derrota ni la piedad…

***

Luis Lorenzetti entregó su salvoconducto y el recepcionista, un hombre monosilábico de unos 40 años, buscó sus nombres en un cuaderno con tapas de cuero. Luis Lorenzetti se contempló en un espejo de cuerpo entero ubicado en la pared de enfrente: vio a un joven de 22 años, de bigotillo recortado y traje fino, optimista y seguro de sí mismo.

—Dos habitaciones para los señores Luis Lorenzetti y Alicia MacAllister —dijo

el recepcionista.

Ambos firmaron sus fichas y el recepcionista les entregó las llaves. Luis Lorenzetti notó que todas las demás estaban en sus casilleros. Eran los únicos huéspedes del hotel.

—Quisiera enviar un telegrama —dijo—. Al doctor Raimundo Valenzuela Ramos, en Valparaíso.

—Anótelo aquí —replicó el recepcionista, pasándole una hoja de papel.

Todo seguía de acuerdo al plan, pensó Luis Lorenzetti, escribiendo el mensaje en el que se reportaba ante la máxima autoridad médico-militar de la provincia.

—Muchas gracias, anótelo en mi cuenta.

Dos mocetones somnolientos subieron el equipaje por la escalera, y del bolsillo de Lorenzetti salieron más monedas. Alicia parecía incómoda.

—Estoy agotada, Luis —dijo ella—. Me retiraré a descansar.

—Yo igual —dijo Lorenzetti—. Mañana nos espera un día largo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, querida y admirada doctora —dijo Luis Lorenzetti, intentando no sonar empalagoso.

Creyó ver un rubor y una leve sonrisa en Alicia, pero la iluminación del pasillo era demasiado débil para estar seguro. Luis Lorenzetti ingresó a su habitación y suspiró con la cabeza llena de preguntas.

Del otro lado de la pared, Alicia MacAllister abrió las celosías y contempló el valle de Viña del Mar. Se quitó el vestido y la faja que ceñía su cintura. Se desamarró los botines, y sus pies pudieron por fin distenderse sobre la superficie mullida de una alfombra.

La cabeza comenzó a darle vueltas. Abrió su maleta y sacó sus artículos de *toilette*. En una mesa había un jarro con agua fresca. Se sacó los lentes, se mojó la cara y se contempló en el espejo.

Del otro lado de la pared, Luis Lorenzetti fumaba un cigarrillo.

Alicia MacAllister soltó el cordón que ceñía su moño. En el espejo una muchacha pelirroja apareció, por primera vez sin un crucifijo en el pecho. *“Te maldeciré hasta mi tumba”*.

Dos golpes a la puerta hicieron desaparecer la voz de su madre.

—¿Está usted bien? —preguntó Luis Lorenzetti.

Alicia MacAllister caminó hacia la puerta, lentamente. La abrió, y antes de que Luis Lorenzetti alcanzara a decir nada, lo tomó de la mano y lo jaló hacia adentro.

Lima, hotel Maury
Jueves, 9.00 PM

Agustín Edwards Ross observó la etiqueta de la botella y se sirvió una dosis de whisky. El líquido bajó por su garganta activando recuerdos e ideas. Tenía muchas ideas en la cabeza, tantas como conversaciones abiertas con la comunidad de chilenos exiliados en Lima. Muchos estaban allí desde el comienzo de las hostilidades. Él, Agustín Edwards, había salido del país con un salvoconducto firmado por Balmaceda, acompañado por el embajador de los Estados Unidos, el señor Patrick Egan, hasta la cubierta misma del vapor que abordó con toda su familia.

Sus fundos habían sido saqueados por fanáticos, sus periódicos clausurados por el gobierno y su persona objeto de caricaturas, insultos y diatribas en los pasquines oficialistas. Lo único que no le había quitado Balmaceda era su renta anual de ocho millones de pesos de a cuarenta y cinco peniques, suficientes como para arrendar dieciocho habitaciones en el mejor hotel de la capital peruana.

Glennmoragie. By Her Majesty's Appointment, 1769.

Agustín Edwards se sirvió otro *shot* de whisky y lanzó un suspiro. Los niños se habían acostado, su esposa, María Luisa Mac Clure, jugaba al bridge con otras damas. Por fin solo en su despacho y con una botella de *Glenmorangie*, las vicisitudes se transformaban para Agustín Edwards en planes y expectativas: liderar el Partido Nacional, conducir la reconstrucción del país cuando cayera Balmaceda, cerrar la cuestión del papel moneda, los impuestos y la banca extranjera. Para cada problema tenía una solución, un aliado, una conversación iniciada en los pasillos del Congreso o en las oficinas del banco fundado por su padre. Era solo cosa de amarrarlas y Agustín Edwards Ross sería el próximo ocupante de La Moneda.

El único problema era que había logrado embarcar apenas una caja de Glenmorangie. Su secretario había recorrido en vano las tiendas de Lima en busca de un proveedor.

Agustín Edwards rellenó su copa por tercera vez.

—Estás bebiendo más de la cuenta, Agustín —dijo una voz.

Vestida enteramente de negro y con un gran crucifijo de plata en el pecho, Juana Ross observaba a su hijo con serena indignación. Agustín Edwards miró su vaso como buscando una respuesta adecuada.

—Este clima limeño me sienta mal, madre.

—El de Valparaíso te sentaba peor.

Agustín Edwards tenía 39 años. Era el último de sus siete hermanos con vida;

cargaba, además del exilio, con ser el único objeto de atención de su madre. Bebió otro sorbo de whisky y la encaró.

—Madre, creo que donde mejor me sentiría en estos momentos es en Iquique.

—Sobre mi cadáver, Agustín —dijo Juana Ross—. Ese puerto pestilente y de mala fama no es un lugar apropiado para un caballero.

—A Joaquín Walker Martínez le ha sentado muy bien el clima de Iquique —dijo Agustín Edwards, en tono burlón—. Él es un hombre de misa diaria, como usted, madre.

Juana Ross tuvo que tragarse el velado insulto de su hijo descreído. No iba a caer en la simpleza de regañarlo como a un chiquillo.

—En estos momentos es inadecuado para ti estar en Iquique, Agustín. ¿Recuerdas que yo le pedí audiencia al Anticristo? ¿Olvidaste que me santigüé siete veces antes de estrechar su mano y darle mi palabra de que no te mezclarías en cuestiones políticas?

—Fue tu palabra, no la mía —respondió Edwards sin mirarla.

—¿Hubieras preferido la cárcel y dejar a tu madre desprotegida?

—Con una renta anual de dieciséis millones de pesos que compartes generosamente con los pobres de esta ciudad.

Los ojos azules de Juana Ross se encendieron, sus mejillas se tornaron rojas como los de la reina Victoria en el momento de enterarse de una rebelión en la India.

—¡Qué manera de proferir barbaridades, Agustín Ricardo! —el tono de voz de la matriarca se elevó en varios tonos.

Agustín Edwards suspiró.

—Te pido disculpas, madre. Insisto en que este clima me sienta mal. Necesito ver el sol. No sé cómo lo puedes soportar.

—Lo que tú vas a hacer es alejarte de esa botella y seguir los pasos de tu padre. Él sabía esperar. Nunca dio un paso en falso como el que tú piensas dar. ¿Crees que tus enemigos aceptarían poner en la presidencia a un hombre con tu fortuna?

Agustín Edwards dio un respingo. Hasta entonces había creído tener el control de la conversación, pero tarde o temprano terminaba admitiendo que a su madre no se le imponían decisiones; se tomaban con ella o no se tomaban.

—¿Por qué crees que el Congreso casi completo se levantó contra Balmaceda? Walker Martínez y MacIver. Moros y cristianos, Agustín. No confundas el odio hacia el tirano con la simpatía hacia tu persona. Quieren deponer al rey no para poner a otro, sino para repartirse la corona entre todos.

—Eres muy sagaz, madre.

—Tu difunto hermano Arturo Maximiliano era más sensato y humilde que tú.

—De eso no cabe duda. Y más piadoso.

—Tú lo que vas a hacer es esperar. Deja que se neutralicen entre ellos. Te ofrecerán algún ministerio y lo aceptarás con la humildad y la laboriosidad de un Edwards.

Aquella última granada dio en la línea de flotación de Edwards. La matriarca había ganado. Él escogió como bandera blanca un mínimo gesto de rebeldía. Se sirvió otra copa.

—Tienes toda la razón, madre. Eso haré. ¡Salud por la marina! ¡Salud por la junta de gobierno y sus sabias decisiones!

***

Juana Ross salió del salón donde su hijo se entregaba a la bebida. Lo había convencido, por el momento, de no emprender una prematura aventura presidencial. Todo lo que sabía de política provenía de lo que venía oyendo desde niña de su hermano Agustín Ross y de su padre, el cónsul David Ross Gillespie.

Se había educado con institutrices privadas, pero su verdadera escuela era el dolor. Había enterrado a un marido y seis hijos. Su hijo Arturo Maximiliano falleció de tuberculosis en La Paz, Bolivia, y los demás ni siquiera llegaron a la edad adulta. Dios se los había llevado antes de que pudieran asumir sus responsabilidades en el clan más poderoso de Chile.

—¿Abuela?

Un niño de pantalón corto y ojos redondos la miraba desde el pasillo.

—¿Qué conversabas como mi *daddy*, abuela? —preguntó el niño Agustín.

—¿Tú no estabas durmiendo?

—No me puedo quedar dormido.

Agustín Edwards Mac Clure acababa de cumplir los trece años y tenía los mismos ojos de su padre. Juana Ross le tenía un gran afecto

—Ven, te daré un vaso de leche tibia.

—Abuela, ¿*daddy* va a ser el próximo presidente?

—Ni Dios quiera, Agustín.

—¿Sería malo para nosotros que *daddy* fuera presidente?

—Sería muy malo —dijo Juana Ross eligiendo sus palabras.

—¿Por qué?

—Porque el presidente es un hombre sin libertad, y está rodeado de hombres ambiciosos que lo adulan y lo quieren engañar.

—Algún día yo seré presidente, abuela —dijo el muchacho—. Y me voy a

rodear de hombres sabios que me digan la verdad.

—Ruego a Dios estar viva para ayudarte cuando ocurra —dijo Juana Ross, haciéndole un gesto a la sirvienta para que le preparara al niño una taza de leche.

Viña del Mar, Gran Hotel
Jueves, 11 PM

Alicia MacAllister intentaba dormir. A su lado Luis Lorenzetti roncaba en posición fetal. Mientras se entregaba en sus brazos ella sintió que toda su vida cobraba sentido. Ni todo su conocimiento científico sobre el aparato sexual femenino la había preparado para aquella sensación vertiginosa.

De pronto sonaron tres golpes a la puerta, interrumpiendo sus ensoñaciones sensuales. Se vistió con una bata y, a través de la puerta entreabierta, vio unos ojos que la miraban con mansedumbre.

—Señorita, disculpe —dijo la mucama—. Parece que el caballero de al lado no está en su habitación. Le ha llegado un telegrama urgente de Valparaíso.

No había malicia alguna en la voz de la muchacha.

—Gracias —dijo Alicia MacAllister, la más turbada de las dos.

Alicia MacAllister encendió una vela, se puso las gafas y abrió el telegrama.

> REUNIÓN GENERAL AMBULANCIA ESTACIÓN VIÑA DEL MAR. PRESENTARSE 1 AM. MARCHA HACIA EL FRENTE AL AMANECER. RAIMUNDO VALENZUELA RAMOS, MÉDICO-CIRUJANO.

—Luis, tenemos que partir —dijo sacudiendo a su amante.

Luis Lorenzetti entreabrió los ojos. Tardó varios minutos en distinguir su nombre en el encabezado del telegrama y varios más en comprender su contenido.

—¿Qué hora es? ¿Dónde está mi pantalón?

Alicia MacAllister volvió a ponerse el corsé y los botines, pero en vez del vestido formal con el que había viajado desde Santiago, eligió una falda lisa de paño, como las que usaban las enfermeras en los hospitales.

—Te ves hermosa, doctora —dijo Luis Lorenzetti.

—Vamos —dijo ella, sonriendo—. El deber nos llama.

***

Se le conocía como la locomotora blindada, y era una máquina normal cubierta con planchas de hierro que en la punta formaban un espolón. Parecía un barco de guerra pero que se desplazaba sobre rieles. Los lugareños que la vieron pasar esa

tarde por las estaciones de Batuco, Calera, Quillota, Limache y Quilpué se sacaban sus sombreros y se persignaban ante aquel demonio de la guerra.

El maquinista tenía órdenes de no detenerse hasta Viña del Mar. No llevaba pasajeros comunes y corrientes. Pasada la estación El Salto y la fábrica de azúcar comenzó a reducir la velocidad, hizo sonar el silbato y accionó la palanca del freno. La locomotora dio su último bufido y se detuvo.

Los primeros soldados comenzaron a bajar en silencio de los vagones. Hacía frío y echaban vapor de la boca. Como no había nadie esperándolos en el andén, el ánimo era más bien taciturno.

Mientras los sargentos y oficiales ordenaban la tropa y llamaban a formación, del vagón de cola descendió un hombre con dificultad, escoltado por cuatro oficiales.

—¿Cuán cerca está ese hotel? —preguntó malhumorado el general Orozimbo Barbosa.

—Muy cerca, general —dijo el coronel Ruiz, jefe de estado mayor de la división.

—Yo no camino ni que me paguen. Que ensillen mi caballo, carajo.

Fue un trayecto de menos de cinco minutos al trote.

A esa hora en el Gran Hotel Viña del Mar había tan solo un recepcionista que roncaba en una silla frente al libro de registros. Barbosa dejó caer su mano temblorosa y pesada en la campanilla y el recepcionista saltó de la silla. Quedó sin palabras al verse ante un viejo general obeso y cinco oficiales con uniformes de la caballería francesa.

—Señor, hágame el favor de despertar al director del hotel —dijo el general Barbosa sacándose el quepis.

Los oficiales del estado mayor, acostumbrados a su sentido del humor, aguantaban la risa.

—Este hotel queda declarado como cuartel general del ejército —prosiguió Barbosa, sin darle tiempo al recepcionista de salir de su estupor—. Por orden del comandante en jefe, el presidente de la república.

Como el recepcionista permanecía en su puesto, con los ojos como platos, el general Barbosa adoptó su tono más campechano.

—¡Hombre, tómese su tiempo! Lo único que le voy a pedir es que abra la cantina y nos dé a cada uno unas buenas habitaciones con estufa.

Al poco rato circulaban mucamas y botones restregándose los ojos. Se despertaba a los cocineros y el administrador en persona, un francés de aspecto remilgado, vino a ofrecer sus servicios.

—Señogh generale, muy buenas noche. Tiene usté todo el hotel a su dispozición.

—Gracias —dijo Barbosa imitando su acento—. Tráiganos una botella de vino de Itata y unas longanizas con huevo para dormir bien.

Orozimbo Barbosa vivía un calvario. Las piernas le hormigueaban y su boca parecía un desierto. Se irritaba con facilidad y debía tener siempre un baño cerca para vaciar la vejiga. Debía viajar con un botiquín de remedios que olvidaba tomar y le dejaban la cabeza hecha un estropicio.

Con los oficiales del estado mayor se instaló en el comedor del hotel, mientras les preparaban sus habitaciones. Su humor de perros se transformó en entusiasmo juvenil cuando llegó la botella de vino.

—Los médicos me lo tienen prohibido —dijo Barbosa alzando su copa—. Pero por Chile uno se sacrifica. ¡Salud!

—¡Salud! —repitieron los oficiales.

—Esto no se va a prolongar por mucho, señores. Batiremos a esos zarrapastrosos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Quién lo duda, general?

—Los frailes, las beatas de Santiago, los vendepatria del congreso. Pero les daremos la gran lección, señores. La gran lección que se merecen.

***

Luis Lorenzetti y Alicia MacAllister se encontraron en la recepción. Él también llevaba prendas más austeras y apropiadas para la medicina, botas de excursión, guantes para proteger sus manos del frío, un sombrero tirolés con pluma de halcón y su maletín con instrumentos.

—Estaremos de vuelta pronto —dijo Luis Lorenzetti sacando un billete de veinte pesos, emitido por el Banco de Santiago—. Aquí tiene un abono por cuatro noches

El recepcionista recibió las llaves y el billete sin decir nada. El hotel se había transformado, en cuestión de horas, en un centro operativo militar. Circulaban oficiales y soldados, mucamas y secretarios. Había voces en el comedor y de la cocina venía olor a fritanga. Luis Lorenzetti y Alicia MacAllister se miraron.

—¿Nos queda tiempo para tomar un té? —preguntó él.

Entraron al comedor y se encontraron con cinco militares bebiendo vino delante de un plato rebosante de longanizas con papas y cebolla.

El reloj marcaba la medianoche.

—Buenas noches… —balbuceó Luis Lorenzetti—. ¿General Orozimbo Barbosa?

—Buenas noches —dijo Barbosa—. ¿A quiénes tenemos el placer?

—Doctores Lorenzetti y MacAllister, médicos cirujanos, en camino a reportarnos con el doctor Raimundo Valenzuela Ramos y la ambulancia de la división Valparaíso.

Alicia MacAllister hizo una inclinación de cabeza, observando con atención a los militares y, en particular, al viejo general, que sonreía de manera extraña.

—Como soldado de la república, me siento emocionado y honrado —dijo Barbosa—. Por favor, señor, señorita, les invito a compartir esta mesa, antes de asumir, todos nosotros, nuestras responsabilidades con la patria.

—General, le agradecemos su amabilidad —dijo Lorenzetti, incómodo.

—Tan calladita que es la dama —agregó Barbosa.

Uno de los oficiales le dijo algo en el oído. La expresión del general cambió.

—¡Un salud por los jóvenes patriotas! —dijo Barbosa alzando su copa.

Todo quedó ahí. Luis Lorenzetti y Alicia MacAllister agradecieron la invitación y se retiraron sin intercambiar una sola palabra hasta estar fuera del hotel. Los militares también se quedaron en silencio un largo rato, hasta que el general rompió el hielo.

—Harto linda la muchacha.

Domuño
11.30 PM

Una bruma espesa cubría las colinas y lomas, dejando ver apenas algunos arbustos, uno que otro eucalipto y el sendero de tierra parda por el que normalmente pasaban los animales. Un rumor despertó a las loicas y los gorriones que descansaban; algunos echaron a volar y pronto no quedó ninguno. Algo avanzaba desde el norte.

El animal surgió de la neblina. Primero una silueta, luego otra. Un tambor sonaba marcando el paso de los soldados. Caballos y carretas, mulas arrastrando cañones cuyas ruedas crujían contra las piedras. Jinetes de avanzada señalaban el camino con antorchas.

Estanislao del Canto se frotó la barbilla, contrariado. Había detenido su caballo mientras el coronel Salvador Vergara y sus oficiales intentaban determinar su ubicación.

—Por lo visto, el plan del bueno de Körner se fue al carajo —dijo Del Canto—. ¿Dónde se supone que estamos?

Los oficiales observaban el mapa, de pie, bajo una antorcha y a un costado del camino.

—Hemos avanzado quince kilómetros desde Quinteros —dijo el coronel Vergara —. La avanzada debe estar llegando a Domuño.

—Que descansen allí —ordenó Del Canto—. Mañana a primera hora proseguiremos la marcha hacia el río.

Vergara transmitió la orden y del Canto azuzó su caballo para seguir a las tropas.

Pese a los contratiempos, Del Canto mantenía confianza en el éxito de la campaña. Avanzar, aunque lento, era mejor que retroceder. El objetivo era tomar Valparaíso antes de que el ejército balmacedista reuniera a sus fuerzas. Privado del puerto, el gobierno quedaría sin oxígeno y caería por su propio peso. No habría necesidad de derramamiento de sangre.

Mientras avanzaba hacia Domuño, Del Canto se iba imaginando la victoria como una sucesión de encuentros, telegramas y decisiones que debería tomar. Un cara a cara con el viejo Barbosa. Neutralizar al *Coronel Longaniza*. Mantener el orden. Dar garantías a las potencias extranjeras. Quitarle protagonismo a Jorge Montt.

¿Cómo se llegaba a ser presidente? Normalmente en una convención, amañada igual que las elecciones. El partido de gobierno siempre ganaba, salvo ahora que no

habría ni convención ni partido de gobierno, sino una junta Revolucionaria y él, Estanislao del Canto, era su jefe militar.

Su gran problema iba a ser su paso por la administración policial. Entre 1888 y 89 había sido el encargado del orden público y la seguridad de la capital. Había combatido el bandolerismo y el vicio, enfrentado alzamientos obreros y elecciones. Había usado métodos poco ortodoxos: latigazos para el policía ladrón, mano dura con los agitadores demócratas y alianzas con el bajo mundo.

El país algún día le agradecería las cosas que hizo para mantener la paz, pero algunos políticos se lo sacarían en cara. Tenía que estar preparado. Tenía que pensar en dos planos a la vez. Como buen militar.

Viña del Mar
Viernes, 12.00 AM

Normalmente los faroles se apagaban más temprano, pero la llegada del ejército había postergado la oscuridad. Miles de hombres marchaban desde la estación en formaciones. Las primeras filas remontaban los cerros de Viña del Mar y tomaban el camino hacia Concón para sumarse a la línea defensiva del gobierno.

En la estación del ferrocarril uno de los últimos destacamentos se preparaba. Era la ambulancia, el pequeño batallón de socorro a los heridos en combate. Un médico cirujano de larga experiencia, cuatro cantineras y doce soldados. Ellos eran los encargados de las carretas y de los caballos, de bajar los delicados pertrechos y armar las tiendas.

Raimundo Valenzuela Ramos, médico cirujano y veterano de guerra, supervisaba la operación. La faena de armar la ambulancia había comenzado cuando Alicia MacAllister y Luis Lorenzetti llegaron a la estación.

—Buenas noches, doctores.

—Buenas noches doctor —dijeron ambos.

—Doctores, aquí comienza nuestra travesía. Les presento al alma de la división, a la sargento Eulalia Albornoz, la sargento Domitila Yáñez y Raimunda Tapia y Quiteria Parra, cantineras del ejército de la república.

Las cuatro mujeres saludaron a los nuevos miembros de la ambulancia con distintos grados de timidez, salvo la cantinera Albornoz, que hizo un gesto pícaro con los labios.

—Ellas son el nexo con la intendencia y las más estupendas cocineras en toda la fuerza militar —dijo el doctor Valenzuela.

Alicia MacAllister notó que existía una complicidad especial entre el doctor y las cantineras.

Antes de partir hicieron un inventario: diez cajas de gasa, dos de alcanfor y tintura de opio, implementos quirúrgicos y doscientos litros de agua.

—Muy bien. Doctores, soldados, cantineras… este hospital se pone en marcha. ¡Andando!

***

Alicia MacAllister sintió que en ese momento comenzaba su vida. Todo lo anterior, incluyendo sus estudios de medicina y su práctica en el hospital San Borja, había sido un mero preámbulo. Observó a Luis Lorenzetti y sintió un fuerte deseo de tomar su mano, pero consideró que era un gesto impropio.

La caravana del ejército se internó por caminos pedregosos y accidentados, entre valles llenos de quiscos y espinas. Alicia MacAllister iba en uno de los carros de la ambulancia y Luis Lorenzetti en el otro.

—¿Es su novio? —preguntó la cantinera Yáñez.

—No nos hemos comprometido formalmente —sonrió Alicia MacAllister.

—Harto tincúo el doctorcito.

Le gustaba el humor de aquellas cantineras. Había visto esa misma chispa en muchas mujeres del pueblo. Empleadas, lavanderas, costureras, sobrevivientes de la pobreza y los malos tratos.

—¿Y cómo hizo para que la dejaran estudiar?

—Amenacé con hacerme monja.

—¡Esa sí que es tragedia, oiga! —dijo la cantinera—. ¿Y es verdad que hacen cosas raras con los cadáveres? ¿Que los van a sacar fresquitos del cementerio para abrirlos y ver qué tienen adentro?

—Se llama anatomía, y se practica con cuerpos no reclamados.

—Chita que tiene estómago, oiga. ¡La pura cara de niñita!

El diálogo la mantuvo despierta algún tiempo, pero el ritmo de la marcha la doblegó. Los ojos se le fueron cerrando de a poco

—Échese por ahí, aproveche de descansar —dijo la cantinera—. Mire que esta cuestión tiene para rato

El ejército balmacedista marchaba de sur a norte; los revolucionarios, en la dirección contraria. Entre ambos había tan solo veinte kilómetros de cerros, quebradas y un río que bajaba desde la cordillera.

Santiago, La Moneda
Jueves, 1.00 AM

Emilia de Toro dejó la taza de infusión sobre la mesa, se ajustó la mantilla sobre el pecho y se dirigió a la habitación presidencial. Era el momento que más temía de la jornada, cuando las voces de los funcionarios se habían apagado y el silencio se apoderaba del palacio.

Su primera impresión como primera dama recién llegada a La Moneda fue lo frías que eran las habitaciones. Iluminadas con lámparas de gas, de noche las paredes se llenaban con las sombras de los muebles.

El palacio de los presidentes se había transformado en su prisión. En ella había perdido a un hijo. Cada día temía más por la vida de su marido y cada noche le costaba más conciliar el sueño.

¿Y si todo saliera mal?

El funeral de Pedro había sido el último acto público al que asistieron todos los líderes de las facciones políticas. Emilia de Toro recordó la homilía del obispo Mariano Casanova, los rostros compungidos de sus hijos y parientes, la mirada dura de doña Encarnación Fernández, su suegra; el pésame de los mismos caudillos que después se sublevarían contra su marido, volcando contra él todo su veneno: Pedro Montt, Enrique MacIver, los hermanos Walker Martínez, Melchor de Concha y Toro y Ramón Barros Luco. El pésame de Sara Bulnes y Laura Cazotte, y de las mujeres de apellido que después le quitarían el saludo.

Emilia de Toro se sacó la mantilla, se sentó frente a un espejo y soltó su moño. Las canas se derramaron sobre sus hombros. ¿Cuántas le habían salido desde la muerte del niño? Cogió un cepillo y comenzó a alisárselas, lentamente, sin apuro, antes de ponerse a rezar.

***

Balmaceda no se apartó del telégrafo hasta la madrugada. Firmó decretos movilizando dinero para aguinaldos, bonos para los maquinistas de los trenes, para los telegrafistas y operadores de la compañía telefónica.

Exhausto, se retiró de la oficina del telégrafo y dio las buenas noches a los operadores, que habían trabajado sin cesar durante toda la jornada. Los soldados de la guardia se cuadraron a su paso. Caminó por el pasillo, observando el patio vacío

y los centinelas en sus puestos.

Aparte de él, sólo seis individuos habían residido en La Moneda con sus familias. Bulnes, Montt, Pérez, Errázuriz, Pinto, Santa María. Cada uno había dejado huella de su paso: un candelabro de plata, un tapiz, una mesa o un cuadro. La decoración del salón era una mescolanza de muebles de distintas épocas.

Desde allí se había librado una guerra y sofocado dos rebeliones armadas. Nunca el ocupante del sillón presidencial había sido derrotado en el campo de batalla.

Balmaceda entró al salón, se dejó caer sobre una silla estilo Luis XV y estiró las piernas. Todas las noches regresaba a su rutina de esposo, a su vaso de leche tibia y su cucharada del jarabe de fosfato de hierro del doctor Leras, *el eficaz tratamiento para las afecciones nerviosas.*

Esa noche Emilia le había dejado el vaso y el frasco del jarabe en una mesa. Aquella ruptura de la rutina hizo temer a Balmaceda que su esposa estuviese enfadada con él, o que simplemente se sintiese asustada por el rumbo que tomaban los acontecimientos. Era normal. Balmaceda llenó una cucharada del jarabe y se la llevó a la boca; contempló el vaso de leche que su esposa le dejó cubierto con un pañuelo y dudó en beberlo.

Un pensamiento absurdo cruzó su mente: *Señor, aleja de mí este cáliz.*

La sustancia activa del jarabe subía por su cerebro haciendo efecto. Una sensación de calma invadió sus sentidos.

Creyó sentir voces masculinas, una risa conocida. Por supuesto, estaba solo; no había nadie en aquel salón donde su hijo Pedro solía reunirse con sus amigos. Recordó una velada particularmente animada con periodistas y literatos. Pedro estaba jovial y conversaba acerca de la belleza con aquel poeta centroamericano que vivía en Valparaíso, el que trabajaba en la aduana y estaba obsesionado con el color azul.

En el rostro de Balmaceda se dibujó una sonrisa triste.

—José Manuel —dijo una voz desde la puerta entreabierta de la habitación presidencial—. ¿Vienes?

—Voy, Emilia, voy —respondió cerrando los ojos por un instante.

Trataba de recordar el nombre de aquel muchacho de ojos rasgados y mirada inteligente con quien Pedro había llegado a trabar amistad. Una amistad intensa.

Segunda parte
21 de agosto de 1891

Concón Alto
Viernes, 1.00 AM

El general José Miguel Alcérreca recorrió el frente con sus prismáticos. Fue de oriente a poniente a lo largo del río Aconcagua por oscuras colinas apenas iluminadas por la luna.

—Si me permite, general, creo que el terreno no se presta para una defensa adecuada —dijo el coronel Marcial Pinto Agüero, jefe del estado mayor.

—Explíquese —dijo Alcérreca.

—Hay demasiadas quebradas y será difícil desplazar tropas y material para proteger los distintos flancos. Lo más sensato es replegarnos hacia Reñaca y esperar allí a la división de Santiago.

—Esta es mi tercera guerra, Pinto —dijo Alcérreca—. Combatí contra los indios en el sur, y contra los peruanos en el norte.

El coronel Pinto Agüero bajo la vista y con un gesto nervioso pisoteó un arbusto con la bota.

—Tiene usted razón. Informe este parecer a Barbosa y al presidente. Veamos qué nos dicen.

—Sí, general —replicó el coronel Pinto Agüero.

Los ayudantes habían encendido una fogata y Alcérreca acercó sus manos para calentarlas. Pinto Agüero había dado en el clavo. Aquel cerro era difícil de defender contra una embestida de ocho mil hombres.

El telégrafo móvil del sargento Athos se encontraba medio kilómetro valle abajo; un mensajero debía ir y volver a caballo desde este punto hasta el cuartel general de la división. A la una de la mañana el soldado de enlace trajo un telegrama de Viña del Mar que puso a Alcérreca en una difícil encrucijada.

> ESPERE LLEGADA DE ESTADO MAYOR DE SANTIAGO PARA ESTUDIAR LA SITUACIÓN. RETIRADA DE TROPAS FRENTE AL ENEMIGO TRAEN POR CONSECUENCIA INFUNDIR TIMIDEZ EN LA TROPA BARBOSA.

—Bueno —dijo Alcérreca doblando el telegrama—. El general tiene razón. No podemos darle la espalda a una banda de forajidos y mercenarios a servicio de Agustín Edwards. ¿No lo cree usted, Pinto Agüero?

El jefe de estado mayor tardó en responder.

—Me parece una mala decisión, señor.

—No ponga esa cara —le dijo Alcérreca—. Mande vaciar al río cuanto canal, acequia o corriente haya desde aquí hasta Quillota. Que les cueste meter las patitas

en el agua. Y ya que no nos podemos mover de aquí, mande a la intendencia a sacrificar algunas vacas. Que la cueca nos pille bien comidos.

***

El teniente Carlos Hermosilla dejó caer su frazada, exhausto. Su regimiento, el 3º de Línea, acababa de llegar al frente y los soldados, agotados por la larga caminata desde Viña del Mar, se derrumbaban entre suspiros y risotadas. Algunos caían dormidos ahí mismo, en medio de los hierbajos que coronaban el cerro.

Observó que la línea de las fuerzas de la legalidad se extendía a lo largo de cerros y quebradas.

Después de dejar a sus tropas en el sector central, el teniente Carlos Hermosilla buscó a sus amigos, el teniente Pedro Carrasco y el sargento mayor Zorobabel Zúñiga. Los encontró de buen ánimo junto a un piquete de soldados de intendencia que faenaban una vaca.

—¡Llegas justo a tiempo, Carlitos! —exclamó el teniente Pedro Carrasco reuniendo palos y troncos para el fuego.

La sangre del animal salía a chorros por donde los soldados ensartaban sus cuchillos. Como ése, otras diez vacas corrían la misma suerte en otras partes del campamento.

—Los ojos son lo más rico.

—La lengua.

Dividido en dos, extraídos los órganos y la piel, el animal fue estacado frente a la fogata. La grasa comenzó a gotear sobre la hierba.

—Estas posiciones son una porquería —dijo el teniente Hermosilla.

—A mí me parecen estupendas —dijo el teniente Pedro Carrasco.

—Para hacer un asado serán.

—No seas aguafiestas, Carlitos. Con esta carne vamos a tener energía para defender este cerro hasta que lleguen los refuerzos. Tú come no más.

—Sale el primer bistoco —dijo el sargento Zorobabel Zúñiga, trinchando el animal con su bayoneta.

Concón Bajo
Viernes, 7.00 AM

Las estrellas se iban apagando y las cimas nevadas de la cordillera comenzaban a delinearse con una luz morada. En la superficie del río Aconcagua, un pato de cuello negro hundía cada cierto rato la cabeza. Cuatro polluelos lo seguían en fila como soldados disciplinados.

El coronel Emilio Körner contempló la escena, emocionado. La guerra ofrecía, antes de sus tormentas de fuego y metralla, momentos de inspiración poética como aquel.

La segunda batería de montaña se había apostado en una pequeña elevación. A unos doscientos metros del río había ocho cañones Krupp y seis cañones Grieve fundidos en el Perú durante la Guerra del Pacífico. La brigada estaba compuesta por cuatro regimientos y un escuadrón de carabineros del norte.

Consultó su reloj: eran las siete de la mañana. A unos diez metros de distancia, en la otra orilla del río, el pato seguía cazando lombrices y renacuajos.

***

A tres kilómetros de allí, a través de vegas y matorrales, las tropas del coronel Estanislao del Canto llegaron hasta Colmo, frente a Concón Alto y el cerro de Torquemada. Los estafetas de las dos brigadas hicieron contacto. Faltaba media hora para iniciar las operaciones.

***

En la bahía de Concón tres barcos comenzaron a apuntar sus baterías contra el cerro Torquemada.

—A la derecha, tres grados —dijo Melchor.

—A la derecha tres grados —repitió el cabo Martínez girando la rueda y con ella la torre completa.

El sargento Melchor Martínez había aprendido a apuntar al ojo, realizando

complejos e intuitivos cálculos físicos y matemáticos. La tecnología moderna algún día lo jubilaría, aunque por ahora seguía necesitando de sus talentos para evaluar la parábola de un proyectil.

—¡Cañones en posición! —exclamó Melchor.

Al frente ya no tenía otro barco con capacidad de defenderse. Por la mira el sargento Martínez no veía la silueta estilizada del Huáscar sino un cerro.

—Como quemar moscas —masculló el cabo Zenón González, escupiendo en el piso de la batería—. País de mierda.

Cerro de Torquemada
Viernes, 7.30 AM

El carro se había detenido. Luego de restregarse los ojos y aún somnolienta, Alicia MacAllister entrevió un panorama impresionante.

A su izquierda, el mar inmenso; a su derecha, el sol asomado sobre los cerros nevados de la cordillera. La vista caía sobre un valle surcado por varios brazos de agua que se separaban y unían en distintas partes. Alicia hubiera deseado estar allí en otras circunstancias, celebrar con Luis un picnic con dulces, frutos frescos y libros de poesía.

Pero esta imagen romántica duró poco. A su alrededor cientos de soldados, carretas, mulas y caballos permanecían dispuestos en una línea sinuosa de dos o tres kilómetros.

—¿Cómo estuvo el viaje? —le preguntó Luis Lorenzetti asomándose por la abertura del carro.

—Sobreviví —respondió Alicia.

—Yo también —dijo él—. Aunque hubiera preferido permanecer más tiempo en el hotel.

Los dos sonrieron tímidamente.

Los soldados instalaron las carpas y dispusieron la mesa de operaciones, las camillas y las cajas con implementos. Las cantineras iban separando los remedios, los rollos de gasa y los maletines con instrumentos: pinzas y tijeras, torniquetes y serruchos.

El cirujano Raimundo Valenzuela Ramos llamó a Luis y a Alicia a un costado de la carpa.

—Doctores, según la información que me dio el general Alcérreca, la división Santiago llegará dentro de la mañana y la de Concepción esta tarde. Con ellas viene más personal médico. Sin embargo, no podemos saber cuándo se iniciarán las acciones, de modo que tenemos que estar preparados para atender el frente nosotros solos. Confío en la formación que recibieron de sus maestros en la Escuela de Medicina y la experiencia que han podido adquirir en los hospitales. Pero déjenme advertirles que esto es mucho peor que una epidemia. Confíen en las cantineras: son las mujeres más extraordinarias y fuertes que he visto jamás. ¿Entendido?

—Sí, doctor —dijeron ambos al mismo tiempo.

Alicia MacAllister nunca había practicado la cirugía a campo abierto y no sabía cómo responderían sus nervios en la batalla. Los dos años de trabajo con la doctora Eloísa Díaz en el hospital San Borja no la habían preparado para lo que estaba por

suceder.

—Doctores, la jornada comienza —dijo el cirujano Valenzuela Ramos—. ¡Viva Chile!

—¡Viva!

***

Las fuerzas del gobierno y de la oposición estaban frente a frente. Los rifleros se repartían cartuchos; los artilleros sacaban los proyectiles de las cajas; los jinetes permanecían junto a sus cabalgaduras, esperando.

En la bahía, tres barcos de guerra apuntaron sus cañones contra el cerro.

—¡Fuego! —exclamó el capitán Jorge Montt.

La orden viajó de boca en boca a través de las tuberías de comunicación de los barcos, y le llegó a Melchor Martínez.

El sargento accionó el mixto; una chispa se encendió y las moléculas de pólvora entraron en combustión. La primera bala de la batalla de Concón salió de la batería de babor a las 7.40 de la mañana.

Cerro de Torquemada
Viernes, 7.45 AM

Alicia MacAllister se llevó las manos al pecho y Luis Lorenzetti se agachó instintivamente.

—¡Bienvenidos a la guerra, señores! —exclamó el cirujano Raimundo Valenzuela Ramos, arremangándose la camisa—. Aquí nuestro único enemigo es la gangrena.

Los cañonazos parecían golpes de un martillo gigante que retumbaban en el interior de sus cuerpos. Alicia reprimió el deseo de ver dónde estallaban. Buscó a Luis y lo vio apostado en la entrada de la carpa. Contemplaba la bahía con una expresión de estupor.

Esto está ocurriendo ahora, pensó. En menos de veinticuatro horas había abandonado a su madre y entregado su cuerpo a un hombre. Los proyectiles explotaban dejando manchones negros en el cielo.

***

El teniente Carlos Hermosilla estaba en la quebrada cumpliendo con las necesidades de la vejiga cuando sonó el primer cañonazo. Cerró apurado la bragueta y echó a correr cerro arriba. En todo el frente sonaba el toque de combate.

Hermosilla pasó corriendo delante de la ambulancia y se detuvo algunos segundos al ver a una muchacha totalmente concentrada bajando pertrechos de un carro. Tenía un mentón delicado y unos ojos muy azules que destellaban detrás de sus gafas redondas. Vestía un delantal blanco que la cubría del cuello hasta los pies. No era monja, de eso podía estar seguro.

El segundo cañonazo lo sacó de su ensoñación. Una columna de tierra brotó del suelo, varios metros abajo en la quebrada, y el teniente Hermosilla se echó a correr por la explanada para unirse a su regimiento. Una tercera y una cuarta explosión le confirmaron que el combate había comenzado.

—¿Dónde carajo estabas? —le preguntó el teniente Pedro Carrasco.

—¡Cambiándole el agua a las aceitunas!

***

A los disparos de la escuadra se sumaron los del ejército rebelde, y toda la ribera norte se encendió. Del otro lado, en la meseta que ocupaban las fuerzas leales a Balmaceda, la respuesta no se hizo esperar.

Los disparos rebeldes eran poco precisos, los del ejército balmacedista, inútiles. Alcérreca vio que muchos explotaban en el aire y que otros ni siquiera explotaban al tocar el suelo.

—Traición —masculló.

El duelo de artillería duró más de una hora, y no tuvo más resultado para los dos ejércitos que permitirles detectar las posiciones del otro.

Santiago, La Moneda
Viernes, 10.00 AM

Balmaceda estaba en su despacho corrigiendo su discurso. Había ideas interesantes, pero faltaba el *coup*. Dudaba en usar una palabra u otra, recortar una frase, extender otra que prometía.

Hay quienes quieren mantener las cadenas del privilegio explotando las riquezas del país, ganadas con la sangre de los soldados. Sirven al oro de la pérfida Albión.

Necesitaba ser menos cursi y más directo. Poner de un lado Inglaterra, North, los mercenarios; del otro lado, las escuelas, los hospitales, la vacunación, los viaductos y los ferrocarriles. *Un Estado moderno.* El triunfo de la mayoría parlamentaria acarrearía la ruina y la postergación de todos los avances democráticos. Pero los soldados, los mismos de Tacna, Chorrillos y Miraflores, defenderían las instituciones hasta el último hombre.

El secretario Carlos Eguiluz interrumpió sus cavilaciones literarias.

—Excelencia, los ejércitos se baten en Concón.

Balmaceda se quedó de una pieza. No pronunció palabra y toda su energía vital confluyó hacia un solo objetivo: transmitir serenidad. Perder la calma era algo impropio de un caballero. Tomó su sombrero y se dirigió hacia la oficina del telégrafo.

> EJÉRCITO REVOLUCIONARIO A LA VISTA. QUERIENDO FORZAR PASO DEL ACONCAGUA. DAN FUEGO CON TODAS LAS FUERZAS DE ARTILLERÍA QUE TIENEN. ALCÉRRECA.

¿Tan rápido habían avanzado desde Quinteros? ¿Con qué fuerzas contaba Alcérreca? ¿Dónde se encontraba Barbosa?

Detrás de su máscara imperturbable, el cerebro de Balmaceda era un caos de preguntas.

El telégrafo Edison Quadruplex era uno de los aparatos más modernos del mundo: podía recibir hasta cuatro mensajes de manera simultánea. Los mensajes de Valparaíso llegaban junto con los de Quillota, Coquimbo, Concepción y de las distintas prefecturas a lo largo del país.

—Excelencia —dijo uno de los telegrafistas—. La división de Concepción pasó por Rancagua, en un par de horas estará en la estación Alameda.

—Muy bien —dijo Balmaceda, aliviado—. Dígale a Julio Bañados que venga a La Moneda antes de seguir a Valparaíso.

Intentaba sopesar la información que seguía llegando a través de los cables.

Alineó los últimos telegramas en la mesa, en orden cronológico; miró el reloj y luego el mapa de la provincia de Valparaíso que su edecán militar había desplegado en la pared. Valles y quebradas, el puerto principal de la república. El futuro de la nación y de su propia vida.

—No se debe combatir hoy —sentenció.

Pero el mapa de la nación, puesto junto al de la provincia de Valparaíso, tenía vida propia, independiente de su voluntad.

Ritoque-Colmo
Viernes, 11.00 AM

Un observador apostado en un globo aerostático, en recorrido de sur a norte y mirando verticalmente hacia el suelo, hubiera visto lo siguiente:

Hombres con uniformes azules tomando posiciones en los bordes de un cerro. De sus fusiles brotaban nubecillas de humo.

En el lecho del valle se acumulaban soldados de uniformes blancos, con un brazalete rojo. Formados en columnas, esperaban la orden para vadear el río Aconcagua desde una playa de arenas grises.

Mar afuera, dos fragatas blindadas y una corbeta disparaban. El ruido era ensordecedor.

***

Apenas comenzó el cañoneo, Ismael Valdés Vergara pidió autorización para abordar una lancha y bajar a tierra.

La desembocadura del Aconcagua ofrecía un espectáculo impactante: a la derecha, desde la bahía, dos barcos disparaban a discreción contra los cerros; en la playa, a la izquierda, cientos de soldados yacían semienterrados en la arena plomiza como si durmieran o descansaran. Al acercarse a ellos Valdés Vergara comprendió su error: eran rollos de frazadas que la infantería había abandonado para aligerar el peso.

En los cerros de Concón las descargas de fusil formaban breves volutas; la artillería pesada dejaba mordidas, agujeros y manchones negros. Los oficiales vociferaban órdenes y los soldados se internaban en el río. El agua les llegaba hasta la cintura.

Media hora después las tropas de la segunda brigada también comenzaron a cruzar el Aconcagua. Pero la situación en aquella altura del río era distinta y el coronel Estanislao del Canto lo notó de inmediato.

Los soldados sentían que la fuerza de la corriente demoraba su avance y los hacía zigzaguear. Varios se detuvieron a los pocos metros, intentando mantenerse en equilibrio; otros tropezaron y el agua los cubrió. Algunos, empapados, intentaban ponerse de pie, mientras varios caían abatidos por los fusileros gobiernistas.

La corriente se llevaba los primeros cadáveres hacia la desembocadura. El

periodista Eloy Caviedes, que se encontraba junto a del Canto, no paraba de escribir en su libreta.

Valparaíso, calle de la Victoria
Viernes, 1.00 PM

El viento norte trajo desde temprano el eco de los cañones. Desde el último piso de la mansión Edwards, Rosa los escuchó sin poder ver de dónde venían.

—Estése tranquila, doña Rosa —dijo Adalberto—. Nada le va a pasar a Melchor. Si usted me permite, él va a estar del lado de los que ganen.

—No me preocupa eso, Adalberto.

—¿Cree que van a bombardear Valparaíso, doña Rosa? ¡Ni en pintura!

De pronto los estruendos bajaron su intensidad. Rosa, que sabía reconocer un cañón de la escuadra, notó que ya no tronaban.

—¿Ve? —dijo Adalberto—. Se está acabando.

***

Varios kilómetros al norte, el sargento Melchor Martínez y el cabo Zenón González se miraron brevemente. El cañón comenzaba a enfriarse después de disparar la vigésima bala de la jornada.

—¡Andamos flojazos! —exclamó el cabo González alzando la voz.

Melchor no dijo nada. Observó las columnas de humo que subían desde el cerro. Vio casacas blancas que subían y casacas azules que bajaban. Los disparos de fusil estallaban en distintas partes.

—Son como olas chocando —dijo el cabo González.

—Así no más fue en el morro Solar, allá en el Perú. Carnicería más espantosa. Con la escuadra barrimos las puntas de los cerros. Después subieron los infantes a pecho descubierto. Yo los vi volar como marionetas, con un catalejo que le compré por tres pesos a un gringo en Iquique.

Melchor recordó la imagen circular, distorsionada en los bordes, del morro Solar, cuando las tropas chilenas lo asaltaban a bayoneta calada. Humo, cuerpos apiñados que dejaban manchones rojos al rodar cerro abajo.

—¿Y qué fue de ese catalejo? —preguntó el cabo Zenón González.

—Lo vendí después de la guerra. Mi iñora estaba furiosa cuando supo la plata que me gasté. Yo le había prometido que después de la guerra colgaba el uniforme, que me casaba con ella y me empleaba en el puerto. Ya teníamos un cabro chico y

los dos de ella.

Las casacas blancas ya habían subido la mitad del cerro y las casacas azules intentaban repelerlas. El sargento Melchor Martínez comprendió que los barcos ya no seguirían disparando por un buen rato.

—Con la plata del catalejo me compré un bote. Llevaba carga y pasajeros del muelle a los barcos. Así me ganaba mi humilde y digno jornal. Pero la vida de civil no se me dio. Me aburría. Me puse rabioso y bueno para tomar —Melchor hizo un gesto llevándose un vaso imaginario a la boca.

—¿Le cascó alguna vez a la iñora?

—¡Nunca! Pero le dije cosas feas. Ella es bien chúcara, mi negra. Canta, sabe leer y escribir. Tiene mucho de esto —Melchor se llevó un dedo a la sien—. En cambio uno es un bruto que solo sabe disparar un cañón. Me mandó a la punta del cerro y yo volví con la cola entra las piernas.

—¡Sargento! —gritó una voz—. ¡Paremos el parloteo!

Bigotes rubios y ojos azules. Rodgers era más bajo que Melchor, pero tenía galones de teniente.

—Cañón de babor en posición de tiro, señor —dijo el sargento, masticando las sílabas—. Aguardando órdenes del señor comandante.

Rodgers ariscó la nariz y dio media vuelta. El sargento Melchor Martínez y el cabo Zenón González se miraron sin decir una palabra.

Cerro de Torquemada
1.15 PM

El teniente Carlos Hermosilla y los soldados del 3º de Línea apuntaron sus fusiles hacia el borde occidental de la quebrada de la Petra, donde las tropas rebeldes comenzaban a desplegarse. Toda la línea del ejército balmacedista se encendió con las descargas.

No se veía nada.

La nube de azufre y tierra removida que envolvía el cerro se fue disipando. Por la ladera de la quebrada los soldados de uniforme blanco comenzaban a bajar. Algunos caían; otros esquivaban las balas y buscaban refugio en los arbustos. Más y más iban llegando.

En ese momento sonó el toque de cala-cuerda, la señal para comenzar la lucha cuerpo a cuerpo.

En la mano izquierda el teniente Carlos Hermosilla tenía un sable; en la derecha, un revolver. Empuñándolos con fuerza, se lanzó cerró abajo por la quebrada.

***

A esas alturas el frente tenía dos focos de encuentro, en la quebrada de la Petra y en Colmo. En un extremo estaba del Canto y en el otro Körner. Cada uno desde su emplazamiento seguía la batalla con ansiedad. Hombres vestidos de blanco y de azul se disparaban, recibían impactos de cañón, volaban y caían mutilados. En aquellos puntos el aire olía al infierno: azufre y fluidos corporales: sangre, bilis, orina y materia fecal. La fetidez subía hacia el cielo, invisible pero atractiva para los jotes. Ni los soldados ni los mandos lo notaron: primero uno y luego dos, y varios más que se juntaron en el cielo describiendo círculos sobre los cerros y quebradas de Concón.

***

El coronel Estanislao del Canto estaba cada vez más impaciente. Sus tropas estaban detenidas frente a Concón Alto. Se habían quedado sin munición.

Apuntó nuevamente los prismáticos y recorrió todo el frente, desde Concón Alto hacia la desembocadura, por el borde sur del río. Hacia el poniente, la cosa iba mejor y los soldados de la primera brigada habían vadeado el río con éxito.

—Parece que nos está tocando bailar con la fea —dijo el coronel del Canto, cambiando la altivez por ironía, un recurso que se le daba bien—. ¿Qué pasa con la tercera brigada?

—El regimiento Esmeralda está en condiciones de sumarse al ataque, señor —informó el coronel Salvador Vergara.

—Algo es algo —refunfuñó del Canto—. Que crucen el río de inmediato, mire que en cualquier momento Alcérreca lanza sus perros cerro abajo.

Tal cual: minutos después, cuando el último regimiento de la reserva congresista se incorporaba a la ofensiva, las tropas del gobierno comenzaron a bajar desde el cerro Torquemada, a bayoneta calada.

Concón Bajo
Viernes, 1.30 PM

Saturnino Mamani Sullca, soldado del batallón Tarapacá, logró atravesar el río sin un rasguño. Pisó fuerte para sacarse el barro y el agua de las botas, sacó de su morral un saquito con hojas de coca, las envolvió en una piedra y se las echó a la boca.

Encomendándose a la Virgencita de Pozo Almonte y a la Pachamama, se lanzó al trote cerro arriba siguiendo a sus compañeros.

Mamani llevaba un fusil Mannlincher con cinco cargadores en su morral. Cada uno traía cinco balas y se introducía por la base, delante del gatillo.

Era un hermoso fusil. Recargarlo era rápido y apuntarlo más fácil que los demás.

Las hojas de coca ya comenzaban a soltar sus jugos.

Mamani llegó hasta el punto que había creído el más alto del cerro. Se encontró que, del otro lado había un cerro todavía más grande, y una quebrada entre medio. De cada borde bajaban soldados.

Un oficial le gritó que no se quedara parado. Mamani sintió el jugo amargo que secretaban las hojas. Dio un paso dubitativo, luego otro. Antes de bajar, contempló la quebrada buscando blancos. Apuntó con calma su fusil Mannlincher y abatió a un soldado de casaca azul.

Mamani había bajado del Altiplano a trabajar en las salitreras y no tenía experiencia de guerra. Su puntería podía considerarse milagrosa. Aun así el oficial le volvió a gritar: qué esperaba para bajar, carajo, y Mamani obedeció.

Tardó algunos minutos en acostumbrarse a frenar con todo el cuerpo. Buscó algún punto intermedio para apostarse y volver a hacer puntería. Así abatió a otros dos soldados azules.

Cautelosamente descendía el soldado Mamani, repitiendo su rutina cazadora. En algunos puntos de la quebrada ya había soldados azules y blancos combatiendo cuerpo a cuerpo, una situación en la que Mamani no se quería involucrar.

A varios metros del fondo de la quebrada se encontró con un soldado de su regimiento que lo miraba como queriendo preguntarle algo: tenía la cabeza abierta, por encima de las cejas, y movía los dedos sin parar.

¡Agáchate, hombre!

Oyó un griterío que bajaba por el cerro y vio que sus compañeros disparaban. Uno se fue de espaldas, otro agarró su fusil con las dos manos, una manada de uniformes azules cayó sobre la grieta como un aluvión.

Los cuerpos caían, se levantaban, se quedaban tumbados y Mamani no sabía para dónde mirar. Balas zumbaban a su alrededor y una le pasó tan cerca que llegó a sentir un cosquilleo en el lóbulo de la oreja.

El soldado Saturnino Mamani Sullca juró que, si salía vivo de aquel cerro, dedicaría el resto de su vida a hacerle penitencia a la virgencita de Pozo Almonte.

***

Empuñando su revólver el teniente Carlos Hermosilla corría cerro abajo con las tropas del 3º de Línea. A la derecha bajaban los soldados del regimiento Victoria; a su izquierda, los del Buin y del Mulchén, todos con sus bayonetas caladas y gritando como demonios. Desde abajo subían los soldados rebeldes, agazapándose y apuntando desde los arbustos.

Cada tantos segundos el teniente Carlos Hermosilla veía caer a alguien a su lado. Se agachaba y buscaba la protección de un risco; apuntaba hacia alguno de los uniformes blancos que porfiaban por subir y apretaba el gatillo.

Ya no quedaba otra opción que enfrentar el fondo de la quebrada y sumarse al revoltijo de uniformes azules y blancos que se embestían, forcejeaban y se golpeaban con las culatas de los fusiles. El teniente Carlos Hermosilla disparó a quemarropa, dio sablazos, patadas, se tropezó y perdió su quepís, se levantó a tiempo de no quedar debajo de un muerto. Sintió un zumbido caliente que pasó por su brazo derecho, arrancando de cuajo la tela del uniforme y un poco de piel.

Disparó su última bala. Tenía que moverse, salir de la quebrada. Sus hombres resistían. Los rebeldes se replegaban y, por instantes, el teniente Carlos Hermosilla sintió un furor incontrolable que se apoderaba de su cuerpo, empujándolo a una persecución absurda y temeraria. Un brazo lo sostuvo.

—¿Adónde va, teniente?

El sargento Zorobabel Zúñiga no alcanzó a terminar la oración: de su sien derecha brotó un chorro de sangre a presión. Cayó pesadamente al suelo con los ojos en blanco. Al teniente Carlos Hermosilla le temblaron las piernas.

En ese momento se oyó el toque de repliegue.

Concón Bajo
2.00 PM

Mientras los soldados subían el cerro, Ismael Valdés Vergara desoyó los consejos del coronel Körner y se internó en el río.

El agua estaba fría y la corriente arrastraba cadáveres ensangrentados, que el secretario de la junta de gobierno evitó mirar.

Llegó estilando hasta el caserío de Concón Bajo. Oyó gritos y vio soldados heridos, sentados en fila frente a una tienda de campaña de la que entraban y salían camillas.

Ismael Valdés Vergara buscó a amigos, parientes y conocidos. Sintió un olor repulsivo.

—¡Ismael!

Sentado y sosteniéndose el brazo derecho ensangrentado con el izquierdo, un hombre joven lo miraba como si ninguno de los dos estuviera allí.

—¡Lucho, por Dios! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

Luis Orrego Luco tenía dos heridas, una en el brazo y otra en la cabeza, pero sonreía como si estuvieran en un ejercicio dominical de los bomberos.

—Nada grave, amigo mío.

Un espantoso aullido brotó desde dentro de la carpa. Orrego Luco no acusó recibo. Sus pupilas estaban muy abiertas.

—¡Qué bueno que estés aquí, Ismael! ¿Cómo está tu esposa, tus hijos?

—Poniéndole el hombro —respondió aferrando las manos de su amigo.

En ese momento vio pasar a dos mulas que arrastraban una carreta con un objeto inverosímil. Parecía una estatua cubierta por una tela oscura que le daba un aspecto monstruoso, doblemente perturbador por la forma puntiaguda que sobresalía de su barriga.

—Es la ametralladora de los navales, Ismael. Un regalo de la Virgen del Carmen.

Lucho Orrego alucinaba. Valdés Vergara lo dejó al cuidado de las monjas y partió tras la ametralladora. Quería verla en acción.

***

Alicia MacAllister dejó de sentir el tiempo. Todo era presente mientras aplicaba vendas en heridas, extraía trozos de metralla de vientres abiertos, aferraba manos de soldados en el momento en que sus mandíbulas apretaban un palo y el cirujano Valenzuela Ramos aplicaba el serrucho.

Brazos y piernas amputadas caían en una cubeta. Las cantineras iban a cambiarlas, retiraban las vendas. *Usted puede mijito, usted puede. No se me vaya por ahí,* susurraban en los oídos de los heridos.

—Nunca había visto estas balas —dijo tranquilamente el cirujano Valenzuela Ramos con su delantal salpicado de sangre—. ¿Cuánto láudano nos queda?

—Dos frascos enteros —dijo Alicia MacAllister.

—Vaya dosificando. ¿Quién viene?

Un proyectil de artillería explotó tan cerca que todos tuvieron que agacharse. Sintieron fragmentos de tierra rebotando contra la tela de la tienda. Alicia MacAllister y el cirujano Valenzuela Ramos se miraron sin decir nada.

El flujo de muchachos perforados, desgarrados y cojos no cesaba. Algunos sonreían de manera estúpida, como si hubiesen perdido el juicio. Un soldado llegó con una perforación en la frente y Alicia lo ayudó a sentarse. Debajo de una masa de cabello chamuscado se le podía ver el cerebro.

—¿A qué hora sirven el almuerzo, señorita?

Cerro de Torquemada
Viernes, 3.00 PM

El soldado Saturnino Mamani Sullca seguía subiendo. Entre la lengua y el interior de la boca, la coca seguía soltando sus jugos.

Mamani era bajo y rápido, por lo tanto un blanco difícil. Podía doblar las piernas y pisar con firmeza. Su capacidad aeróbica era la adecuada para mantener el ritmo de la ascensión, arrancar de perseguidores y subir varios metros sin perder el aliento.

En el cuerpo a cuerpo no tenía mucho que ofrecer, pero agazapado desde algún arbusto era un francotirador preciso. Mientras el resto del batallón repelía a los dictatoriales a culatazos y forcejeos, Saturnino Mamani Sullca acertaba disparos certeros de su fusil de repetición. A uno con manga de teniente le dio en el cuello y lo botó. A tres rasos les acertó en la rodilla y en el pecho. Luego los remató en el suelo. Los cartuchos caían con un sonido metálico. Mamani reemplazó el cargador vacío por otro lleno. Le quedaba tan solo uno.

Los dictatoriales se replegaban cerro arriba, y para él era fácil acertarles con su Mannlincher. A uno le voló la nuca; a otro le arrancó el codo y lo dejó retorciéndose en el suelo. Terminó con el dolor de aquel pobre cristiano con un tiro en el corazón. La bala de ocho milímetros era letal.

***

El teniente Carlos Hermosilla vio cómo el cráneo de un soldado explotaba como una sandía. Sonaba el toque de retirada, pero organizar un repliegue ordenado sería muy difícil en un terreno como ese. Con una docena de soldados corrió cerro arriba, devolviéndose cada cierto tiempo para disparar y recargar su revólver.

Sintió que las balas picaban el cerro a centímetros de sus botas. Cada cierto tiempo alguien caía a su lado. Alguien con muy buena puntería estaba haciendo estragos en las filas del gobierno.

***

A Luis Lorenzetti cada vez le gustaba menos lo que estaba pasando. Nunca estuvo preparado para semejante carnicería. Solo había lidiado con infecciones de niños y ancianos que morían en sus lechos. Pero la imagen de Alicia, aguerrida, impertérrita, ayudando a amputar brazos y piernas le infundió el valor que apenas él tenía como médico.

Lorenzetti se concentró en ayudar a las cantineras a recibir a los heridos en la fila, a separar a los leves de los graves y darles un gesto de aliento, un sorbo de agua, una primera limpieza a la herida.

Absorto en su labor, apenas reparó cómo evolucionaba la batalla.

Quebrada de la Petra
15.30 PM

Valdés Vergara vio cómo los marineros desenfundaron la ametralladora y la bajaron de la carreta entre varios. Era un cilindro compuesto de varios fusiles individuales. Emplazaron sus patas en el suelo y sacaron de una caja de madera un estuche metálico que introdujeron en el corazón del aparato con un gesto displicente. No estaban siquiera apurados, pese a que la batalla arreciaba en la quebrada. Ismael Valdés Vergara comprendió luego la razón.

Uno de los marineros hizo girar una manivela y la ametralladora comenzó a regar la quebrada con una sucesión de impactos que arrancaban polvo, girones de ropa y carne. Después de varias pasadas en zigzag, la ametralladora calló. De sus bocas brotaba un humo pestilente.

El efecto fue inmediato. Los soldados gobiernistas que bajaban por la quebrada a la lucha cuerpo a cuerpo, retrocedieron. Los que subían en retirada se apuraron, sabiendo que los marineros estaban recargando la ametralladora para una repasada.

***

Tanto en la quebrada como en la base del cerro Torquemada, las tropas rebeldes habían pasado a la ofensiva y las del gobierno se replegaban. El coronel Estanislao del Canto sonrió; el general Alcérreca sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Estaba sucediendo: la posición ya no era segura y el coronel Marcial Pinto Agüero se lo hizo ver:

—Señor, debemos retirarnos.

Alcérreca solo pensó en una cosa: *¿cómo se lo voy a informar al presidente?*

En el fondo de su garganta comenzó a escurrir un líquido amargo.

***

El teniente Carlos Hermosilla llegó a sentir las balas de la ametralladora pellizcando el suelo por donde corría. De los doscientos hombres con que había

bajado el cerro, logró llegar a la meseta con menos de cuarenta. Sudaba y jadeaba al borde de la asfixia, sin su quepís y sin su sable, que no pudo extraer del cuerpo inerte de un soldado. ¿Dónde estaba el parque de municiones? ¿Dónde la caballería? ¿Qué había ocurrido?

Se vio en un chiquero de cadáveres, cartuchos, fusiles abandonados y humaredas que subían hacia el cielo formando crespones oscuros. Tras horas de cañoneo sus oídos estaban saturados.

Tal vez por eso no comprendió el sentido de lo que veía. Por alguna razón los jinetes del regimiento de caballería se sacaban sus chaquetas y las daban vuelta, dejando el interior blanco a la vista y el azul original hacia adentro. En vez de defender la posición, se bajaban de sus caballos y enfundaban sus carabinas. Fue como un rayo que lo atravesaba con una frase lapidaria: *se están dando vuelta la chaqueta.*

No le quedaban balas en la pistola. Los rebeldes todavía no terminaban la ascensión del cerro, y aprovechó para recargar. Apuntó a un jinete que aún no bajaba del caballo y le acertó en la espalda. El animal, liberado, dio un salto y luego se quedó quieto. No sabía qué hacer.

Los demás jinetes no se percataron del hecho y el teniente Carlos Hermosilla avanzó hacia su víctima sin prisa.

A su alrededor se abrió un vacío.

El jinete traidor había caído de espalda. El teniente Carlos Hermosilla le apuntó a la cara y apretó el gatillo. La bala salió del cañón y siguió su camino sobre el rostro congelado. Recorrió medio metro en fracciones se segundo; penetró por la frente del jinete y la trizó como si fuera la cáscara de un huevo. Una yema roja y viscosa brotó del interior; el teniente Carlos Hermosilla se quedó contemplando hipnotizado cómo ésta se expandía.

Invisible a los uniformes azules que huían y a los blancos que llegaban, caminó lentamente hacia el caballo. El animal lo miraba fijamente, como si lo esperara.

***

Alicia MacAllister salió de la tienda de la ambulancia y se dio cuenta de que las manos le temblaban. Tenía el delantal lleno de sangre y el pelo apelmazado contra la frente.

Los cañones habían callado hacía rato y se escuchaban cascos de caballos alejándose. Gritos de hombres subían por el cerro y, de pronto, Alicia MacAllister vio brotar de la quebrada un torrente de soldados de distintos colores. Azules huyendo y blancos persiguiéndolos.

—¡Alicia, cuidado! —gritó Luis Lorenzetti

Alicia MacAllister comprendió que algo muy malo estaba sucediendo.

Luis Lorenzetti avanzaba rápidamente, sucio como ella, con las manos crispadas y una expresión de terror. Alicia MacAllister corrió a su encuentro. Se encontraron a veinte pasos de la ambulancia en un abrazo violento. Se besaron como en la intimidad que habían tenido la noche anterior en el hotel, cada uno rodeando al otro con sus brazos para protegerse mutuamente de las balas.

***

Era un hermoso caballo blanco, joya del ejército. El teniente Carlos Hermosilla avanzó hacia él, le sobó el lomo y le susurró al oído: *¡Un caballo balmacedista, carajo!*

La desbandada del ejército era total. Jinetes y soldados se retiraban en desorden. En medio de los cadáveres, las cajas y los cartuchos calientes, vio la imagen inverosímil pero real de un hombre y una mujer que se besaban.

***

El soldado Saturnino Mamani Sullca dio la última zancada antes de alcanzar la meseta del cerro. Se encontró con un panorama de desolación. Carretas volcadas, animales y hombres muertos. Un caballo movía sus patas sin poder levantarse: debajo, un hombre con el rostro morado movía aún las manos.

El soldado Mamani acabó con la agonía del caballo y del jinete. Calculó que le quedaba la última bala. Vio a un soldado de casaca azul que galopaba en un caballo blanco y le apuntó. Embelesado por los músculos del animal, bajó su fusil. Para Mamani el tiempo también transcurría más lento. El bolo de coca había soltado todo su jugo y lo escupió.

Miró alrededor y vio a un hombre y una mujer abrazados. La muchacha tenía el pelo rojo, de un color que el soldado Saturnino Mamani Sullca no había visto jamás. Sin saber por qué, apuntó su Mannlincher contra la cabeza del hombre y jaló el gatillo.

***

Alicia vio que los ojos de Luis se crisparon como si alguien le hubiese azotado la espalda con un látigo. Su rostro enrojeció y sus brazos aflojaron. Su cuerpo se transformó en peso muerto y de la frente comenzó a bajarle un hilo de sangre. Alicia vio un soldado moreno que bajaba su fusil y se derrumbó con su amante.

Decenas de soldados de uniforme blanco avanzaban hacia la ambulancia. Sacaron al cirujano Valenzuela Ramos a empujones de la tienda y remataron a las cantineras Albornoz y Tapia. A la cantinera Parra se llevaron a detrás de unos matorrales.

París, ópera Garnier
Viernes, 8.00 PM

Augusto Matte Pérez y Agustín Ross Edwards se encontraron en el salón de la entrada, tal como habían quedado la tarde anterior al llegar de Milán. Venían al estreno de *Lucrezia Borgia*, una ópera basada en el drama de Víctor Hugo.

—¡Dicen que es estupenda! —exclamó Susana de Ferrari Goñi, esposa de Agustín Ross.

—No me cabe la menor duda —dijo Augusto Matte.

Ross había venido con su esposa; Matte, con su hija, la joven Rebeca, talento precoz de las bellas artes.

Ministros y miembros de la Asamblea Nacional, grandes banqueros y miembros del *tout-Paris* ascendían por las escalinatas con sus esposas del brazo. Era una competencia por el frac más elegante, el vestido más fino, el último perfume de moda.

—¿Y cuál es la gran novedad artística de la temporada? —le preguntó Susana de Ferrari a la joven Rebeca Matte.

—Con mi papá fuimos a ver la exposición de los simbolistas en el *Petit Palais* —dijo la muchacha que era más bien de pocas palabras.

—Yo entiendo tan poco de la *avant garde*, querida. Pero me instruyo, no creas que no.

Se acomodaron en sus butacas y doña Susana Ferrari Goñi sacó unos delicados prismáticos para ver de cerca a los artistas. Los músicos de la orquesta afinaban sus instrumentos.

—Un pajarito me sopló que pronto tendremos noticias de la patria —dijo doña Susana de Ferrari.

—Eso esperamos todos, mijita —dijo Agustín Ross.

—Yo no —dijo ella, mirando a Augusto Matte—. Tener que volver a Chile me parte el corazón. Sé que es un egoísmo atroz de mi parte, pero qué le voy a hacer… Mire usted esto. Este teatro, los museos y exposiciones a los que va Rebeca para inspirarse.

La muchacha esbozó una sonrisa tímida.

—Yo tampoco quiero volver a Chile, tía. ¿Es verdad que hay una guerra?

—Por poco tiempo, mijita —dijo Agustín Ross guiñándole un ojo a Augusto Matte.

El director de orquesta, vestido de frac, entró y saludó al público, bajó al foso

de los músicos, dio un par de golpes con la batuta contra el borde de la partitura y alzó los brazos en un gesto teatral. Los músicos empuñaron sus instrumentos. Tras una serie de toses y carraspeos del público, el director dio la señal y la sala se llenó de música.

Terminado el *Allegro* andante de la obertura*,* el telón se levantó dejando ver una exquisita escenografía italiana.

***

La cantante que encarnaba a la heroína era algo rellena, pero su voz conquistó al público de inmediato. La intensa vida de Lucrezia Borgia, hija del Papa Alejandro VII, conmovió hasta las lágrimas a la esposa de Agustín Edwards Ross.

—¡Qué época tan apasionante, el Renacimiento! —dijo, aplaudiendo el fin del primer acto.

Quedaban otros cuatro. El lujo de los castillos, la perfidia cortesana, la duplicidad y el crimen eran los motores dramáticos de la obra. Lucrezia, niña pura, se trasforma en una poderosa figura de la política, pero lo paga caro a través de las penas el amor.

La música del *grande finale* llenó cada rincón de la sala. El director de la orquesta movía los brazos frenético; los músicos se afanaban en sus instrumentos y los cantantes entonaban sus arias con exaltación. Lucrezia Borgia daba su último suspiro.

Cuando cayó el telón y se encendieron las luces, doña Susana de Ferrari y la joven Rebeca se pusieron de pie para aplaudir. Agustín Ross Edwards y Augusto Matte tampoco escatimaron elogios.

Salir de la ópera era un evento tan importante como entrar. Augusto Matte y Agustín Ross Edwards saludaban e intercambiaban cortesías con algunos conocidos de la banca y el gobierno.

—Mi querido Augusto —dijo Agustín Ross—. Tengo un Napoleón de veinte años, salvado de los bárbaros de la Comuna por nuestra fiel criada, Agustina. ¿Querría usted de degustarlo con unos puros y un buen plato de *charcuterie*?

—No faltaba más —dijo Augusto Matte.

Los tres abordaron el carruaje hacia el hotel donde los Ross se alojaban cada vez que pasaban por París. El verano aún no terminaba y la noche estaba tibia, ideal para proseguir la tertulia. Vieron pasar los edificios iluminados del boulevard Haussmann. Por encima de los techos se divisaba la gran torre metálica de la Exposición Universal.

—Qué lamentable monstruosidad —dijo Agustín Ross Edwards.

—A mí me gusta —dijo doña Susana de Ferrari—. La encuentro tan… masculina. ¡Tan científica! ¿No sería maravilloso que en Santiago hubiera una?

—Sería un despropósito, mijita —dijo Agustín Ross Edwards—. Este es un templo a la vanidad francesa; le están diciendo al mundo civilizado: "¿Ven cuánto acero tengo? Lo puedo usar para el más superfluo de los fines".

—Entiendo que hay conversaciones entre el señor Eiffel y el Ministerio de Obras Públicas… —dijo Augusto Matte—. Para modernizar la Estación Alameda.

—Otra locura faraónica del Champudo —murmuró con desagrado Agustín Ross, utilizando el apodo despectivo que utilizaban los enemigos políticos de Balmaceda.

El carruaje pasaba justo frente a las vitrinas iluminadas del almacén Le Bon Marché. Lo último en moda, menaje, vajilla y juguetes para los niños.

—¿Dónde encontrar sino aquí semejantes modistos y mueblistas, Augusto? —dijo melancólica doña Susana de Ferrari—. ¿Algún día tendremos en Santiago tantos anticuarios, tal calidad de chocolaterías, iglesias tan antiguas y bellas para rezarle al Señor y confesar los pecados? Pienso en nuestro pobre país de patipelados, nuestras vidas enclaustradas en casonas y fundos, escuchando historias aburridas de la tía beata... ¿Cómo no voy a echar de menos París?

—Siempre se puede volver, mijita —intervino Agustín Ross—. Ir y volver de París es lo que hacemos.

Cerro de Torquemada
5.00 PM

El coronel Estanislao del Canto tuvo el placer de comprobar que la victoria era total. En las seis cuadras que habían constituido la línea de defensa del ejército dictatorial solo había mortandad. Vio cadáveres azules y blancos entremezclados, abrazados entre sí, soldados con los brazos en alto y otros vagando como almas en pena, balbuceando frases incoherentes. Hacia el oriente el ejército de Balmaceda se batía en retirada buscando los caminos de Quilpué y Viña del Mar.

Algunos oficiales del ejército congresista intentaban mitigar los excesos. En lo que había sido la ambulancia un capitán reprendía severamente a unos soldados que se alejaban tambaleando, como si estuvieran borrachos. En el suelo una cantinera joven lloraba con el uniforme desgarrado.

Entre las decenas de cadáveres distinguió a dos mujeres gordas, vestidas con uniforme de infantería. Yacían de espaldas en el suelo, una de ellas con el rostro completamente desfigurado por un culatazo. Junto a ellas, un joven de civil miraba el cielo con los ojos abiertos y una salida de proyectil en la frente.

—¡Coronel Del Canto! —bramó una voz—. ¿Esta es *su libertad*?

Un hombre con un chichón en la frente y las manos llenas de sangre lo miraba desde el suelo. Del Canto lo reconoció: era el cirujano Valenzuela Ramos, héroe de la guerra contra el Perú.

—¿Este es el precio de su vanidad, coronel Del Canto? —gritaba en un estado de demencia—. Mujeres, médicos, hermanos… ¡Barbarie y vergüenza!

Del Canto instruyó a un oficial para que se atendiera al herido. Descendió de su caballo y vio, a unos cien metros en el borde del cerro, a Eloy Caviedes. El periodista resoplaba recuperándose de la ascensión.

—¡Señor Caviedes! ¡Escriba, escriba! ¡Esto es histórico! —le gritó Del Canto.

Alzando los ojos, Caviedes observó unas sombras negras que describían círculos en el cielo. Eran los jotes sobrevolando la carnicería.

Viña del Mar
5.30 PM

El general Barbosa dormitaba cuando el coronel Ruiz vino a alertarlo de lo que sucedía en el frente.

—Alcérreca se retira a Quillota, pide su presencia para encabezar reagrupación del ejército.

Barbosa en un principio no comprendió lo que le decía Ruiz. Tardó algunos minutos en hacerse a la idea de que les habían sacado la mugre.

—Prepare la locomotora blindada —dijo levantándose de la cama con dificultad —. Nos vamos a Quillota para saber qué carajo ha sucedido.

—Sí, general —dijo el coronel Ruiz cuadrándose y haciendo sonar los tacos de sus botas.

Emilio Körner, aquel mercenario alemán, había introducido en el ejército unos saludos ridículos que a Barbosa le fastidiaban por considerarlos ajenos a la tradición nacional. Hizo un gesto desganado y esperó a que el coronel Ruiz se fuera para comenzar la lenta y penosa tarea de ponerse las botas.

Como marca de estilo, Orozimbo Barbosa tenía la costumbre de usar botas con espuelas de plata. Cada una pesaba casi kilo, lo que para un diabético de 57 años significaba un esfuerzo extraordinario.

Por suerte la estación del ferrocarril quedaba cerca. Barbosa y su estado mayor caminaron contemplando las mansiones de madera.

—Bello pueblo para venir a jubilarse, ¿no cree usted, Ruiz?

—Así es, general.

En la estación lo esperaban nuevos telegramas de Balmaceda y de Alcérreca. El presidente estaba inquieto y sus preguntas no paraban de fluir a través de la línea telegráfica. Barbosa le respondió de manera escueta:

> REAGRUPACIÓN DE FUERZAS EN QUILLOTA. BUENA RETIRADA, PERO NO COMO DESEABA SU GENERAL.

Con su caldera al máximo, la locomotora blindada se echó a rodar a través del valle, junto al estero Marga-Marga.

Los cerros y las quebradas de Concón y Viña del Mar habían sido inundados por un torrente de hombres que se alejaba del escenario de la batalla. Abatidos, con los uniformes sucios y desgarrados, Barbosa los observaba sin dar crédito a sus ojos.

Los heridos menos graves se apoyaban unos a otros. Lugareños con carretas y animales habían llegado para ayudar a los que no se sostenían en pie. Los

moribundos se desangraban y agonizaban en los matorrales.

El río de la derrota balmacedista se fue dividiendo en varios brazos, arroyos que se separaban de la columna principal e iban desapareciendo en los senderos menos transitados. La tierra se los comenzaba a tragar como fantasmas.

Santiago, La Moneda
Viernes, 17.30 PM

El telegrafista Feliciano Ramírez Bengolea sabía que los mensajes cifrados solo se utilizaban para noticias de gran envergadura.

Por eso llamó al edecán militar de la presidencia, coronel Egidio Gómez Solar y vio que el rostro del militar se iba contrayendo en una mueca de preocupación, a medida que descifraba el mensaje.

—Corra a llamar al presidente —le dijo al joven Ramírez, incluso antes de terminar de descifrar el mensaje completo—. ¡Ahora!

Los pocos soldados y funcionarios que paseaban por el patio interior de La Moneda vieron al ayudante correr hacia el despacho del presidente. El rumor comenzó a circular de boca en boca.

Balmaceda recibió el parte y lo leyó en silencio. Luego lo dobló y lo guardó en un bolsillo. No se le movió un pelo del bigote. Los ministros, edecanes y secretarios que lo rodeaban no vieron el menor abatimiento.

—Los hechos se han precipitado —se limitó a decir—. La situación se irá clarificando en las próximas horas.

Balmaceda miraba hacia las ventanas del salón, más allá de las cortinas, hacia un punto difuso entre él y los sueños. Por una fracción de segundo vio la imagen de un revólver que giraba lentamente como la ruleta de un casino. Y otra vez, disolviéndose en la realidad, el tren de sus sueños alejándose con su pasajero misterioso.

***

Balmaceda había creído que sus treinta mil soldados regulares iban a ser capaces de sostener la línea durante un mes, el tiempo suficiente para que llegaran los cruceros desde Francia. Con estas naves de enorme poder bélico, los revolucionarios serían destruidos y el orden republicano restablecido.

Destruida la primera ilusión, Balmaceda se entregó a la segunda: *los militares sabrían qué hacer.* Comenzó los preparativos de su viaje.

Balmaceda se deshizo en disculpas ante su esposa por el retraso. Las cuestiones de gobierno eran de la máxima gravedad, explicó con una voz delicada y hasta zalamera. Toda su fisonomía había cambiado, como si al traspasar el umbral del

salón no solo hubiera dejado de ser el presidente de la república, sino que los desastres de la guerra hubiesen tenido lugar en la Luna o en Marte. Había vuelto a ser José Manuel Balmaceda Fernández, caballero chileno y esposo de Emilia de Toro Herrera, descendiente directa de una de las familias más antiguas de la colonia.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó de buen humor, poniéndose la servilleta en el cuello.

—Sopa de buey con zapallo —dijo Emilia de Toro—. De segundo, perdices a la vizcaína con papas.

El valet de la presidencia entró con dos sirvientas y un carrito con vajillas de porcelana china y cubiertos de plata, donados por los ocupantes anteriores del palacio. Mientras le servían la sopa, Balmaceda preguntó si aún quedaba en la cava presidencial aquel exquisito Pinot importado por Bachelot.

La conversación discurrió hacia los tópicos habituales de la familia, las lecciones de piano de María Emilia y el noviazgo de Julia con el joven abogado Emilio Bello Codesido.

Valparaíso, calle Independencia
Viernes, 6.00 PM

Veinte comerciantes discutían en un salón sobre las consecuencias prácticas del electromagnetismo en los cuerpos vivos.

Había importadores de material de imprenta, de repuestos para máquinas de escribir, de medicamentos patentados, victrolas, ampolletas eléctricas y aparatos para tomar y revelar fotografías. Todos eran estadounidenses, miembros de la Logia de los Buenos Templarios "Esmeralda". Algunos pertenecían a la iglesia presbiteriana y todos, incluyendo el ministro Patrick Egan, habían prometido solemnemente abstenerse por completo de toda bebida alcohólica.

Los miembros de la logia "Esmeralda" eran además anunciadores de *El Intransigente*, *Periódico Democrático, Anti-Clerical, Defensor y Propagador de la Temperancia*. Su competencia natural eran los importadores franceses de pianos, perfumes, vinos, ropa y sombreros para damas; todos anunciantes y lectores de *El Mercurio*, el periódico de Agustín Edwards.

Terminada la exposición de los trabajos y la discusión posterior, se ofreció un refrigerio de ponche de frutas, té de Ceilán y tartas de manzana preparadas por miss Mary Williams Tarrant.

Los miembros de la logia de los Buenos Templarios comían y conversaban de manera alegre y moderada, como era su estilo, cuando el portero entró sigilosamente y le susurró al cónsul Egan una frase en el oído.

—*¡Balmaceda's troops are on the run to Quilpué!*

Egan no alcanzó a encajar la información. Joshua Waddington y Arthur Johnson, un bautista de Filadefia que importaba alicates y herramientas, lo miraban a los ojos.

—Señores —dijo—. Señores, por favor. *These are relevant news.*

Voces estupefactas inundaron el salón. Inmediatamente se improvisó un comité de crisis. Waddington exigía antecedentes; Johnson y Griffith, la presencia de los *marines* del crucero San Francisco para asegurar la protección de sus bodegas y comercios.

—Señores, la situación del gobierno es compleja —reconoció Egan—. Pero aún no desesperada. Balmaceda dispone de tropas de refresco y los rebeldes no. En cualquier caso, y cualesquiera sean los resultados de las acciones militares, le pediré audiencia al intendente Viel. Con su permiso, los dejaré para iniciar de inmediato estas gestiones.

***

Adalberto entró en la cocina con la noticia: el señor Egan había llegado antes de lo previsto, y muy agitado pidiendo que le trajeron "lo suyo".

—María, hágale su té y sus tostadas —dijo Rosa poniéndose de pie—. Y usted, Adalberto, échenle más leña a la chimenea y dígale que esté tranquilo, que "lo suyo" ya viene.

Solo Rosa, en todo Valparaíso, sabía que el representante de los Estados Unidos tenía una botella de licor de su tierra natal escondida en la alacena de doña Juana Ross, la matrona de la templanza. Rosa era la guardiana de aquel secreto diplomático.

Sacó de su escondite la botella de whisky irlandés, embotellado en Dublín por John Jameson & Sons, y la puso en una bandeja junto a una copa de cristal, las tostadas y la taza de té.

Esa noche, cuando ya todo Valparaíso supo lo que había ocurrido en Concón, Rosa llevó la bandeja al despacho personal de don Agustín Edwards. El señor Patrick Egan hablaba con alguien en inglés, y Rosa supo que no podía ser otro que Brown, el comandante del crucero San Francisco. Sacó sus conclusiones y, tras hacer un gesto a los caballeros, dejó la bandeja en una mesa. Cuando estaba por cruzar el umbral de la puerta, de regreso a la cocina, oyó la voz de Egan en su español precario.

—Nou se vaia Rousa.

—¿Señor?

—Rousa, necesitamos su aiuda.

Rosa los miró a los dos caballeros, sorprendida.

—Rousa, necesitou que vaia a la intendencia ahora mismo y le pida audiencia al comandante Ouscar Viel. Es un asunto de suma urhencia.

—*Is she reliable?* —le preguntó el almirante Brown.

—*Of course she is. She is the smartest soul in town.*

Rosa comprendió a medias: hablaban de ella.

—¿Por qué yo, señor?

—Porque iusted es la persouna más confiable de esta casa, Rousa. E io neicesito traducir una carta al espanyol. Io séi que usted sabe ler i escrubir.

—Pero no sé inglés —dijo Rosa.

—De eso no estói tan seguruo, Rousa —dijo el Cónsul, con un brillo en los ojos que hizo a Rosa sonrojar.

Patrick Egan se puso de pie y se dirigió al escritorio de Agustín Edwards. Hizo un gesto apuntando a la silla.

—Siéntesei, le vuoy a dictar. Usted me courrige la sintaxis.

Transcribió el mensaje de Egan con su letra esmerada, aprendida de las monjas de Talagante. Se lo leyó. El propio Egan la firmó de su puño y letra, la dobló y la metió en un sobre que procedió a lacrar con el sello de la legación.

—¡Perfecto! Llévesela ahora mismo al intendente Viel —dijo el cónsul Egan—. Y iéivese esta boteia, o me la voi a tomar toda.

Rosa se guardó la carta en el delantal. Saludó al almirante Brown que había observado toda la escena sin proferir una sola palabra.

—Y Rousa —dijo el cónsul—. Gruacias…

Camino de Concón a Quillota
Viernes, 6.30 PM

Durante las primeras horas de camino Alicia MacAllister no se despegó de la cintura del teniente Carlos Hermosilla. Tampoco abrió los ojos para mirar a su alrededor, no dijo nada ni emitió sonido alguno, ni de queja ni de alivio. Se sentía en un mundo irreal, interrumpida la memoria de corto plazo. Su único asidero era aquel cuerpo masculino del que se aferraba sin saber absolutamente nada de él, aparte de que llevaba uniforme del ejército.

Cuando volvió a abrir los ojos, el caballo se había detenido.

—¿Se siente bien, señorita?

Alicia MacAllister recién pudo verle la cara. Era un joven de su edad, moreno, de ojos verdes, con bigote delgado y barbita de chivo. No parecía herido, pero sudaba tanto o más que el caballo. Alicia MacAllister recién tomó consciencia del frío que comenzaba a sentir; estaba empapada y solo lleva ropa interior, una camisa y un delantal.

***

¡Agua! El teniente Carlos Hermosilla caminó hacia el pequeño arroyo que corría a un lado del camino. Se inclinó y se mojó la cara. El caballo, exhausto después de dos horas de cabalgata ininterrumpida, hundió el hocico en la corriente.

El teniente Carlos Hermosilla se dejó caer de espaldas, incapaz de dar otro paso más.

Se fue de allí, literalmente, y vagó en un estado de beatitud que no sentía desde niño, cuando jugaba en los márgenes del río Tinguiririca. Sus ojos solo veían el cielo encerrado entre los cerros, las primeras estrellas y una luna creciente. Una voz de mujer lo sacó de aquella ensoñación.

—Señor oficial, ¿adónde nos dirigimos?

Era una voz muy compuesta, artificial, como si se encontraran a bordo de un tren entre Talca y Santiago en día sábado. La enfermera se había sacado el delantal; su cabello ensortijado y rojizo goteaba en la tierra. El teniente la miraba sin decir nada.

—Oficial, ¿me oye usted? ¿Se encuentra bien?

La enfermera se agachó, le puso la mano en la frente y le tomó el pulso.

—¿Me ve usted con claridad? ¿Siente mareos, náuseas?

El teniente Hermosilla sintió las suaves yemas de la enfermera, y de pronto todo cobró sentido y claridad. Se levantó de un salto.

—Señorita, debemos partir de inmediato. Este camino lleva hasta Quilpué.

Cogió las riendas del caballo, pareció recordar algo importante.

—Disculpe mi mala educación, me llamo Carlos Hermosilla Soto, teniente del 3º de Línea, ejército de Chile.

—Me llamo Alicia —dijo acercándose al caballo y acariciándole la grupa—. Soy médico cirujano. Lléveme lo más rápido que pueda.

Hermosilla contempló sus manos. Temblaban levemente como si todo el ruido de la artillería se hubiese alojado en ellas. Lo único que tenía era una pistola sin balas, un caballo, una mujer más inteligente que él y una vaga noción del camino que los llevaría a ambos hacia la próxima estación del ferrocarril.

Tercera parte
21 al 24 de agosto de 1891

Concón
Viernes, 6.30 PM

El sol se había escondido detrás del horizonte y la oscuridad comenzaba a cubrir el campo de batalla. Las quebradas de Concón Alto estaban llenas de zapatos, quepís, cantimploras y cananas. Cuerpos azules y blancos yacían diseminados, algunos respirando y moviéndose con dificultad, otros inmóviles, aferrados a crucifijos, escapularios y amuletos. Los caballos y mulas que agonizaban eran rematados con una bala en la cabeza.

Personal de sanidad de la marina se había sumado al del ejército para revisar los cuerpos, identificar a los heridos y llevarlos hacia las ambulancias. Dependiendo del estado del cadáver, lo tomaban de las piernas y los brazos para llevarlo a un sitio de acopio donde ponerlos en filas para iniciar el conteo.

Mientras tanto se recogían fusiles, pistolas, cuchillos, y se iban amontonando en un sitio donde eran inventariados por oficiales que anotaban en un cuaderno. Los capellanes repartían extremaunciones y rezaban junto a los heridos.

Así era la rutina en la quebrada de la Petra, en Torquemada y en Concón Alto.

En la quebrada la recolección de muertos y heridos fue más lenta. Después de la puesta de sol simplemente se abandonó hasta el día siguiente. Los muertos como el sargento Zorobabel Zúñiga tendrían que esperar. Los de Torquemada, como Luis Lorenzetti y las cantineras, yacían sin distinción de bandos. Todos muertos: ricos y pobres, el médico y el peón, el militar de carrera y el enganchado.

***

La batalla de Concón dejó 1.066 muertos y 1.381 heridos. El ejército balmacedista había perdido toda su artillería y gran parte de su autoestima.

Del Canto se reunió esa tarde con los jefes de brigada y los oficiales de estado mayor, y de inmediato asomaron sus desencuentros con Körner. Uno quería que las tropas descansaran, el otro que avanzaran inmediatamente sobre Viña del Mar. No tenían suficientes animales y la escuadra no podía solucionar este percance, argumentó del Canto. Había que mandar patrullas de reconocimiento y asegurar los suministros. Todavía no se sabía nada de Santiago ni del comité revolucionario.

—¿Qué sugiere entonces? —le preguntó el coronel Holley.

—Marchar hacia Reñaca y establecer el campamento allí —dijo del Canto—. Lo

más lejos posible de esta pestilencia.

Quillota, estación del ferrocarril
Viernes, 7.00 PM

El ministro de guerra en campaña Julio Bañados llegó desde Concepción en el primer tren de un convoy con seis mil soldados. Inmediatamente supo del desastre. Los oficiales le decían que Valparaíso podía caer en cualquier momento, y así se lo informó por telégrafo a Balmaceda.

Encontrarse en Quillota con que el ejército había sido barrido en su primer encuentro con los rebeldes fue devastador para Bañados. Pero si algo admiraba en Balmaceda era su sangre fría y él supo también mantenerla. Cuando llegaron los generales no les reprochó su incompetencia, ni haber desconocido las órdenes de Balmaceda de no trabar combate sin tener una clara ventaja numérica sobre los rebeldes. Pero les exigió que informaran personalmente al presidente de lo sucedido.

Alcérreca asumió esa responsabilidad. Se dirigió al telégrafo y comenzó a dictar.

—De Quilpué a Santiago. Agosto 21 de 1891. Excelentísimo Señor Presidente: Con el mayor sentimiento pongo en conocimiento de vuestra excelencia que nuestras posiciones fueron forzadas por el lado de Concón con fuerzas muy superiores a las nuestras. Hay que lamentar desgracias de jefes y oficiales. Hemos hecho una retirada hasta esta estación, más o menos ordenada; pero con las pérdidas consiguientes a un revés. Se han salvado unos cuatro mil hombres, muy fatigados y mal amunicionados…

Julio Bañados pidió leer el parte. Hizo un par de observaciones que tanto a Barbosa como a Alcérreca le parecieron prudentes. El telegrafista tomó el papel y se acercó al aparato. Las pulsaciones comenzaron a recorrer los ciento treinta kilómetros de cable de cobre que unían a Quilpué con el palacio presidencial.

***

El soldado Ramiro Neculñir, del batallón Angol, no había estado nunca en la Zona Central. Apenas había visto Santiago durante el cambio de andén para abordar el tren a Valparaíso. Sí, las montañas eran enormes como le había advertido el lonko, y los winkas andaban en unos extraños coches que se desplazaban sobre rieles como los del ferrocarril, pero tirados por caballos.

Les habían ordenado bajarse en una estación llamada Quilpué, rodeada de cerros pelados y repleta de hombres heridos que unas mujeres-soldado ayudaban a curar. Neculñir quedó impresionado con tanto muerto y con el olor que salía de esos cuerpos. El lonko le había contado desde niño la historia de la última gran batalla de los weichafes contra los winkas en el fuerte de Temuco.

—Allí murió tu padre.

Bajo, moreno y de pocas palabras, el soldado Ramiro Neculñir vestía ahora el uniforme winka por una sola razón: la leva balmacedista.

De Quilpué el batallón Angol marchó por valles y quebradas, siguiendo la línea del tren hasta unos galpones con grandes chimeneas que soltaban un humo dulzón.

En Viña del Mar sirvieron un rancho de charqui con cebollas y un caldo enjundioso que lo ayudó a borrar las imágenes de finados con el vientre abierto.

Los oficiales eran buenos para gritonear. Al que sorprendían hablando en mapudungún le pegaban un grito:

—¡En el ejército se habla en cristiano!

El resultado era previsible: nadie hablaba. El soldado Neculñir y sus compañeros, los soldados Quilodrán, Pichulmán y Pichún marchaban cerro arriba en silencio, taciturnos y cada vez más extrañados de estar allí.

***

El sargento Athos, el telegrafista Fernández y un piquete de quince soldados de infantería pasaron todo el día revisando el cable del telégrafo. Iban poste por poste, verificando la conexión. De vez en cuando veían pasar un tren hacia Quilpué con soldados que se asomaban por las ventanas y lanzaban gritos, o con trenes que iban hacia Santiago con heridos.

—El que debe estar muy contento con todo esto es el señor North —dijo el telegrafista, comprobando que la línea estaba operativa.

—Las cuestiones políticas, señor Fernández, están ahora fuera de lugar —dijo el sargento Athos ayudándolo a enrollar el alambre de cobre—. Lo militar para nosotros, en este momento, es mantener al presidente comunicado con sus tropas. Como dijo el Guerrillero-Húsar: *“Todavía hay Patria, ciudadanos”*.

—No me diga —masculló el telegrafista con poco entusiasmo.

Quilpué, Estación del ferrocarril
Viernes, 8.00 PM

Los faroles a gas brillaban a lo largo del andén. No había nadie salvo los centinelas militares que hacían guardia en los lugares estratégicos. Alicia MacAllister y el teniente Carlos Hermosilla se bajaron del caballo, caminaron hacia la oficina de la administración y preguntaron por el oficial a cargo.

—Déjeme hablar a mí —dijo el teniente Hermosilla.

Un oficial de estatura mediana, bigotes finos, barbilla recortada y uniforme de caballería salió de la oficina y los observó con compasión.

—¿Vienen de Concón?

—Sí, señor —dijo él presentándose—. Sufrimos bajas considerables. La situación es grave.

—¿La señorita viene con usted?

—Me llamo Alicia MacAllister y soy médico-cirujano —dijo ella dando un paso al frente—. De la ambulancia militar. Hay cientos de heridos y necesitamos medicamentos, algodón y gasa.

El oficial hizo un gesto de asentimiento. No le preguntó al teniente Hermosilla su unidad. De un momento a otro comenzarían a llegar los oficiales, los primeros sobrevivientes del combate, y comprendió que debía adoptar decisiones rápidas.

—Busque una botica en Quilpué y requise todo el inventario que la doctora estime necesario —dijo tomando un papel y estampando su firma.

—¡Sí, señor! —dijo el teniente Hermosilla.

***

Una hora después el boticario alemán Hans Kirchner oyó que alguien golpeaba la puerta de su casa. Un oficial de ejército le mostró un documento. Sin darle tiempo de terminar la lectura, una agraciada señorita de semblante anglosajón dio un paso adelante.

—¿Cuánta morfina tiene?

Hans Kirchner la observó con el ceño fruncido. Detrás de aquellos dos inoportunos visitantes había un piquete de infantería.

—Me voy a vestig —dijo.

Sin decir una palabra regresó a su habitación e hizo un cálculo rápido de lo que le costaría aquella contribución patriótica. Se vistió y respondió de mala gana las preguntas de su esposa asustada. Regresó con un manojo de llaves y condujo al oficial y a la señorita preguntona hacia la botica. El oficial era bastante deferente y le dio las gracias, mientras que ella apenas le dirigió la mirada. El boticario notó que se encontraba en un estado histérico y no tardó en adivinar el motivo. Los bordes de su vestido estaban manchados de sangre.

—Aquí está todo —dijo.

Kirchner sintió que sus recuerdos de la guerra franco-prusiana despertaban de un letargo de años. Aquella señorita no había sido violada ni se había practicado un aborto. El boticario acercó la lámpara de aceite para mostrarle donde guardaba la morfina.

***

Cuando regresaron a la estación, Alicia MacAllister y el teniente Carlos Hermosilla se encontraron con los primeros soldados que llegaban del frente. Algunos caminaban en silencio, otros iban en carretas y montados en mulas que los campesinos de la zona habían facilitado. Muchos no alcanzaban a llegar siquiera a la puerta del edificio y se desplomaban en el andén.

—Necesito agua —dijo Alicia MacAllister—. Fresca y hervida.

El teniente Hermosilla logró reunir a un par de soldados del regimiento Buin y les ordenó pedir botellas y ollas en las casas vecinas. Entre todos dispusieron sobre una mesa los remedios e implementos que habían conseguido en la botica de Quilpué. Siete hombres contusos, con heridas corto punzantes o de bala, esperaban en el pasillo.

***

Alicia MacAllister había borrado de su memoria el pasado inmediato y el futuro cercano. Solo tenía el presente como horizonte de supervivencia.

El estuche del boticario alemán contenía pinzas, alicates y serruchos quirúrgicos que ella contempló con estupefacción antes de disponerlos sobre la mesa.

No tenía la fuerza ni la experiencia del cirujano Valenzuela Ramos para practicar amputaciones, pero tampoco podía entregarle esa misión al teniente

Hermosilla. O lo hacía ella, o cientos de hombres morirían de gangrena en las próximas horas.

—Consiga palos, lápices, lo que sea, para que los hombres puedan morder mientras los atendemos —dijo—. Que los soldados sostengan los brazos y las piernas del paciente.

El teniente Carlos Hermosilla asintió sin decir nada. Había traído una batea para que ella se lavara las manos.

—Que pase el primero —dijo Alicia MacAllister.

Valparaíso, intendencia
Viernes, 8.00 PM

Rosa se abotonó el abrigo y salió con la carta del cónsul hacia la intendencia. Le había pedido a Adalberto que avisara a su madre y a los niños que volvería tarde. Le dio una moneda de cinco pesos para que comprara leña y pan si hacía falta, y se quedara con el vuelto por la ayuda.

—Olvídese de esto —dijo Adalberto devolviéndosele—. Lo que yo voy a hacer es traerme a su señora madre y a los niños para acá.

—¿Se volvió loco, Adalberto?

El portero tomó el brazo derecho de Rosa, le abrió la mano y dejó la moneda en la palma, cerrando sus dedos sobre ella.

—Estarán más seguros aquí, doña Rosa. Le echamos más agua a la sopa nomás.

—¿Y sus propios chiquillos? ¿Los de la Juana?

—A ellos no les pasará nada —dijo el portero de la mansión Edwards—. Yo no entiendo nada de política, pero sé que usted va a esas reuniones con los demócratas y con los sindicatos. Le tienen echado el ojo, y usted lo sabe.

—Que Dios lo bendiga, Adalberto. Y deséeme suerte con lo mío.

Rosa se subió la capucha para no ser reconocida, y salió hacia la plaza Victoria en medio de la noche.

***

Presentó la carta del cónsul Egan ante varios centinelas y logró llegar al edificio de la Intendencia. Sacos de arena y una ametralladora protegían la entrada.

—¡Carta urgente del ministro de los Estados Unidos de América para el intendente Oscar Viel!

El sargento de guardia la miró de arriba abajo.

—Usted cantó anteayer a los soldados del 3º de Línea. Usted es una cantinera.

—Me llamo Rosa de las Mercedes Gómez Menchaca, empleada de don Patrick Egan, cónsul de los Estados Unidos de América —dijo ella alzando la voz—. Esta carta lleva su firma. En mis ratos libres canto y canté para los soldados porque van a sufrir, y son valientes, y porque soy chilena.

La expresión dura del sargento se transformó en una sonrisa fraterna.

—Pase por acá, señora. Yo la llevo donde el secretario del Intendente.

Rosa siguió al sargento por los pasillos del edificio. Los funcionarios se habían retirado hacía rato y los escritorios estaban vacíos. Aquí y allá guardias y policías preparaban sus lechos para la noche. Rosa sintió que en todas partes había un fuerte olor a hombre.

—Señor —dijo el sargento—. Esta señora trae una carta urgente del ministro de los Estados Unidos para el Intendente.

El oficial vestía un uniforme de la marina que le quedaba un poco grande, como alguien que ha adelgazado mucho en poco tiempo. Al ver a Rosa hizo un gesto curioso, como si la conociera.

—¿Tengo el honor de recibir a Rosa de Talagante, quien anteanoche electrizó a las tropas de línea que partieron esta mañana al frente?

Rosa asintió.

—¿Me permite ver el documento, señora?

El oficial observó el sello del sobre.

—Espere aquí, por favor.

Rosa no estaba acostumbrada a ser atendida así. La señora Juana Ross y doña María Luisa Mac Clure eran deferentes pero siempre desde su jerarquía. Después de algunos minutos el oficial regresó.

—Pase por aquí, señora.

Quilpué, estación del ferrocarril
Viernes, 9.00 PM

La cantinera Domitila Yáñez soltó un suspiro y miró al soldado que sostenía en los brazos. Era casi un niño y había logrado detener su hemorragia amarrándole una tira de pantalón por encima del muslo.

Natural de Loncomilla, provincia del Maule, llevaba menos de un año en el ejército, y nunca se le hubiera ocurrido ayudar al soldado de esa manera sin el consejo de la cantinera Albornoz, la más fogueada de la división. Domitila Yáñez, como muchas otras, se había sumado a las filas siguiendo a un hombre, en su caso, Froilán Tapia, inquilino de fundo que cantaba lindo y se metía en problemas por el trago.

Del paradero de Froilán la cantinera Domitila Yáñez no sabía nada. Ni del resto de sus compañeras. Recordaba con claridad el momento en que los revolucionarios se tomaron la ambulancia. Ella había ido a vaciar un cubo con agua ensangrentada cuando los vio venir con sus bayonetas, y no lo pensó dos veces. Echó a correr por el cerro pensando en los dos cabros chicos que había dejado con una tía en Talca, y que no eran de Froilán.

Todo lo que Domitila sabía del mundo lo había escuchado de su madre, y en ese momento en que las balas y la artillería todavía tronaban en Concón, recordó la historia que oyó de niña sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra.

Que nunca se le ocurriera mirar hacia atrás si Dios decidía hacer pedazos un lugar. Ese había sido el error de la esposa de Lot, y la cantinera Domitila Yánez no lo iba a cometer.

Apretando los cachetes cerro abajo, tropezando y luego subiendo a gatas la pendiente, Domitila solo pensaba en los dos cabros chicos, una niñita y un niñito, a los que había dejado en Talca por seguir a Froilán; se había metido solita en el berenjenal y ahora tenía que correr para que no la desguazaran los revolucionarios. No estaba sola en aquella empresa. Decenas de soldados hacían lo mismo.

Se detuvo cuando ya no pudo seguir corriendo más. Tenía el cuerpo bañado en sudor y la respiración entrecortada. Varias columnas de humo subían hacia el cielo desde el cerro Torquemada.

***

Un río de soldados heridos, humillados y tristes comenzaba a fluir por los valles. Era una pena ver a tanto hombre y chiquillo maltratado. El camino serpenteaba entre cerros, subía y descendía hasta el estero de Viña del Mar, por donde pasaba la vía férrea. Allí la cantinera Domitila Yáñez averiguó que se había establecido una ambulancia en Quilpué, y que el tren pasaría dentro de una hora llevando heridos.

Domitila porfió a empujones para subir al soldado al tren. Los quejidos de los soldados eran algo que partía el alma; algunos lloraban o gritaban; su soldado del Mulchén, en cambio, aguantaba el dolor como buen hombrecito, pero cuando llegaron a Quilpué el soldado del Mulchén ya hablaba tonteras. A duras penas la cantinera lo llevó hacia las oficinas de la estación, donde le dijeron que estaba la ambulancia. Había muchos heridos esperando y la pierna del soldado se había hinchado. Lo dejó apoyado contra una muralla y avanzó entre la fila de heridos. De una puerta brotaban gritos y supo que allí estaba la mesa de operaciones.

—¡No puede pasar! —le dijo un soldado.

—¡Que no me ve el uniforme! Yo trabajo en la ambulancia con el cirujano Valenzuela Ramos. ¡Más respeto, oiga!

—Baje la voz, señora, por favor.

Del otro lado se oyó un grito entrecortado y el ruido de algo que caía. Domitila entró despacio y lo primero que vio fue a la joven doctora de Santiago con un serrucho en la mano. En la mesa, un soldado se retorcía de dolor. Tenía una pierna menos.

Valparaíso, intendencia
Vienes, 9.00 PM

Oscar Viel Toro colgó el teléfono y soltó un suspiro. Acababa de hablar con Balmaceda informándole de la situación en Valparaíso cuando el teniente Cooper ingresó al despacho con una carta del ministro Egan. Viel la leyó en silencio.

—La vino a dejar una dama —dijo el oficial—. No sé si usted la conoce, *Rosa de Talagante* se hacía llamar en tiempos de la guerra contra el Perú.

—Hágala pasar.

Viel dobló la carta del ministro Egan y la devolvió a su sobre. Cooper regresó con una mujer del pueblo, bastante agraciada.

—Siéntese, por favor —dijo Viel—. ¿Usted sabe lo que dice esta carta?

—Sí, señor, ayudé al ministro a traducirla.

—Solicita mi autorización para desembarcar tropas extranjeras en Valparaíso.

—Con el fin de proteger a los ciudadanos e intereses de ese país. En caso de emergencia civil.

—Es una propuesta interesante.

Rosa infló las mejillas y se pavoneó ligeramente en el asiento.

Oscar Viel era primo lejano de Emilia de Toro Herrera, esposa del presidente. Además fue pariente político de Miguel Grau. Gestionó personalmente el traslado de los restos del marino peruano desde Mejillones a Valparaíso, y de regreso a Lima. Su esposa Manuela era hermana de Dolores Cabero, madre de los diez hijos de Miguel Grau Seminario, el héroe máximo del Perú que su marido Melchor mandó para el otro mundo el 8 de octubre de 1879. Pero ni Rosa ni Oscar Viel conocían este vínculo que los unía. Viel sí sabía otras cosas acerca de Rosa.

—Usted trabaja para el ministro, pero su antiguo patrón era Agustín Edwards.

—Doña Juana Ross, usted querrá decir.

—Además concurre habitualmente a las reuniones clandestinas del Partido Demócrata.

Rosa calló.

—No se preocupe. Usted sabe mejor que yo que nuestra supuesta *dictadura* es un chiste. Me interesan más sus dotes.

—El señor intendente se refiere a mi canto.

—Tal como usted dice, señora. Tuve el honor de verla cantar a los soldados del tercero. Admirable. ¿Compone usted sus canciones?

—Sí, señor.

De pronto, Oscar Viel, intendente de Valparaíso y máxima autoridad política de la provincia, se desmoronó sobre el escritorio. Tuvo que afirmarse la cabeza con las manos y restregarse los ojos, como si toda su fuerza lo hubiese abandonado. El teniente Wilson tuvo que ir en su ayuda y servirle un vaso de agua.

—Estoy bien, estoy bien. Gracias, Wilson. Señora, por favor, discúlpeme.

El intendente pareció recuperar el aplomo. Se irguió y se alisó el cabello apelmazado sobre la frente.

—Señora, tiene usted mi aprobación de palabra para autorizar el desembarco de los *marines* en Valparaíso, en caso de que la línea defensiva se rompa y no podamos garantizar la seguridad del puerto. Pero le voy a pedir una cosa.

—Lo que usted diga.

—Tome el tren de la mañana para Quilpué. Lleve su guitarra y cánteles a las tropas. Yo le pago el boleto.

Rosa no esperaba que la conversación tomara aquel rumbo. Dudó algunos instantes.

—Yo trabajo, señor. Tengo cabros chicos, una madre anciana que cuidar.

Oscar Viel se puso de pie, violentamente, y alzó la voz.

—Veo que usted no entiende, señora. La división Valparaíso fue pulverizada. Con suerte uno de cada tres soldados está en capacidad de seguir combatiendo. La mitad de la división Santiago y la de Concepción son lo último que se interpone entre los revolucionarios y esta ciudad.

—¿Usted cree que una pobre cantora va a lograr lo que no lograron los cañones?

Oscar Viel se detuvo delante de un inmenso mapa de la provincia. Marcas rectangulares señalaban el movimiento de los ejércitos. Al oír a Rosa levantó los brazos con impotencia.

—No lo sé, señora, pero no perdemos nada con intentarlo.

Santiago, La Chimba
Sábado, 10.00 PM

Las campanas de las iglesias volvieron a sonar por segunda vez en menos de tres días, y su significado fue comprendido por todos: los revolucionarios habían ganado el primer combate.

Era una noticia todavía sin detalle, expuesta a todo tipo de especulaciones, pero que se expandió por la ciudad a la velocidad de un telegrama: en la casa de Eusebio Lillo y en los cuarteles de bomberos, en los bares y en los garitos como el que regentaba el Mota, quien esa noche jugaba una partida de bochas con el Chico y el Toro.

—¡No les decía yo! ¡El coronel está en camino! —exclamó el Chico.

—¡Cierra la jeta, hombre! —dijo el Mota—. Aquí hay que estar callado el loro.

—¿Cuándo damos el manotazo? —preguntó el Toro.

El Mota sacaba cuentas.

—Estuvieron trayendo soldados todo el día —dijo—. Tiene que haber otro combate y estamos dados.

—Yo le tengo puro echado el ojo a una casa de la Plaza Yungay —dijo el Chico sobándose las manos.

—Le tenís echado el ojo a la cocinera, negro fresco —dijo el Toro.

El Mota los volvió a hacer callar y los obligó a prometer que no le dirían nada a nadie. Él sabía cuáles eran las casas. Había que tener cuidado porque los pijes también saldrían a cobrarse venganza,

—A mí déjenme nomás la casa de Yungay —insistió el chico con un brillo de maldad en los ojos.

***

Eran pasadas las doce de la noche cuando cesaron las campanas. No había un solo farol encendido en toda la Cañadilla. Los cajistas y los reporteros ya se habían largado cuando los últimos pliegos quedaron amontonados en la bodega para que los suplementeros salieran a repartirlos por la capital la mañana siguiente.

Pedro Rafael Verdugo se echó hacia atrás frente al escritorio y lanzó un suspiro. Había reescrito la mitad de los artículos después de la visita de Lillo. El cambio de

la línea editorial era lo de menos en comparación a lo que se avecinaba. ¿Creía sinceramente Lillo que ablandando el tono del diario sus enemigos iban a ser menos vengativos en caso de ganar? ¿Después de meses tildándolos de vendidos y traidores?

Dio un último trago a la petaca de pisco que guardaba en su escritorio. Cerró su despacho con llave y apagó las últimas lámparas. Cogió un ejemplar de la resma y lo puso bajo el brazo.

A primera hora, con la salida del sol, aquellos pliegos circularían de mano en mano, a través de todo Santiago. A media mañana llegarían a Valparaíso, y por la noche a Coquimbo y Concepción. Se leerían en voz alta en los bares y tabernas populares. Las caricaturas, los sonetos satíricos, los chistes cochinos y de doble sentido serían repetidos y celebrados con carcajadas.

Pero aquella nueva edición saldría a la calle con pólvora mojada.

Como todos los balmacedistas, esa noche Pedro Rafael Verdugo se aferró de una ilusión que solo aquellos que nada sabían de cuestiones militares podían todavía abrigar: que la aguerrida división de Concepción levantaría la línea en torno a Valparaíso y resistiría hasta la llegada de los cruceros.

Terminó de cerrar el taller, montó su caballo y cabalgó sin apuro por la Cañadilla, ensayando unos versos que leería para el desayuno. Si es que lograba dormir.

Santiago
La Moneda, 12.00 AM

En el improvisado cuartel del Ministerio de Guerra, el alférez Emilio Rodríguez Mendoza se puso de espaldas, se cubrió los ojos con el quepís, se cubrió con una manta de castilla y, sin separarse de su fusil, se arrellanó en el sofá.

La guardia había sido reforzada después de las noticias provenientes de Concón. Más de uno de los suches anunció su convicción de que esa noche los revolucionarios se dejarían caer sobre La Moneda. Pero los que cayeron en los brazos de Morfeo fueron él y Lucho Viel. Solo un espectador externo hubiera podido presenciar aquel festival de ronquidos. El alférez Rodríguez despertó con los ojos enrojecidos y comprendió que no estaba en los brazos de una de las hermanas Guajardo, las reinas de La Chimba y de la zamacueca.

Sus paseos matutinos por La Moneda se habían transformado en rutina. El alférez Rodríguez sospechaba que todas esas imágenes lo acompañarían por el resto de su vida; debía fijarlas en su memoria para después escribirlas y contárselas a sus nietos, si salía vivo de todo aquel zafarrancho.

Recorrió los patios envuelto en la manta y echando vapor por la boca. Saludó a los centinelas y tuvo entonces una ocurrencia ambiciosa, tan temeraria que sintió una violenta subida de presión. Sigilosamente llegó hasta el despacho de Balmaceda, empujó la puerta y se asomó cautelosamente al interior. No había nadie. En la chimenea aún ardían brasas, pero no había papeles quemados. Todo estaba en orden: los cajones cerrados, el tintero con la tapa puesta y las plumas en su lugar. En el lado derecho de la mesa un alto de decretos que esperaba la firma de Balmaceda… y un grueso libro de telegramas.

Rodríguez sintió que la sangre se le encendía. Sacó un telegrama y lo leyó.

General Barbosa:

Usted y Ruiz organícenlo todo para volver a Quillota. Si es necesario en algunas horas más estaré con ustedes y llenaremos nuestros deberes hasta el fin. Que Alcérreca se comunique en el acto con Viel y vaya a pelear como lo haré yo en medio de ustedes. Hagan algo con los heridos y perdóneme si no pregunto por los muertos, porque en esta parte, y en esta sola, el corazón me flaquea. ¡A batallar! BALMACEDA.

Durante algunos instantes el alférez Rodríguez luchó contra el deseo de sacar el telegrama y metérselo en el bolsillo. No se le pasaba por la cabeza traicionar a su presidente, pero su corazón ardía con el deseo de guardarse una reliquia de aquel combate dramático. La tos de alguien en una oficina cercana lo hizo alejarse de la mesa como un gato al que sorprenden asaltando la despensa.

Salió del despacho, miró hacia los extremos del pasillo y cerró la puerta con suavidad. Años después recordaría el momento cuando se alejó del despacho de Balmaceda, de regreso al Ministerio de Guerra, con las manos vacías.

Santiago, La Moneda
Sábado, 9.00 AM

Balmaceda se despertó a primera hora y se vistió con premura. Emilia le preguntó si se sentía bien y él le respondió tranquilamente que había llegado el gran día de su vida, el momento de ser el presidente de todos los chilenos.

—No los de hoy, que están ciegos por la pasión del momento, sino los chilenos del futuro —dijo poniéndose el cuello de la camisa y amarrándose el corbatín.

—No te entiendo, José Manuel —dijo ella.

—Emilia querida, parto al frente a acompañar a las tropas.

Ella se levantó de la cama como si su esposo le anunciara que se iba con otra.

—¿Me vas a dejar sola, José Manuel?

Balmaceda miró el suelo.

—¿Con tus hijos y con tu madre? —prosiguió ella.

—Todos estarán bien protegidos.

—Me preocupas tú.

Él también iba a estar protegido. Su lugar era junto a los jefes y los soldados, no firmando decretos en La Moneda mientras otros luchaban por él. Se colocó el chaquetón y el sombrero, y le dio a Emilia un beso en la frente.

—Voy a hacerte una maleta con una muda de ropa —dijo ella, pero Balmaceda no alcanzó a oírla.

En cambio le pidió a Carlos Eguiluz que llamara con urgencia al ministro de hacienda, don Manuel Arístides Zañartu, y al edecán Gómez Solar que reuniera los mejores hombres del ministerio de guerra. El tren partiría a las dos de la tarde.

Las órdenes de Balmaceda recorrieron el palacio movilizando a los funcionarios. Se contactó a la compañía de ferrocarriles para disponer de un convoy exclusivo, sin precisar quién viajaría. Si la noticia se llegaba a saber, la vida del presidente corría peligro.

Los cazadores se dirigieron al cuartel de caballería para preparar a los animales. Los oficiales del ministerio de guerra alistaron sus carabinas y sus uniformes de parada, y el alférez Emilio Rodríguez Mendoza se frotó las manos, entusiasmado con la idea de partir al frente.

No imaginaban que Balmaceda iba con ellos.

***

El ministro Zañartu encontró a Balmaceda en el salón. Tenía un brasero a los pies y leía un libro que dejó sobre la mesa. Como siempre, el presidente lo saludó de manera afectuosa, preguntando por su familia y dándose tiempo para intercambiar nimiedades sociales.

—Manuel, usted queda a cargo de La Moneda. Parto al frente a tomar el mando de las tropas. No me mire así, amigo mío. Al decreto solo le falta su firma

—¿Cree usted que sea lo más prudente?

—Mi decisión está tomada. Confío en usted la seguridad de mi familia.

Valparaíso
Sábado, 9.30 PM

Rosa llevaba su guitarra y una maleta con ropa, unas cuantas tortillas y dos manzanas que compró en la estación Bellavista. En el momento de abordar el tren vio a Patrick Egan subiéndose al vagón de primera clase.

El tren estaba casi vacío, de no ser por algunos médicos y enfermeras del hospital San Juan de Dios que iban a atender a los heridos. Cuando llegaron a Quilpué, Rosa se encontró con un espectáculo que le heló la sangre: decenas de soldados yacían en el andén, heridos, moribundos, abatidos. A los muertos los habían tapado con frazadas, y otros soldados con brazaletes blancos y una cruz roja los levantaban para llevarlos lejos.

Vio el tren que se alejaba con el señor Egan hacia Santiago, y se quedó parada sin saber qué hacer. De la oficina de la estación vio salir a una muchacha con un delantal repleto de manchas sanguinolentas.

No le quedó más que sentarse en el borde y comenzar a afinar su guitarra.

Su repertorio lo llevaba en la cabeza. Sus poemas los había escrito y reescrito a lo largo de años, y guardaba el último cuaderno en una caja de sombrero, una hermosa caja de cartón con sello de París, regalo de la señora María Luisa Mac Clure de Edwards. En Lima estaban aquellos patrones que habían puesto plata para hacer la guerra, pero que a ella le seguían pagando el mejor jornal posible por sus servicios de empleada.

Sus dedos rasgueaban la guitarra, pulsaban las cuerdas para depurar el sonido. Un soldado que se encontraba cerca abrió los ojos.

Rosa pensó en Melchor y sus niños. ¿Cuántos cañonazos había dado el héroe de Angamos contra sus propios compatriotas? Mientras más dolor sentía, más nítido era el sonido de la guitarra.

Se aclaró la garganta, contó hasta tres y de su boca salió el canto.

Adiós bandera chilena
Que te mueves flameante
Eres la más hermosa
Del ejército la Virgen del Carmen

De niña Rosa había estado en la vendimia, había chancado uvas con los pies y visto como el jugo escurría hacia los barriles. Ahora veía la sangre de Jesucristo: Chile entero la estaba haciendo correr. La misma tierra que daba la uva ahora se regaba con la sangre de miles de hombres.

La voz se le quebró.

—Siga tocando, mamita —murmuró el soldado.

Llay-Llay
Sábado, 6.00 PM

El tren avanzaba con lentitud. Los militares iban atentos a cualquier intento de sabotaje y detenían la máquina antes de pasar por túneles y puentes.

Balmaceda viajaba acompañado de un pequeño grupo de autoridades civiles, el alcalde Víctor Echaurren y los diputados Baldomero Frías y Víctor Lazcano. Durante la primera parte del viaje les contó su propósito de dictar una amnistía general apenas cesaran las hostilidades. Ése sería su último acto administrativo antes de entregar el poder al presidente electo, don Claudio Vicuña.

Les leyó el discurso de pie, haciendo pausas teatrales.

—Notable, excelencia —dijo el diputado Lazcano.

La tarde iba cayendo sobre los campos. Balmaceda pidió que lo excusaran, necesitaba descansar antes de llegar a Quillota. Se retiró a un camarote y bajó las cortinas. El vaivén del vagón comenzó a arrullarlo.

Soñó que era un rey o un gran duque del Renacimiento, ataviado con los ropajes más finos de Milán y de Mantua. En su corte se congregaban astrónomos, artistas y poetas. Los príncipes vasallos del norte le habían regalado un gato salvaje, con el cuerpo amarillo y rayas negras. Pero él, Balmaceda, solo le prestaba atención al juglar mestizo que declamaba ante un público embelesado de damas.

En el momento de preguntarle su nombre, el joven se quedaba sin voz y huía. Balmaceda no mandaba a los guardias a detenerlo. También se había quedado sin voz. El joven poeta desaparecía detrás de una puerta del salón, donde otro muchacho, cuyo rostro Balmaceda no podía distinguir, lo esperaba para escapar con él.

Despertó sobresaltado con el chirrido de las ruedas al frenar. El tren se había vuelto a detener. Observó que los soldados pasaban empuñando sus carabinas. Debía ser otro procedimiento de rutina. Le dolía la cabeza y sentía una tristeza enorme.

Un alférez tocó a la puerta para informarle que el camino estaba despejado. Dentro de media hora llegarían a Quillota.

***

Después de informar al presidente acerca de la situación, el alférez Emilio

Rodríguez Mendoza regresó del vagón de primera clase. Le pareció que Balmaceda no se sentía bien, que estaba inquieto por algo. Recordó el telegrama que había visto la noche anterior.

Los vagones estaban vacíos y el alférez Rodríguez sintió que el corazón se le apretaba.

Creyó de pronto ver a un civil sentado junto a una ventana. Un joven de silueta delgada, con el rostro lampiño, leyendo un libro. No lo recordaba al partir de Santiago, y estaba seguro de que no se habían subido más pasajeros en Lampa, Batuco o Llay-Llay. ¿Quién era entonces ese muchacho tan concentrado en la lectura?

Se devolvió algunos pasos temiendo que se trataba de un espía o de un saboteador. Para su sorpresa, cuando miró nuevamente el asiento estaba vacío.

Quilpué
Sábado, 9.00 PM

Rosa dejó de tocar y se acercó a la muchacha para preguntarle si podía ayudar. Ella nunca había visto a una mujer tan linda. Con ese teniente moreno y chilenazo hacían una dupla magnífica.

—Amiga, más agua por acá, por favor —dijo la cantinera Yáñez.

Entonces se sumó a la cantinera para atender a los heridos. Sacaba agua de la cubeta que habían colocado en el andén y cambiaba vendas ensangrentadas. Los cuerpos de los soldados ardían de fiebre y temblaban de dolor. Era como ver el martirio de Jesucristo multiplicado por cien.

***

El personal de la improvisada ambulancia durmió esa noche en una de las bodegas de la estación. El teniente Hermosilla reunió palos y virutas con ayuda de la cantinera y armó una fogata.

Estaba agotado, pero había visto demasiadas cosas para quedarse dormido. Necesitaba una petaca de aguardiente, un pencazo de vino. Colocó un par de troncos gruesos en la fogata y salió.

Todavía le quedaba tabaco en la canana. No había fumado en más de un día. Enrolló un cigarrillo y lo encendió. La tensión de sus manos cedió al placer.

El teniente sintió que su cuerpo ya no tenía más fuerzas. En el hotel Sousa de Quillota habían alcanzado a comer una merienda; ahora solo quería dormir, aunque fuera en el duro piso de una bodega de ferrocarril.

—¿Me convida? —dijo Alicia MacAllister.

La doctora estaba de pie, en el pasillo, con una expresión neutra de cansancio; al teniente le costó entender que se refería al cigarrillo.

—Nunca he fumado —agregó.

—Váyase despacito entonces.

Por supuesto, no le hizo caso. Alicia MacAllister contrajo las mandíbulas y cerró los ojos. Tosió tal como el teniente Hermosilla cuando chiquillo, al fumar por primera vez.

—De modo que esto es ser hombre.

—Eso y otras cosas.

La cantinera Yáñez, que dormía a pata suelta, soltó un sonoro pedo. Alicia MacAllister y el teniente Carlos Hermosilla se aguantaron la risa. Ella volvió a tomar el cigarrillo y esta vez sus dedos demoraron más en separarse.

Se sentaron en el suelo, muy cerca el uno del otro para darse calor, y se terminaron el cigarrillo.

—¿Ve? Estoy aprendiendo —dijo ella.

Quillota
Sábado, 11.30 PM

El teniente coronel José Miguel Varela vio venir el nuevo tren de Santiago y pensó que eran las últimas unidades de la división Concepción, aunque pronto comenzó a extrañarle que solo bajaran de los vagones una puñado de infantes, unos cuantos jinetes, cuatro señores de camisa, levita y sombrero tongo, con aspecto de diputados y un coronel que se identificó por el apellido de Castro.

Por la manera como se formaron los infantes, comprendió que en el tren viajaba una alta autoridad del Estado. Del vagón de primera clase vio bajar a un hombre pálido, con sombrero tongo y botas de montar. Enteramente de negro, Balmaceda parecía venir a un funeral.

—Excelencia, pongo a su disposición la oficina —dijo Varela—. El general Alcérreca se encuentra en Quilpué y el general Barbosa en Viña del Mar, con el ministro Bañados.

—Muy agradecido, coronel.

Balmaceda miró a su alrededor. Los soldados observaban la locomotora con expresión vacía. Los muertos habían sido dispuestos en filas y Balmaceda solo alcanzó a ver, aquí y allá, una pierna o un brazo que sobresalía de alguna manta.

***

Esa noche solo alcanzó a conferenciar con Alcérreca. Extenuado y con su uniforme sucio, el general le relató detalles del combate. Señaló que las posiciones eran muy malas, que la artillería había sido saboteada y los proyectiles no explotaban y que los rebeldes se habían presentado en número superior, y con fusiles de repetición, apoyados por los poderosos proyectiles de la escuadra.

Balmaceda lo escuchó en silencio, sin interrumpirlo con dudas o reproches. Terminada la exposición, se limitó a preguntar dónde se encontraban las tropas de las divisiones Santiago y Concepción, y qué medidas se habían adoptado para defender Valparaíso.

—El ministro Julio Bañados dispuso armar una línea defensiva en los altos de Viña del Mar.

—¿Qué tan buenas son esas posiciones?

—Inexpugnables, excelencia.

Por la expresión de Alcérreca, comprendió al instante que la derrota había sido grave, pero no iba a mostrar debilidad en aquellos instantes. Le pidió a Varela que le consiguiera a él y a su comitiva un sitio donde pernoctar. El oficial le sugirió que se quedara en la estación, donde estaría más seguro.

Eran casi las dos de la mañana cuando se sacó el chaquetón y las botas, se tendió en el duro camastro y apagó la vela.

Al fin estaba solo. Al fin podía llorar.

Nada lo había preparado para algo así. Había leído relatos de batallas, los relatos de las guerras del Pacífico y de Secesión, había visto los números, los croquis, los dibujos de soldados corriendo, cayendo, tumbados en el suelo. Pero ninguno mencionaba el hedor. Los generales se guardaban ese secreto. Había que volver al Dante para relatar la visión de tanto cuerpo herido e infectado, de tanta alma en pena. ¿Acaso su discurso podía devolverles la vida o la esperanza?

Hombre vanidoso, le dijo una voz. *Eres un rey burgués.*

Su timbre no era masculino ni femenino. Era una voz que decía la verdad.

—Quise terminar con la intervención electoral, y le prohibí al coronel del Canto comprar votos u hostigar a los electores desafectos al gobierno —dijo Balmaceda en su defensa—. ¿Qué hizo este señor? Formó alianzas con los mismos gariteros debía controlar.

Si hubieras renunciado el 7 de enero, nada de esto habría pasado.

—Era reconocer que este país le pertenece a los ricos, y a los capitalistas extranjeros. Era agachar el moño ante la bolsa de Londres, donde se especulaba con el caliche que nuestros soldados conquistaron con su sangre.

Tus tropas han cometido barbaridades contra el pueblo.

—Es la guerra. Yo no la busqué. Me la impusieron mis enemigos con su actitud infantil de no aprobar el presupuesto y paralizar la vida de la nación. Tuve que actuar.

Todo eso da lo mismo ahora.

Los trenes seguían llegando: unos de Santiago, otros del puerto. Balmaceda podía oír las voces de los soldados, el rumor de sus botas.

Todo eso es pasado.

Balmaceda se hundió en el camastro, en posición fetal. La voz desapareció.

Las Salinas
Domingo, 2.00 AM

Mientras Balmaceda intentaba dormir y dominar a sus fantasmas, las tres brigadas del ejército rebelde avanzaban hacia Viña del Mar a través de senderos tortuosos y accidentados.

El soldado Saturnino Mamani Sullca y su unidad, el batallón Tarapacá, iban a la retaguardia, marchando en silencio bajo el cielo estrellado.

A ratos veían el mar y la bahía de Valparaíso repleta de barcos, luego el mar desaparecía detrás de los cerros, en profundas gargantas con arbustos espinosos. Alertados por el rumor de miles de botas, las culebras y los conejos escapaban y se escondían en sus madrigueras.

A ratos la columna se detenía, los oficiales revisaban sus mapas y ordenaban corregir el rumbo. Ninguno parecía conocer bien la zona y el avance del ejército se tornaba lento y monótono.

Como el resto de sus compañeros, Mamani había sido reprendido por los oficiales por ser tan desaprensivo con la munición durante la batalla de Concón. *Los cartuchos de Mannlincher son sagrados*, habían dicho.

Hacía bastante frío, pero con la marcha el cuerpo se le fue calentando. El rancho en Reñaca había sido más bien frugal, pero tampoco sentía hambre. Sí expectación por la próxima batalla. Esperaba fuera la última antes de volver a casa, sano y salvo a agradecerle de rodillas a la Virgen de Pozo Almonte su protección. Guardaba todavía unas cuantas hojas de coca por si le tocaba subir algún cerro otra vez.

***

En el mar que tranquilo bañaba a la nación también había movimiento. La escuadra navegaba hacia el sur, acompañando el desplazamiento del ejército.

—Nos van a hacer bombardear Valparaíso —murmuró el cabo Zenón González.

Melchor no dijo nada. Estaban en sus coyes, rodeados de marineros que dormían y roncaban. Ni el festival de pedos le sacaba a Melchor una sonrisa y lo distraía de su amargura: bombardear su puerto querido, aunque fueran las baterías de tierra. ¿Y si a algún artillero le salía un tiro largo que caía en la ciudad? Más encima el capitán Jorge Montt lo tenía entre ceja y ceja. Obedecerlo era traicionar

su juramento; traicionarlo era joderse de por vida.

—Sargento, es ahora o nunca… —dijo el cabo Zenón González.

—¿Ahora o nunca qué?

—Usted sabe, cortarla con la tontera... Si nos vamos al calabozo, nos vamos juntos y apechugamos como hombres.

Como marinos, pensó Melchor mordiéndose la lengua.

Viña del Mar
Domingo, 6.40 AM

Estanislao del Canto bajó sus prismáticos. Las tropas de la primera y de la tercera brigada se habían instalado del lado norte del estero Marga Marga. Al frente tenían el tajamar y la línea del tren, y un dispositivo defensivo mucho mayor y mejor dispuesto que el de Concón.

—Toda la noche han estado llegando trenes con tropas dictatoriales —dijo el coronel Vergara.

—Por lo visto, el comité revolucionario no hizo absolutamente nada de lo que prometió.

Los oficiales del estado mayor no dijeron nada. Solo Salvador Vergara, un millonario hijo de la dueña de prácticamente todos los terrenos de Viña del Mar, dio su parecer de manera tajante.

—Atacar por el estero es un suicidio.

—¡Tenemos que atacag ahoga! —exclamó Körner.

Del Canto lo observó con una mirada condescendiente.

—Señores, como muchos oficiales de mi generación tuve el honor de combatir en Chorrillos y Miraflores, y entrar con las tropas de un ejército victorioso a la Ciudad de los Virreyes. Mantener la disciplina fue un problema que no le deseo a ningún comandante.

Körner le devolvió la mirada sin entender a qué se refería. Los coroneles Vergara y Frías sí lo entendieron, y perfectamente.

—A mayor explicación les quiero recordar que del otro lado del estero hay casas muy hermosas, llenas de objetos valiosos —Del Canto miró a Vergara—. Candelabros, cuchillería, cavas con mostos exquisitos… De entrar en Viña del Mar nuestros soldados tendrán que combatir con el enemigo y con la tentación.

—Lo que usted sugiege es… —comenzó diciendo Körner.

—Lo que yo *ordeno*, coronel, como comandante en jefe de las tropas del congreso, es una retirada ordenada al campamento de Reñaca. Que la tercera brigada se dirija de inmediato a Quilpué, cortaremos la vía férrea y el telégrafo, y evaluaremos la situación.

Vergara asintió en silencio y Körner se tuvo que tragar su orgullo alemán.

Los movimientos del ejército rebelde no pasaron inadvertidos del otro lado del estero. Veinte cañones Krupp, cuatro ametralladoras y varios miles de fusiles los apuntaban en espera de una orden.

Viña del Mar
Domingo, 7.30 AM

No habían terminado de cantar los gallos ni juntar rescoldo los hornos de barro cuando sonó el primer cañonazo. Los aguateros empezaban recién la ronda, los verduleros aún no llegaban de Quillota cuando un segundo estruendo respondió al primero.

Las damas que preparaban sus vestidos para la misa interrumpieron su *toilette*. La servidumbre salió a los patios de las casas con vista al mar. Los obreros de la procesadora de azúcar interrumpieron las faenas. Los perros comenzaron a ladrar y la vida cotidiana se interrumpió para presenciar el cañoneo que venía del mar.

Eran los blindados Cochrane y Esmeralda.

En la estación y en el Gran Hotel, los mandos del ejército se despertaban y se ponían las botas, enfundaban sus revólveres y envainaban sus sables. Estafetas, telegramas y llamados telefónicos llegaban de Valparaíso y Santiago. En las casas se rezaban padrenuestros y avemarías; se trancaban puertas y celosías, se buscaban sótanos para tomar refugio de las balas. Pero ninguna cayó ni siquiera cerca. Desde distintos puntos de la bahía los fuertes defensivos respondían a los barcos rebeldes con una artillería igual de poderosa. Varios tiros cayeron a pocos metros del Cochrane y del Esmeralda levantando columnas de agua.

***

Desde el castillo de proa del Cochrane, Jorge Montt e Ismael Valdés Vergara observaban los acontecimientos sin decir nada. Esperaban que los artilleros navales lograran un impacto directo en alguno de los fuertes.

—Capitán Molinas, ¿no está el sargento Martínez a cargo de la batería de estribor?

—Así es, señor.

El capitán Jorge Montt hizo una mueca de disgusto. Se suponía que aquel bruto había despedazado a Grau con el tiro más certero de la historia de la marina.

La sospecha se transformó en certeza cuando el capitán Jorge Montt, enfocando sus prismáticos en el fuerte Callao, comprobó que ninguno de los tiros de Martínez había dado siquiera cerca del objetivo. Un blanco fijo de tierra, juego de niños para un artillero curtido y condecorado. Aquello olía mal.

—Esto es una vergüenza para la marina —le dijo a Molinas—. Vaya a ver qué carajo pasa.

Por lo visto ese sargento Martínez era un balmacedista solapado. Ya pagaría su atrevimiento.

Quilpué
Domingo, 9.00 AM

Decenas de cadáveres yacían a lo largo del andén y en el bandejón que separaba una vía de la otra. La locomotora se detuvo y Balmaceda bajó sin mirarlos. Junto con él y su escolta venía un contingente de médicos y enfermeras de la división Concepción, que procedió a ocuparse de los heridos.

Barbosa había viajado desde Viña del Mar y lo estaba esperando, acompañado por su estado mayor.

Se dirigieron a la oficina de la estación y apenas se cerraron las puertas Barbosa le advirtió a Balmaceda el peligro que corría.

—Su excelencia, usted tiene que regresar de inmediato a Santiago. Estamos a tiro de cañón del enemigo.

—Mi interés es continuar hacia Viña del Mar para observar la disposición de las tropas y pronunciar algunas palabras de aliento para ellas.

—Con todo respeto, su presencia aquí supone un grave peligro no solo para su persona, sino también para la conducción de las operaciones.

Balmaceda observó al general Barbosa.

—Quisiera ver los últimos telegramas —dijo con tranquilidad—. Y comunicarme de inmediato con el ministro Bañados y el intendente Viel.

Los diputados Lazcano y Frías no sabían si salir o quedarse.

—Su excelencia, si me permite —dijo Agustín Lazcano midiendo sus palabras—. La situación expuesta por el general Barbosa es contundente. Las tropas se encuentran en los cerros de Viña del Mar, e ir hacia ellas implica una serie de incomodidades y peligros.

—Tal vez sería conveniente hacer copias del discurso de su excelencia, para que los comandantes lo lean a sus regimientos.

Balmaceda observó a los parlamentarios.

—Me sentiría el más desdichado de los hombres si en esta hora aciaga no pudiera compartir en algo el sufrimiento de los soldados.

—Claro, por supuesto —dijo nerviosamente Frías, mirando a su colega.

A lo lejos se oyó una descarga. Lazcano reprimió la tentación de preguntar si aquello era un cañón.

***

Rosa ayudaba a repartir agua en una palangana cuando se oyó un silbato agudo y el sonido inconfundible de una locomotora.

Con la cantinera Yáñez se quedaron mirando a los soldados que bajaban y se formaban delante de uno de los vagones.

—Aquí viene uno de los grandes —dijo la cantinera.

Uno hombre de negro se bajó, seguido por otros. Llevaban sombreros y bastones y contemplaban el espectáculo de los heridos ariscando la nariz.

—¡Es el presidente! —exclamó Rosa.

Lo encontró más bajo de lo que pensaba, y más triste. Un militar viejo y de barba blanca se cuadró para saludarlo, y se dirigieron a la oficina de la estación. En el camino pasaron delante de Rosa y la cantinera Yáñez. Balmaceda las saludó llevándose la mano al sombrero.

Alicia MacAllister vio la escena desde lejos. No alcanzó a distinguir a Balmaceda, pero sí al personal médico que bajaba del tren. Era una ambulancia con tres médicos y siete enfermeras, todos frescos y descansados. Alicia MacAllister se presentó al cirujano jefe, un hombre de unos cincuenta años, y le relató todo lo sucedido en Concón y en las últimas horas.

—Vaya a descansar, doctora, ya ha hecho suficiente.

—Doctor, yo…

—Se lo ordeno —insistió el cirujano apuntando a su brazalete de militar.

Alicia se quedó unos instantes en el andén, pensando qué hacer.

—¡Doctora!

Era el teniente Carlos Hermosilla. Se había enterado de la llegada del nuevo personal médico. Estaba completamente sudado y jadeaba como si acabara de correr muchos kilómetros. Alicia supo la razón: en el andén ya no había un solo cadáver.

—Tengo una habitación en Viña del Mar —dijo mirándolo—. En el Gran Hotel.

La respuesta del teniente Hermosilla fue tan rápida que hasta él mismo se avergonzó.

—Voy a hablar con el coronel Ruiz. Usted no se mueva de aquí.

Viña del Mar
Domingo, 10 AM

Terminado el cañoneo, los vecinos de Viña del Mar volvieron a salir de los sótanos; los obreros de la planta de azúcar se asomaron desde las bodegas y los perros se echaron a ladrar a todo lo largo de la línea del ferrocarril. Las empleadas encendían los fogones y colocaban las teteras para calentar agua. Se había disparado la demanda de té e infusiones para los nervios. Algunos armaban maletas para irse a Valparaíso. Supuestamente allí estarían más seguros.

Las tropas rebeldes se replegaron a Reñaca tras la fallida incursión; las habían hecho avanzar quince kilómetros por nada. En menos de un día el ánimo victorioso se había transformado en frustración. Del Canto y Körner se odiaban cada vez más, y Montt había expuesto a la escuadra a un duelo inútil con las baterías de costa.

El soldado Mamani no dejaba de sorprenderse con la geografía del sur. Cuando terminara la guerra quería instalarse allí. Había escuchado que siempre se estaban construyendo edificios y había necesidad de brazos. Un trabajo fácil comparado con las minas. Se traería a su mamita de Pozo Almonte, se encontraría una esposa y nunca más hablaría de la guerra.

El capitán Quezada les ordenó seguir por el valle. Muy cerca estaba Quilpué y, del otro lado, la capital. No se hablaba de otra cosa. Llegaron hasta un puente, el más grande que el soldado Saturnino Mamani Sullca hubiera visto jamás, y se organizaron partidas de reconocimiento. No había enemigos del otro lado.

—¡Usted, Mamani! —gritó el teniente Yávar—. ¡Fusil al hombro y a recoger piedras!

***

El tren partió de Quilpué vacío y con el carbón justo para llegar a Valparaíso. Alicia MacAllister, el teniente Carlos Hermosilla, Rosa y la cantinera se distribuyeron en los asientos del vagón de primera clase.

—Ya nos sacamos la mugre por Chile —dijo la cantinera, dejando caer su voluminosa humanidad en el asiento de una cabina.

En una faceta que Rosa no le conocía, la cantinera imitó la voz de una señora de diputado.

—¿Sería mucho pedir, mijita, una empanadita con pebre?

Las mujeres se echaron a reír a carcajadas. Después se pusieron serias.

—No sé qué cresta voy a hacer en Valparaíso —dijo la cantinera—. Para mí que esta guerra se perdió y que estamos del lado de los fregados. Pensar que me metí en esta trifulca por un hombre.

—Quédese unos días en la casa —dijo Rosa—. Le echamos más agua a la sopa.

La cantinera había perdido el quepís y su uniforme era un estropicio de manchones, desgarraduras e hilachas que le daban un aspecto de pordiosera.

—Por último nos quedamos en la mansión de don Agustín —insistió—. Nadie nos va a molestar ahí.

Las dos mujeres habían notado la afinidad que había entre la doctora y el teniente. La cantinera le contó a Rosa que el novio de Alicia MacAllister había muerto en Concón.

—Era un joven tan lindo, oiga —dijo con pena.

—Mejor dejémoslos solos —dijo Rosa.

Buscaron otro compartimiento para dormir. Las dos tenían los huesos molidos.

***

El maquinista Jacinto Parra tenía órdenes de avanzar a velocidad media y no despegar la vista de las vías. Lo acompañaban los carboneros Gómez y Jonás, un gringo grande y palurdo que hablaba poco.

El viernes por la noche Balmaceda había firmado un decreto asignando generosas gratificaciones a todo el personal de la Compañía de Ferrocarriles del Estado.

—Harto poco por arriesgar el pellejo —rezongó Gómez.

El gringo miraba los cerros y los rieles, concienzudo. El maquinista Jacinto Parra revisaba los indicadores de presión.

El puente Las Cucharas era el único punto crítico del camino, pero Parra confiaba en su buena estrella: después venía Viña del Mar y de ese lado no habría peligro. Podría dormir tranquilo, con su gratificación en el bolsillo. Diez pesos de plata para comprar vino, amor y un par de pilchas para la familia. Pero de pronto todo cambió.

—¡Emergencia! —gritó el gringo.

El puente estaba a cincuenta metros. El maquinista alcanzó a ver la pila de piedras y troncos que bloqueaban la vía y corrió a jalar la palanca de los frenos.

Todo comenzó a correr muy lento y rápido a la vez. La locomotora comenzó a frenar mientras sus ruedas chirriaban y lanzaban chispas.

En el momento del impacto, Jacinto Parra sintió que su cuerpo se elevaba del suelo, mientras toda la estructura del convoy se arqueaba sobre los rieles.

El humo, que habitualmente salía verticalmente de la chimenea, comenzó a describir un trompo enloquecido en medio de fragmentos de metal, piedras y maderas que volaban en todas direcciones.

Los ejes de las ruedas se doblaron y los vagones comenzaron a plegarse como fuelles de un acordeón de veinte toneladas. Los últimos tres se soltaron y cayeron por la quebrada levantando una nube espesa de polvo y barro.

En el vagón de primera clase Alicia MacAllister vio cómo el cigarrillo se le escapaba de las manos y el teniente Carlos Hermosilla se precipitaba contra la pared opuesta del camarote. Sintió que el vientre le subía, que sus nociones de altura y volumen se alteraban y su canal auditivo se saturaba hasta quedar anulado.

La locomotora seguía su camino hacia el puente, inclinándose hacia un costado y emitiendo un sonido chirriante. Jacinto Parra rodó como un muñeco, atraído por la gravedad. Cayó encima del gringo y debajo de Gómez, que rebotó y se precipitó sobre los rieles donde fue decapitado.

Por el rabillo del ojo izquierdo y en una posición imposible, Jacinto Parra divisó el puente que se acercaba, cada vez más lento a medida que la locomotora consumía su inercia. Tal vez se frenaría con el impacto, o rebotaría y caería por el acantilado. Fue lo último que alcanzó a pensar el maquinista antes de que todo se fuera a negro.

Quilpué, estación del ferrocarril
Domingo, 2.00 PM

Balmaceda se sintió envuelto por una nube negra. Barbosa estaba enfermo, Santiago desprotegido y Quilpué transformado en un infierno. Todo lo que le quedaba, aparte de su potestad legal de seguir firmando decretos, era un discurso de tres páginas que seguía guardando en su chaqueta, sin poder pronunciarlo ante nadie.

Mientras duró el cañoneo incluso sintió alivio. La idea de perecer en una batalla, con gloria, tal como Prat, no le pareció absurda.

—¿Excelencia?

—Le escucho, general.

—¿Tiene sentido arriesgarse de esta forma?

Antes de que Balmaceda pudiera responder, ingresó a la oficina un oficial con la respiración entrecortada.

—Un tren ha quedado atrapado en el puente Las Cucharas y todo el tráfico ferroviario hacia Valparaíso está interrumpido. Con toda seguridad es obra de los revolucionarios.

La noticia fue un salvavidas para la dignidad de Balmaceda y un balde de agua fría para su porfía.

—Muy bien, general —dijo recuperando el aplomo—. Agradezco su inspirado consejo. Me vuelvo a la capital y dejo a las tropas bajo su mando.

Ninguno de los presentes hizo el menor amago de esconder sus expresiones de alivio.

—Y que Dios nos proteja a todos.

***

El alférez Emilio Rodríguez Mendoza y sus compañeros de la escolta presidencial pasaron toda la mañana reuniendo información. Había tantas versiones como sobrevivientes de la batalla, pero todas coincidían en el tamaño del desastre. ¿Cómo había sucedido? Al Mamón Villegas le contaron que el 3° de Línea perdió un tercio de su gente y que una compañía de lanceros se había dado vuelta la chaqueta.

—¿Cómo? —preguntó Lucho Viel, estupefacto—. ¿Se pasaron para el otro lado?

El Mamón Villegas no dijo nada. Las caras eran de funeral.

—Todavía tenemos patria —dijo Rodríguez Mendoza—. Ya verán cómo nos desquitamos.

—Yo me conformo con irnos de aquí —dijo Lucho Viel, sombrío—. Este lugar ya me está dando dolor de estómago.

—Yo me habría quedado ayudando a esa enfermera colorina —dijo Villegas.

—Tú, el más lindo.

—No es enfermera, bruto. Es doctora. Es hija de un comerciante de la calle Ahumada que murió el año pasado.

La locomotora rellenó carbón y se fue rumbo a Quillota. Transportaba a algunos heridos, al presidente de la república y cien versiones distintas de lo sucedido en Concón.

***

Señores generales y oficiales, soldados de la república. Infantes, artilleros, jinetes, ingenieros y cirujanos del ejército la república. He llegado hasta aquí para dirigirme a ustedes y compartir vuestros sudores y tribulaciones. Esta nación, nuestro Chile querido, se apresta como el resto de las naciones para entrar en el siglo XX. Luchamos por el gobierno representativo, expresión de la libertad electoral, y el principio de la autoridad soberana.

Balmaceda dobló la hoja y la arrojó sobre la mesa. Se tomó la frente con ambas manos.

Hubiera podido entregarle el documento a Barbosa o Alcérreca para que se lo leyeran a las tropas, pero se arrepintió a último momento.

Seremos magnánimos en nuestra victoria, para que los chilenos nos podamos mirar a la cara. Los tribunales resolverán las cuestiones de derecho común que este triste conflicto ha producido.

Balmaceda volvió a tomar la carta. Abrió la ventana, dejando entrar el aire frío del valle. Tomó la primera hoja y la rasgo en dos, y luego en cuatro. Lo mismo hizo con las demás.

Del vagón brotaron trozos de papel picado que volaban en todas direcciones. Los diputados Lazcano y Frías dormían y no lo notaron. Algunos de los trozos quedaron suspendidos en los arbustos, otros fueron a dar al estero donde el agua fría comenzó a diluir la tinta hasta no dejar nada.

Concón
Domingo, 5.00 PM

Mientras duró el cañoneo con las baterías de Viña del Mar, Ismael Valdés Vergara fue notando el cambio de ánimo en el capitán Jorge Montt. Bufaba y mascullaba palabras ininteligibles, le daba al capitán Molinas una serie de instrucciones al oído, con una expresión de disgusto.

Después de dar la orden de regresar a Concón, el capitán se retiró a su camarote y pasó delante de Valdés Vergara sin siquiera mirarlo, como presa de un bochorno.

La victoria de Concón era obra de los militares, en particular del coronel del Canto. La marina había contribuido a bombardear las posiciones enemigas, pero los que se habían tomado el cerro eran los soldados. Miembro del partido liberal, masón y bombero, Ismael Valdés Vergara comenzaba a inclinarse por del Canto como candidato para la presidencia de la república. Pero había un obstáculo: los liberales abominaban la idea de un presidente militar.

Ismael Valdés Vergara se retiró a su camarote para revisar sus notas y esperar más información. Sentía a su alrededor un ambiente pesado, como si la euforia del triunfo reciente se hubiese evaporado. Ignorante en temas estratégicos, solo podía imaginar las complejas decisiones que debían enfrentar los comandantes. Con todo, no debía ser tan diferente de las estrategias de una fuerza de bomberos para derrotar un incendio. Identificar el viento, las cañerías de gas, distribuir las compañías de bomba y de hachas, concentrar agua y presión.

Valdés Vergara recordó sus grandes incendios, cuando regresaba a casa mojado, cubierto de hollín y el corazón alterado por la hazaña de doblegar una fuerza de la naturaleza.

A las 6.00 de la tarde lo llamaron del puente de mando. El capitán Jorge Montt observaba la bahía con las manos detrás de la espalda, muy concentrado.

—¿Noticias del campamento, capitán? —preguntó Ismael Valdés Vergara.

—Ninguna.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Veo que se siente usted a gusto con los militares —dijo el marino.

Ismael Valdés Vergara extrañó el comentario, pero no dijo nada.

—Quisiera pedirle que baje a tierra y se dirija hacia Reñaca —dijo el capitán Jorge Montt—. Temo que en los mandos militares haya diferencias de criterios acerca de cómo seguir la campaña. La junta de gobierno debe estar informada de todo.

—Con todo gusto, capitán.

Ismael Valdés Vergara regresó a su camarote, metió en un morral su libreta, una botella de vino de Panquehue y dos panes con jamón. Se puso una manta de castilla y una gorra con la insignia de la Quinta Compañía de Bomberos.

El cielo se había nublado y soplaba un fuerte viento desde el norte. El mar estaba encrespado y la lancha avanzó dando tumbos, obligando a Valdés Vergara a aferrarse de los bordes.

En Concón Bajo ubicó un guía y un caballo para seguir camino hacia Reñaca. Ya estaba oscuro y los animales avanzaban con recelo. Eran los mismos campos y quebradas donde se había librado la batalla. El olor a muerte aún no se disipaba y se podía entrever en la oscuridad los objetos desperdigados, los cadáveres aún sin recoger.

Al cabo de un rato notó que el guía dudaba.

—Disculpe, iñor, ¿pero conoce usted estos caminos?

—Hace muchos años que no los recorro, patrón. Yo soy de Calera y vengo poco por acá.

—¿Qué dice usted? —se indignó Vergara—. ¿Para qué se ofreció entonces a llevarme?

—No se preocupe, patrón —se disculpó el guía—. Ya estamos cerca. Se lo juro por Dios y por mi madre que esa estrella que usted ve es la Cruz del Sur: hacia allá está el campamento.

Llegaron a una meseta desde donde por fin pudieron ver el mar. Luces recorrían la bahía y el guía le explicó que eran los focos de las baterías. Al cabo de una hora encontraron el camino y divisaron las primeras fogatas.

—¿Quién vive? —preguntaban a cada rato los centinelas.

—El secretario de la junta de gobierno —decía Ismael Valdés Vergara—. Busco al coronel Del Canto.

Se bajó del caballo delante de una choza y entró. Del Canto dormía en un extremo y Körner en el otro. Ambos roncaban. Ismael Valdés Vergara sintió que alguien tosía. Recién vino a darse cuenta de que había dos personas más. Dos civiles.

—Buenas noches —saludó.

Eran los diputados Gaspar Toro y Joaquín Walker Martínez. Dos antiguos adversarios, uno nacional y el otro conservador. No lucían su mejor aspecto, ni la elegancia que habitualmente derrochaban en sus conversaciones de pasillo en el congreso.

Ismael Valdés Vergara abrió su morral y sacó sus provisiones.

—No será el cuerno de la abundancia, pero algo es algo —dijo.

Los diputados se pelearon por el pan como dos gatos de campo. Con el vino se pusieron locuaces y le contaron a Ismael Valdés Vergara detalles de la penosa

jornada: no se había podido atacar Viña del Mar y Del Canto casi se había peleado con Körner a puñetazos.

—Tuvieron que separarlos los oficiales —dijo el diputado Toro.

Puente Las Cucharas
Domingo, 4.00 PM

Durante un tiempo imposible de precisar Rosa creyó estar muerta. Melchor, sus hijos, el presidente Balmaceda. Todo había sido en vano. Pero una neurona comenzó a chisporrotear en alguna parte. Otra, cercana, le respondió y establecieron un puente de emergencia. Las neuronas más resistentes comenzaban a levantarse y ayudar a sus compañeras. Rosa abrió un ojo.

No había suelo ni techo. Sus ojos se cerraron y abrieron varias veces. Estaba oscuro, pero había una fuente de luz. Las ventanas del tren estaban hacia abajo. Eso fue lo primero que comprendió. Y que algo le dolía en el brazo.

Rosa recordó haber cantado, haber tenido un marido y después otro. El primero era un demonio; el segundo, un ángel; el primero era chico y enclenque; el segundo, enorme y vigoroso. Lo principal era entender. Sus manos comenzaban a arrastrarse, los pies recuperaban sensibilidad. Trató de levantarse pero chocó contra el asiento que colgaba del techo. Sus manos recorrían su cuerpo sin que ella se lo ordenara.

¿Dónde estaban los demás? Se arrastró algunos metros y detectó que las ventanas se habían roto en mil pedazos. Había vidrios por todas partes y comprendió que debía ser cuidadosa. Se fue haciendo un camino hacia la ventana más cercana. Vio un pequeño pasadizo de tierra entre el vagón y lo que probablemente era un cerro.

El problema era que al desplazarse alteraba el equilibrio del carro, haciendo que el piso se moviera ligeramente. Se apuraba o todo se vendría abajo. Finalmente logró llegar a la ventana y entonces debió tomar una decisión: meterse de cabeza o por los pies. El suelo estaba a unos dos metros, por lo que optó por lo segundo.

Virgen Santa, Madre Protectora, Madre Comprensiva…

Para meter los pies tuvo primero que sentarse. El vagón volvió a oscilar.

Algún día usaremos pantalones, se dijo maldiciendo los pliegues de la tela que se inflaban con la brisa ligera que entraba por la ventana. Sus caderas no cabían, pero haciendo presión y estirando los brazos, tal vez pasaría.

Jesús Misericordioso, Cordero de Dios, Salvador del Mundo, Guía de los Hombres…

Rosa comprendió que no le quedaba mucho tiempo, que solo tendría una oportunidad y que al tocar el suelo debía ponerse rápidamente de pie. Las neuronas habían logrado recuperar la memoria reciente y Rosa supo que el choque había ocurrido poco antes de cruzar un puente.

Contó hasta tres.

Puja, puja, puja como si fueras a expulsar un chiquillo. Bendito el fruto de tu vientre,

llena eres de gracia. Puja por la rechuchadetumadre…

Rosa cayó en una quebrada con una pendiente de treinta metros. Al caer la pierna izquierda se le dobló, los músculos de la rótula se estiraron y el dolor llegó directo a los centros nerviosos. Se dio dos vueltas de carnero y trató de moderar la caída con los brazos. Cuando pudo pararse estaba todavía a cinco metros del vagón. Todo el tren era una larga tira de fierro retorcido que colgaba de la entrada del puente. La locomotora estaba ensartada contra una barrera.

Necesitaba alejarse y buscar ayuda, pero no alcanzó a avanzar mucho. El cuerpo de la cantinera Yáñez yacía de bruces, con las piernas dobladas en una posición imposible. Su cabeza había impactado contra una piedra y Rosa se quedó un rato mirándola hasta que no pudo más y se tuvo que arrodillar.

Cuarta parte
24 al 28 de agosto de 1891

Las Cucharas
Domingo, 5.00 PM

El teniente Carlos Hermosilla se quitó la chaqueta y arrancó una tira de tela de su camisa. No tenía conocimientos de medicina ni más noción de anatomía que la escuela pública. Necesitaba parar una hemorragia.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó la doctora lentamente, como si tuviera sueño.

—Tranquila, no se mueva.

Lo logró a pura intuición. Un trozo de ventana había atravesado la frente de la doctora, en un ángulo tal que solo le arrancó el cuero cabelludo por encima de la ceja derecha. El hueso quedó expuesto y la piel replegada hacia atrás, con todo el pelo rojo y ensortijado encima. Aparte de eso Alicia MacAllister no tenía un solo rasmillón ni hematoma: había caído sobre el teniente Carlos Hermosilla.

—No se mueva —insistió—. Ni un milímetro.

—¿Qué pasó? —preguntó Alicia.

—Doctora, no se le ocurra moverse. Se lo suplico.

Con una mano, Hermosilla tomó el trozo de vidrio por ambos lados, lejos de los bordes. Con la otra sujetó con fuerza el mentón de Alicia.

—¡Pero dígame qué pasó!

—Chocamos —respondió escuetamente, contando hasta tres.

La sangre empapó su camisa. El teniente estiró el cuero cabelludo de la doctora de vuelta a su posición original y se lo sostuvo al cuello con la tira de uniforme.

—¿Dónde estamos? —seguía preguntando Alicia.

—Frente al puente. Nos dimos vuelta.

—¿Cómo vamos a salir? Me siento mareada. ¿Dónde están mis anteojos?

—Yo se los voy a buscar. Quédese aquí. Afirme la venda.

El teniente Hermosilla solo tenía un brazo contuso y un chinchón en la frente. El cigarrillo le había quemado la mejilla izquierda. Todo estaba patas para arriba.

Durante esos minutos su adrenalina lo enfocó a tareas concretas: encontrar los lentes de Alicia, asegurarse de que no se desangraba y buscar la salida.

El vagón había quedado ladeado contra la ladera del cerro y la salida estaba a unos diez metros salpicados de tablas, asientos y trozos de vidrio. Sacar a la doctora iba a ser lento y difícil. Más que encontrar sus anteojos.

***

Alicia MacAllister permaneció recostada contra la pared de la cabina, o lo que quedaba de ella. Sin los lentes veía borroso, pero lo suficiente para identificar la situación. El ruido se le había quedado pegado al pecho. Se miró las manos, se palpó la frente, comprendió el motivo del frío que sentía en la parte superior: durante algunos minutos había quedado literalmente pelada del lado derecho de la cabeza.

Se tocó el cabello apelmazado de la nuca y pudo sentir que toda la piel se plegaba como una tela.

—¿Se puede parar? —preguntó el teniente Carlos Hermosilla.

Sus anteojos estaban doblados y el cristal izquierdo trizado por la mitad.

—Claro, claro —dijo ella—. Lo único que me da miedo es mirarme en un espejo.

Él la tomó de la mano y pasó su brazo por encima del hombro. Alicia sintió que la levantaba en vilo y la conducía, un paso a la vez, entre las tablas y los vidrios que crujían.

Él bajó primero. Ella se sentía mejor. Se tomó el pulso, respiró. Estaban en suelo firme, sobre los rieles.

Volcada hacia arriba, la locomotora parecía un gigantesco escarabajo muerto. De su barriga brotaba vapor. Los vagones traseros, tras soltarse de los ejes, habían caído hacia el lecho del estero. Ni Alicia ni el teniente Hermosilla encontraron rastro de la cantora ni de la cantinera.

—¿Para dónde vamos? —preguntó ella.

—Bajando llegamos a El Salto —dijo el teniente Hermosilla—. ¿Cómo se siente?

En ese momento ambos vieron a los soldados rebeldes que bajaban por el cerro.

—¡Vamos! —dijo él.

Y echaron a correr.

***

El teniente ordenó disparar. Uno de los soldados preguntó si no era mejor ayudar, que la dama parecía herida.

—¡Mamani, haga puntería y honor al batallón Tarapacá!

El soldado Saturnino Mamani Sullca sintió que ya había vivido ese momento. Pese a la poca luz, la silueta de la dama que bajaba por la quebrada le pareció

familiar. La había visto antes.

—¡Qué espera, Mamani!

Apuntó sin mucha convicción. De hecho, sin ganas. El oficial que corría con la mujer no estaba armado, y ella tenía una venda en la cabeza. Mamani jaló el gatillo y falló.

Batuco
Domingo, 10.00 PM

El tren que llevaba a Balmaceda de regreso a Santiago se detuvo en Quillota. Cargó carbón y provisiones para seguir directo a la capital. Balmaceda envió un telegrama al ministro Zañartu, anunciando su llegada y luego se encerró en una cabina a descansar.

El alférez Emilio Rodríguez Mendoza y los miembros de la escolta alcanzaron a comprar tortillas al rescoldo y cerveza de Limache. Los diputados Lazcano y Frías se hicieron de embutidos y una botella de vino.

***

Poco antes de Montenegro, el maquinista Rolando Escobar Mansilla vio un banderín rojo en uno de los postes de la señalización. No lo dudó dos veces: la noticia del descarrilamiento de un tren en el puente Las Cucharas se había difundido a lo largo de la red ferroviaria nacional. Aplicó la palanca del freno y fue disminuyendo la presión de la caldera, atento a cada detalle del camino.

La pequeña estación de Montenegro estaba apenas a dos horas de Santiago. Cuando el tren se detuvo definitivamente, resoplando como un animal cansado, el telegrafista Marcial Jeria salió de la oficina con un cable enviado hacía pocas horas desde La Moneda. Al ver la sopa ininteligible de letras, comprendió que era un mensaje cifrado, sinónimo de noticias que solo el emisario y el destinatario podían conocer. Como todos los operadores de la red telegráfica, había trabajado el día completo, y los precedentes, retransmitiendo información sobre la marcha de la guerra. A esas alturas sabía que la batalla de Concón había sido un desastre para el gobierno y que un nuevo encuentro, de resultado incierto, había ocurrido en Viña del Mar.

Salió de la oficina y observó el tren del que bajaban soldados de la guardia presidencial. Sus caras eran de fastidio. En alguno de aquellos vagones estaba Balmaceda, el destinatario del telegrama secreto.

—¡Telegrama urgente para el presidente! —exclamó el telegrafista—. ¡Telegrama para su excelencia!

Un oficial de caballería se le acercó.

—Déjemelo —dijo—. Yo se lo llevo.

Marcial Jeria hubiera podido entregarle el telegrama y desentenderse del asunto, pero llevaba demasiado tiempo enterrado en aquella oficina perdida en medio de la nada como para dejar pasar un momento histórico. Con humildad de funcionario público y pensando en los nietos que algún día tendrá, miró al militar y le dijo:

—¿Le molestaría que se lo entregara yo mismo? Soy un admirador del presidente y nunca he creído las barbaridades que dicen de él.

—Es un telegrama cifrado —dijo el militar.

—Tiene razón, disculpe mi atrevimiento.

***

Balmaceda intentaba ordenar sus ideas y desechar la noción de un fracaso personal. Había visto la guerra con sus propios ojos y ahora sólo deseaba que terminara.

—Su excelencia, telegrama del ministro Zañartu.

—Gracias, coronel.

¿Cuánto podían seguir empeorando los acontecimientos? No tardó treinta segundos en averiguarlo.

> INQUIETUD EN SANTIAGO. RUMORES SOBRE PARADERO DE SU EXCELENCIA. SUGIERO PERNOCTAR EN ESTACIÓN Y NO LLEGAR NOCHE. POCA TROPA PARA PROTEGER ESTACIÓN TRAYECTO HACIA LA MONEDA. TELÉGRAFO CON VALPARAÍSO CORTADO. TELÉFONO NO. VIEL INFORMA NORMALIDAD.

Informó a los diputados Lazcano y Frías, quienes venían achispados por el vino de aquellas tierras. Luego ordenó al coronel Castro que organizara la guardia, y pidió que lo excusaran, estaba exhausto y necesitaba descansar.

Santiago
Domingo, 11.00 PM

Una silueta vestida enteramente de negro salió de La Moneda. Caminaba rápido, con los brazos cruzados frente al pecho y la cabeza envuelta en una capucha. Las calles estaban completamente en silencio, pero dentro de las casas solo se hablaba de una cosa.

Durante todo el día la gente fue a la estación Alameda para ver la llegada de los heridos. En las redacciones de los diarios se elaboraban listas de los ingresados a los distintos hospitales.

No se oyeron las campanas de las iglesias, pero sí algunos disparos. De escopeta o revólver, nadie sabía, ni si eran solo petardos para intranquilizar a las autoridades. La policía y los bomberos estaban acuartelados.

La silueta cruzó la plaza, delante del cuartel de infantería, y siguió por la calle Teatinos hasta la de la Catedral. Avanzó hasta una casona de dos pisos y tocó con fuerza la aldaba, varias veces, hasta que desde adentro alguien abrió.

A través de la puerta entreabierta se asomó una vela y el rostro asustado de una mujer.

—¡Señora Emilia! —dijo la Mercedes—. Pase, por favor. Voy a avisarle a misiá Encarnación.

Emilia de Toro se quitó la capucha y esperó en un salón. La casa de su suegra estaba fría como un témpano.

***

¿Eran esas las horas de venir? Encarnación Fernández se levantó de mala gana y con una manta. La casa en que habían crecido sus hijos estaba a oscuras, como toda la ciudad. Ordenó a la Mercedes que encendiera algunas velas y le preparara una infusión, algo para calmar los nervios que tenía a flor de piel.

Su nuera estaba peor, pálida como un fantasma y atropellándose para hablar.

—No puedo dormir, misiá Encarnación. Temo que asalten La Moneda o que le hagan algo a José Manuel.

—Calma, mujer —dijo Encarnación Fernández—. ¿Sabes dónde está tu marido?

—Mandó un telegrama desde Batuco —respondió Emilia—. Don Arístides

Zañartu le recomendó que se quedé allí esta noche. ¡Por algo será! ¿No cree usted?

—Emilia, basta —dijo Encarnación Fernández, sosteniendo a su nuera de los hombros—. Hay que tomar decisiones. Tienes que saber exactamente dónde están mis nietos, que no salgan a la calle y tengan una maleta lista con ropa.

Emilia de Toro observó a su suegra. Comprendió a lo que se refería.

—No me mires así. Yo también voy a hacer la mía. ¿Crees que me voy a quedar cruzada de brazos esperando a que toda la escoria de esta ciudad venga por nosotros?

La Mercedes trajo las infusiones en una bandeja. Al ver el semblante de su patrona, se retiró silenciosamente a su cuarto.

El Salto
Lunes, 9.00 AM

Rosa siguió el curso del estero, deteniéndose cada cierto tiempo para aliviar la sed. La superficie del agua, temblorosa e irregular, reflejaba su cara sucia y llena de moretones.

Le dolían el brazo y la pierna izquierda. Aunque podía moverse y caminar con cierta dificultad. Sabía además que siguiendo la puesta de sol llegaría a Viña del Mar.

En cada parada Rosa volvía a pensar en la cantinera. La pobre se había salvado de morir en Concón para terminar desabarrancándose en un tren. Maldijo a los revolucionarios y al alto cielo por esa injusticia, pero luego se arrepintió: con ella, al menos, el Santo Padre había sido magnánimo.

Así llegó hasta una casucha abandonada y sin ventanas, frente a la estación El Salto. El piso era de tierra y, en un rincón, había un camastro maloliente donde decidió pasar la noche. Al menos no moriría de frío.

Soñó con un barco que venía a buscarla. Se parecía al Cochrane pero más chico y se desplazaba sobre ruedas. Las velas estaban agujereadas y un grupo de marineros negros y mudos la miraba sin decirle nada. Rosa les preguntaba por Melchor, pero no le respondían.

Sintió que algo le apretaba el brazo. Al abrir los ojos vio la silueta de un hombre.

—Señora, despierte. Es peligroso aquí. Los revolucionarios pueden llegar en cualquier momento.

—¿Dónde estoy?

—En El Salto, pues.

El hombre debía tener cuarenta años. Usaba bigotes y su mirada era de preocupación. Rosa, que sabía desde su niñez cómo detectar a un borracho violento, se incorporó aliviada.

—Venía en el tren, con la gente de la ambulancia. Nos emboscaron.

—Lo vimos desde aquí. ¡Qué cosa más espantosa, oiga!

—¿Dónde están los revolucionarios?

—Bajaron del cerro y se fueron, pero quién sabe cuándo volverán.

—¿Por qué habrían de volver?

—Porque aquí está el agua pues, para las locomotoras y para la ciudad. ¿Puede caminar?

Rosa asintió. Antes de ponerse en marcha se arregló el pelo, se alisó la falda desgarrada y cochina.

—¿Por casualidad no vio a un oficial de ejército y a una joven de pelo rojo?

El hombre la miró unos instantes.

—¿Son sus amigos? —preguntó.

Rosa asintió con el alma en vilo.

—Están con mi mujer —dijo el hombre—. Ella tiene una herida muy fea en la cabeza, pero está bien.

Rosa sintió que le volvía el alma al cuerpo.

—Me llamo Nicasio Gallardo y trabajo para el ferrocarril.

—Rosa —dijo ella estirando la mano para saludar a su salvador.

El Salto, Viña del Mar
Lunes, 3.00 PM

Alicia MacAllister sentía un suave escozor en la frente. A ratos le picaba y debía reprimir el deseo de rascarse. No tenía ningún espejo a mano, por lo que debía pedirle al teniente Carlos Hermosilla que le describiera la herida, cómo evolucionaban los tejidos, si se formaba pus.

—¿Le queda tabaco? —preguntó.

—Un poco —dijo él.

El teniente Hermosilla lió un cigarrillo y lo fumaron en silencio.

—No me deje sola.

A pesar de su empeño en seguir despierta, Alicia se quedó dormida. Soñó con un hombre que se parecía a Luis Lorenzetti. Un hombre que intentaba salir del agua y no podía.

***

El teniente Hermosilla permaneció durante horas junto a la doctora. Sabía que en algún momento tendría que presentarse ante su regimiento e informar lo sucedido en el puente Las Cucharas, pero se resistía a alejarse de su lado.

Finalmente se decidió a dejarla al cuidado de la mujer del ferrocarrilero, explicándole que necesitaba llegar a Viña del Mar para saber dónde se encontraba el ejército. Caminó los primeros dos kilómetros siguiendo las vías del tren.

Cuando llegó, había comenzado a llover. Desde las casas de los ricachones las empleadas vieron a un oficial balmacedista empapado y machucado. Más de una sintió deseos de brindarle ayuda.

El teniente Carlos Hermosilla se detuvo ante la entrada del Gran Hotel. Entró con las botas estilando en al zaguán y se encontró con un espectáculo insólito. La recepción y los comedores estaban repletos de individuos que fumaban puros, bebían vino y conversaban en varios idiomas. No eran políticos sino periodistas de Santiago y Valparaíso instalados en el epicentro de la guerra, mandando telegramas y redactando sus artículos desde mesas atiborradas de copas y botellas.

Se hablaba de un ataque sobre Santiago o Valparaíso, que los ejércitos se encontrarían en algún punto entre Limache y Casablanca.

El teniente Hermosilla se dirigió a la recepción. Al lado de cualquier periodista parecía un pordiosero después de cuarenta y ocho horas atendiendo heridos, enterrando muertos y sobreviviendo a un accidente de ferrocarril. Preguntó por Alicia MacAllister y el recepcionista le respondió:

—Salió hace tres días y dejó toda la semana pagada. Se registró el jueves junto con un caballero.

Hermosilla parpadeó al oír esto. Calculó cuánto tardaría en ir a buscar a la doctora y traerla de vuelta. Conseguir un caballo sería imposible. Tenía de un lado a una mujer y una habitación de hotel y, del otro, su deber como oficial del ejército. El destino decidió por él.

***

El coronel Ruiz, el ministro Bañados y dos oficiales del estado mayor bajaron por una escalera y avanzaron por el salón, indiferentes a la turba de periodistas que se les acercaba para extraerles información.

Fue Ruiz quien reconoció a Hermosilla y le preguntó qué hacía allí. Atropelladamente, el teniente habló de un descarrilamiento, de una doctora que estaba herida en El Salto y que debía ser trasladada a un hospital.

—Cálmese, hombre —dijo el coronel Ruiz—. Olvídese de esa pobre mujer y venga conmigo. Necesito hombres para la patrulla de reconocimiento.

El teniente Hermosilla hizo chocar sus botas y se aclaró la garganta para responder.

—Sí, señor.

***

Los periodistas regresaron al salón, frustrados por no haber sacado nada a los oficiales del ejército. Michael Phillips, corresponsal del *Illustrated London News* había logrado armar una nota de setecientas palabras sobre la batalla de Concón, con una descripción lo más detallada posible para que el ilustrador del semanario pudiese imaginar las dramáticas escenas que habían tenido lugar en la desembocadura del río Aconcagua. El francés Jean François Quignard intentaba hacer lo mismo para *Le Petit Journal*, publicación famosa en París por sus portadas ilustradas a todo color.

Entre las mesas de los atareados cronistas se paseaba un hombre con un

maletín. Era el fotógrafo Miguel Grove, un veterano de la Guerra del Pacífico que había seguido la campaña naval, obteniendo unas vistosas placas Agfa de las tripulaciones.

En aquellos doce años la tecnología fotográfica había hecho grandes avances, y Grove utilizaba ahora placas Eastman, que permitían tomas más nítidas y con mayor exposición a la luz del día.

Grove tenía un plan: montar un caballo con su equipo y salir en busca del registro histórico de la batalla definitiva. Solo le faltaba saber dónde tendría lugar.

—Señor, ¿me permite? —le preguntó a Quignard apuntando a la silla vacía que tenía delante.

—Por favor —dijo el francés, distraído.

—Tengo algo que podría interesarle.

Quignard levantó la vista de su libreta de apuntes y observó a Grove. El fotógrafo abrió su maletín y comenzó a mostrarle sus mejores placas.

—¿Cuánto? —preguntó Quignard.

Grove mencionó una cifra y, ante los ojos de asombro del francés, dijo otra más baja para cerrar el trato.

Quilpué
Lunes, 6.00 PM

El cielo comenzó a cubrirse y en las primeras horas de la tarde cayó un aguacero. Todos los ancianos que esperaban pasar agosto se encerraron en sus casas; las madres encendieron braseros y los chiquillos que jugaban en las calles de tierra se recogieron.

Llovió toda la tarde y hasta entrada la noche. Los caminos se llenaron de lodo, se formaron charcas y corrientes en los valles. Los soldados marchaban empapados y con la frente gacha.

Así llegó el ejército rebelde hasta Quilpué.

Recién entonces se enteró el coronel Estanislao del Canto de que Balmaceda había estado allí el día anterior.

—Llegó ayer por la mañana, y estuvo todo el rato encerrado en mi oficina —informó el jefe de la estación.

Del Canto hizo un gesto contrariado.

—¿El telégrafo funciona?

—Está cortado hacia Valparaíso —dijo el funcionario—. Pero hacia Santiago funciona.

Del Canto lamentó haberle hecho caso a Körner y dejar que el alemán se enfrascara en aquel ridículo duelo de artillería en Viña del Mar. De haber marchado directamente sobre Quilpué, Balmaceda estaría en ese momento prisionero y depuesto. Pero al menos tenía el telégrafo para hacer de las suyas.

Esa tarde una seguidilla de telegramas salió de la estación dirigida a La Moneda. Firmaba Alcérreca, quien se encontraba a varios kilómetros de allí.

Del Canto no se movió de la oficina en espera de que llegara la respuesta de Balmaceda. El tren en que se había regresado a Santiago podía estar en cualquier parte de la línea. Ya era de noche cuando el aparato comenzó a pulsar.

··__·_···__·_¯¯__

Repliéguese para defender Valparaíso. Barbosa concentrando fuerzas en alto del Puerto. Balmaceda.

Del Canto experimentó una sensación como si en aquel momento pudiera tocar la mano de Balmaceda. Lo imaginó del otro lado de la línea, a cien kilómetros de distancia, llegando recién a La Moneda agotado por el viaje, su esposa recriminándolo por haberla dejado sola.

La jugarreta con el telégrafo le había permitido, sin embargo, saber de primera mano la disposición del ejército gubernamental. ¿Cuál era la llave para entrar a Valparaíso? Ahí estarían las fuerzas de Balmaceda, y ahí había que destruirlas.

***

De no haber contado con esta información, Del Canto hubiera llegado a la reunión de estado mayor sin nada que ofrecer. Reunidos en la casa de un vecino ilustre de Quilpué, lo esperaban nada menos que con un golpe de estado.

—Coronel, tengo en mis manos una esquela firmada por el capitán Jorge Montt —dijo Joaquín Walker Martínez.

Del Canto le dedicó una mirada cautelosa.

—No me diga —dijo en un tono ligeramente despectivo—. ¿Y qué dice el augusto marino?

—Dice textualmente: *"Dígale a Del Canto que ataque, que no deje enemigo atrás"*.

Del Canto se echó a reír.

—El capitán Jorge Montt sabe tanto de estrategia militar como yo de maniobras navales. Atacar por el estero Marga Marga es una completa insensatez. Eso ya lo discutimos.

—Firma también don Eulogio Altamirano, diputado y miembro de la junta de gobierno —insistió Walker Martínez.

Del Canto los observó a todos. Walker Martínez había prometido puentes cortados y una sublevación en Santiago; Jorge Montt, destruir las baterías de tierra de Valparaíso. El alemanote obsesionado con las estadísticas y los saludos ridículos no entendía nada de estrategia, y todos insistían en un ataque que llevaría al ejército a la perdición.

—Dime, negro, ¿por qué te obstinas tanto? —preguntó en tono familiar el coronel Holley—. Tenemos que atacar en Viña del Mar.

—Es absurdo y no se hará.

—¿Y si te lo ordena la junta?

—Si me lo ordena la junta, pongo mi cargo a disposición, me saco este uniforme y me sumo a las tropas como un soldado raso. Seré chico y viejo, pero todavía puedo empuñar un fusil.

Del Canto dio un puñetazo en la mesa y los miró a todos, desafiante.

—Señores, ustedes tienen la palabra.

Nadie dijo nada.

—Coronel Vergara, por favor, traiga el mapa.

Del Canto recorrió con un gesto el estero, desde El Salto hasta las alturas del cerro del Castillo.

—Viña del Mar es inexpugnable por tierra y por mar. La escuadra nada puede hacer contra las baterías. Pero la llave para entrar a Valparaíso está aquí.

Golpeó el mapa con los dedos, señalando un punto concreto.

—Placilla. Un cerro ubicado al costado del Camino Real. Barbosa está reuniendo tropas allí.

Con un gesto triunfal, Del Canto sacó el telegrama de Balmaceda de un bolsillo de su chaqueta y lo dejó caer sobre el mapa. Holley se abalanzó sobre él como si le hubiesen puesto delante un plato de pernil de cerdo con papas. Joaquín Walker Martínez se acercó para leerlo y Körner se quedó cruzado de brazos con expresión de perro.

—Señores, ¿algún comentario?

Los hechos caían por su propio peso. Afuera seguía lloviendo.

Santiago
Lunes, 6.00 PM

Los diputados Lazcano y Frías miraron por la ventana la lluvia que comenzaba a caer. Ninguno de los dos dijo nada hasta que Lazcano preguntó, como quien se debate entre un menú u otro para la cena:

—¿Qué vamos a contar?

Frías respondió con más convicción de la que realmente sentía:

—Que los revolucionarios quisieron tomarse Viña del Mar, pero fueron repelidos. Que las tropas de la legalidad han armado una línea inexpugnable en los cerros y que el gobierno está más firme que nunca en su propósito de pacificar el país.

A ninguno de los dos le constaba que eso había ocurrido, aunque les pareció verosímil. El gobierno pendía de un hilo, pero no estaban dispuestos a admitirlo ni siquiera a sí mismos.

***

En la estación Alameda no había pasajeros ni vendedores. En vez de la bullanga habitual que hacía de la estación uno de los lugares más animados de la ciudad, solo se escuchaba el murmullo doliente de los heridos llegados del frente y el incesante ir y venir del personal médico que los atendía. Los andenes estaban repletos de soldados y oficiales que deliraban de fiebre o pedían agua a gritos.

Balmaceda se puso el sombrero y el abrigo y bajó junto con los diputados y los oficiales de la escolta. Pasó impertérrito delante de las mismas escenas que lo habían acompañado en todas las etapas de su viaje, saludando con ligeros movimientos de cabeza a quienes lo reconocían.

Subió al carruaje que lo esperaba a la salida y observó, con inquietud, a los pocos transeúntes que veían la escena desde la vereda opuesta de la Alameda.

Nadie decía nada. Balmaceda no oyó ni las silbatinas ni los vivas del pasado. Los caballos partieron al trote hacia La Moneda.

***

El alférez Emilio Rodríguez Mendoza avanzó por la estación, estremecido y sin palabras. Reconoció algunos de los rostros con los que se había cruzado en Quilpué.

Durante el trayecto ninguno de sus camaradas dijo nada. Había sido un viaje peligroso e inútil, y al traspasar el portón del palacio presidencial, el alférez se atrevió a decir lo que todos pensaban:

—De aquí salimos con los pies por delante.

Viña del Mar
Martes, 10.00 PM

Durante los años posteriores a la guerra, todos quienes la vivieron terminarían olvidando aquellos días de lluvia e incertidumbre. Fue como un vacío, horas muertas entre una batalla y otra.

Barbosa, Alcérreca y el ministro Bañados recorrieron los distintos caminos mojándose de pies a cabeza como el resto de la tropa. El teniente Hermosilla había conseguido en Viña del Mar un caballo y los seguía a corta distancia, aportando sus conocimientos de la zona.

Se detenían en casonas de campo donde solo quedaba la servidumbre. Allí descansaban y resolvían el acertijo estratégico y militar que les planteaba la campaña. Barbosa era de la opinión que del Canto marcharía hacia Santiago y Alcérreca pensaba que su objetivo sería Valparaíso.

Así fue durante tres días con sus noches. Datos confusos y avistamientos puntuales no permitían tomar una decisión.

En estas pausas, mientras los dos generales discutían indicando distintos puntos del mapa, Carlos Hermosilla veía la lluvia a través de las ventanas y pensaba en la doctora.

—Tenemos que ocupar Placilla —insistió Alcérreca una vez más—. Es la llave para entrar a Valparaíso.

—A mí lo que me importa es pelear —dijo el general—. Y darles a esos tales por cuales una lección de una vez por todas.

***

—Alguien la busca —dijo la mujer del ferrocarrilero con una sonrisa.

Alicia MacAllister se incorporó y vio aparecer a Rosa en el umbral de la puerta. La cantora no pudo disimular su expresión de horror.

—Estoy bien —dijo la doctora—. Pero no me atrevo a moverme.

Tenía un corte profundo y no del todo cicatrizado que le atravesaba la parte superior de la cara, como si la hubiesen sableado. Rosa la abrazó y le preguntó por el teniente.

—Me sacó del tren y me trajo hasta acá —dijo la doctora con una voz apagada

y sin emociones—. Los revolucionarios nos pisaban los talones...

—¿Pero dónde está?

—Se fue ayer y no ha vuelto.

—Así es con los militares —la tranquilizó Rosa tomando el control de la situación—. Apenas se sienta mejor, usted se va conmigo a Valparaíso. Ahí estaremos seguras.

La doctora miraba el vacío como si intentara encontrarle un sentido a lo que Rosa acababa de decirle.

—¿Qué le hace pensar eso?

—No soy solo una cantora —dijo Rosa—. Trabajo para un par de señores muy poderosos. Ahora descanse.

Santiago
Miércoles, 10.00 PM

Enclaustrado en La Moneda y sin contacto directo con Valparaíso, Balmaceda se dedicó aquellos días muertos a escribir, leer y recordar. Redactó muchas cartas y una editorial conciliadora y de espíritu republicano que publicó en el diario *La Nación*. Pero fue demasiado tarde.

Nada detenía al tren.

Esos días recuperó algo de su antigua rutina familiar. Pasaba por las noches a despedirse de sus hijos. A cada uno lo escuchaba brevemente y le daba un beso en la frente. Ya no se saltaba los almuerzos, y hasta se mostró locuaz y ameno contando anécdotas sobre su infancia en el campo

El miércoles, cuando solo se sabía que los ejércitos estaban enfrascados en complejas maniobras en los caminos que rodeaban Valparaíso, el tema de la sobremesa fue el *santo de la mamá*.

—¿Ya tiene la lista de invitados? —preguntó Balmaceda.

—Este año quisiera hacer algo más íntimo —respondió Emilia—. Los tiempos no están para celebraciones.

—Tiene toda la razón —dijo Balmaceda—. Yo también prefiero algo discreto.

***

El tiempo que habitualmente dedicaba a firmar leyes y decretos, resolver nombramientos y cuestiones administrativas, ahora lo tenía libre para hurgar en sus papeles, las cartas de elogio y amistad que había recibido de los mismos políticos que se habían vuelto sus más tenaces enemigos, los pésames enviados por jefes de estado con motivo de la muerte de Pedro. Los leyó una por una, reviviendo las sensaciones de aquellos meses negros cuando todo comenzó a hundirse. De pronto se encontró con una carta que en su momento pasó por alto. Había sido despachada desde San Salvador, en Centroamérica.

Se ha perdido el mundo literario un gran artista, y la humanidad un corazón dulce y bueno. Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto y por el arte, cómo aspirábamos a lograr juntos la gloria.

La carta estaba fechada el 11 de diciembre de 1889, seis meses después de la

muerte de Pedro. En ella Rubén Darío afirmaba haber escrito un libro en su memoria que se estaba imprimiendo y que pronto enviaría a Santiago.

En esos meses Balmaceda concentró toda su energía vital en salir del luto y volver a gobernar. La crisis política entonces había comenzado, los ministerios caían, los grupos del congreso se aliaban para obstruir la labor del gobierno, y Balmaceda no recordaba si el libro de Darío llegó o no.

Esa misma tarde comenzó a buscarlo en su biblioteca. Removió almanaques, memorias de los ministerios, libros de filosofía, derecho y agricultura. Recordó cómo la muerte de Pedro había marcado su mandato como ningún otro hecho. El hijo débil, el hijo talentoso, el hijo que buscaba cosas bellas como otros corrían detrás de mujeres, negocios y cargos públicos, había partido cuando Balmaceda más lo necesitaba.

Sus colaboradores cercanos comenzaron a preocuparse. Carlos Eguiluz le traía los telegramas de Limache, el último puesto telegráfico que seguía operando antes de Viña del Mar. Balmaceda se limitaba decirle:

—Déjelo ahí encima, don Carlos.

—¿Busca algo, excelencia? —le preguntó el secretario.

Con los dedos llenos de polvo y la frente mojada, Balmaceda lo miró pidiendo auxilio.

—Busco un libro.

Carlos Eguiluz se sumó a la búsqueda hasta que lo encontró en lo alto de un anaquel. Tenía las páginas aún sin cortar. Balmaceda sintió que las cosas volvían a tener coherencia.

Leyó *Azul* con atención hasta la última frase. Vislumbró un mundo desconocido, hecho de frases contundentes e imágenes misteriosas, afectos que Balmaceda jamás sospechó que existían entre hombres.

Señor, no he comido, dijo el poeta. Habla y comerás, dijo el rey. Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán; he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol.

¿Dónde estaría Rubén Darío en ese momento? ¿Habría regresado a su patria? Intuyó que su partida había tenido que ver, en no poca medida, con la melancolía que comenzó a experimentar Pedro antes de su muerte.

Aquella literatura tan poética le pareció un mundo de fantasmas y máscaras, algo que no era la vida pero buscaba sustituirla.

Tal vez él había cometido el mismo error como presidente, porfiando por un país que no era real. Aunque el odio que había cosechado sí lo era. Odio hacia su persona y su apellido. Sed de venganza, hambre de matar. Por suerte Pedro no estaba con él para sufrirlo.

Pedro, Pedrito, fue ese día de fines de junio al Campo de Marte a contemplar las maniobras militares. Tanto que admiraba los uniformes y los caballos. De tan abstraído en su mundo de imágenes bellas, tan triste por la partida del poeta centroamericano, que no reparó en el camino que seguían sus pasos. Cuando se dio cuenta, los caballos corrían a todo galope haciendo retumbar la tierra con sus cascos. El corazón frágil de Pedro se aceleró. Su cuerpo alcanzó a esquivar por poco la embestida y desfalleció asfixiado por el miedo.

Tres días agonizó Pedro acompañado por sus padres y hermanos. Su voz se extinguió dejando en Balmaceda un vacío que nada en el mundo podía llenar.

Valparaíso
Jueves, 11.00 AM

Perdido el contacto con las tropas en tierra, la escuadra quedó a la deriva durante varios días y navegó entre San Antonio y Quinteros en busca de información.

El capitán Jorge Montt se paseaba intranquilo por el puente. Lo último que Ismael Valdés Vergara había podido informarle era que las tropas se habían dirigido hacia Quilpué y que los comandantes del Canto y Körner todavía no acordaban por dónde atacar Valparaíso.

—Si hubiéramos desembarcado en Laguna Verde esto ya se habría resuelto —refunfuñaba Montt, sin mencionar por su nombre a del Canto y los jefes militares.

Jorge Montt desconfiaba de sus propios artilleros, temía un ataque de las torpederas balmacedistas y estaba preocupado por el agotamiento de las reservas de carbón. En ese momento no sabía muy bien cómo tener algún protagonismo en la campaña.

Peor se sentían el sargento de cañones Melchor Martínez y el cabo Zenón González. Sin nada qué hacer, deambulaban por la cubierta viendo pasar las gaviotas.

—Cuando esto termine voy a colgar el uniforme —dijo Melchor.

—¿Usted cree que va a ser así de simple? —preguntó González—. Cuando los libertadores entren a Valparaíso no va a dejar títere con cabeza, y a nosotros nos va a tocar el trabajo sucio. ¿Está dispuesto a fusilar, sargento?

Antes Melchor le hubiera dado al cabo Zenón González una palmada en la nuca, pero ahora lo dejaba hablar. Comenzaba a encontrarle razón en algunas cosas.

—Siempre estarán los de arriba y los de abajo, y a los de abajo nos tocará matarnos entre nosotros. En todos los países ahora hay huelgas y sindicatos porque el trabajo que uno hace vale más de lo que se le paga, pero los de arriba se quedan con el resto. Así de simple es.

El cabo Zenón González sabía leer, como su Rosa. Por eso habían aprendido tantas cosas. Él no; él solo sabía disparar cañones. Pero también tenía fuerza y cabeza para hacer cálculos. Desde chico le gustaba jugar con sus dedos, contarlos de atrás para adelante, juntarlos y hacer figuras.

—No va a ser para siempre —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó el cabo González.

—Esto que usted dice. La guerra es a ratos no más. Consume mucho carbón. Y yo, con dos guerras estoy listo.

Las Palmas
Jueves, 10.00 PM

La lluvia llenó los caminos de lodo. Los soldados marchaban hundiendo sus botas en charcas, con la ropa empapada y con la frente gacha.

Ambos ejércitos avanzaban describiendo un arco de varios kilómetros, en paralelo y en pos del mismo objetivo: una meseta por donde se cruzaban todos los caminos desde y hacia Valparaíso. Estaban tan cerca uno del otro que las avanzadas podían verse a través de los bosques y olerse como predadores tras la misma presa.

La noche del miércoles comenzaron a producirse las primeras capturas y deserciones en el ejército balmacedista. El escuadrón de húsares de Collipulli se rindió sin disparar un tiro y su comandante, el mayor Tulio Padilla, negoció su incorporación al ejército rebelde. Lo mismo hizo una patrulla del regimiento Cazadores. Para regocijo de la hambrienta tropa, en una hacienda ubicada en el camino de Las Palmas encontraron diez cabezas de ganado que rápidamente fueron faenadas.

El soldado Saturnino Mamani Sullca probó carne por primera vez en varios días. La grasa le chorreaba por la boca y le impregnaba los dedos. Pero sabía que aquella felicidad iba a durar poco. Tras un descanso de dos horas, los oficiales del batallón Tarapacá montaron sus caballos y ordenaron a los soldados ponerse de pie.

El ejército rebelde volvió a ponerse en marcha, dejando por toda huella un montón de huesos de vacuno.

***

Las tropas del general Barbosa, para alivio del ministro Bañados y del estado mayor balmacedista, lograron llegar a Placilla antes que los rebeldes.

Taciturnos, mojados y murmurando para sí *newenche*, *newenche*, los soldados del batallón Angol tomaron posiciones en uno de los cerros y pudieron por fin descansar.

Barbosa se sentía exhausto y dichoso por haber alcanzado el objetivo. Descendió del caballo y contempló el paisaje que tenía delante: un valle surcado de riachuelos y lomas; un villorrio de casas bajas y de aspecto pobretón. El cielo comenzaba a despejarse.

—De aquí no nos sacan ni a empujones —comentó.

El coronel Ruiz y el teniente Carlos Hermosilla observaban el valle intentando convencerse.

***

Las tropas rebeldes llegaron a la hacienda Las Cadenas de madrugada y Del Canto estableció allí su cuartel general, a unos ocho kilómetros de donde se encontraban las fuerzas balmacedistas. A esas alturas no se hablaban con Körner más de lo estrictamente necesario. Después de enviar partidas de reconocimiento para identificar las posiciones enemigas, se limitaron a acordar un plan de batalla parecido al de Concón: un ataque con dos brigadas, dejando a la tercera de reserva.

—Vamos a guardar a esos preciosos jinetes de Collipulli para cuando hagan falta —dijo Del Canto—. Serán el puñal que le clavaremos en la espalda a la bestia.

Esa noche Del Canto soñó con su entrada triunfal en Valparaíso. Se imaginó las muestras de cariño de la población, las banderas y los vítores, la bienvenida de las delegaciones extranjeras y las medidas de excepción que debería tomar para culminar la tarea emprendida. Todo aquello estaba al alcance de la mano, del otro lado de las colinas de Placilla.

Placilla
Viernes, 7.30 AM

El viejo camino real entre Valparaíso y Casablanca serpenteaba entre unas lomas suaves, cubiertas por arbustos y una neblina que comenzaba a despejarse. Los rayos del sol matutino se colaban entre motas lechosas y dibujaban los contornos de uniformes, fusiles y cañones. Los caballos echaban vapor por las crines, los soldados se frotaban las manos. Los ejércitos estaban frente a frente y solo se oía el sonido de los grillos.

Barbosa había dispuesto sus divisiones en una línea de dos kilómetros, cortada en la mitad por la garganta del camino. Esa mañana el viejo general se sentía renovado. Ya no le picaban los brazos ni sentía ganas de orinar. El ministro Bañados estaba a su lado, junto con el teniente Hermosilla. Ambos observaban el valle sin detectar aún dónde se encontraban los rebeldes.

—No creo que vengan —dijo Barbosa.

—Están ahí —dijo Alcérreca.

—Bueno, hay que salir de la duda. Coronel Flores —Barbosa miró a su jefe de artillería—. Apunte sus cañones contra esos cerros.

Flores hizo los cálculos y determinó la elevación; los artilleros comenzaron a colocar las cargas. Al primer disparo los pájaros echaron volar. Al cabo de algunos segundos, el teniente Hermosilla vio que de uno de los cerros se elevaba una columna de tierra.

Vinieron tres más. Entonces el teniente vio con asombro cómo las lomas se cubrían de nubecillas blancas, atravesadas por breves lenguas de fuego.

***

Durante la Guerra del Pacífico las tropas chilenas marcharon siempre a la batalla en formación cerrada. Los hombres avanzaban en filas compactas, cargaban, iban cayendo. Era un regalo para los malos tiradores. Al final llegaban a las posiciones enemigas dos de cada tres soldados. El resto quedaba tirado, desangrándose.

Pero Del Canto había introducido una innovación.

Hizo avanzar a sus tropas en formación abierta, por los bordes del camino, escondidas entre los arbustos y con órdenes terminantes de no disparar un solo tiro

hasta no estar a menos de cuatrocientos metros del enemigo.

Las dos columnas avanzaron a una distancia de unos quinientos metros una de la otra. La primera se lanzó contra la cuesta ubicada a la izquierda del camino. La segunda, por la derecha.

A las ocho de la mañana sonaron los primeros tiros de Mannlincher. Por segunda vez en menos de una semana, un río de uniformes blancos intentaba tomar un cerro defendido por otro de uniformes azules.

Barbosa vio cómo las primeras filas de soldados rebeldes caían abatidos por una lluvia de balas. La artillería se había dividido en tres secciones: una disparaba a la retaguardia y las otras dos, directo a la masa de uniformes blancos.

***

—¿Qué fue eso? —preguntó el telegrafista Fernández.

Estaba con el sargento Athos en la estación de Limache.

—Lo que tenía que pasar, señor Fernández. El destino de una nación.

El telégrafo de Limache se transformó en el nodo de comunicaciones entre La Moneda y su ejército. El primer telegrama salió a las ocho de la mañana anunciando *vivo cañoneo en dirección de Placilla*. Media hora después Athos dictó otro para precisar que el fuego de los cañones se sostenía *con viveza*.

—El presidente debe estar durmiendo —dijo el telegrafista dejando descansar su mano.

La Moneda respondió a las nueve con veinte minutos, por lo que su comentario debía ser cierto:

> DÍGAME SI CONTINÚA FUEGO DE ARTILLERÍA. ES IMPORTANTE SABER SI HOY ES COMBATE. BALMACEDA.

Dos jinetes fueron enviados hacia Placilla con la orden de reportarse al cabo de una hora.

—Bueno, señor Fernández, ha llegado la hora de la verdad. ¿Cara o sello?

—Salga lo que salga, estamos jodidos —dijo el telegrafista.

Placilla
Viernes, 9.00 AM

Los rebeldes intentaron cuatro veces tomar el cerro de la derecha y las cuatro fracasaron. Del Canto comprendió que debía enviar sus reservas.

—Señor, el coronel Körner las empezó a movilizar hace media hora —dijo el coronel Frías.

Del Canto sintió que la cólera le subía hasta las puntas del bigote.

—¿Me está hablando en serio?

—El mismo coronel se puso a la cabeza de las tropas…

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho ese alemanote? ¡Eso es insubordinación!

Del Canto tomó los prismáticos y recorrió el frente de ataque hasta verlo con sus propios ojos. Con su sable apuntando hacia las posiciones enemigas. Cual paladín de alguna opereta bávara, Körner animaba a las tropas a asaltar el cerro de la izquierda.

—Esto no va a quedar así —masculló—. Coronel Frías, que la caballería vaya directo hacia el centro de la posición enemiga. ¡Ahora!

No iba a dejar que el Coronel Longaniza se quedara con la victoria. Frías dio la orden y trescientos jinetes, algunos con carabinas y sables, otros con lanzas, partieron al trote. Los caballos comenzaron a galopar y Del Canto pudo ver la nube de polvo que dejaban a su paso.

***

El soldado Saturnino Mamani Sullca agradeció a la Virgen de Pozo Almonte no tener que ir en la primera fuerza de asalto. Ya no le quedaban hojas de coca para subir el cerro, se le habían acabado durante la marcha desde Quilpué.

Lo que más quería en ese momento el soldado Mamani era que la batalla terminara pronto y poder conocer Valparaíso; le habían dicho que era como Iquique pero más grande, con muchos edificios y casas bonitas. Le habían dicho que los ejércitos vencedores podían hacer lo que quisieran, como llevarse cosas de las casas. Así había sido en el Perú y en las otras guerras, y el soldado Mamani quería llevarle algo bonito a su madre.

Pero el coronel extranjero apareció de repente, con el sable desenvainado y los

ojos inyectados en sangre, cortando sus ensoñaciones. Había que ponerse en marcha, avanzar de nuevo contra un cerro donde todos disparaban. El soldado Mamani se echó a correr al trote. Un proyectil de cañón cayó cerca y pudo sentir un fuerte olor a azufre y tierra húmeda.

Había que seguir corriendo. Al que se detenía los oficiales le gritaban. Mamani estaba a unos mil metros de donde los soldados blancos se disparaban con los azules, cuando sintió que el piso entero se movía. Había oído hablar del gran terremoto de Arica, y pensó que era eso lo que percibían sus pies. Entonces vio pasar el tropel de caballos montados por jinetes que gritaban como demonios. Los cascos levantaban tierra y le remecían el pecho por dentro. Algunos jinetes eran alcanzados por la metralla; los caballos caían retorciéndose patas para arriba.

Mamani se agachó detrás de un arbusto, para que no lo vieran ni los enemigos ni sus propios oficiales, tan buenos para mandar a otros a morir.

***

El soldado Ramiro Neculñir quedó asignado al ala derecha de la línea, frente a la Loma de los Apestados. Desde aquel lado los soldados del batallón Angol vieron el ataque de la caballería rebelde.

Neculñir mascullaba *newenche*, *newenche*, viendo a los jinetes subiendo por la loma.

Un oficial ordenó hacer fuego y los soldados del batallón Angol comenzaron a disparar. El soldado Ramiro Neculñir recargó siete veces su fusil Comblain, con una puntería tan deplorable que no fue capaz de abatir a un solo jinete. Estaban cada vez más cerca y Neculñir podía hasta distinguir sus caras desfiguradas, los ojos rojos. Con horror vio a un jinete atravesar a un soldado con una lanza.

¿Qué demonios hacía en esa guerra de winkas?

El soldado Neculñir soltó su fusil. Quilodrán, Pichulmán y Pichún hicieron lo mismo. La línea balmacedista comenzó a desmoronarse.

Placilla
Viernes, 10.00 AM

El teniente Carlos Hermosilla estuvo gran parte de la batalla cerca de la artillería. Desde allí vio a los generales Barbosa y Alcérreca recorriendo la línea y arengando a las tropas.

Vio también los primeros batallones de la división Concepción que retrocedían ante la embestida de la caballería rebelde. Por decenas, los soldados abandonaban sus fusiles y los jinetes daban media vuelta.

—¡Vuelvan, vuelvan, hijos de puta! —gritaba Barbosa.

No podía dar crédito a sus ojos. Una masa de jinetes, los mismos que viera hacía pocos días avanzando con el ejército balmacedista, pero con un brazalete rojo en el brazo, galopaban de manera furiosa, apuntando sables, carabinas y lanzas contra sus propios compañeros.

El coronel Flores hizo un intento desesperado de cargar los cañones y repeler el ataque; solo alcanzaron a disparar tres. Uno de ellos partió por la mitad a un caballo e hizo volar al jinete. Las vísceras del animal quedaron repartidas en un radio de varios metros, pero ni siquiera esto logró detener la brutal carga.

El ministro Bañados tomó las riendas de su caballo y lo hizo dar media vuelta hacia el camino que conducía a Valparaíso. El teniente Hermosilla sacó su revólver y su sable. Se instaló junto a la hilera de cañones y esperó la embestida de los jinetes con los puños apretados. Pensaba en la doctora.

***

Alcérreca reunió a un piquete de carabineros y contraatacó a la caballería rebelde, que en esos momentos sableaba y repasada a los artilleros. Reventó narices y mandíbulas, cercenó brazos y gargantas. Barbosa y algunos oficiales habían logrado detener parte de la retirada y armar otro contraataque desde el cerro. Por momentos pareció que la batalla se inclinaba hacia los balmacedistas.

Pero los batallones de la tercera brigada rebelde llegaban en esos momentos y comenzaron a usar sus temibles Mannlincher a corta distancia. Alcérreca vio la nuca de un carabinero volar en pedazos. Varios más cayeron y sus caballos desorientados dejaron de correr. La infantería y la caballería rebeldes habían formado una cuña que estaba copando el camino y subiendo hacia el cerro. Aislado de sus tropas y

rodeado de soldados enemigos que lo apuntaban con sus fusiles, Alcérreca no tuvo más opción que huir. Jinete eximio, con una mano sostenía las riendas del caballo y con la otra se volvía para disparar. Logró tumbar a un perseguidor, luego a otro. Las balas pasaban zumbando como cuchillos que raspaban un plato.

Los tenía a treinta metros cuando sintió que su quepís volaba. El caballo dio un respingo y Alcérreca, comprendiendo que le habían acertado, saltó para no caer aplastado debajo del animal.

Estaba en medio del villorrio, el caballo retorciéndose. Corrió disparando sus últimos cartuchos, pateó la puerta de una casa y entró. Se encontró en un patio interior, abrió otra puerta y se refugió en un cuarto lleno de muebles viejos. Recién entonces notó que sangraba.

Oyó los pasos, los gritos, observó la pistola sin balas y, al darse vuelta, recibió un balazo en el hombro, otro en el estómago y dos más en el pecho antes del definitivo en la cabeza. Luego se desmoronó contra el suelo.

***

El soldado Mamani no tuvo una mañana inspirada como tirador. Acertó a dos soldados azules que retrocedían por el cerro, y eso fue todo.

La batalla se estaba ganando y los disparos menguaban. Algunos soldados azules todavía resistían, y Mamani vio pasar a caballo al más viejo de todos, probablemente un general por su barba blanca que se partía en dos con el viento. Cinco lanceros a caballo lo perseguían a cincuenta metros.

El soldado Mamani sintió una patada en el trasero y oyó el vozarrón de un oficial:

—¡Sígalo, por la reputa que lo parió!

Mamani echó a correr detrás del viejo general, junto a una docena de soldados rebeldes y los cinco lanceros.

***

Barbosa entró galopando al villorrio, observó las casas, detectó una puerta entreabierta y se bajó del caballo. Jadeaba y tenía la frente empapada de sudor. Empujó la puerta y vio a un hombre pegado a la pared que lo miraba con un sombrero de paja entre las manos.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Barbosa.

—Secundino Soto, patrón.

—Don Secundino, necesito un cuarto sin ventanas.

—Venga por acá, patrón.

Lo creían viejo, los conchasdesumadre. Se reían a sus espaldas, ahora verían. Todavía tenía su sable y seis balas en el revólver.

—Vengan, perros… Uno a uno me los voy a cargar —dijo Barbosa en voz alta volcando una mesa para usar de barricada.

***

Los lanceros y los soldados de infantería iban casa por casa asomándose, apuntando hacia el interior. El soldado Saturnino Mamani Sullca vio un hombre tendido en el suelo. Tenía uniforme azul y el cuerpo había dejado un estela de sangre al ser arrastrado desde dentro de una casa.

—¡Es Alcérreca! —gritó un soldado.

Se oyó un balazo. Los lanceros entraban a otra casa. Se oyeron más disparos y un oficial rebelde ordenando atacar.

El soldado Mamani los siguió. Adentro vio a un hombre acurrucado en un rincón y a dos lanceros en el suelo, heridos delante de una puerta entreabierta.

—¡Dispárele! —ordenaba el oficial.

El soldado Saturnino Mamani Sullca no alcanzó a pensar en su mamita que lo esperaba en Pozo Almonte. Se asomó al a la puerta y apuntó el fusil, pero solo alcanzó a ver el fogonazo. La bala le impactó en la frente, entre los ojos; atravesó el cráneo horizontalmente y salió por la nuca, limpia, tumbándolo sobre el suelo de tierra de la casucha.

Placilla
Viernes, 10.30 AM

La carnicería prosiguió durante media hora. Los soldados de blanco disparaban sin piedad a los azules que huían hacia Valparaíso dándoles la espalda.

El coronel Salvador Vergara llegó a la meseta del cerro y detuvo su caballo. Lo que había sido la línea balmacedista era un caos de cuerpos de hombres y animales baleados, acuchillados, atravesados por lanzas, rematados a sablazos. Él, hijo de José Francisco Vergara, rival de Balmaceda en las elecciones presidenciales de 1886, hijo de la heredera de todas las tierras de Viña del Mar, nunca volvería a ver tanta sangre en su vida. Tendría pesadillas con aquella sangre, ataques nocturnos que lo llevarían a buscar tratamiento médico en Alemania.

En ese momento Barbosa seguía resistiendo en la casa de Secundino Soto. Pero después de acabar con el soldado Mamani se quedó sin balas.

—¡Vengan a comerme, perros! —bramó—. ¿Cuántos perros hacen falta para cazar a un general chileno?

Más soldados entraron, varios al mismo tiempo, disparando, gritando, hundiendo sus bayonetas y lanzas en el cuerpo del general Orozimbo Barbosa, hasta que uno se acercó, le metió el cañón de su revólver en la boca y jaló el gatillo.

La batalla de Placilla había terminado.

El parte oficial contabilizó 1.426 muertos y 3.546 heridos. Más que Concón. Más que cualquier batalla de la Guerra del Pacífico.

***

A las 10.30 Limache informó a Balmaceda: *Parece que los fuegos han cesado. Solo se oye uno que otro disparo.* La Moneda envió un telegrama en el que Balmaceda mostraba su desesperación: *¿Siguen paralizados los fuegos? No descuide noticias. La batalla no puede haber terminado tan pronto. Apure informantes. Debió hacerlo desde la primera hora.*

Solo los operadores que transmitían sus mensajes lo vieron en aquel estado. Del otro lado de la puerta, el alférez Emilio Rodríguez Mendoza se comía las uñas. Estaba de guardia en el telégrafo, y por la expresión con que vio entrar a Balmaceda en la oficina, supo que no estaba pasando nada bueno.

El Final
28 y 29 de agosto de 1891

Santiago
Viernes, 11.30 AM

Durante más de un cuarto de siglo Emilia de Toro acompañó a Balmaceda en todas las actividades que él emprendió. La habían educado para eso: para criar, sostener el hogar, mandar a la servidumbre y darle a su marido un apoyo incondicional. Como cuando se arruinó con la aventura de canalizar el río Maipo, o cuando debieron trasladarse con sus hijos a Buenos Aires durante la Guerra del Pacífico.

Durante aquellos largos años aprendió a leer las parcas señales que enviaba Balmaceda cuando lo acometía la angustia, tan distintas a cuando se encontraba en alguna fase expansiva, hablando ante un auditorio embelesado con sus palabras.

Ese día desde temprano Emilia de Toro notó que su marido estaba recibiendo noticias graves. Pasó toda la mañana en el telégrafo y durante el almuerzo solo habló un par de veces para preguntar cómo iban los preparativos para la celebración del onomástico de Emilia.

Como era habitual, los hijos menores, Enrique y Emilia, se pelearon por nimiedades, pero Balmaceda no los llamó al orden. Se limitó a alabar la sopa de buey y comentar que por fin había parado de llover y estaba despejado.

Durante el resto de la jornada Emilia de Toro se dedicó a ultimar los detalles para la cena con sus dos hijas mayores, Elisa y Julia.

Mientras elegía la cuchillería y la loza, la asaltó un pensamiento abrumador. Todo el año Emilia de Toro había contado los meses, las semanas y los días que faltaban para salir de La Moneda y regresar a su hogar. Quedaban tan solo veinte días, y sin embargo…

—¿Por qué llora, mamá? —preguntó Elisa.

—Nada, mijita. Nada.

—No se ponga como mi papá, que no dice nada —insistió Elisa.

Emilia de Toro contempló a su hija. No tenía las facciones de Balmaceda, sino las de misiá Encarnación.

—Mijita, le tengo que pedir algo.

—Dígame.

—Prepare una maleta con sus cosas y téngala a mano. Que sus hermanos hagan lo mismo.

—¿Nos vamos de viaje?

Emilia de Toro miró los cortinajes del comedor y la gran mesa con las sillas que

esa noche ocuparían los pocos cercanos que le quedaban a su marido.

—Quizás —dijo.

Valparaíso
Viernes, 12.00 PM

El ministro Bañados avanzó a todo galope por las calles de Valparaíso sorteando carros, coches, burros con cestos de frutas. Había gente asomada en las ventanas y las campanas de las iglesias y de los cuarteles de bomberos repicaban anunciando la caída del gobierno.

Atravesó la Gran Avenida, bordeó la calle de la Victoria y llegó al edificio de la intendencia. Se bajó de su caballo y corrió escaleras arriba, sacudiéndose el polvo de la chaqueta. Viel ya había comenzado a destruir papeles y guardar la correspondencia en un lugar seguro.

Políticos balmacedistas y el hermano del presidente, Daniel, aguardaban con impaciencia en un salón contiguo. Bañados les contó lo sucedido.

Poco después Viel recibió a un emisario de del Canto. Su carta exigía la entrega incondicional de ciudad.

—Trate de ganar tiempo —le dijo Julio Bañados.

Lo que no sabían Viel ni el ministro Bañados era que en esos momentos el mando único del ejército rebelde había dejado de existir. Körner ya no obedecía a del Canto y entró en la ciudad con sus tropas de la tercera brigada sin esperar las negociaciones. Ya había gente vitoreando a los vencedores, como siempre sucede en las guerras civiles, y Körner saludaba con su gorra.

Para entonces habían comenzado a descender los *marines* de los cruceros San Francisco y Baltimore. Comandados por el capitán Andrew Thompson, se desplegaron en formación por el muelle y se distribuyeron por los almacenes donde los comerciantes estadounidenses guardaban sus mercaderías.

Tratando de mantener la dignidad, el ministro Bañados y los diputados balmacedistas atravesaron la plaza frente al monumento a Prat y los héroes de Iquique, y se dirigieron hacia el muelle. Las tropas de Körner estaban a menos de quinientos metros, pero no hicieron amago de detenerlos. Entre medio estaban los marines.

—Adiós, hasta nuevo aviso —le dijo Bañados a Viel.

Se dividieron en dos lanchas y se despidieron. El ahora exministro Bañados observó el muelle que se alejaba. Una multitud comenzaba a reunirse en el muelle lanzando mueras contra Balmaceda.

***

El teniente Carlos Hermosilla corría. Cientos de hombres hacían lo mismo. Otros se escondían en las quebradas y los matorrales, asustados, agotados, heridos. Hermosilla estaba herido también. Su brazo izquierdo sangraba y parecía inerte a causa de un sablazo hasta el hueso.

A ratos paraba para tomar resuello y buscar alternativas. Descartó buscar refugio en alguna casa. Temía que los vencedores lo encontraran. Así fue como llegó hasta un promontorio y se encontró de frente con la bahía.

Los barcos de la escuadra venían entrando y disparaban salvas de artillería. Decenas de lanchas pequeñas salían de los muelles y malecones. Comprendió lo que significaba. Se sacó la chaqueta y descendió sobre el Camino Real, con cuidado para no resbalar.

Escondido detrás de un arbusto, apretándose la herida con la mano, vio el paso de los regimientos victoriosos. Estaban a menos de diez metros y podía hasta oír sus risotadas.

En medio de los uniformes embarrados y salpicados de sangre, el teniente Hermosilla distinguió un par de mulas que cargaban algo horrendo: dos cadáveres desnudos, con sus brazos y piernas colgando. Los soldados que pasaban al lado los escupían y les gritaban groserías. Él los reconoció de inmediato: eran Barbosa y Alcérreca, generales de la república.

***

Rosa y Alicia MacAllister estaban en la mansión Edwards cuando los revolucionarios entraron en la ciudad.

Las campanas de las iglesias seguían sonando. Pasaba gente con banderas y brazaletes rojos. Algunos llevaban rosas y claveles.

El corazón de las dos mujeres dio un salto cuando sonó el timbre de la mansión. Oyeron a Adalberto discutiendo con voces masculinas. Se tomaron de las manos, temiendo lo peor. Al cabo de unos minutos entró un hombre alto, rubio, de ojos claros, con un uniforme azul que ninguna de las dos conocía. Se sacó la gorra para saludarlas en inglés.

Alicia MacAllister no supo qué decirle al marine. Con estupefacción vio que Rosa respondía en un inglés chapurreado pero correcto. No tenían nada que temer, dijo el capitán Andrew Thomson. Estaban bajo la protección de los Estados Unidos de América.

Desoyendo las súplicas de Adalberto y los consejos del capitán, Rosa bajó a ver con sus propios ojos lo que ocurría.

Caminó por la avenida Blanco hasta la costanera y recorrió la bahía buscando al

Cochrane y a la escuadra. Una mujer le pasó una escarapela roja y ella se la puso para no tener problemas. Se oyeron tiros y la multitud se echó a correr. Los soldados de blanco disparaban.

Rosa alcanzó a ver un barco pequeño que se alejaba por la bahía dando cañonazos. No lo supo hasta más tarde: era la torpedera Lynch, la última unidad de la marina balmacedista que daba por concluida la guerra.

Valparaíso
Viernes, 5.00 PM

Desde que se sintieron los primeros cañonazos, el capitán Jorge Montt resistió la presión de los civiles que le suplicaban dirigirse hacia Valparaíso. Ismael Valdés Vergara no podía comprender su negativa. Se estaba viviendo el momento culminante de la campaña y la escuadra estaba mar afuera.

Pero Montt no quería exponerse a las baterías, a las torpederas y a la precipitación. Que los militares terminaran la tarea. De todas maneras él era el presidente de la junta de gobierno, y del Canto no podría hacer nada contra esto.

El coronel utilizaría este argumento en los días y semanas posteriores para desacreditar al marino y presentarse como el verdadero artífice de la victoria. *¿Y si nos hubieran derrotado?,* escribiría en sus memorias años más tarde. *Con la escuadra mar afuera, sin poder auxiliarnos, hubiésemos sido masacrados*.

A las cuatro de la tarde una lancha colmada de gente se aproximó al Cochrane. Ismael Valdés Vergara oyó las primeras versiones del combate de Placilla y lanzó su gorra al aire. Los diputados se abrazaban y los oficiales ordenaban por fin poner rumbo al puerto.

Era el fin de meses de zozobra e incertidumbre. Para el sargento de cañones Melchor Martínez y el cabo Zenón González, solo el comienzo.

—¿Qué va a hacer? —preguntó González.

—Bajar a tierra y buscar a mi negra —dijo Melchor.

El viejo sargento abandonó su puesto en la batería de estribor, el mismo que lo había cubierto de gloria en la campaña contra el Huáscar.

—¿Dónde cree que va, sargento? —preguntó el teniente Rodgers.

Melchor no respondió. Furioso, el teniente lo tomó del brazo e intentó detenerlo. Melchor, que medía casi dos metros y pesaba ciento veinte kilos, le descargó un puñetazo en la cara y lo dejó inconsciente en el suelo, con la nariz destrozada.

Los marineros observaban estupefactos. El cabo Zenón González hubiera querido gritar ahí mismo *¡Viva Balmaceda, hijos de puta!,* pero valoraba su vida. Se limitó a seguir a Melchor hacia cubierta. Valparaíso los esperaba.

Santiago, La Moneda
7.00 PM

En el telégrafo el silencio era de funeral. Antes de retirarse para la cena, Balmaceda volvió a enviar un telegrama imperativo a Limache exigiendo información del combate. La respuesta fue escueta: los observadores aún no regresaban.

El alférez Emilio Rodríguez lo vio salir con sombrero, muy abrigado, saludando con su flema habitual. Entró en la oficina y encaró al telegrafista Marcos Gómez.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Nada todavía.

El Cabezón Ortúzar lo vino a relevar de la guardia en ese momento, y el alférez Rodríguez hizo un gesto negativo. Se asomó al patio y vio la llegada de los primeros carros con los invitados a la cena de doña Emilia.

***

Esa noche había tres platos: de entrada, perdices escabechadas con espárragos. De segundo *boeuf bourguignon* y, de postre, manzanas en almíbar.

Balmaceda estaba sentado en una cabecera y Emilia en la otra. Estaban sus hijas e hijos mayores, Emilio Bello Codesido, novio de Elisa Balmaceda; el ministro Francisco Javier Concha, el alcalde Víctor Echaurren, el subsecretario Figueroa y sus esposas.

Balmaceda alzó su copa y brindó:

—Por mi amada esposa, Emilia, en el día de su nombre.

Desde el otro extremo de la mesa, Emilia de Toro sonrió con tristeza.

La conversación giró en torno al día soleado y la proximidad de las fiestas patrias. Balmaceda bromeó con la necesidad que tendría de buscarse otro empleo. Ya ni recordaba lo que era firmar una letra de cambio.

El secretario Carlos Eguiluz entró discretamente por una puerta, atravesó el salón y se acercó a Balmaceda. Le dijo algo al oído y le entregó un papel. El presidente se lo acercó, lo leyó, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

Siguió conversando de su afición por las empanadas de Bucalemu, de su preocupación por la intemperancia popular que tantas veces cobraba víctimas.

Después de algunos minutos de silencio, se acercó a Víctor Echaurren y le dijo en voz baja.

—Sígame a mi despacho.

En el mismo tono alertó al ministro Concha y al subsecretario Figueroa. Se puso de pie y anunció, con una voz de aparente normalidad:

—Señoras, señores… ruego me disculpen durante algunos minutos.

Emilia de Toro lo vio salir junto a los ministros sin decir nada.

—Papá, no lo vamos a esperar para el postre —dijo Elisa.

***

Dejó caer el telegrama sobre la mesa. Jorge Figueroa fue el primero en leerlo.

> LIMACHE. COMBATE HA TERMINADO EN DERROTA TOTAL, GENERALES BARBOSA Y ALCÉRRECA MUERTOS. TROPA DISPERSA, MATERIAL PERDIDO.

Balmaceda lanzó un largo suspiro. Nadie dijo nada.

—Podríamos traer tropas de Coquimbo —dijo al fin el ministro Concha.

—Ya no me quedan generales, estimado Francisco Javier. No, no más derramamiento de sangre. Mi gobierno ha terminado.

Balmaceda sacó un papel y cogió la pluma. Anotó algunas ideas y luego miró a sus colaboradores.

—Quisiera que fueran a buscar a don Eusebio Lillo para que venga inmediatamente a La Moneda.

Después de dar las primeras instrucciones y dejar a Figueroa a cargo de redactar el decreto de traspaso del gobierno, Balmaceda y Concha regresaron al salón a departir con los invitados.

Santiago, Plaza Yungay
Viernes, 8.00 PM

Eusebio Lillo cenaba con su compañera Mercedes Luco cuando una empleada entró al comedor con cara de susto.

—Don Eusebio, hay dos señores que quieren verlo.

—¿Quiénes son?

—El intendente Cerda y el alcalde Echaurren.

—Hágalos pasar al salón.

Eusebio Lillo no esperaba visitas esa noche. Pronto supo el motivo.

—Se acabó todo —dijo Echaurren—. El ejército ha sido derrotado.

Lillo guardó silencio.

—Les agradezco la noticia.

—Venimos de parte del presidente —dijo el intendente Cerda.

—Solicita su presencia en La Moneda.

Lillo sintió vértigo. Balmaceda, en sus últimas horas como gobernante, se acordaba de él. Le pidió al intendente y al alcalde que lo esperaran mientras iba a buscar su abrigo.

—Mijita, tranque las ventanas, junte comida, agua y velas.

—¿Adónde vas?

—A La Moneda. El presidente me llama y no sé a qué hora voy a volver. Estese tranquila.

Mercedes Luco abrazó a Lillo y corrió a su habitación para reunir sus joyas.

***

Durante el trayecto en coche hacia La Moneda, Lillo recordó la primera vez que entró a asumir sus tareas de ministro del Interior. Eran los días del entusiasmo, la luna de miel entre Balmaceda y la opinión pública. Los periódicos populares difundían décimas en su honor; los serios alababan su programa de modernización.

Cinco años habían pasado. El país era otro.

—Balmaceda lo necesita para encontrar un presidente interino —dijo el intendente Cerda.

El coche se presentó ante la guardia y entró directamente al patio. Lillo se apoyó en su bastón para descender. Lo esperaba el edecán Gómez Solar.

—¿Cómo está el presidente?

—Usted lo conoce. Tranquilo como si fuera domingo.

Pero las apariencias del hombre no engañaron al viejo poeta. Balmaceda no iba a renunciar a su personaje, pero difícilmente aguantaría la presión de los hechos.

—Lillo, amigo mío. Qué tristes circunstancias nos vuelven a unir.

—Excelencia, cuente usted con todo mi apoyo. En lo que pueda ayudar.

—Ya redacté mi renuncia. Está firmada. Ahora queda la cuestión del traspaso. No voy a esperar a que los revolucionarios me detengan y hagan escarnio de mi persona.

—Lo primero es proteger a su familia —dijo Lillo.

—Eso ya está siendo abordado —dijo Balmaceda—. Lo que le solicito en este momento es que ubique al general Manuel Baquedano y le proponga que se haga cargo del gobierno. Solo él puede asumir.

En aquel momento el secretario Carlos Eguiluz sacaba cartas y documentos de los anaqueles y los iba metiendo en cajas. Algunos se los mostraba a Balmaceda y él, con un gesto, lo autorizaba a destruirlos.

—Es muy penoso lo que ocurre, pero creo sinceramente que la historia revisará nuestras acciones con una luz distinta a la de nuestros contemporáneos.

Lillo observó al primer presidente republicano en ser derrocado por un levantamiento militar.

—Usted hizo lo que pudo. Vendrán otros gobernantes a tomar el relevo. Por ahora, hay que vivir el duelo.

—*O el asilo contra la opresión* —Balmaceda sonrió con tristeza, por primera vez.

Valparaíso
Viernes, 20.00

La guerra había terminado y comenzaban los saqueos. Melchor vio las columnas de humo que subían hacia el cielo desde algunas casas. Pasaban burros con candelabros y espejos, jornaleros y gañanes con botellas de champaña. Desde las ventanas caían libros, muebles y hasta pianos.

Avanzó entre el caos hacia la plaza de la Victoria. La gente lo saludaba, le tocaba el uniforme y le ofrecía vino. Melchor tenía un solo propósito: llegar hasta la mansión de Agustín Edwards.

Uno grupo de marines custodiaba la casa. Melchor trató de decir que buscaba a su esposa. No le entendían. Hizo gestos: *esposa, trabajar aquí.* Nada. Desesperado, comenzó a gritar:

—¡Negra! ¡Soy yo!

Ya se estaba quedando sin voz cuando la puerta se abrió y de adentro su mujer salió corriendo.

—¡La próxima vez me vas a hacer caso, bruto!

Melchor apretó el cuerpo de Rosa entre sus brazos fornidos, sintiendo su olor por primera vez en nueve meses. Le dio un largo beso en la boca, y a través de los ojos entreabiertos vio que no solo los marines estaban mirando. Detrás de la puerta una joven de pelo rojo y ojos azules, con un feo corte en la frente, los observaba con tristeza.

***

El teniente Carlos Hermosilla se quitó la chaqueta y llegó caminando a Valparaíso. Había perdido mucha sangre y comenzaba a sentir mareos. La sed y el frío lo estaban matando. La ciudad era una bacanal siniestra.

Vio gente haciendo fogatas, muebles destrozados, casas que empezaban a incendiarse. Las compañías de bomberos pasaban a todo galope por la Gran Avenida haciendo sonar sus campanas. Vio perros enloquecidos, cadáveres tirados en las cunetas, burros que deambulan sin sus dueños y a una gorda desgreñada que zapateaba encima de un piano, con una botella de vino en la mano.

Hermosilla recogió una chaqueta del suelo y siguió al borde de sus fuerzas hasta desmoronarse en las escalinatas del hospital San Juan de Dios.

Dos monjas lo ayudaron a ponerse de pie y se lo llevaron adentro. Esa madrugada le amputaron el brazo.

Santiago
Viernes 11.00 PM

Lillo tardó más de dos horas en encontrar al general Manuel Baquedano. Lo buscó en su casa y en casas de amigas. Adonde llegaba Lillo preguntando por él, Baquedano acababa de retirarse. Parecía huir de su sombra.

Lo encontró después de dos horas "tomando té" en casa de la señora Inés Pinto de Rozas.

—General, el presidente necesita verlo con urgencia.

—¿Qué hay, qué hay?

—No puedo decírselo ahora, general, hay responsabilidades de las que un hombre como usted no puede eximirse.

—Usted, Lillo, buen hombre. Razones, razones.

En rigor Baquedano no era tartamudo; simplemente tenía un vocabulario muy limitado. Generalmente omitía el verbo, y usaba oraciones interpelativas simples que repetía para darles énfasis. Tenía casi 72 años y durante la Guerra del Pacífico se había hecho famoso por su suerte, sus modos brutales y su escasa preparación táctica, que estuvo a punto de provocar más de un desastre. En vísperas de la batalla de Chorrillos le disparó a quemarropa a un soldado de su tropa paralizado por el miedo. Después de la victoria el incidente fue archivado.

—Hay noticias de Valparaíso, urgentes, general —dijo Lillo. Comenzaba a perder la paciencia.

Los ojos amarillos de Baquedano eran como los de un gato salvaje. Un hombre así tenía que estar preparado para reprimir las turbas que se lanzarían desde temprano a saquear las casas y los bienes de los vencidos.

—¿General?

—Andando, a La Moneda, a La Moneda —dijo finalmente Baquedano dando su brazo a torcer.

La ciudad estaba en silencio. Solo un puñado de personas sabía lo ocurrido. Durante el trayecto, Lillo insistió en el punto: mañana era el día de reprimir.

***

Mientras el ministro proseguía con sus gestiones para concretar el traspaso del

mando, Balmaceda se reunió en La Moneda con su esposa para comunicarle la situación.

—Todo ha terminado, Emilia —le dijo—. Debemos partir.

Emilia contuvo las lágrimas.

—Usted y los niños irán a la legación de Los Estados Unidos —se adelantó Balmaceda—. Con el señor Egan estarán más que seguros mientras pasa la tormenta.

—¿Y tú, Manuel?

Balmaceda guardó silencio.

—Estoy ultimando los detalles —dijo evasivo—. En cualquier caso es contra mí que se dirigirá toda la ferocidad de los vencedores. Debo ser muy cauteloso.

—¿Me prometes que te vas a cuidar?

—Se lo prometo —dijo Balmaceda—. Despídame de nuestros hijos.

Emilia se secó las lágrimas. Sabía que su esposo se quebraría, de una vez por todas, si lo obligaba a dar en persona la noticia a los niños.

Los cinco hijos salieron de La Moneda antes que sus padres. Los menores, Enrique y María Emilia, lloraban desconsoladamente. Abordaron un carruaje que recorrió las pocas cuadras que separaban al palacio de la representación estadounidense que a esas alturas se había convertido en una suerte de hotel.

José Manuel, Elisa, Julia, María Emilia y Enrique Balmaceda llevaban sus maletas con mudas de ropa. El señor Egan los recibió en persona. Había mandado a pedir colchones y ropa de cama para albergar a los refugiados.

Encarnación Fernández salió de su casa por primera vez en varios meses, y siguió los mismos pasos de sus nietos. Al verlos, la anciana aceleró el paso y abrazó a María Emilia y Enrique. Con las mayores, Julia y Elisa, se puso de acuerdo para arreglar detalles del alojamiento.

Esa noche rezarían el rosario completo.

Santiago
Sábado, 1.00 AM

Aunque La Moneda comenzaba a vaciarse, Balmaceda seguía impartiendo órdenes.

—Llévese todos los documentos y búsqueles un lugar seguro —le dijo al edecán Gómez Solar.

—Sí, excelencia —dijo el edecán, temblándole la voz.

Balmaceda volvió al dormitorio presidencial. Emilia de Toro terminaba de hacerle la maleta.

—Un pañuelo para el cuello —le pidió.

Quería un pañuelo negro como el momento. Emilia se sacó su *foulard* y se lo pasó. Balmaceda le secó las lágrimas y la acompañó hasta el coche. Se despidieron con un cortísimo beso en los labios.

***

El alférez Emilio Rodríguez Mendoza y sus compañeros del ministerio de Guerra habían visto el ir y venir de edecanes y secretarios a lo largo del día. Comprendieron que había llegado el momento de bajar la cortina.

Balmaceda pasaba por las oficinas despidiéndose de los funcionarios con un apretón de manos, agradeciendo su lealtad.

Rodríguez Mendoza lo siguió con la mirada y lo vio desaparecer en el patio, escoltado por Víctor Echaurren, el subsecretario Figueroa y otros dos funcionarios.

Los telegrafistas desconectaron la máquina Quadreuplex y abandonaron la oficina que no había parado de funcionar en más de una semana. Carlos Eguiluz apagó las velas y las lámparas de gas; la guardia se dispersó en la noche y los salones, habitaciones y despachos de La Moneda quedaron en el más absoluto silencio.

Placilla
Sábado 11.00 AM

El fotógrafo Miguel Grove llegó al campo de batalla cuando todavía estaba sembrado de cadáveres, armas y proyectiles. Debió taparse la nariz con un pañuelo para no desfallecer con el hedor. Colocó el aparato delante de una fosa común, sacó una placa Eastman y la introdujo por la ranura. El día estaba despejado y calculó la exposición siguiendo las tablas de referencia del fabricante.

Realmente había sido una batalla espantosa, pensó. Hizo varias tomas de los cadáveres alineados en filas. Horas más tarde, mientras revelaba las placas en su estudio de Valparaíso, comprobó que se trataba de un material extraordinario. Confiaba venderlo a clientes selectos y a los numerosos corresponsales extranjeros que pagarían su valor en libras esterlinas.

***

Una semana más tarde, el diario *El Mercurio*, de Agustín Edwards, volvió a circular. En su portada del 11 de septiembre, los porteños leyeron:

“Ya ha terminado la triste pero necesaria tarea de quemar y sepultar los cadáveres de los muertos en la batalla de la Placilla. En ese trabajo se ocuparon 400 peones durante 8 días y se gastaron 40 tarros de parafina.

“El número de cadáveres quemados supera 1600 y el de caballos fue de 60. Puede pues calcularse que los muertos alcanzan aproximadamente a 2000, tomando en cuenta los cadáveres recogidos por las familias y los muchos que no han sido encontrados por estar ocultos en las quebradas lejanas y pertenecientes a heridos que se alejaban del campo de batalla. A los anteriores hay que sumar 350 cadáveres recogidos en la población durante los desórdenes ocurridos en las noches del 28 y 29 del mes pasado. ¡Cuánta sangre nos cuesta la malnacida dictadura!”.

Durante esos días los chiquillos del puerto se entretuvieron yendo a Placilla para recoger casquillos y balas sin percutar. Les prendían fuego y las hacían explotar como petardos de fiestas patrias.

El periodista Eloy Caviedes entró a Valparaíso junto a las tropas de del Canto. Esa misma noche comenzó a recorrer los cuarteles y los hospitales, recogiendo testimonios de la batalla. Entrevistó a oficiales y soldados y logró establecer la forma en que murieron Alcérreca y Barbosa. Su relato completo de la campaña fue

publicado al año siguiente y tuvo un éxito moderado.

París, Bois de Boulogne
Martes

Rebeca Matte Bello se afirmó el vestido para no tropezar. Augusto, su padre, le dio la mano para ayudarla a bajar del coche.

Después del aguacero matutino, el día se había despejado y la humedad brotaba de los árboles. El parque estaba repleto de familias que venían a disfrutar de un espléndido *après-midi* de verano. Los Matte y los Ross llegaron en tres coches: los adultos en uno, los niños en otro y un tercero para la servidumbre que traía las vituallas para el picnic de *confit* de pato, quesos del mejor *traiteur*, vinos del Ródano y abundantes frutas de la estación.

Rebeca Matte tenía 16 años y detestaba muchas cosas. Sobre todo detestaba el momento de coger con un mano el atril y, con la otra, su estuche de materiales.

—Rebeca, hija, ¿no quieres que Raimundo te ayude con eso?

Su padre era un hombre a la antigua. Iba a cumplir cincuenta años y su única preocupación eran los negocios y la política, dos cosas que Rebeca Matte también detestaba.

—No estoy paralítica, papá.

—¿Qué vas a pintar hoy, Rebequita? —preguntó doña Susana de Ferrari, conciliadora.

—No tengo idea, tía Susana.

—Deje a la niña inspirarse, mijita —dijo Agustín Ross—. No ve que esas preguntas perturban a los artistas.

Rebeca Matte apuró el paso para alejarse de los adultos. Los niños corrían tras la pelota mientras Susana de Ferrari les pedía a gritos que tuvieran cuidado con no tropezar en las charcas. Avanzaron entre las arboledas atravesadas por los rayos del sol, entre chiquillos que rodeaban a los organilleros y a los vendedores de algodón dulce.

El atril y el maletín pesaban bastante, y Rebeca Matte se detuvo para tomar aliento delante de la laguna, un espectáculo soberbio de color y luz que devoró con los ojos. Parejas paseaban en botes, entre cisnes y patos que nadaban con indolencia.

—¡Qué lugar más hermoso! — dijo Susana de Ferrari—. Agustín, quedémonos aquí para que Rebeca pueda pintar. ¡Niños, no corran tan lejos!

Los caballeros aceptaron la propuesta y los sirvientes procedieron a extender los manteles y desplegar las cestas con el picnic. Descorcharon botellas de vino y destaparon las marmitas. Rebeca Matte colocó la tela en el atril y abrió su maletín.

Cogió un trozo grueso y largo de carbón.

—Rebeca, hija, ¿no quiere comer?

—No tengo hambre, papá. Gracias.

Augusto Matte llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse del sol. Su hija, un sombrero de paja, un vestido veraniego de color azul y unos botines de Bretaña que había comprado la semana anterior en *Le Bon Marché*.

—Cuéntame cómo lo haces —pidió Susana de Ferrari.

—Soy muy mala, tía.

—Pamplinas, he visto tus cosas y son hermosas.

Rebeca Matte comenzó a trazar figuras y siluetas con el carbón. Troncos de árboles, el estanque y los botes, las nubes que pasaban. Lo hizo tan rápido que Susana de Ferrari quedó sin palabras. Luego aplicó el fijador, sacó la paleta y los pinceles. El olor de los pigmentos y diluyentes hizo a Susana arriscar la nariz.

—Esta es la parte que no me gusta.

—Tía —dijo Rebeca Matte—. ¿De qué hablan mi papá con el tío Agustín?

—De política, Rebeca.

—¿Tú entiendes de política?

—Bueno, entiendo que nuestra fortuna depende de que ellos se ocupen de la política —dijo Susana haciendo una mueca.

—¿Es verdad que van a botar al presidente? ¿Que va a haber una guerra?

—Niña querida, la guerra lleva ya varios meses, y nosotros estamos aquí por eso. Bueno, en parte.

Rebeca Matte sabía que solo existían dos tipos de damas, las sufrientes y las risueñas como Susana de Ferrari. Las sufrientes iban a la iglesia; las risueñas, a comprar.

—Me gustaría estar en una guerra —dijo Rebeca Matte comenzando a aplicar la primera capa de verde.

—¿Cómo es eso, niña?

—Tía, yo siento una gran admiración por el cuerpo masculino. Mire ese caballero que rema ahí, sus brazos, su cuello; mire cómo se pone para hacer fuerza con los remos.

—Harto guapo el joven —coincidió Susana de Ferrari.

—En el Louvre hay un cuadro de un joven igual, pero rubio. Está desnudo y su cuerpo atravesado de flechas. Es San Sebastián. ¿Lo ha visto, tía?

—No, niña, no he visto esas cosas.

Rebeca Matte había establecido una frontera entre el agua del estanque y otra entre los árboles y el cielo. Las figuras de su padre, de Agustín Ross y de los sirvientes que distribuían el confit de pato en los platos, las dejó sin terminar. A

ratos el ejercicio le parecía logrado, a ratos un desastre.

—Por eso me gustaría estar en una guerra. Como Goya. El mes pasado estuvimos con el papá en Madrid, fuimos al museo del Prado y vi sus cuadros de la guerra.

—No puedo soportarlos.

—Yo me puse a llorar, tía. Tuvimos que salir del museo. La otra noche soñé con fusilamientos. Si Jesucristo llegara hoy, en vez de crucificarlo lo fusilarían, ¿verdad?

—Tu pobre padre tiene que lidiar con una criatura precoz y sensible.

—Tan gordito, tan señor. Cuando termine la guerra volveremos a Chile, ¿verdad?

—Lamentablemente, niña —dijo Susana, venenosa—. A besar el anillo de mi cuñada Juana Ross.

—Yo me voy a quedar aquí. No me pienso mover, tía, y si mi papá me obliga, me suicido.

Susana soltó una carcajada.

—Ay, mi Julieta.

Los caballeros llamaron a Susana de Ferrari alzando sus copas.

—Mijita, ¡venga a brindar! —exclamó Agustín Ross.

Rebeca solo tenía ojos para el paisaje. Mezclaba los colores en la paleta y los aplicaba con grandes trazos; la tela iba llenándose y adquiriendo volumen. Hasta que de pronto notó que algo había cambiado, no en la tela ni en el paisaje, sino detrás suyo.

Un chico pasaba vendiendo ejemplares del *Petit Journal*. Dijo algo que electrizó a su padre y a don Agustín Ross.

—*¡La revolution au Chili! ¡Images frappantes!*

Augusto Matte y Agustín Ross se levantaron de un salto y corrieron hacia el muchacho. El portamonedas de su padre temblaba entre sus manos.

—¡Pídele más de uno! —exclamó Agustín Ross—. ¡Cómpraselos todos!

El muchacho los miraba sin entender la excitación de aquellos caballeros. *¿Vous en voulez tous?* Augusto Matte sacó un billete de cinco francos. El chico no lo podía creer.

Rebeca Matte dejó de pintar. Las portadas del *Petit Journal* le atraían de un modo desagradable y morboso. Asaltos, asesinatos, combates entre ejércitos de hombres blancos y guerreros de alguna tribu africana; cuerpos que caían, ojos desorbitados, todo en detalle y con colores violentos.

Augusto Matte y Agustín Ross volvieron a brindar. Susana de Ferrari observaba el *Petit Journal* sin decir nada. Comprendió que el regreso a Chile iba a ser antes de lo esperado.

Rebeca sintió el pesado abrazo de su padre. Cogió el *Petit Journal* y contempló

la ilustración. El dibujante había usado colores dramáticos y trazado con precisión las caras de los muertos. Estaban ordenados en fila. En el lado derecho había una fogata; del otro, una bandera de Chile, su lejano país.

Santiago, Valparaíso
18 de septiembre

El paradero de Balmaceda se prolongó como un misterio durante más de veinte días. Los diarios del bando vencedor, que volvieron a circular a los pocos días, especulaban con una fuga vergonzosa. Otros festinaban con el destino de sus principales partidarios, refugiados en la legación de los Estados Unidos, o en los barcos de guerra extranjeros que se encontraban en Valparaíso.

Desde las ocho de la mañana del 29 de agosto, La Moneda comenzó a ser invadida por una masa que vitoreaba a la revolución y lanzaba mueras contra la dictadura. El coronel Jesús Jarpa Reyes, último jefe de plaza balmacedista, fue linchado y tuvo que refugiarse en el cuartel de infantería con varias costillas rotas y dientes menos.

Las cárceles soltaron a los presos políticos y recibieron a otros nuevos. Las calles se llenaron con dos tipos de turbas que más o menos reproducían las divisiones de clase. Unas estaban compuestas por jóvenes *pijes*, miembros del Comité Revolucionario, y parientes o amigos de los fusilados de Lo Cañas. La otra, por gariteros y trúhanes como el Mota, el Chico y el Toro, quienes salieron a hacer de las suyas desde temprano. Hasta el Cojo Eladio se animó a saquear, mostrando una curiosa predilección por las cajitas de música y una notable capacidad para defender su botín valiéndose de sus muletas.

Se dijo que llevaban listas de casas para saquear, y se las repartieron con notable disciplina.

La cargada de los pijes, como se le llegó a conocer, recorrió las casas de todos los hermanos y parientes de Balmaceda, sus ministros, diputados y altos funcionarios. Algunas de sus víctimas recordarían que se comportaban con cortesía y limitaban su venganza contra los bienes. Al senador Eastman y su familia incluso los escoltaron hasta la salida y dejaron que abordaran un coche.

Así también se descerrajaban cajas de seguridad, se vaciaban cajones, se requisaban papeles. El que quería podía llevarse un cuadro o una estatua, cuchillería fina y vinos de primera.

La banda liderada por el Toro, en cambio, empleó procedimientos más rústicos, como patear la puerta, ensañarse con el papel mural, defecar en la mesa de comedor y embriagarse. El Chico intentó propasarse con unas empleadas, pero el Toro le dio un coscorrón en la nuca, y le botó la gorra.

—¡Compórtate, hombre!

Fueron ellos quienes llegaron hasta la casona de Lillo y encontraron las puertas

abiertas. El viejo poeta, su mujer y las empleadas se habían refugiado en un sótano. Desde allí oyeron los pasos de los saqueadores, sus gritos soeces, los platos que estallaban arrojados contra el suelo.

—¡Paren! ¡Paren, mierda! —gritó el Mota al ver un retrato del dueño de casa.

El Chico no había encontrado trago en la cocina y, frustrado, volcaba estantes con libros que levantaban polvo al caer.

—¿Qué pasa? —preguntó el Toro.

—Esta casa pertenece a don Eusebio Lillo.

—¿Y a mí qué? —dijo el Chico.

El Mota a veces perdía la paciencia con sus compinches. Avanzó hacia el Chico y le quitó el mechero con que quería incendiar los libros.

—Don Eusebio escribió el himno nacional. ¡Es un buen chileno!

—Puro Chile es tu cielo azulado… —cantó el Toro, desafinado pero solemne.

—Puras brisas te cruzan también —coreó el Mota.

Los tres comenzaron a cantar muy serios, como si el espíritu de fiestas patrias se hubiera apoderado de ellos en mitad del saqueo.

Y tu campo de flores bordado
Es la copia Feliz del Edén.
Majestuosa es tu blanca montaña
Que te dio por baluarte el señor
Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete el futuro esplendor.

La cantaron hasta el final de la primera estrofa, emocionados hasta las lágrimas, mientras Mercedes Luco y las empleadas tiritaban de miedo en el sótano.

Epílogo
19 de septiembre de 1891

Otros no tuvieron tanta suerte. Pedro Rafael Verdugo fue reconocido en la Cañada por una turba que venía a saquear la imprenta de *El Pequén*. Alcanzó a correr varias cuadras entre los piedrazos que volaban a su lado. De pronto sintió un calor en la espalda y comprendió que le habían dado un escopetazo.

Su cuerpo apareció en el río, horas después.

Se habló de cuatrocientos muertos en Valparaíso e igual número en Santiago, pero nunca hubo un informe oficial.

A los pocos días de que la junta de Iquique se instaló en La Moneda, comenzaron a salir los decretos de exoneración. Miles de funcionarios públicos cesaron en sus cargos. Profesores, jueces, secretarios de los ministerios quedaron sin empleo ni indemnización.

El coronel Estanislao del Canto no logró movilizar a los políticos vencedores para apoyar su candidatura presidencial. Jorge Montt asumió el mando el 26 de diciembre y Del Canto no asistió a la ceremonia en el Congreso, pese a estar invitado.

Tampoco logró levantar cargos por insubordinación contra Körner, pues su peor temor se concretó: el alemán no solo recibió los laureles de la victoria en muchos artículos de prensa y libros que se publicaron después, sino que fue ascendido a general y nombrado máximo asesor militar del ejército. Del Canto fue dado de baja al año siguiente. Durante años mordería su derrota, intentando escribir sus memorias y batiéndose a duelo con otros oficiales que tomaron partido por Körner. En 1898 participó como miembro de la comisión de hacienda del primer partido socialista del país.

Jorge Montt ejerció la presidencia hasta 1896 y no se enriqueció personalmente. Sus detractores dijeron que fue como la Reina Victoria: *reinaba pero no gobernaba*. Aun así dictó en 1894 una amnistía general que permitió el regreso de los balmacedistas a la política.

Agustín Edwards fue ministro de Obras Públicas y de Hacienda. Murió en 1897 a los 45 años.

Ismael Valdés Vergara fue nombrado alcalde de Santiago y emprendió una dura ofensiva contra los garitos y chincheles de la ciudad. Reprimió la música y las fiestas populares como ninguno de sus predecesores.

El alférez Emilio Rodríguez Mendoza, al igual que todos los que sirvieron en el ejército balmacedista, fue dado de baja y debió esconderse durante varias semanas

en un fundo de San Javier de Linares.

Eusebio Lillo partió a Europa con Mercedes Luco y las empleadas. Se radicó en París, donde permaneció dos años. Allí la Mañunga inventó una mezcla de repostería francesa y chilena que Lillo bautizó como *Dulce Patria*.

Alicia MacAllister buscó durante días al teniente Carlos Hermosilla en los hospitales, hasta encontrarlo en el San Juan de Dios. Apenas terminados los saqueos y recuperada de la herida en la cabeza, fue al Gran Hotel y pidió las pertenencias que ella y Luis Lorenzetti habían dejado antes de partir al frente. La esperaba una cuenta abultada que, en vista de las circunstancias, el administrador francés accedió a rebajar en un cincuenta por ciento, previa firma de una letra de cambio. Dejó a Hermosilla, para entonces ya exonerado del ejército, en una casa de reposo y partió a Santiago a resolver sus asuntos. Al verla traspasar el umbral, su madre se le arrojó a los brazos.

—¡Hijita mía! ¡Hijita mía! —exclamó llorando y tocándole el rostro—. ¿Qué te han hecho, por el amor de Dios?

Alicia se reintegró al hospital San Borja y le consiguió a Carlos Hermosilla un empleo administrativo donde él trabajó varios años antes de emigrar a la Argentina. Ella contactó a los padres de Luis Lorenzetti y les llevó los objetos que había rescatado del hotel. Un libro de poemas de Gustavo Adolfo Bécquer, un par de zapatos y el traje elegante que vestía cuando abordaron el tren hacia Viña del Mar. Durante años Alicia MacAllister contribuyó monetariamente a las asociaciones de veteranos de la guerra y a los círculos balmacedistas. Nunca se casó.

Agustín Edwards regresó a Valparaíso a fines de septiembre y una de sus primeras medidas fue despedir a Rosa. Siempre le tuvo respeto, pero se dejó llevar por los chismes que le contó la servidumbre a su esposa, en particular Adalberto, sobre la participación de Rosa en la guerra. En diciembre asumió como ministro de Industrias, Obras Públicas y Ferrocarriles.

Melchor Martínez tuvo que permanecer varios meses escondido de la justicia naval por haber tumbado de un puñete al teniente Rodgers. Se acogió a la amnistía general y se trasladaron con Rosa y los niños a Iquique. Allí aprendió por fin a leer, y junto con trabajar de lanchero se hizo fama de operador político del Partido Liberal Democrático, la agrupación con que los balmacedistas se presentaron a las elecciones de 1897.

La familia de Balmaceda se exilió en Nueva York. Vivieron muchos años en Bowery. Enrique Balmaceda, el niño de 11 años que lloraba al salir de La Moneda, llegó a ser diputado, ministro y embajador ante el Reino Unido.

Julio Bañados compartió exilio con la familia Balmaceda y regresó al país en 1894. Recuperó los telegramas de la semana crucial de Balmaceda, hizo entrevistas, revisó la prensa y los libros publicados por los vencedores de 1891, y escribió un libro de mil páginas que transformó la figura de Balmaceda, la del presidente odiado, en la de un mártir republicano.

John Thomas North murió en la ruina, en 1896. Su fortuna declinó con los precios del salitre. Sus inversiones para explotar caucho en el Congo Belga tampoco rindieron lo que él esperaba, impidiéndole pagar los préstamos que financiaban su estilo de vida. No vivió para ver a su amigote de parrandas, el príncipe Edward Albert, entronizado como emperador. En 1900 sus bienes fueron rematados para pagar a sus acreedores.

Rubén Darío se enteró del desenlace de la guerra civil en San José, Costa Rica. Para entonces lleva dos años peregrinando por todo Centroamérica siempre precedido por su fama y sin poder ganarse la vida. Su mujer esperaba un hijo y los periódicos para los que colaboró cerraban por golpes de Estado. En la portada del periódico *El Heraldo* leyó un dramático relato sobre los combates en Valparaíso, la ciudad donde compuso su obra maestra. Recordó las conversaciones y veladas con Pedro, la correspondencia con Pedro. Acarició el recuerdo de su fragilidad, la imagen de su corazón aplastado por caballos. Con el apoyo de logias masónicas, Rubén Darío fue asumiendo cargos diplomáticos en distintos países. Publicó decenas de libros y al morir en 1916 era considerado el mayor poeta en lengua castellana.

Pero todo eso era futuro a casi un mes de la batalla de Concón, el 19 de septiembre, cuando Balmaceda despertó en la legación argentina, se aseó y se vistió. Cerró el libro de Rubén Darío que había dejado sobre el escritorio y comenzó a redactar sus últimas cartas.

Su mano no paró de escribir. A Julio Bañados, a su esposa, a sus conciudadanos.

Mi querida Emilia:

No puedo permanecer más tiempo en este asilo sin comprometer a los dueños de casa, que tan bondadosos han sido conmigo. Tenía dos caminos que tocar: o la evasión o presentarme a la junta, para ser juzgado constitucionalmente. Lo primero repugna a mi dignidad y mis antecedentes. Lo segundo lo he tenido acordado, pero cuando he visto la persecución universal, he desistido de exponerme a humillaciones de parte de los que han triunfado por la fuerza y la violencia. Tengo el convencimiento de que se persigue a los senadores, diputados, poder judicial, municipios, ejército, amigos, porque mis enemigos me odian o me temen. No pudiendo hacer nada por ellos en este desquiciamiento general, quiero ofrecerles lo único que puedo darles, y que los librará en parte de las persecuciones de que son víctimas: el sacrificio de mi persona.

Le escribió otra similar a sus hermanos, pero con un final distinto.

Encargo a Julio Bañados que haga la historia de mi administración. No descansen en esta tarea. La distancia de esta región con la otra es menor de lo que imaginamos. Nos veremos de nuevo alguna vez, y entonces sin los dolores y las amarguras que hoy nos envuelven y nos despedazan. Cuiden y acompañen siempre a mi madre, y sean siempre amigos de los que fueron de nosotros.

A sus conciudadanos les dijo que la junta había aplicado el derecho de los vencedores: la negación misma de la justicia. Afirmó que el régimen parlamentario perjudicaría al país y tarde o temprano se desmoronaría. No dedicó una sola línea al salitre, a North, a los ferrocarriles, al viaducto del Malleco, a las escuelas y hospitales que mandó construir. No reivindicó la renovación del ejército y de la marina. No mencionó a sus enemigos por nombre. Condenó los saqueos y la matanza de Lo Cañas.

Si nuestra bandera, el gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada en tiempo no muy lejano por defensores más numerosos y afortunados que nosotros.

Con gestos meticulosos y pausados, dobló las cartas e introdujo cada una en un sobre con el nombre del destinatario. Las dejó encima del escritorio y vio la hora en el reloj.

El revólver tenía una empuñadura nacarada. Las piezas estaban cubiertas de filigranas y motivos barrocos.

Se recostó en la cama, con las piernas juntas. Se estiró la chaqueta, puso el revólver en su sien derecha y dijo en voz alta:

—Voy por ti, mi niño hermoso.

Y jaló el gatillo.

AGRADECIMIENTOS

A Marilén Wood, Marcela Escobar, Patricio Jara, Carlos Tromben Corbalán, Gloria Reyes, Héctor Reyes y Pablo Tromben por su ayuda inestimable para darle forma, tono y volumen a este relato. A Alberto Teixidó, por los mapas y datos para reconstruir el Santiago de 1891, y a Cristián del Canto por los datos desconocidos de su antepasado, el general Estanislao del Canto. A mi amada María Paz Vargas Vignoli, por levantar este libro del suelo y hacerlo caminar.

Santiago, septiembre de 2016